

Temas prácticos de la vida cristiana

Autor: C. H. Mackintosh

Nada tiene valor a los ojos de Dios sino lo que brota del amor personal a Cristo y de la comunión con él. Podemos saber las Escrituras al dedillo; podemos predicar con notable elocuencia y fluidez, con una fluidez tal que las almas poco experimentadas pueden muy fácilmente confundir con «poder»; pero, oh, si nuestros corazones no beben profundamente de la Fuente; si el motor que los anima no es hacer del amor de Cristo una realidad práctica, todo terminará en algo fugaz y pasajero.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	5
El tiempo presente y la eternidad	6
Simón Pedro - Su vida y sus lecciones	24
Su convicción	27
Su llamamiento	32
Su amor.....	36
Su reprensión	41
Su confesión	44
Su fe.....	47
Su caída.....	52
Su restauración.....	56
La causa que provocó la restauración de Simón Pedro	57
El medio que contribuyó a la restauración de Simón Pedro	58
El estado de la conciencia	60
El estado del corazón	61
Restablecido en su servicio	62
Conclusión.....	63
La gracia y el gobierno de Dios	70
Adán, Génesis 3 y Ezequiel 1	70
Caín, Set y Noé	72
Jacob	73
Cosechamos lo que sembramos.....	73
Moisés.....	74
David y Urías.....	75
Éxodo 34:6-7	76
La restauración	77
Levántate y sube a Bet-el.....	77
La restauración de Pedro	84
Legalismo y liviandad	91
El trono y el altar	94
El altar.....	96
El resultado es la consagración de un corazón entero al servicio de Dios ...	100
El camino de Dios y cómo hallarlo	101
El camino preparado por Dios	101
Cómo hallar el camino de Dios	103

Paz	110
El pecado en la carne y el pecado sobre la conciencia.....	112
La confesión de los pecados	113
Diferencia entre pedir perdón y confesar los pecados.....	113
El juicio de sí mismo	115
La plenitud de Dios para vasos vacíos	117
1 Samuel 4	117
1 Samuel 7.....	120
Relaciones entre 1 Samuel 4 y 7, y Filadelfia y Laodicea en Apocalipsis 3	122
Cristo en la barca.....	123
La oración en su justo lugar.....	129
Epafras - El servicio de la oración	134
Las reuniones de oración.....	139
La base moral de la oración.....	139
Las condiciones morales para orar	142
Unanimidad	142
Pedir con fe	145
Peticiónes específicas	146
La importunidad	148
Orar con perseverancia	150
El hombre de Dios.....	154
El hombre natural	155
Un hombre en Cristo.....	160
El hombre de Dios	167
Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina	176
Ten cuidado de ti mismo	176
Ten cuidado de la doctrina	178
El perfecto obrero	180
Los rechazos que enfrentó el perfecto obrero	180
Los recursos que el perfecto obrero halló en Dios	193
Cómo nos retribuye el Señor.....	194
Juan el Bautista: solo «una voz» - Como responder preguntas.....	197
La misión del cristiano y cómo cumplirla	201
Vivir por la fe.....	206

Introducción

Nada tiene valor a los ojos de Dios sino lo que brota del amor personal a Cristo y de la comunión con él. Podemos saber las Escrituras al dedillo; podemos predicar con notable elocuencia y fluidez, con una fluidez tal que las almas poco experimentadas pueden muy fácilmente confundir con «poder»; pero, oh, si nuestros corazones no beben profundamente de la Fuente; si el motor que los anima no es hacer del amor de Cristo una realidad práctica, todo terminará en algo fugaz y pasajero. He aprendido –ya en lo que respecta a mí o a los demás– a estar cada vez más insatisfecho con todo lo que esté por debajo de una comunión permanente, profunda, divinamente forjada con el adorable Señor y de una plena conformidad con él. Detesto las extravagancias; las meras opiniones me dan miedo; evito las controversias; cualquier sistema de doctrina, teoría, escuela de pensamiento, en una palabra, todo «ismo» lo considero carente de valor. Mi anhelo, en cambio, es conocer más de la preciosa persona de Cristo, de su obra y de su gloria. Y entonces, vivir para él: Trabajar, testificar, predicar y orar, hacerlo todo para Cristo y mediante la obra de su gracia en nuestros corazones.

El tiempo presente y la eternidad

“ No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas
(2 Corintios 4:18).

Los principios contenidos en el capítulo 12 del Evangelio de Lucas son de un carácter sumamente solemne y escrutador. Su alcance práctico es tal que, en un tiempo como el presente, no podemos pasar por alto su inmensa importancia. La mundanalidad y los deseos carnales no pueden soportar tal luz; los consume hasta la raíz. Si alguien nos pidiera un breve resumen de esta preciosa porción de la Palabra inspirada, podríamos asignarle el siguiente título: «*El tiempo presente considerado a la luz de la eternidad*». El Señor evidentemente tenía el propósito de arrojar luz a sus discípulos acerca de aquel mundo en el que todo es exactamente opuesto a lo que rige en este; someter sus corazones a la saludable influencia de las cosas invisibles, y sus vidas a la autoridad y poder de los principios celestiales. Tal era la bendita intención del divino Maestro, quien sienta los sólidos cimientos de su doctrina con estas penetrantes palabras: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía” (v. 1). No debe haber ninguna cosa oculta en el alma. Los resortes más secretos de nuestro corazón deben ser sacados a luz; debemos permitir que los rayos de luz celestial penetren hasta lo más profundo de nuestro ser moral. No debe haber ninguna contradicción entre el juicio secreto de nuestro corazón y nuestras palabras, entre el andar práctico y la profesión de labios. En una palabra, necesitamos particularmente la gracia que produce en nosotros un “corazón bueno y recto” (Lucas 8:15) a fin de aprovechar este admirable compendio de verdades prácticas.

Somos naturalmente demasiado propensos a escuchar con indiferencia o a recibir fríamente verdades que no nos gustan. A menudo preferimos las especulaciones interesantes sobre la letra misma de las Escrituras, sobre puntos de doctrina o sobre cuestiones de profecía, porque tal vez imaginamos que podemos al mismo tiempo dar rienda suelta a todo tipo de deseos mundanos e ir, a nuestro gusto, tras nuestros intereses temporales. Pero verdades tan graves, tan cortantes, que pesan con tanta fuerza sobre la conciencia, ¿quién puede soportarlas salvo aquellos que, por gracia, buscan purificarse “de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”? Esta levadura, que sabe revestirse de las más bellas apariencias, se muestra bajo diferentes formas, y es, por eso, tanto más peligrosa. En efecto, dondequiera que exista, levanta una barrera insuperable entre el alma y sus progresos en el conocimiento experimental, por un lado, y la santificación práctica,

por el otro. Si no expongo *toda mi alma* a la acción de la verdad divina, si trato de tapar alguna hendidura o recoveco para que no le lleguen los rayos de su luz, si mantengo con complacencia alguna secreta reserva, si me esfuerzo de manera deshonesta por acomodar la verdad a mi propia manera de pensar y obrar, o por desviar su filo de mi conciencia, entonces seguramente estoy contaminado con la levadura de la hipocresía, y mi crecimiento a la semejanza de Cristo se vuelve entonces moralmente imposible. Es, pues, muy importante que todo discípulo de Cristo escudriñe su corazón y vea si, en sus cámaras más secretas, no hay nada de esta perniciosa levadura. Que por la gracia de Dios podamos ser completamente librados de ella, para que, en todo momento, podamos decir: “Habla, Jehová, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:9).

No solo la hipocresía es un obstáculo absoluto al progreso espiritual, sino que además siempre impide alcanzar su objetivo; porque “nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse” (v. 2). Todo hombre encontrará su medida justa, y todo pensamiento y toda intención secreta será traído a la luz: lo que la verdad no ponga al descubierto *ahora*, el tribunal lo hará *más tarde*. El menor grado, el más débil matiz de esta hipocresía será desenmascarado a la luz que irradiará del tribunal de Cristo. Nada podrá escaparse allí. Todo *entonces* será realidad, por muchas falsedades que haya *ahora*. Además, cada cosa llevará *entonces* su verdadero nombre, por más que *ahora* se las llame con otro nombre. *Ahora* la mundanalidad es a menudo llamada conveniencia; a la avaricia se la llama previsión; y a los excesos y el engrandecimiento personal se los llama administración prudente y encomiable destreza en los negocios. Así es *ahora*, pero *entonces* será exactamente lo contrario; porque todas estas cosas mostrarán su verdadera cara y serán llamadas por su verdadero nombre. También, es verdaderamente sabio por parte del discípulo marchar a la luz de aquel día, cuando los secretos de todos los corazones serán puestos en evidencia. En cuanto a esto, todo creyente está colocado sobre mejor terreno que los incrédulos; porque, dice el apóstol, “es necesario que todos nosotros comparezcamos (*phanerothernai*: seamos manifestados) ante el tribunal de Cristo” (2 Corintios 5:10), santos y pecadores, aunque no sea al mismo tiempo, ni sobre la misma base. Pero ¿será este un tema de confusión para el discípulo? De ninguna manera, si su corazón es limpiado de la levadura de la hipocresía, si su alma, por la enseñanza del Espíritu Santo, está bien arraigada en la verdad fundamental presentada en este mismo capítulo (2 Corintios 5), a saber: que Cristo es su vida y su justicia, de modo que pueda decir con el apóstol: “Hemos sido manifestados (*pephanerometha*: una inflexión de la misma palabra empleada en el v. 10) a Dios, y espero que hemos sido manifestados también a vuestras conciencias” (v. 11, V. M.).

Pero si esta transparente rectitud de corazón y esta paz de la conciencia faltaran, no hay duda de que el pensamiento del tribunal de Cristo causará malestar. Por eso vemos que, en su enseñanza del capítulo 12 de Lucas, el Señor procura poner la conciencia de sus discípulos en la plena luz de este tribunal: “Mas os digo, *amigos míos*: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a este temed”. “El temor del hombre pondrá lazo” (Lucas 12:4-5; Proverbios 29:25), y está íntimamente vinculada a la “levadura de los fariseos”. Pero “el temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10), y permite que el discípulo pueda pensar, hablar y actuar como si estuviera en la misma luz del tribunal del Cristo. Esto comunicaría una inmensa dignidad y elevación al carácter, a la vez que cortarían de raíz el espíritu de orgullo e independencia, manteniendo el alma bajo la penetrante fuerza de esta luz divina que lo manifiesta todo.

No hay nada que tienda más a despojar al discípulo de Cristo de su dignidad, que ser influido en su marcha por la mirada o los pensamientos de los hombres. Mientras suceda así con nosotros, no podremos seguir con paso firme a nuestro divino Amo. Esta miseria está además estrechamente vinculada a la de querer ocultar nuestros caminos a Dios; ambas tienen “la levadura de los fariseos”, y ambas encontrarán su retribución ante el tribunal. Y ¿por qué temer a los hombres? ¿Por qué nos dejaríamos dirigir por sus opiniones? Si sus opiniones no pueden soportar el examen en la presencia de aquel que tiene poder de echar en el infierno, no valen nada; pues es con Él con quien tenemos que ver. “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano” (1 Corintios 4:3). Los hombres pueden erigir su tribunal *ahora*, pero *entonces* ya no lo podrán hacer. Lo podrán hacer en el tiempo, pero no en la eternidad. ¿Por qué entonces conformaríamos nuestros caminos a los juicios de una autoridad tan frágil, tan efímera? ¡Estimulemos nuestros corazones a vivir en vista de este porvenir! ¡Que Dios nos conceda la gracia de conducirnos ahora, pensando en el mañana, a considerar el tiempo a la luz de la eternidad!

Sin embargo, el pobre corazón incrédulo puede exclamar: «Pero si me coloco así por encima de los pensamientos y opiniones de los hombres, ¿cómo saldré adelante en un mundo donde prevalecen estas opiniones y pensamientos?». Esta pregunta es muy natural; pero el Señor mismo respondió a ella de la manera más satisfactoria; parecería incluso que, previendo que surgiría este elemento de incredulidad, procura primero elevar a sus discípulos por encima de esta atmósfera pesada y sombría del tiempo, para ponerlos en la luz pura y penetrante de la eternidad; por lo que añade: “¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvi-

dado delante de Dios. Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (v. 6-7). Estas palabras enseñan a nuestros corazones no solo a *temer* a Dios, sino también a *confiar* en Él; no solo son advertidos, sino también tranquilizados. “Temed” y “no temáis”, puede parecer una paradoja para la carne y la sangre; pero no para la fe; porque el hombre que teme más a Dios, temerá menos a las circunstancias. Un hombre de fe es el más dependiente e independiente al mismo tiempo de los hombres: dependiente de Dios, independiente de las circunstancias. Lo segundo es siempre la consecuencia de lo primero: una verdadera dependencia es lo que produce una verdadera independencia.

Pero consideremos ahora el fundamento de la paz del creyente. Aquel que tiene poder de echar en el infierno, el único a quien se debe temer, tiene contados aun todos los cabellos de nuestra cabeza. Ciertamente no se tomó esta molestia para dejarnos perecer. Los minuciosos cuidados de nuestro Padre deberían silenciar toda duda que pueda surgir en nuestros corazones. No hay nada que sea demasiado pequeño, ni nada que sea demasiado grande para Él. Para él es lo mismo los incontables cuerpos celestes que se mueven en el espacio, que un pajarillo que cae a tierra. Su inescrutable mente puede, con igual facilidad, abarcar el curso de los siglos, así como los cabellos de nuestra cabeza. Sobre este inquebrantable fundamento, Cristo basa sus palabras: “No temáis” y “no os afanéis”. Nosotros fallamos a menudo en la aplicación práctica de este divino principio. Podemos admirarlo como un principio, pero solo en su aplicación podemos ver o sentir su verdadera belleza. Si no lo ponemos en práctica, no hacemos más que pintar rayos de sol sobre lienzo, mientras perecemos de hambre bajo las escalofriantes influencias de nuestra propia incredulidad.

En la porción de la Palabra que meditamos, vemos que un firme e intrépido testimonio para Cristo está estrechamente vinculado a esta santa elevación por encima de los pensamientos de los hombres, y esa apacible confianza en los tiernos cuidados de nuestro Padre celestial. Si mi corazón se eleva por encima del temor de los hombres y si goza de esta dulce tranquilidad que me da la seguridad de que todos mis cabellos están contados, entonces estoy en condiciones de confesar a Cristo delante de los hombres (v. 8-9). No tenemos que preocuparnos por el resultado de tal confesión, porque mientras Dios nos precise aquí abajo, nos guardará. “Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir” (v. 11-12). Para poder hacer una abierta confesión de Cristo, hay que estar completamente librados de la influencia de los hombres, y firmemente establecidos en una ple-

na confianza en Dios. En tanto me encuentre bajo la influencia de los hombres o sea su deudor, no estaré calificado para ser siervo de Cristo; pero la única manera de ser eficazmente librado del yugo de la influencia humana es mediante una fe viva en Dios. Cuando Dios llena el corazón, no hay lugar para la criatura. Podemos estar perfectamente seguros de que ningún hombre jamás se tomó el trabajo de contar los cabellos de nuestra cabeza; ni nosotros nos hemos tomado el trabajo de hacerlo con la nuestra; pero Dios sí lo hizo, y por eso puedo confiar en Dios más que en cualquier hombre. Dios es perfectamente suficiente para satisfacer todas las necesidades, grandes o pequeñas; solo necesitamos confiar en él para saber que es todo para nosotros.

Es cierto que él puede servirse de hombres como instrumentos –y, de hecho, lo hace–; pero si nos apoyamos en los hombres, en vez de apoyarnos en Dios, si nos apoyamos en el instrumento en vez de apoyarnos en la mano que lo emplea, atraemos una maldición sobre nosotros, porque está escrito: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová” (Jeremías 17:5). El Señor utilizó cuervos para alimentar a Elías (véase 1 Reyes 17); pero Elías jamás tuvo el pensamiento de confiar en los cuervos. Debería ser siempre así. La fe se apoya en Dios, cuenta con él, se aferra a él, pone su confianza en él, espera en él, lo deja actuar siempre sin obstruir Su gloriosa marcha con ninguna confianza en la criatura, le permite manifestarse en toda Su gloriosa realidad, y remite todo a él. Además, si ella es llamada a pasar por aguas profundas, se eleva siempre por encima de las olas, reposando con perfecta calma en Dios, y exaltando las operaciones de todo Su poder. Tal es la fe, ese principio precioso, lo único en este mundo que reconoce a Dios y al hombre sus respectivos lugares.

Mientras el Señor Jesús estuvo ocupado difundiendo estos principios celestiales, un verdadero hijo de la tierra lo interrumpe con una cuestión acerca de una herencia. “Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia” (v. 13). ¡Qué poco conocía esta persona el verdadero carácter del Hombre celestial que estaba ante él! Ignoraba por completo el profundo misterio de Su naturaleza y misión celestial. El Señor ciertamente no había venido del seno del Padre para resolver litigios de propiedad, ni para servir de árbitro entre dos hombres codiciosos de los bienes de este mundo. El espíritu de avaricia era evidente en todo este asunto, tanto en el caso del demandante como en el del demandado. Uno quería tomar, el otro guardar; ¿qué era esto sino avaricia? “Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?” (v. 14). La cuestión no era aquí saber quién tenía razón, y quién no, respecto de la propiedad. Según la pura y celestial doctrina de Cristo, ambos se equivocaban. ¿Que son algunas hectáreas de tierra a la luz de la eternidad? Y en cuanto a Cristo mismo, él solo enseñaba

principios que eran totalmente opuestos a todos los pleitos relativos a la propiedad; pero, en su propia persona y carácter, daba el ejemplo de lo contrario. No recurrió a la ley sobre la herencia. Era el “heredero de todo” (Hebreos 1:2). La tierra de Israel, el trono de David, toda creación le pertenecían; pero el hombre no quería reconocerlo, ni devolverle lo que era Suyo. “Los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad” (Mateo 21:38). Y el Heredero se sometió a eso con una paciencia perfecta, pero, al someterse a la muerte, destruyó el poder del enemigo y llevó “muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2). ¡Que su nombre sea glorificado por toda la eternidad!

Vemos así, en la doctrina y en la vida del Hombre celestial, la verdadera manifestación de los principios del reino de Dios. Enseñaba la verdad que, si fuese recibida en los corazones, haría completamente inútiles arbitrajes tales como el que le fue pedido. Si los principios del reino de Dios prevaleciesen, no se necesitarían tribunales de justicia; pues si nadie cometiera injusticias, no habría males que reparar. Todos estarán de acuerdo con esta verdad. Pero el cristiano, que es llamado al reino de Dios, tiene el deber de ser gobernado por los principios del reino y de ponerlos en práctica cueste lo que cueste; porque, en la medida que deje de poner en práctica estos principios, privará su alma de la bendición y debilitará su testimonio.

Por eso, aquel que recurre a los tribunales, no está gobernado en esto por los principios del reino de Dios, sino por los principios del reino de Satanás, el príncipe de este mundo. No se trata aquí de saber si es cristiano, sino solamente de mostrar cuáles son los principios por los cuales se deja gobernar cuando recurre a los tribunales humanos en la circunstancia que fuera. No digo nada de los instintos morales de la naturaleza divina, que le harían sentir perfectamente la grave inconsecuencia de un hombre que profesa ser salvo por *gracia*, y que recurre a la *ley* para demandar a su prójimo; de un hombre que, aunque reconoce que si hubiese recibido su *derecho* de parte de Dios, estaría quemándose eternamente en el infierno, insiste sin embargo en reclamar su derecho frente a su semejante; de un hombre a quien se le había perdonado una deuda de diez mil talentos pero que toma del cuello a su compañero por unos miserables denarios (véase Mateo 18:21-35). No me detendré en esto. Deseo considerar solamente la cuestión de recurrir a la justicia a la luz del reino, a la luz de la eternidad; y si es cierto que en el reino de Dios no se necesitan tribunales de justicia, pues bien, pongo solemnemente, en la presencia de Dios, sobre la conciencia del lector, la siguiente afirmación: que como sujeto de este reino, está mal que recurra a los tribunales. La obediencia a este principio, es cierto, podrá exponerlo a pérdidas y sufrimientos; pero, ¿quién es “digno del reino de Dios”, si no el que está dispuesto a *padecer* por él

(2 Tesalonicenses 1:5)? Que aquellos que están gobernados por las cosas del *tiempo* recurran a la justicia; pero el cristiano está gobernado –o debiera estarlo– por las cosas de la *eternidad*. Los hombres van ante los tribunales *ahora*, pero *entonces* no será así; y el cristiano debe *actuar* ahora como actuaría *entonces*. Está en el reino; y puesto que el reino de Dios no está establecido, y el Rey es rechazado, es justo y conveniente que los sujetos de este reino sean llamados a padecer. La justicia “padece” *ahora*, “reinará” en el milenio y “morará” en los “cielos nuevos y tierra nueva” (véase Isaías 65:17; 66:22; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1). Ahora bien, al recurrir a los tribunales, el cristiano anticipa la edad milenaria. Él va ante su Amo para reclamar sus derechos. Es llamado a sufrir con paciencia todo tipo de males e injurias. Contrariarlas es negar la verdad de ese reino al que profesa pertenecer. Apelo a la conciencia del lector sobre este principio. Le ruego encarecidamente que le preste seria atención, que cale hondo en su conciencia y que no juegue con su verdad. No hay nada que estorbe tanto la eficacia, crecimiento y prosperidad del reino de Dios en el corazón que negarse a poner en práctica los principios de ese reino.

Pero alguien podría objetar: «Si insistimos en los principios del reino, ¿no abandonamos así el terreno elevado de la Iglesia, tal como está expuesto en las epístolas de Pablo?». De ninguna manera. Pertenecemos a la Iglesia, pero estamos en el reino; y, aunque nunca deberíamos confundir estas dos cosas, resulta perfectamente claro que los principios éticos de la Iglesia –es decir, sus hábitos morales y costumbres– jamás deberían ser inferiores a los del reino. Si es contrario al espíritu y a los principios del reino insistir en mis derechos y recurrir a los tribunales, esto, si fuera posible, debería ser más contrario aún al espíritu y los principios de la Iglesia. Esto no puede cuestionarse. Cuanto más elevada sea mi posición, más elevados deben ser también mi código de moral y tono de carácter. Creo plenamente, y deseo sostener firmemente este principio, que debo conocer por experiencia y realizar en la práctica la verdad de la Iglesia, como cuerpo y esposa de Cristo; que tiene una posición celestial y que espera la gloria celestial, en virtud de su unidad con Cristo; pero no puedo ver cómo mi condición de miembro de este cuerpo tan privilegiado puede hacer que mi conducta práctica sea inferior a la que presentaría si fuese meramente un sujeto o miembro del reino. Respecto a mi conducta actual y carácter, ¿hay para mí una diferencia entre pertenecer al cuerpo de una Cabeza rechazada y pertenecer al reino de un rey rechazado? Sin duda, no se sigue del primer caso una condición moral inferior. Cuanto más elevada es mi posición, y más íntima mi relación con Aquel que es rechazado, tanto más positiva debiera ser mi separación de lo que lo rechaza, y más completa mi asimilación a Su carácter, así como también más fiel y preciso mi andar en el sendero de Jesús siguiendo sus pasos en medio de la escena de donde fue rechazado.

Pero el hecho es que *carecemos de conciencia*, de una conciencia delicada, honesta y ejercitada, que responda verdadera y fielmente a los llamados de la Palabra pura y santa de Dios; este, honestamente lo creo, es el gran desiderátum –o lo que ante todo nos falta–, la apremiante necesidad del momento actual. No son tanto *principios* lo que necesitamos, sino más bien la gracia, la energía y la santa decisión de ponerlos en práctica, cueste lo que cueste. Admitimos la verdad de principios, que condenan evidentemente muchas cosas que hacemos directa o indirectamente. Admitimos el principio de la gracia y, sin embargo, reclamamos estrictamente el de la justicia. Por ejemplo, ¡cuán a menudo vemos personas que predicán, enseñan y profesan gozar de la gracia, y que, al mismo tiempo, insisten rigurosamente en sus derechos con sus inquilinos o deudores; y, ya sea ellos directamente o indirectamente por medio de sus agentes, despojan de sus bienes a la pobre gente, las dejan sin techo, condenándolas a la indigencia y a la miseria y enviándolas a un mundo frío y sin corazón! ¡He aquí uno de estos casos palpables, que, lamentablemente, no fueron sino demasiado frecuentes en los últimos tiempos!

Y ¿por qué es necesario especificar casos? Porque uno encuentra que la conciencia individual está actualmente tan poco ejercitada, que de otra manera no se entenderían los principios de que estamos hablando. Como David, un cuadro de semejante vileza moral seguramente despertará en nosotros la más profunda indignación, si no vemos al *yo* en este retrato. Por eso nosotros también necesitamos a veces que un Natán nos diga: “Tú eres aquel hombre” (2 Samuel 12:7), a fin de humillarnos en el polvo con una conciencia contrita y un verdadero horror de nosotros mismos. Así pues, en nuestros días no faltan elocuentes sermones, vivas disertaciones, tratados muy bien elaborados sobre los principios de la gracia; pero, no obstante todo esto, los tribunales no son menos frecuentados; se recurre a fiscales, abogados, jueces, agentes judiciales, con todo su horroroso aparato, para la defensa de nuestros derechos, lo que provoca a veces los gemidos e imprecaciones de pobres madres y de desdichados niños. ¿Nos ha de asombrar entonces que el cristianismo puro y práctico esté en un estado tan pobre entre nosotros? ¿Acaso es una sorpresa hallar en medio de nosotros tanta esterilidad, sequedad y miseria, tanta frialdad, ignorancia y depresión espiritual? ¿Que otra cosa podríamos esperar cuando los principios del reino de Dios son abiertamente violados?

Pero ¿acaso es injusto tratar de salvaguardar nuestros intereses y servirnos de los medios puestos a nuestro alcance para lograrlo? Ciertamente que no. Todo lo que afirmamos aquí es que, por más bien definido y por más claramente establecido que pueda ser nuestro derecho, el reclamo de este derecho en la justicia es diametralmente opuesto al reino de Dios. El siervo de Mateo 18

es llamado “siervo malvado” (v. 32) y entregado a los verdugos, no por haber actuado injustamente al querer obtener por la fuerza el pago de una deuda legítima, sino porque no había actuado en gracia y perdonado esta deuda. Sopesemos seriamente este hecho. Un hombre que deja de actuar en gracia, perderá pronto el sentimiento de la gracia; un hombre que no pone en práctica los principios del reino de Dios, perderá el gozo de estos principios en su alma. Esta es la moral de la parábola del siervo malvado. Bien podía, pues, el Señor Jesús hacer resonar en los oídos de sus discípulos esta exhortación: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15).

Pero ¡qué difícil es definir esta “avaricia”! ¡Cuánto esfuerzo hace falta para hacer pesar este pecado en la conciencia individual! Lo mismo que la mundanalidad, como alguien ha dicho, «va virando gradualmente del blanco al negro más oscuro»; de manera que solo si estamos impregnados del espíritu y la mente del cielo, y bien enseñados en los principios de la eternidad, seremos capaces de descubrir los efectos en nosotros. Pero, además de esto, es necesario aún que nuestros corazones sean purificados de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Los fariseos eran avaros y solo sabían burlarse de la doctrina de Cristo (véase Lucas 16:14); y lo mismo ocurre con todos aquellos que están contaminados con su levadura. Jamás comprenderán cuál es la justa y verdadera aplicación de la verdad, ya sea en cuanto a la avaricia o en cuanto a otros pecados. Tratan de definirla de la manera que más les convenga. Hacen esfuerzos por interpretar, modificar, aminorar, acomodar, hasta que logran retirar su conciencia del filo de la verdad de Dios; y así caen bajo el poder y la influencia del enemigo. Debemos ser gobernados por la pura verdad de la Palabra o por los impuros principios del mundo, forjados, como bien lo sabemos, en el taller de Satanás e introducidos en el mundo para ser empleados en su obra.

En la parábola del hombre rico, que el Señor nos presenta para ilustrar lo que es la avaricia, encontramos un carácter que el mundo respeta y admira. Pero, en esto, como en todas los demás temas de este importante capítulo, vemos la diferencia entra el *ahora* y el *después*, entre *el tiempo* y *la eternidad*. Todo depende de la luz con que miremos a los hombres y las cosas. Si las vemos únicamente desde el punto de vista del *ahora*, es muy natural que busquemos tener éxito en nuestros negocios, ensanchar el círculo de nuestras relaciones y beneficios y procurar tener una previsión para el futuro. El hombre que actúa así, es llamado prudente *ahora*, pero será un insensato *entonces*. Títulos de propiedad, empréstitos, recibos bancarios, etc., son moneda corriente *ahora*, pero de nada servirán *después*. Y recordemos que debemos hacer que el *después* de Dios sea nuestro *ahora*; debemos mirar las cosas temporales a la luz de la eternidad; las cosas de la tierra

a la luz del cielo. Esta es la verdadera sabiduría que no limita el corazón a este sistema de cosas que prevalece “debajo del sol”, sino que lo conduce a la luz y lo deja bajo el poder de ese mundo invisible en el cual los principios del reino de Dios rigen plenamente. Poco nos importará estar ocupados en los tribunales y en los bancos si los consideramos a la luz de la eternidad.

“La heredad de un hombre rico había producido mucho” (Lucas 12:16). ¿Qué pecado hay en el hecho de ser un buen agricultor o un negociante exitoso? Si Dios bendice el trabajo de un hombre, ¿no debe este regocijarse de eso? Sin duda que sí; pero observemos los progresos de un corazón avaro: “Él pensaba *dentro de sí*” (v. 17). Sus pensamientos no tenían lugar dentro de la presencia de Dios ni bajo la poderosa influencia de la eternidad. No; “él pensaba dentro de sí”, es decir, dentro del estrecho ámbito de su corazón egoísta; por eso no ha de asombrarnos que llegue a esta conclusión práctica: “¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?” (v. 17). ¡Qué! ¿No había acaso otro modo de usar sus recursos, teniendo en vista el futuro de Dios? Lamentablemente, no. El hombre tiene un futuro, o sueña con un futuro, con el cual cuenta y para el cual procura tener una previsión; pero el yo es el único objeto que figura en este futuro: el yo, ya sea en mi propia persona, ya en la de mi mujer o en la de mis hijos, es, moralmente hablando, la misma cosa.

El gran objeto del futuro de Dios es Cristo, y la verdadera sabiduría nos conducirá a fijar nuestras miradas en él, y a hacerle nuestro solo objeto para el tiempo y la eternidad, para *ahora* y para *después*. Pero la verdadera sabiduría es locura a los ojos del hombre del mundo; sí, la sabiduría del cielo es un disparate para los que tienen sus pensamientos en las cosas de la tierra. “Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y *allí* guardaré *todos* mis frutos y mis bienes” (v. 18). Aquí vemos lo que pensaba, lo que decía y lo que hizo; y hay una deplorable consecuencia entre sus pensamientos, sus palabras y sus actos: “Allí”, en el granero que edificué, “guardaré todo”. ¡Qué miserable tesoro para guardar *todo* lo perteneciente a un alma inmortal! Dios no entraba para nada en esta lista; no era su cofre ni su tesoro; esto es muy claro, y siempre es así para un hombre del mundo.

“Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regójate” (v. 19). Vemos así que la provisión de un hombre del mundo es tan *solo* “para muchos años”. Goza lo mejor que puedas de eso, porque no puede sobrepasar estos estrechos límites. Hasta en sus propios pensamientos sobre este tema, sus provisiones no pueden alcanzar esta ilimitada eternidad, que se extiende más allá de este corto espacio del tiempo. Y estas son las provisiones que él presenta a su alma inmortal, como la fuente de su reposo y regocijo. ¡Qué

miserable ceguera! ¡Qué cálculo insensato! ¡Qué diferencia con lo que un creyente puede presentar a su alma! Él puede, además, decir a su alma: «Alma mía, repósate, come, bebe y regocíjate; sáciate de la grosura de Su casa, y bebe del torrente de Sus delicias y del vino de Su reino; y alégrate de Su perfecta salvación; porque tienes muchos bienes; sí, inagotables riquezas, indecibles tesoros, acumulados, no solo para varios años, sino para la eternidad. La obra consumada de Cristo es el fundamento de tu paz eterna, y Su gloria futura, el objeto firme y seguro de tu esperanza». Este es un discurso de naturaleza distinta, y muestra la diferencia entra el *ahora* y el *después*. Es un error fatal no hacer del Cristo crucificado, del Cristo resucitado, del Cristo glorificado, el Alfa y la Omega de todos nuestros cálculos. Pintar un cuadro del futuro sin poner en primer plano a Cristo, es una verdadera locura; porque no bien Dios aparece, el cuadro se desvanece irremediabilmente.

“Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (v. 20). Y luego obsérvese la moral de todo esto: “Así es el que” –no importa si se trata de un creyente o de un pecador– “*hace para sí tesoro*, y no es rico para con Dios” (v. 21). El hombre que acumula bienes hace virtualmente un dios de su tesoro: se deja mecer en una falsa tranquilidad en cuanto a su futuro, pensando en los bienes que tiene en reserva; porque si no los tuviera, sería infeliz. Para hacer que un hombre natural pierda la razón, bastaría con darle a Dios solo para que no dependa de ninguna otra cosa que no sea de Él; cualquier otra cosa sería mejor para él que Dios solo. Dele títulos de propiedad, acciones, pólizas de seguro: se apoyará en eso y hasta morirá tranquilo, si puede dejarles estos trapos a sus herederos. En una palabra, todo es bueno para el corazón natural excepto Dios. A juicio del hombre natural, **todo es realidad excepto la única realidad**. Esto demuestra cuál es la verdadera condición de la naturaleza humana. No puede confiar en Dios; puede *hablar* de Dios, pero no puede *confiar* en Él. La verdadera base de la constitución moral del hombre, es la desconfianza de Dios, y uno de los más bellos frutos de la nueva naturaleza es la capacidad que tiene de confiar en Dios para todo. “En ti confiarán los que conocen tu nombre” (Salmo 9:10). Solo ellos pueden hacerlo.

Pero mi principal propósito en este escrito es dirigirme a la conciencia de los cristianos. Pregunto, pues, al lector cristiano, con toda sencillez: ¿Es conforme a la doctrina de Cristo, tal como está expuesta en el Evangelio, que sus discípulos acumulen tesoros en la tierra? Parecería casi un absurdo formular semejante pregunta a la luz del capítulo 12 de Lucas y de otros pasajes análogos: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones

no minan ni hurtan” (Mateo 6:19-20). La Escritura es lo suficientemente clara, y no se precisa sino una conciencia honesta para aplicarla de manera de producir los resultados convenientes. Es directamente contrario a la doctrina del reino de Dios y completamente incompatible con la verdadera posición de un discípulo, amontonar tesoros, de la naturaleza que fueren, “en la tierra”. En este caso, como en el caso de recurrir a los tribunales, debemos recordar simplemente que estamos en el reino de Dios, a fin de saber cómo debemos actuar. Los principios de este reino son eternos y obligatorios para todo discípulo de Cristo.

“Dijo luego a sus discípulos: Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido” (Lucas 12:22-23). Nótese que se dice: “No os afanéis”. Estas palabras no necesitan comentario ni soportan que se las acomode al gusto de uno. Alguno podría decir que esto significa: «no tengáis inquietudes extremas», pero no se habla de «extrema inquietud» en este pasaje. Se dice simplemente: “No os afanéis”, y eso, además, respecto a lo que el hombre realmente puede necesitar, a saber, el alimento y el vestido, respecto de los cuales el Señor nos da dos ejemplos: el de las aves y el de los lirios; porque los primeros son alimentados y los últimos son vestidos sin preocuparse de ello. Y esta exhortación no es meramente cierta en relación con aquellos que están en el reino solamente, también es cierta –y con más razón– en cuanto a los miembros de la Iglesia. “Por nada estéis afanosos”, dice el Espíritu por el apóstol (Filipenses 4:6). ¿Y por qué? Porque Dios tiene cuidado de nosotros (véase 1 Pedro 5:7), y porque no se necesita que dos estén ocupados en la misma cosa, cuando uno puede hacer todo, y cuando el otro no puede hacer nada. “Sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará (*phrouresei*) vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7). Este es el sólido fundamento de la paz del corazón, de la que tan pocos creyentes realmente gozan. Hay muchos que encontraron la paz de la conciencia por la fe en la perfección de la obra de Cristo, que no gozan de la paz del corazón por la fe en la suficiencia de los cuidados de Dios para todas nuestras necesidades. A menudo nos pasa que oramos por nuestras dificultades y pruebas, y nos levantamos tan preocupados y abatidos como cuando nos arrodillamos. Profesamos poner nuestros asuntos en las manos de Dios, pero no sabemos *dejarlos* allí; y, en consecuencia, no disfrutamos de la paz del corazón. Es lo que sucedió con Jacob en Génesis 32. Le pidió a Dios que lo librara de la mano de Esaú; pero no bien se levantó después de estar de rodillas, nos descubre el verdadero fundamento de la confianza de su alma, diciendo: “Apaciguaré su ira con el presente que va delante de mí” (Génesis 32:20). Es evidente que tenía más confianza en su «regalo» que en Dios. Este es un error bastante co-

mún entre los hijos de Dios; profesamos esperar en la Fuente eterna, mientras que la mirada del alma se vuelve hacia alguna cisterna de la criatura; y de esta manera Dios es dejado a un lado en la práctica, nuestras almas no son libradas y no gozamos de la paz del corazón.

El apóstol continúa y nos da una lista de las cosas en las cuales debemos pensar (Filipenses 4:8). No encontramos en ella ni una sola alusión al «yo» ni a sus asuntos. “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto (*semna*), todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad... y el Dios de paz estará con vosotros”. Si, pues, sé y creo que Dios piensa en mí y se ocupa de mí, tengo “*la paz de Dios*”; y si pienso en Dios y en las cosas que le pertenecen, tengo al “*Dios de paz*”. Todo esto, como podía esperarse, está en perfecta armonía con las enseñanzas de Cristo en Lucas 12. Después de haber tranquilizado el corazón de sus discípulos con respecto a sus necesidades temporales y a su tesoro futuro, dice: “Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas” (Lucas 12:31). No se trata de que yo deba buscar el reino con el secreto pensamiento de que al hacerlo se proveerá a mis necesidades. Esto no corresponde a un verdadero discípulo. Un verdadero discípulo no piensa en nada más que en su Amo y en el reino de su Amo; el Amo, entonces, por su parte, no dejará de pensar en este discípulo y en sus necesidades. Tales son las relaciones que existen entre un siervo fiel y un Amo todopoderoso y lleno de gracia. Este siervo puede entonces estar sin inquietudes, no tener nada de qué preocuparse.

Pero hay otra razón, que se nos presenta en esta exhortación, para desterrar de nuestros corazones las inquietudes: su total inutilidad: “¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo? Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás?” (Lucas 12:25-26). No ganamos nada con nuestras preocupaciones; y si les damos cabida en nuestra alma, solo nos hacemos incapaces de buscar el reino de Dios, y, por nuestra incredulidad, ponemos una barrera en el trabajo del Señor en nosotros. Estas palabras: “Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58), son siempre ciertas respecto a nosotros. La incredulidad es el gran obstáculo para el despliegue de los actos poderosos de Dios a nuestro favor. Si nos encargamos nosotros mismos de nuestros propios asuntos, es evidente que no necesitamos a Dios. Somos así abandonados a la abrumadora influencia de nuestros pensamientos perturbadores, que nos mueven finalmente a buscar refugio en algún recurso humano, y hacemos “naufragio en cuanto a la fe” (1 Timoteo 1:19).

Es muy importante discernir si nos apoyamos en Dios o en las circunstancias. No serviría absolutamente de nada afirmar que nos apoyamos en Dios *y* en las circunstancias. Nos apoyamos en Dios *solamente*, o no nos apoyamos absolutamente en nada. Es muy fácil hablar de la fe cuando, en realidad, nuestros corazones esperan en la criatura, de la forma que sea. Deberíamos examinar cuidadosamente nuestros caminos sobre este punto; porque la dependencia inmediata y absoluta de Dios, que es uno de los caracteres particulares de la vida divina y uno de los principios fundamentales del reino, es algo esencial por lo que debemos velar a fin de que no opongamos ninguna barrera a nuestro progreso en esta celestial disposición. Sin duda, es muy difícil para la carne y la sangre no tener algo visible en que apoyarse. El corazón ¿no tiembla al borde de las circunstancias –como al borde de un océano desconocido– desconocido para todos menos para la fe? Estamos a veces a punto de exclamar como Lot: “¿No es ella pequeña?, y vivirá mi alma” (Génesis 19:20, V. M.). El corazón anhela algún andrajo de las cosas de aquí abajo, alguna de las tablas de la balsa de los bienes de este mundo a donde abrazarse, cualquier cosa, en una palabra, que no le obligue a vivir en un estado de dependencia absoluta de Dios. Pero si solamente Dios es conocido, es necesario que se confíe en él; y si se confía en él, es necesario que sea conocido.

Sin esto el pobre corazón suspirará siempre por algún recurso fijo y palpable. Si se trata de necesidades temporales, deseará ardientemente una renta fija, una determinada suma de dinero, un ingreso regular, ya sea por arrendamiento de tierras o de cierto número de propiedades de cualquier tipo; en definitiva, algo con lo que este pobre corazón crea que puede contar. Si se trata del ministerio o de algún testimonio público, es lo mismo. Si un hombre va a predicar o exponer la Palabra, quiere también poder apoyarse en algo: si no es en un sermón escrito, lo será al menos en algunas notas o en una preparación previa; en cualquier cosa menos en una dependencia absoluta e incondicional de Dios. Por eso la mundanalidad progresa tan temiblemente entre los cristianos. Solo la fe puede vencer al mundo y purificar el corazón. Ella eleva el alma por encima de la influencia del tiempo, y la mantiene habitualmente en la luz de la eternidad. Se ocupa, no del *ahora*, sino del *mañana*; no de la *tierra*, sino del *cielo*. Así es como vence al mundo y purifica el corazón. Oye y cree esta palabra de Cristo: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32). Ahora bien, si “el reino” llena la visión de mi alma, no hay lugar para ninguna otra cosa. Puedo fácilmente abandonar las sombras del presente, ante la perspectiva de las realidades futuras; los bienes efímeros de *ahora*, en vista de un eterno *después*.

Por eso, el Señor añade inmediatamente: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejeczan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (v. 33-34). Si tengo un tesoro en la tierra, un tesoro cualquiera, mi *corazón* estará allí también, y seré un mundano. Pero ¿cómo puedo realmente vaciar mi corazón del mundo? Llenándolo de Cristo, quien es el verdadero tesoro que ni las «bolsas» ni los «graneros» de este mundo pueden contener. El mundo tiene sus «graneros» y sus «bolsas», en los cuales amontona sus «bienes»; pero sus graneros se derrumbarán y sus bolsas envejecerán; y entonces, ¿que será del tesoro? Ciertamente, «el que edifica debajo del cielo, edifica demasiado bajo».

A pesar de eso, hay muchos que quieren edificar y acumular riquezas, si no para sí mismos, al menos para sus hijos, es decir, su segundo yo. Si atesoro para mis hijos, atesoro para mí; y no solo eso, sino que, los bienes atesorados, raramente resultan en bendición para los hijos, sino todo lo contrario, porque no los deja en el terreno que Dios, en su gobierno moral, estableció para ellos, lo mismo que para todos los hombres, es decir, que cada uno “trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad” (Efesios 4:28), no que atesore para sí mismo ni para su segundo yo. Este es el terreno asignado por Dios a todo hombre; por lo tanto, si atesoro para mis hijos, yo mismo abandono este terreno y también privo a mis hijos de él, y el resultado de eso no puede ser sino una pérdida de bendición. Si he probado la incomparable dulzura de la obediencia a Dios y la confianza en Él para todas las cosas, ¿privaré a mis hijos de ello? ¿No sería, en cuanto de mí dependa, privarlos virtualmente de Dios, y darles a cambio algunas «bolsas viejas», unos mohosos títulos de acciones y de propiedades? ¿Sería esto actuar respecto a ellos como un padre sabio y bueno? ¡Oh, por cierto que no! Sería más bien vender el *futuro* por el *presente*. Sería imitar al sensual y profano Esaú, que vendió su primogenitura por un plato de comida (Hebreos 12:16); sería abandonar el futuro de Dios por el presente del hombre.

¿Y por qué atesoraría para mis hijos? Si puedo confiar en Dios respecto de mí, ¿por qué no lo podría hacer también respecto de mis hijos? Aquel que me alimentó y vistió, ¿no puede alimentarlos y vestirlos también a ellos? ¿Acaso se ha acertado Su mano o se han agotado sus recursos? ¿Debo hacer de mis hijos personas perezosas u ociosas? ¿Les daré dinero en lugar de Dios? Querido lector, tengamos muy presente este simple hecho: si no *podemos* confiar en Dios para nuestros hijos, *no* confiamos en Él para nosotros mismos. En el momento en que comenzamos a atesorar, por poco que sea, nos apartamos, en principio, de la vida de la fe. Podemos ponerle a

nuestro pequeño tesoro los nombres más bellos que jamás haya inventado una mente mundana o un corazón incrédulo; pero la verdad pura y simple es esta: *Mi tesoro es mi Dios*. “Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Pero que se entienda bien esta verdad; no le demos un sentido que no tiene. Tengo el deber, por las poderosas obligaciones de la Palabra y el ejemplo de Dios, de proveer, mediante el trabajo, a mis necesidades y a las de los míos; “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8). Esto está demasiado claro. Además, tengo la obligación, dentro de los principios de Dios y de mis posibilidades, de proveer a mis hijos con los medios necesarios que los ayuden a desempeñar adecuadamente algún servicio o profesión a los cuales Dios en su gracia tenga a bien llamarlos. Pero no veo en ningún lugar de la Palabra, que deba dejarles a mis hijos una fortuna, en lugar de un trabajo honesto o cualquier profesión honrada, en la simple dependencia del Padre celestial. La experiencia indica, además, que rara vez los hijos son agradecidos con sus padres por haberles dejado una rica herencia; mientras que otros recuerdan siempre, con gratitud y veneración, los cuidados paternales, que les enseñaron a ganarse el pan honradamente y confiando en Dios.

No puedo, sin embargo, dejar de mencionar un pasaje que a menudo ha sido utilizado –de hecho impropriamente– en apoyo de la práctica mundana e incrédula de atesorar. Me refiero a 2 Corintios 12:14: “He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos”. ¡Qué contenta se pone la gente cuando encuentra en la Escritura una aparente aprobación de su mundanalidad! En este pasaje no hay sino una apariencia de autoridad; porque el apóstol ciertamente no enseña a los cristianos a atesorar; no recomienda a hombres celestiales que hagan tesoros en la tierra, para el objeto que fuere. Simplemente hace alusión a una práctica común *en el mundo*, y a un sentimiento común *en el hombre natural*, con el fin de ilustrar mejor su manera de actuar con los corintios, que eran sus hijos en la fe. No les había sido gravoso en absoluto, ni tampoco quería serles gravoso, porque era un padre para ellos. Ahora bien, si a los hijos de Dios les satisface regresar al mundo y a sus máximas, a la naturaleza y a sus caminos, que pongan, pues, toda diligencia en atesorar; que acumulen, si quieren, “tesoros para los días postreros” (Santiago 5:3); pero que recuerden que el fin de todo esto es la polilla, el gusano y el orín. ¡Oh, si tuviésemos un corazón para apreciar esas «bolsas» inmortales en las cuales la fe recoge sus incorruptibles tesoros! ¡Esos graneros celestiales en donde la fe recoge todos sus frutos y sus bienes (Lucas 12:18)! Entonces marcharíamos por una senda santa y elevada a través de este presente siglo malo; entonces también nos remontaríamos, con las po-

derosas alas de la fe, por encima de la atmósfera sombría que envuelve como una mortaja a este mundo que rechaza a Cristo y que aborrece a Dios; un mundo que está totalmente impregnado y contaminado con estos dos elementos: *el odio a Dios y el amor al dinero*.

Solo me resta decir, antes de terminar, que el Señor Jesús –el adorable, el divino Maestro celestial– buscando elevar, mediante estos principios celestiales, los pensamientos y afectos de los discípulos al nivel que debían tener, les encomienda dos cosas, que pueden resumirse en estas palabras del Espíritu Santo: “Servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:10). Toda la enseñanza de Lucas 12, desde el versículo 35 hasta el final, puede encuadrarse en el marco de estos dos vastos temas sobre los cuales deseo llamar la atención del lector cristiano. Debemos servir únicamente “al Dios vivo”, y no debemos esperar nada –nada que valga la pena– que no sea “a su Hijo”. Que el Espíritu Santo revista su Palabra de poder celestial, de modo que penetre en los corazones y en las conciencias, y sus efectos prácticos puedan verse en la vida de todo hijo de Dios, para que el nombre del Señor Jesús sea magnificado y su verdad demostrada en la conducta de los Suyos. Que a cada uno de nosotros se nos conceda abundantemente la gracia de tener un corazón honesto y una conciencia delicada, recta y templada, a fin de que seamos como un instrumento en su tono justo, que produce un sonido puro cuando lo toca la mano del Maestro y en perfecta armonía con Su voz celestial.

Por último, si estas páginas cayesen en manos de alguien que todavía no ha encontrado la paz de su conciencia en la expiación cumplida por el Hijo de Dios, quisiera rogarle que no deseche este escrito y diga: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”. Usted probablemente pregunte: «¿Qué sería del mundo, si tales principios dominaran en él?». A lo que respondo: dejaría de ser gobernado por Satanás y se convertiría en “el reino de Dios”. Pero permítame preguntarle, querido lector: ¿A qué reino pertenece usted? ¿Al de *ahora* o al que *ha de venir*? ¿Vive para las cosas de este mundo, o busca las de la eternidad? ¿Vive para la tierra o para el cielo, para Satanás o para Cristo? Le ruego afectuosamente, que sea absolutamente sincero consigo mismo en la presencia de Dios. Recuerde que “*nada* hay encubierto, que no haya de descubrirse” (Lucas 12:2). El tribunal de Cristo sacará *todo* a la luz. Por eso le digo, sea totalmente sincero y franco consigo mismo. Pregúntele a su corazón dónde está usted parado, en qué situación se encuentra en cuanto a su relación con Dios, cuál es el fundamento de su paz, cuáles son sus perspectivas para la eternidad. No se imagine que Dios quiere que usted compre el cielo renunciando a las cosas de la tierra. No, Dios lo dirige a Cristo, quien, al llevar sus pecados en Su cuerpo sobre la cruz, abrió, para todo pecador que cree, un camino por el cual puede venir a la presencia de Dios en el poder de una

justicia divina. Dios no le pide ser algo o hacer algo. El Evangelio le dice lo que Jesús es y lo que él hizo, y si usted cree esto en su corazón, y lo confiesa con su boca, será salvo (véase Romanos 10:9). El Cristo –el Hijo eterno de Dios–, Dios manifestado en carne, uno con el Padre, habiendo sido concebido por el Espíritu Santo, nació de una mujer, tomó sobre sí un cuerpo preparado por el poder del Altísimo, y se hizo así **verdadero Hombre** –verdadero Dios y verdadero hombre–, el que, después de una vida de perfecta obediencia, murió en la cruz, habiendo sido hecho pecado y maldición; y, habiendo agotado, hasta la última gota, la copa de la justa ira de Dios, sufrió el aguijón de la muerte, triunfó sobre el sepulcro y destruyó al que tenía el imperio de la muerte, ascendiendo al cielo y sentándose a la diestra de Dios. Tal es el infinito valor de su perfecto sacrificio, para que todo aquel que cree sea justificado de **todas las cosas**. Sí, para que sea acepto en Él, revestido de Su justicia delante de Dios, y jamás venga a condenación, sino que pase de muerte a vida (véase Juan 5:24). Este es el Evangelio, las buenas nuevas de salvación, que Dios hace ahora anunciar a toda criatura por el Espíritu Santo enviado del cielo. Querido lector, para terminar, permítame exhortarlo a contemplar al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). **Crea y vivirá.**

Simón Pedro - Su vida y sus lecciones

Nos proponemos, bajo la guía del Espíritu, escribir una serie de meditaciones sobre la vida y el ministerio del bendito siervo de Cristo cuyo nombre encabeza este escrito. Lo seguiremos a lo largo de los Evangelios, los Hechos y las Epístolas, pues aparece en las tres grandes divisiones del Nuevo Testamento. Meditaremos sobre su llamado, su conversión, su confesión, su caída y su restauración; en una palabra, echaremos un vistazo a todas las escenas y circunstancias de su notable historia, en las que hallaremos muchas lecciones valiosas sobre las cuales haremos bien en reflexionar. ¡Que el Espíritu Santo sea nuestro Guía y Maestro!

La primera vez que se menciona a Simón Pedro es en el primer capítulo del Evangelio de Juan. Aquí, desde el principio mismo, hallamos una escena llena de interés e instrucción. Entre aquellos que habían sido reunidos por el poderoso ministerio de Juan el Bautista, había dos hombres que lo oyeron pronunciar su impactante testimonio al Cordero de Dios. Vamos a transcribir el texto:

“ El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios (Juan 1:35-36).

Esas palabras resonaron con peculiar fuerza en los corazones de dos de los discípulos de Juan. No digo que esas palabras se dirigieron especialmente a ellos; al menos no se nos dice tal cosa. Pero eran palabras de vida, frescura y poder, palabras que emanan de las profundidades de un corazón que había hallado un objeto en la Persona de Cristo. El día anterior, Juan había hablado de la obra de Cristo. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Y otra vez: “Ese es el que bautiza con el Espíritu Santo” (v. 29, 33).

Y observe bien el lector el testimonio de Juan a la *Persona* del Cordero de Dios. “Juan se estaba de pie” (Juan 1:35, V. M.), irresistiblemente atraído, sin duda, por el objeto que llenaba la visión de su alma. “Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios” (Juan 1:36). Esto era lo que fue directo al corazón de los dos discípulos que estaban al lado de él, y los afectó de tal manera que dejaron a su maestro para seguir a este Objeto nuevo e infinitamente más glorioso que les había sido presentado.

Siempre hay un inmenso poder moral en el testimonio que emana de un corazón absorbido por el glorioso Objeto. No hay nada formal, oficial ni mecánico en tal testimonio. Es el simple fruto de la comunión del corazón; y no hay nada como ello. No es la mera declaración de cosas verda-

deras acerca de Cristo. Se trata del corazón ocupado y satisfecho con Cristo; del ojo atraído, del corazón fijo, de todo el ser moral centrado y absorbido en aquel Objeto que llena todo el cielo de Su gloria.

Esta es la clase de testimonio que tanto necesitamos en nuestra vida privada así como en nuestras reuniones públicas, el que habla a los demás con tan maravilloso poder. Nunca podremos hablar eficazmente de Cristo, a menos que nuestros corazones estén llenos de Él. Y lo mismo podemos decir con respecto a nuestras reuniones. Cuando Cristo es el único objeto que absorbe el corazón, habrá un tono y una atmósfera que de alguna manera llamarán con gran fuerza la atención a todo aquel que entre en el salón. Puede que no haya muchos dones o mucha doctrina; o que haya poco atractivo en los cánticos para gente de gusto musical; pero ¡oh, hay corazones que se gozan en Cristo! Su “nombre es como unguento derramado” (Cantares 1:3). Los ojos de todos están fijos en Él; cada corazón halla en Él su centro. Él es el objeto que domina el corazón de todos los que encuentran en Él su porción satisfactoria. Es como si la asamblea, con voz unánime, dijese: «He aquí el Cordero de Dios», y esto es lo que produce un poderoso efecto, tanto para atraer a las almas a Cristo como para convencerlas de que la gente en esa asamblea tiene algo que el mundo no conoce.

Observemos qué efecto produjo esto en los dos discípulos de Juan el Bautista. “Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima” (Juan 1:37-39). Así el testimonio de Juan el Bautista los condujo a seguir a Jesús, y, cuando le siguieron, nueva luz se derramó sobre su camino, y finalmente se encontraron en la morada misma de Aquel de quien su maestro les había hablado.

Y aunque era una gran cosa que los deseos más profundos de sus corazones estuviesen satisfechos, no todo terminaba allí. Había ahora un maravilloso deseo de salir en busca de otros. Este es siempre el resultado de una estrecha relación personal con Cristo y de una íntima ocupación con su Persona. “Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús” (v. 40-42).

Aquí hay algo que haremos bien en meditar. Fijémonos cómo se ensancha el círculo de bendición. Veamos qué resultados se obtienen de una simple frase pronunciada con verdad y realidad. Podría parecer a un observador carnal que por su testimonio Juan hubiese sufrido pérdidas. To-

do lo contrario. Este honrado siervo se gozaba dirigiendo las almas a Jesús. No quería unir las a él ni reunir un partido alrededor de sí mismo. “Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (Juan 1:15). Y también: “Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos” —¿Qué profunda lección moral se les dio a los fariseos!— “Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (v. 19-27).

No es muy probable que el hombre que podía dar tales respuestas, y llevar tal testimonio, fuese, en el más mínimo grado, afectado por la pérdida de unos pocos discípulos. En realidad, no los perdía cuando ellos siguieron a Jesús y hallaron su morada con Él. De esto tenemos el más bello testimonio que pueda darse, de los propios labios de Juan, en respuesta a aquellos que evidentemente pensaron que su maestro tal vez podría sentir que estaba siendo dejado a un lado. “Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él. Respondió Juan y dijo: *No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe*” (Juan 3:26-30).

¡Nobles palabras! El gozo de este tan ilustre siervo —el mayor entre los nacidos de mujer—, era ocultarse detrás de Jesús, y hallar todos sus recursos en Él. En cuanto a él, era solo “una voz”. En cuanto a su obra, solo bautizaba con agua; no era digno de desatar la correa del calzado de su Maestro.

Tal era Juan, el hombre cuyo brillante testimonio condujo al hermano de Simón Pedro a los pies del Hijo de Dios. El testimonio era claro y preciso, y la obra, profunda y verdadera en las almas de los que lo recibieron.

Qué bien hace al corazón notar las palabras simples, fervientes y conmovedoras de Andrés el hermano de Simón. Él es capaz de decir, sin ningún tipo de reserva ni vacilación: “*Hemos hallado al Mesías*” (Juan 1:41). Esto era lo que lo condujo a ir en busca de su hermano. No perdió el tiempo. Una vez que fue salvo y bendecido, inmediatamente buscó a su hermano para que gozara de la misma bendición.

¡Cuán simple! ¡Cuán moralmente bello! ¡Cuán divinamente natural! Tan pronto como halló al Mesías, fue en busca de su hermano para manifestarle su gozo. Así debe ser siempre. No podemos dudar ni un momento de que hallar a Cristo para nosotros es el verdadero secreto de ir en busca de otros. No hay ninguna incertidumbre en el testimonio de Andrés; ningún titubeo, vacilación ni temor. No dice «Espero haber hallado». No; todo es claro y preciso. No le habría servido de nada a Simón Pedro si hubiese sido de otra manera. Un sonido incierto no dice nada a nadie.

Es una gran cosa ser capaz de decir: «*He hallado a Cristo*». Lector, ¿puede usted decir esto? Seguramente usted ha oído hablar de Él. Puede que haya oído de labios de alguien que ama fervientemente a Jesús: “He aquí el Cordero de Dios”. Pero, ¿ha seguido usted a ese adorable Salvador? Si es así, deseará hablar a otras personas del tesoro que acaba de hallar, y traerlas a Jesús. Comience por casa. Contacte a su hermano o hermana, a su compañero, a su compañero de estudios, de trabajo, de negocios, de servicio, y susúrrele al oído con amor, pero clara y decididamente: «He hallado a Jesús. Realmente ven, prueba y ve cuán bondadoso es Él. ¡Ven! ¡Oh ven a Jesús!». Recordemos que esta fue la manera en que fue llamado el gran apóstol Pedro. Oyó hablar de Jesús por primera vez de boca de su propio hermano Andrés. Este poderoso obrero, este gran predicador que fue bendecido, en una ocasión, con la conversión de tres mil almas, que abrió el reino de los cielos a los judíos en Hechos 3 y a los gentiles en Hechos 10, este bendito siervo fue llevado a Cristo de la mano de su propio hermano en la carne.

Su convicción

La referencia que tenemos de nuestro apóstol en Juan 1, es sin duda muy breve, pero encierra mucho significado. “Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro [o piedra])” (Juan 1:41-42).

Ahora bien, no tenemos registro aquí de ningún trabajo espiritual profundo en el alma de Simón. Se nos dice su nombre en la vieja creación, y su nombre en la nueva; pero no hay absolutamente ninguna alusión a aquellos ejercicios profundos de alma de los cuales sabemos que fue objeto. Para ello pediremos al lector que se vuelva unos momentos a Lucas 5, donde tenemos una maravillosa pieza de hechura divina.

“Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud” (Lucas 5:1-3).

Notemos especialmente la gracia moral que brilla aquí. Jesús “le rogó que la apartase de tierra *un poco*”. Aunque era el Señor de toda la creación, el “poseedor de los cielos y de la tierra”, sin embargo, como el Hombre humilde y lleno de gracia, reconoce cortésmente la propiedad de Simón, y le pide, como un favor, que aparte *un poco* la barca de la orilla. Esto era moralmente bello, y podemos estar seguros de que produjo su efecto en el corazón de Simón.

“Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. Simón estaba a punto de recibir el pago por el préstamo de su barca. “Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red”. —¡Qué poder y qué gracia había en esas palabras!—. “Y habiéndolo hecho, cerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían”. Ni sus redes ni sus barcas eran capaces de sostener el fruto del poder y la bondad divinos. “Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 4-8).

Aquí, pues, tenemos el gran efecto práctico producido en el alma de Pedro por la acción combinada del poder y la gracia. Fue llevado a verse a sí mismo a la luz de la presencia divina, el único lugar donde el yo puede ser realmente visto y juzgado. Simón había oído la palabra que Jesús dirigió a la multitud en la orilla. Había sentido la dulce gracia y belleza moral de la manera en que Jesús lo había tratado. Había visto la demostración de poder divino en la pesca milagrosa. Todo esto hablaba poderosamente a su corazón y conciencia, haciéndolo caer sobre su rostro delante del Señor.

Ahora bien, esto es lo que podemos llamar un auténtico trabajo de convicción. Simón se halló en el lugar del verdadero juicio propio, un lugar muy bendito por cierto, de donde todos deben partir si han de ser utilizados en la obra del Señor, y si quieren manifestar progreso y estabilidad en la vida divina. Nunca habrá verdadero poder ni progreso a menos que haya un profundo y sólido trabajo del Espíritu de Dios en la conciencia. Las personas que entran rápidamente en lo que ellos llaman paz, son aptas para salir de ella tan rápidamente como entraron. Es algo muy serio ser conducidos a vernos a nosotros mismos a la luz de la presencia de Dios, tener nuestros ojos abiertos a la verdad de nuestra historia pasada, nuestra condición presente y nuestro destino futuro. Esto es lo que Simón Pedro experimentó en su día, y así lo hicieron todos los que fueron llevados a un conocimiento de Cristo como Salvador. Escuchemos las palabras de Isaías, cuando se vio a sí mismo en la poderosa luz de la gloria divina. “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, *han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos*” (Isaías 6:5). Y lo mismo vemos en el caso del patriarca Job: “De oídas te había oído; mas ahora *mis ojos te ven*. Por tanto *me aborrezco*, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5-6).

Estas vivas expresiones revelan un trabajo profundo y genuino tanto en el patriarca como en el profeta. Y sin duda nuestro apóstol ocupó el mismo terreno moral cuando, de lo profundo de un corazón quebrantado, exclamó: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Para ser llamado Cefas, Simón debe primero estar totalmente quebrantado y haber acabado definitivamente con el yo. Para ser utilizado como pescador de hombres, debe aprender, de manera divina, cuál es la verdadera condición del hombre. Para enseñar a otros que “toda carne es como hierba” (1 Pedro 1:24), debe aprender a aplicar esta gran verdad a su propio corazón.

Así ocurre en todos los casos. Miremos a Saulo de Tarso. ¿Qué significan esos tres días de ceguera, durante los cuales no comió ni bebió? ¿Acaso no podemos afirmar con total seguridad que fueron días serios, tal vez los más serios en toda la vida de ese notable hombre? Fueron, sin duda, días en los que fue conducido hasta lo más profundo de su ser moral, hasta las raíces más profundas de su historia, naturaleza, carácter, conducta y religión. Fue llevado a ver que toda su vida había sido un terrible error, una horrible mentira; que su carrera como hombre religioso había sido una carrera de insensata rebelión contra el Cristo de Dios. Podemos estar seguros de que todo esto fue considerado de manera solemne y profunda en el alma de este hombre divinamente convencido de pecado. Su arrepentimiento no fue un trabajo superficial; fue profundo y completo; dejó su impronta en toda su posterior carrera, carácter y ministerio. Él también, co-

mo Simón, fue llevado a acabar con el yo, y allí encontró un Objeto que no solo satisfizo sus más profundas necesidades, sino que también respondió perfectamente a todos los anhelos y aspiraciones de su ser renovado.

Ahora bien, debemos confesar que nos complace contemplar un trabajo espiritual de este tipo. Es realmente reconfortante considerar conversiones de esta naturaleza. Mucho tememos que en gran parte de la obra de nuestro tiempo haya una falta de profundidad y poder espiritual, y, como consecuencia, una falta de estabilidad en el carácter cristiano, así como de profundidad y permanencia en la marcha cristiana. Puede que aquellos de nosotros que estamos ocupados en la obra de la evangelización seamos débiles y superficiales en la vida divina, que no estemos lo suficientemente cerca de Cristo para entender cómo tratar con las almas; que no sepamos presentar la verdad según Dios; que estemos más deseosos de mostrar cómo la necesidad del pecador es satisfecha, que de mostrar cómo se asegura y mantiene la gloria de Dios. Quizás no insistimos lo suficiente en las demandas de la verdad y la santidad divinas sobre la conciencia de nuestros oyentes. Hay una falta de plenitud en la presentación de la verdad de Dios, una repetición continua de la misma nota; hay una esterilidad y sombría monotonía en la predicación, como consecuencia de no permanecer cerca del manantial, y de no beber en nuestras propias almas de las inagotables fuentes de gracia y verdad en la Persona y obra de Cristo. Quizás, también, estamos más ocupados con nosotros y con nuestra predicación que con Cristo y su gloria; más deseosos de hacer alarde de los resultados de nuestro servicio, que de ser olor grato de Cristo para Dios.

No podemos sino sentir el peso y la seriedad de estas consideraciones para todos aquellos que participan en la obra del Evangelio. Sin duda es necesario que pasemos más tiempo en la presencia de Dios con relación a nuestro servicio, ya que de ningún modo podemos ocultar de nosotros el hecho de que, con respecto a la predicación de nuestros días, el fruto es pequeño en cantidad y pobre en calidad. Deseamos bendecir a Dios por cualquier manifestación de su gracia y poder en las almas; aunque de ninguna manera podamos declarar auténtico mucho de lo que presumidamente se ostenta como conversión. Lo que anhelamos es un trabajo profundo, genuino e inequívoco del Espíritu Santo; un trabajo que demostrará su autenticidad, fuera de toda duda, por sus resultados permanentes en la vida y el carácter. Una cosa es hacer cuentas y publicar el número de conversiones, y otra muy distinta es ver que estos casos son realmente genuinos. El Espíritu Santo a veces puede decirnos en las inspiradas páginas el número de almas convertidas. En una ocasión habla de tres mil convertidos. Él lo puede hacer porque sabe perfectamente todo. Puede

leer el corazón. Puede distinguir entre lo falso y lo verdadero. Pero cuando los hombres toman entre manos contar y publicar el número de sus convertidos, debemos tomar su declaración con la mayor reserva y precaución.

No es que seamos malpensados. Dios no lo permita; es cierto que deberíamos cultivar un estado de ánimo más positivo y esperanzador. Pero creemos que es mejor, en todos los casos, dejar que el trabajo hable por sí solo. Toda obra realmente divina, podemos estar seguros, dará sus frutos y la podremos ver, aunque sea después de mucho tiempo; mientras que, por otra parte, hay un inmenso peligro, tanto para el obrero como para su servicio, en hacer cuentas y publicar resultados de manera impaciente y apresurada.

Pero volvamos al lago de Genesaret, y detengámonos unos momentos en el resplandor de esa gracia que brilla en la manera en que nuestro Señor trata con Simón Pedro. El trabajo de convicción era profundo y verdadero. No podía haber ninguna duda. La flecha había penetrado en su corazón, y llegó a lo más profundo de él. Pedro sintió y reconoció que era un hombre lleno de pecado. Sintió que no tenía derecho a estar cerca de una Persona como Jesús; y, sin embargo, podemos decir verdaderamente que por nada del mundo habría querido hallarse en otra parte. Fue absolutamente sincero cuando dijo: “Apártate de mí”, aunque no podemos creer sino que tenía la íntima convicción de que el bendito Salvador no haría nada de eso. Y estaba bien que así fuese. Jesús nunca podía apartarse de un pobre pecador con el corazón quebrantado. El gozo más pleno y profundo de Su corazón era derramar el bálsamo sanador de Su amor y gracia en un alma herida. Era Su deleite curar un corazón quebrantado. Fue ungido para esa tarea, y era su comida y bebida llevarla a cabo; ¡bendito por siempre sea Su santo nombre!

“Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5:10). Aquí estaba la respuesta divina al clamor de un corazón contrito. La herida era profunda, pero la gracia era más profunda todavía. La mano calmante de un Dios Salvador aplicó el bálsamo precioso. Simón no solo fue convencido de pecado, sino convertido. Se vio como un hombre lleno de pecado, pero vio al Salvador lleno de gracia; tampoco era posible que su pecado pudiera estar más allá del alcance de aquella gracia. ¡Oh, no, hay gracia en el corazón de Jesús, como hay poder en su sangre, para satisfacer al mayor de los pecadores! “No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo *todo*, le siguieron” (v. 10-11).

Este era un verdadero trabajo; un caso auténtico respecto del cual no podría haber ninguna duda; un caso de convicción, conversión y consagración.

Su llamamiento

Las palabras que leímos “*dejándolo todo, le siguieron*”, expresan una completa separación de las cosas temporales y naturales, así como una sincera consagración a Cristo y sus intereses.

Estas dos cosas vemos en Simón Pedro. Había un bendito y profundo trabajo operado en su alma en el lago de Genesaret. Le fue dado verse a sí mismo a la luz de la presencia divina, el único lugar donde el yo puede realmente verse y juzgarse a sí mismo. No tenemos motivo para suponer, desde un punto de vista humano, que Simón era peor que sus semejantes. Al contrario, lo más probable es que, en cuanto a su vida exterior, era más intachable que la de muchos de los que lo rodeaban. Pedro no fue alcanzado en el apogeo de una loca carrera de rebelión contra Cristo y Su causa como lo fue el gran apóstol de los gentiles. El inspirado historiador nos lo presenta ejerciendo su tranquilo y honesto oficio de pescador.

Pero la Escritura luego nos informa expresamente que “no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22-23). Y repite esta declaración en el capítulo 10 de la misma epístola, sobre la base de un principio diferente: “No hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan” (v. 12).

Lector, procure comprender realmente esta doctrina tan importante. Desde el punto de vista moral y social, hay enormes diferencias entre los hombres. Por ejemplo, hay una gran diferencia entre un borracho que vuelve a su casa, o es llevado a su casa, noche tras noche, como una bestia, ante su pobre esposa quebrantada y sus hijos en la miseria y la hambruna, y un hombre sobrio, laborioso, que es consciente de su responsabilidad como marido y padre, y que trata de cumplir sus obligaciones atinentes a tales relaciones.

Ahora bien, consideramos que sería un grave error ignorar tal distinción. Creemos que Dios, en su gobierno moral del mundo, la reconoce. Comparemos, durante un momento, la casa del borracho con la del hombre sobrio. Comparemos el curso completo de ambos, su posición social, marcha y carácter. ¿Quién puede dejar de reconocer las notables diferencias entre los dos? Hay cierta manera de presentar la doctrina de que “no hay diferencia” (Romanos 3:22-23), que, cuando menos, está lejos de ser juiciosa; pues no admite el margen que, como creemos, la Escritura deja, en el que caben las grandes distinciones sociales y morales entre las personas, distinciones que solo la propia ceguera puede negarse a ver. Si consideramos el gobierno actual de Dios, no podemos sino ver que hay una muy significativa diferencia entre una persona y otra. Los hombres cosechan lo que siembran (Gálatas 6:7). El borracho despilfarrador cosecha lo que siembra;

y el hombre sobrio, laborioso y honesto cosecha lo que siembra. Los preceptos del gobierno moral de Dios son tales que hacen imposible que escapemos, en esta vida, de las consecuencias de nuestros caminos.

Y no solo el gobierno actual de Dios tiene en cuenta la conducta de los hombres, haciéndoles cosechar lo que merecieron por sus hechos aquí en la tierra, sino que cuando la Escritura nos muestra, como lo hace en diversos sitios, el terrible juicio venidero, habla de «libros que son abiertos». Nos dice que los hombres serán “juzgados cada uno según sus obras” (Apocalipsis 20:12). En una palabra, la Biblia hace la más estricta y rigurosa distinción, y no una mezcla confusa de hombres y de cosas.

Hay que recordar además que la Palabra de Dios habla de *grados* de castigo. Hay quienes recibirán “muchos azotes”, y quien será “azotado poco” (véase Lucas 12). Usa términos como “más tolerable” para unos que para otros (véase Mateo 11).

¿Qué sentido tendrían estas palabras si no hubiese diversas bases de juicio, de responsabilidad, de grados de culpa y de castigo? Los hombres podrán razonar; pero el juez de toda la tierra habrá de hacer lo que es justo (véase Génesis 18:25). Es inútil que la gente argumente y discuta sobre esto. Cada hombre será juzgado y castigado según sus obras. Esta es la enseñanza de la Santa Escritura; y sería mucho mejor, más seguro y más sabio que los hombres se sometan a ella antes que razonen en contra de ella, pues pueden estar seguros de que el tribunal de Cristo dará pronta cuenta de sus vanos razonamientos. Los pecadores impenitentes serán juzgados y castigados según sus obras, y aunque muchos crean que es incoherente con la idea de un Dios de amor que cualquiera de Sus criaturas sea condenada al castigo eterno en el infierno, no obstante el pecado debe ser castigado; y aquellos que argumentan en contra de su castigo tienen solo una visión parcial de la naturaleza y carácter de Dios. Han inventado a un dios propio que hará la vista gorda al pecado. Pero esto no servirá de nada. El Dios de la Biblia, *el Dios a quien vemos en la cruz*, el Dios del cristianismo, ejecutará indefectiblemente el juicio sobre todos los que rechazan a Su Hijo; ese juicio será según las obras de cada hombre; y el resultado de ese juicio, inevitablemente será “el lago que arde con fuego y azufre” para siempre (Apocalipsis 21:8).

Consideramos que es de suma importancia instar a todos aquellos que puedan sentirse identificados con las verdades que hemos considerado. Esto deja enteramente intacta la verdad real de la doctrina de que “no hay diferencia” de Romanos 3:22-23; pero, al mismo tiempo, califica y ajusta el modo de presentar la verdad. Siempre es bueno que evitemos plantear las cosas de una manera extremadamente parcial. Ello daña la verdad y hace tropezar a las almas. Desconcierta

a los que están ansiosos por la verdad y provee pretextos al sofista . La verdad de Dios siempre debe ser presentada en su totalidad, y así todo saldrá bien. La verdad pone a los hombres y las cosas en sus respectivos lugares, y mantiene un santo equilibrio moral de incalculable valor.

¿Estamos afirmando entonces que hay una diferencia? No en lo que se refiere a la justicia delante de Dios. Sobre esta base no hay siquiera una sombra de diferencia, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Consideradas a la luz de aquella gloria, todas las distinciones humanas desaparecen. Todos están perdidos, son culpables y están condenados. Desde los estamentos más humildes de la sociedad –la escoria más baja–, hasta lo más elevado del refinamiento moral, los hombres, a la luz de la gloria divina, son considerados completamente perdidos y sin esperanza. Todos están sobre un mismo terreno, envueltos en una ruina común. Sin embargo, aquellos que se vanaglorian de su moralidad, refinamiento, ortodoxia y religiosidad, están más lejos del reino de Dios que el más vil de los hijos de los hombres, como nuestro Señor dijo a los sacerdotes y ancianos: “De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mateo 21:31).

Esto es humillante para el orgullo y la pretensión humanos. Es una doctrina a la cual ninguno se someterá jamás hasta no verse a sí mismo tal como se vio Simón Pedro en la inmediata presencia de Dios. Todos los que alguna vez han estado allí, entenderán perfectamente esas palabras que reconocen su propia condenación: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Estos son acentos que emanaron de lo profundo de un alma realmente contrita y arrepentida. Vemos en ellos lo que podríamos aventurarnos a llamar una bella contradicción. Simón jamás imaginó que Jesús se apartaría de él. Podemos estar seguros de que tenía un sentido instintivo de que el bendito Señor que le había hablado tales palabras, y había mostrado tal gracia, no podía abandonar a un pobre pecador con el corazón quebrantado. Y juzgó correctamente. Jesús no había descendido del cielo para dar la espalda a nadie que lo necesitara. Él “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. “Al que a mí viene, *no* le echo fuera” (Lucas 19:19; 1 Timoteo 1:15; Juan 6:37). Un Dios Salvador descendió a este mundo, no para alejarse de un pecador perdido, sino para salvarlo y bendecirlo, y para hacer de él una bendición. “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5:10).

Tal era la gracia que brilló en el alma de Simón Pedro. Quitó su culpa, calmó sus temores y lo llenó de gozo y paz cuando creyó. Así ocurre en todos los casos. El perdón divino sigue a la confesión humana con asombrosa rapidez. “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú per-

donaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:5). Dios se place en perdonar. El gozo de Su corazón amante es cancelar nuestras culpas, llenar nuestras almas de Su propia paz bendita y hacernos mensajeros de Su gracia a los demás.

No somos llamados de la misma manera o al mismo servicio que nuestro apóstol; pero todos somos llamados a seguir al Señor, y a aferrarnos a él con propósito de corazón. Este es el bendito privilegio y el sagrado deber de toda alma salva sobre la faz de la tierra; somos imperativamente llamados a romper con el mundo y a seguir a Cristo.

No se trata de dejar el oficio que desempeñamos en esta vida, como en el caso de Simón. Son pocos los casos para los cuales este curso de acción es lo apropiado. ¡Muchos, lamentablemente, intentaron seguir ese camino, y quedaron enteramente en la ruina, simplemente porque no fueron llamados por Dios *a* andar por él, ni sostenidos por Dios *en* él! Estamos convencidos de que, por lo general, es mejor que cada hombre trabaje con sus manos o con su cabeza en un oficio con el cual se gana el sustento, y predique y enseñe a la vez en el tiempo que le queda, en caso de tener el don para ello. Hay, sin duda, excepciones a esta regla. Hay algunos que son llamados, calificados, utilizados y sostenidos por Dios de manera tan evidente, que no podría caber el menor equívoco en cuanto a su curso. Sus manos están tan llenas de trabajo, cada momento de su vida tan absorbido con el ministerio, ya sea hablando o escribiendo, enseñando públicamente y en las casas, que sería simplemente imposible para ellos dedicarse a lo que comúnmente se denomina un oficio «secular», aunque no nos guste la expresión. Todos ellos deben seguir adelante con Dios, mirando solo a él, y él los mantendrá infaliblemente hasta el fin.

Y si bien reconocemos plenamente que hay excepciones a esta regla, no obstante estamos convencidos de que, como norma general, siempre es mejor que un hombre sea capaz de predicar y enseñar sin ser estorbo para nadie. Esto da peso moral y proporciona un bello testimonio contra el miserable empleo mercenario de la cristiandad que tanto desmoraliza a las almas, y que tanto daño provoca, en todas sus formas, a la causa de Cristo.

Pero, querido lector cristiano, debemos distinguir entre dejar nuestro legítimo oficio y romper con el mundo. Lo primero puede que sea un completo error; lo segundo, es nuestro deber imperioso. Somos llamados a elevarnos –con espíritu de dominio propio y con firme propósito de corazón– por encima de toda influencia mundana, a romper todo lazo terrenal y a despojarnos de todo peso, para seguir a nuestro bendito Amo y Señor. Debemos vivir absoluta y completamente para Él en este mundo, como Él vive para nosotros en la presencia de Dios. Cuando realmente experimentamos esto, poco importa si barremos un pasillo o evangelizamos un continente. To-

do es hecho para él. Este es el gran punto. Si Cristo tiene su debido lugar en nuestros corazones, todo irá bien. Si no lo tiene, nada irá bien. Si hay alguna cosa oculta en el alma, algún objeto secundario, algún motivo mundano, algún objetivo o fin egoísta, entonces no puede haber ningún progreso espiritual. *Debemos hacer de Cristo y su causa el objeto que absorbe el corazón.*

Su amor

Cuanto más atentamente meditamos la historia de los cristianos profesantes –ya sea la que nos ofrece la pluma de la inspiración o la que cae dentro del ámbito de la observación personal– tanto más claramente veremos la inmensa importancia de romper completamente con el mundo desde el principio. Si esto no sucede, en vano buscaremos paz interior o progreso exterior. Puede haber cierta medida de claridad en cuanto a las doctrinas de la gracia, el plan de salvación, como se lo llama, la justificación por la fe y cosas por el estilo. Pero a menos que haya un completo juicio de uno mismo y una total renuncia a este presente mundo malo, no puede haber paz ni progreso. ¿Cómo puede haber paz cuando el yo, en una y otra de sus miles de formas, es alimentado? ¿Y cómo puede haber progreso cuando el corazón apetece el mundo, claudicando entre dos opiniones (1 Reyes 18:21), vacilando entre Cristo y las cosas presentes? Imposible. Tampoco un corredor habría esperado avanzar en la carrera si se demora alrededor del poste de partida, atando a su cuerpo una carga pesada.

¿Será entonces que hemos de hallar paz negándonos a nosotros mismos y renunciando al mundo? Por cierto que no. Pero tampoco se puede hallar paz si damos rienda suelta al yo y nos aferramos al mundo. La verdadera paz se encuentra solo en Cristo, la paz de conciencia en su obra consumada y la paz de corazón en su bendita Persona. Todo esto es bastante claro. Pero ¿cómo ha sucedido que cientos de personas que conocen, o profesan conocer, estas cosas no tienen una paz inquebrantable, y nunca parecen hacer el menor progreso en este sentido? Usted los encuentra semana tras semana, mes tras mes, año tras año en la misma posición, en el mismo estado y con la misma vieja historia; son casos crónicos de ocupación consigo mismos, amigos del mundo, los que “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Timoteo 3:7). Parecen deleitarse al oír el Evangelio predicado claramente, y la verdad plenamente desarrollada. En realidad, no pueden soportar ninguna otra cosa. A pesar de todo, nunca son claros, relucientes ni felices. ¿Cómo podrían serlo? Claudican entre dos opiniones; nunca rompieron con el mundo; nunca se entregaron de todo corazón a Cristo.

Aquí –estamos convencidos– yace el verdadero secreto de todo el asunto respecto a esa clase de personas que ahora tenemos ante nosotros. “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1:8). Un hombre que intenta fijar un ojo en el mundo y el otro en Cristo, al final no tendrá ningún ojo para Cristo, sino ambos ojos para el mundo. No puede ser de otro modo: Cristo debe ser todo o nada; por eso es el colmo de lo absurdo hablar de paz o progreso cuando Cristo no es el objeto que absorbe el alma. Cuando lo es, nunca habrá falta de paz estable ni de progreso. El Espíritu Santo es celoso por la gloria de Cristo, y nunca puede ministrar consuelo ni fuerza a un corazón dividido entre Él y el mundo. No es posible. Él es contristado por tal infidelidad; y, en vez de ser ministro de consuelo, tiene que ser el severo reprensor del egoísmo, la mundanalidad y la vacilación.

Consideremos el caso de nuestro apóstol. ¡Qué grato resulta contemplar su modo de proceder tan concienzudo! Su primer paso fue el adecuado. Dejó todo y siguió a Cristo (véase Lucas 5:11). No hubo ninguna fluctuación aquí, ninguna vacilación entre Cristo y las cosas presentes. Barcas, redes, peces, lazos naturales, todo fue dejado sin titubeos y sin reservas, no como un simple deber o un servicio legal, sino como el resultado grandioso y necesario de haber visto la gloria del Hijo de Dios y oído su voz.

Es lo que sucedió con Simón Pedro al comienzo de su notable carrera. Su paso inicial fue claro e inequívoco, sin reservas y decidido; y debemos tener en cuenta esto, cuando sigamos su historia posterior. Sin duda encontraremos errores y tropiezos, fracaso, ignorancia y pecado; pero, por debajo y a pesar de todo esto, vemos un corazón fiel a Jesús: un corazón divinamente enseñado para apreciar al Cristo de Dios.

Este es un magnífico punto. Cuando el corazón late fiel a Cristo, los desatinos bien pueden ser soportados con paciencia. Alguien señaló que «Los desatinados hacen todo el trabajo». Si es así, es porque esos desatinados tienen un verdadero afecto por su Señor; y eso es precisamente lo que necesitamos todos. Podemos cometer muchos errores, pero si cuando nuestro Señor nos confronta, somos capaces de decir: “Tú sabes que te amo” (Juan 21:15), tengamos la seguridad de que al fin todo terminará bien; y no solo eso, sino que, aun en medio de nuestros errores, nuestros corazones se sienten mucho más atraídos a él que al frío, correcto y elegante profesante que piensa en sí mismo, y procura hacer lo mejor de ambos mundos.

Simón Pedro era alguien que amaba verdaderamente a Cristo. Tenía un sentido dado por Dios de Su preciosidad, de la gloria de Su Persona y del carácter divino de Su misión. Todo esto se pone de manifiesto, con mucha fuerza y frescura, en sus varias confesiones de Cristo, aun antes del día

de Pentecostés. Echaremos un vistazo a una o dos de estas confesiones, sin ninguna consideración por el orden cronológico, sino simplemente para ilustrar y demostrar la preciosa devoción de este sincero siervo de Cristo.

Volvámonos a Mateo 16:13: “Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” (v. 13). ¡Qué pregunta de peso! De la respuesta a esta pregunta depende toda la condición moral y el destino futuro de cada ser humano debajo del sol. Todo realmente depende de la estimación del corazón sobre Cristo. Este es un gran indicador moral, que revela el verdadero estado, carácter, inclinación y objeto de un hombre en todas las cosas. No se trata simplemente de su vida exterior o profesión de fe. Nuestra vida puede ser intachable, y nuestra fe ortodoxa; pero, si debajo de toda esta moralidad intachable y profesión ortodoxa, no hay un verdadero latido del corazón por Cristo, ningún sentimiento divinamente operado de qué, de quién y de dónde es Él, entonces toda esa moralidad y ortodoxia no es más que la parafernalia con la que un pecador culpable y merecedor del infierno se adorna para ser visto por sus semejantes, o con la que se engaña a sí mismo respecto de la terrible eternidad que está ante él. “¿Qué pensáis del Cristo?” (Mateo 22:42) es la pregunta que lo decide todo; porque Dios el Espíritu Santo ha declarado enfáticamente que, todo “el que –no importa quién o qué es– no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Corintios 16:22).

¡Qué terrible es esto! ¡Y qué notable encontrarlo al final de una epístola como la primera a los Corintios! ¡Con qué fuerza declara a todos aquellos que solo quieren inclinar sus oídos para escuchar, que el amor a Cristo es la base de toda sana doctrina, la fuente motora de toda verdadera moralidad! Si ese bendito Salvador no está entronizado en el centro mismo de los afectos del corazón, un credo ortodoxo es una vana ilusión, y una reputación impecable no es sino polvo arrojado en los ojos de un hombre para impedir que vea su verdadera condición a los ojos de Dios. Los cristianos de Corinto habían caído en muchos errores doctrinales y males morales, todos los cuales necesitaban reprensión y corrección; pero cuando el Espíritu inspirador pronuncia Su terrible anatema, apunta, no a los que introdujeron alguna forma de error particular o depravación moral, sino a todo “el que no amare al Señor Jesucristo”.

Esto es particularmente solemne en todo tiempo; pero sobre todo para el día en que nos toca vivir, cuando se le da tan poca importancia y tan poca cabida en los pensamientos a la Persona y la gloria de Cristo. Un hombre puede en realidad blasfemar de Cristo, negar Su deidad o Su condición de Hijo eterno, y sin embargo ser recibido en los círculos cristianos profesantes, donde

incluso se le permite presidir en las denominadas reuniones religiosas. Seguramente todo esto debe ser terrible a los ojos de Dios, cuyo propósito es “que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Juan 5:23); que toda rodilla se doble, y toda lengua confiese a Jesús como Señor de todos. Dios es celoso de la honra de Su Hijo; y el hombre que desprecia, rechaza y blasfema de esa Persona bendita, todavía tendrá que aprender y reconocer la eterna justicia de ese tan solemne decreto: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene”.

¡Qué importante, pues, es la pregunta que nuestro Señor Jesucristo formuló a sus discípulos: “¿Quién dicen los *hombres* que es el Hijo del Hombre?” (Mateo 16:13)! ¡Ay!, «los hombres» no sabían nada, no les interesaba nada acerca de Él. No sabían quién era, qué era, ni de dónde era. “Unos (decían), Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (v. 14). En una palabra, había especulaciones interminables, porque había una completa indiferencia y una total falta de corazón. El corazón humano no tiene ni un solo pensamiento correcto acerca de Cristo, ni un solo átomo de afecto por Él. Tal es la terrible condición del mejor de los hombres hasta no ser renovado por la gracia divina. El hombre no regenerado no conoce, no ama ni se interesa por el Hijo de Dios –el Amado del corazón del Padre– el Hombre sentado en el trono de la majestad celestial. Tal es su condición moral, y por eso cada pensamiento, cada palabra y cada acto de su parte, es contrario a Dios. No tiene ni un solo sentimiento en común con Dios, por la razón más sencilla de todas: que Aquel que es todo para Dios no es nada para el hombre no regenerado. Cristo es la norma según la cual Dios mide a cada uno y cada cosa. Un corazón que no ama a Cristo no tiene ni una sola pulsación en armonía con el corazón de Dios; y una vida que no nace del amor a Cristo –por más intachable, respetable o espléndida que sea a los ojos de los hombres–, es una vida sin valor, sin objeto, desperdiciada a los ojos de Dios.

Pero ¡cuán verdaderamente delicioso es volvernos de toda la frialdad e indiferencia de «los hombres» y escuchar el testimonio de uno que fue enseñado por Dios para saber y reconocer quién era el Hijo del hombre! “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). Aquí estaba la verdadera respuesta. No había ninguna vana especulación, ninguna incertidumbre, nada de «tal vez sea esto» o «tal vez sea aquello». Era el testimonio divino que emanaba del conocimiento dado por Dios. No fue sí y no, sino que fue sí y amén para la gloria de Dios. Podemos tener la plena seguridad de que estas palabras inflamadas de Simón Pedro, subieron, como incienso fragante, al trono de Dios, y refrescaron el corazón de Aquel que está sentado allí. No hay nada en todo el mundo tan precioso para Dios como un corazón que ama y aprecia a Cristo. ¡Nunca olvidemos esto!

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:17-18).

Aquí tenemos la primera alusión directa en el Nuevo Testamento a la Iglesia o Asamblea de Cristo; y el lector notará que nuestro Señor habla de ella como de algo aún futuro. Dice: “*Edificaré mi iglesia*”. Él era la Roca, el divino fundamento; pero antes de que una sola piedra pudiese ser edificada sobre Él, Él debía morir.

Esta es una gran verdad cardinal del cristianismo, una verdad que nuestro apóstol aún debía aprender, a pesar de su brillante y hermosa confesión. Simón Pedro aún no estaba preparado para el misterio profundo de la cruz. Él amaba a Cristo, y Dios le había enseñado a reconocerlo de manera perfecta y bendita; pero aún tenía mucho que aprender antes de poder aceptar la subyugadora verdad de que este Hijo bendito del Dios vivo debía morir, antes de que, como piedra viva, pudiese ser edificado sobre Él. “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (v. 21).

Ahora la solemne verdad comenzaba a abrirse paso a través de las nubes. Pero Simón Pedro no estaba preparado para ello. Ella marchitaba por completo todas sus esperanzas judías y expectativas terrenales. ¡Qué! ¡El Hijo del Dios vivo debe morir! ¿Cómo podía ser? ¡El glorioso Mesías clavado a una cruz! “Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvénirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (v. 22).

¡Tal es el hombre! ¡Tal era también Simón Pedro! ¡Quería que el bendito Señor diera la espalda a la cruz! ¡Quería, en su ignorancia, frustrar los consejos eternos de Dios, y hacer el juego al diablo! ¡Pobre Pedro! ¡Qué roca habría sido si sobre él se hubiese edificado la Iglesia! Pero el Señor, “volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23).

¿Palabras ásperas? ¿Quién habría pensado que palabras tales como “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás” serían tan rápidamente seguidas de “¡Quítate de delante de mí, Satanás!”?

Su reprensión

Detengámonos aún un poco en la escena tan interesante e instructiva del capítulo 16 de Mateo. Nos presenta dos grandes temas: «La Iglesia» y «el reino de los cielos». Nunca debemos confundir estas dos cosas. La Iglesia solo se encuentra en el Nuevo Testamento. De hecho, como ya ha sido mencionado, el versículo 18 de nuestro capítulo contiene la primera alusión directa en toda la Biblia al tema de la Iglesia o Asamblea de Cristo.

Aunque familiar para muchos de nuestros lectores, esto puede presentar una dificultad para otros. Muchos cristianos y maestros cristianos sostienen firmemente que la doctrina de la Iglesia está claramente revelada en las Escrituras del Antiguo Testamento. Consideran que los santos del Antiguo Testamento pertenecieron a la Iglesia; es decir, que no hay ninguna diferencia con los santos del Nuevo Testamento; que todos forman un cuerpo y que están sobre una misma base; que representar al pueblo del Señor en el tiempo del Nuevo Testamento ocupando una posición más elevada, o gozando de privilegios más elevados que Abraham, Isaac y Jacob, es una ilusión. A ellos les parece extraño afirmar que Enoc, Noé, Abraham y Moisés no pertenecieron a la Iglesia, que no eran miembros del cuerpo de Cristo, que no gozaron de los mismos privilegios que los creyentes de ahora. Instruidos desde su infancia en la creencia de que todo el pueblo de Dios, desde el principio hasta el fin de los tiempos, está sobre el mismo terreno y forma un cuerpo común, les resulta imposible admitir que haya alguna diferencia. Les parece una presunción que los cristianos afirmen que son diferentes del amado pueblo de Dios de la antigüedad, de aquellos ilustres hombres de fe mencionados en Hebreos 11, que vivieron una vida de fe y devoción personal, y que ahora están en el cielo con su Señor.

Pero la pregunta vital es: “¿Qué dice la Escritura?” (Romanos 4:3). De nada servirá emitir nuestros propios pensamientos, razonamientos y conclusiones en oposición a la Palabra de Dios. Resulta muy fácil para los hombres discurrir, con una aparente fuerza, decisión e ingenio, sobre lo absurdo y presuntuoso de la noción de que los cristianos están en un lugar mejor, más elevado y más privilegiado que los santos del Antiguo Testamento.

Pero esta no es la manera apropiada de encarar este gran tema. No es cuestión de diferencias *personales* entre los santos de diferentes períodos. Si lo fuera, ¿dónde entre las filas de los cristianos profesantes podemos encontrar a alguien comparable con un Abraham, un José, un Moisés o un Daniel? Si se trata de simple fe, ¿dónde, entonces, en toda la historia de la Iglesia, encontramos un ejemplo más bello que el del padre de los creyentes? Si se trata de santidad personal, ¿dónde encontramos una ilustración más brillante que la de José? En cuanto a intimidad con Dios

y familiaridad con Sus caminos y pensamientos, ¿quién de entre nosotros podría sobrepasar a Moisés? En cuanto a firme devoción a Dios y su verdad, ¿dónde podemos encontrar un ejemplo más brillante que el del hombre que bajó al foso de los leones antes que no orar vuelto hacia Jerusalén? Entiéndase claramente que no se trata en absoluto de una cuestión personal, ni de una comparación de santos, sino de posición dispensacional. Si esto fuera visto con claridad, sin duda se dispararía gran parte de la dificultad que muchas personas piadosas parecen sentir con relación a la verdad de la Iglesia.

Pero más allá de todo esto, subsiste la pregunta: ¿Qué enseña la Escritura sobre el tema? Si alguno le hubiera hablado a Abraham acerca de ser miembro del cuerpo de Cristo, ¿lo habría entendido? ¿Podía aquel honrado y amado santo de Dios haber tenido la más remota idea de estar unido por un Espíritu que mora en un cuerpo a una Cabeza viva en el cielo? ¡Imposible! ¿Cómo podía ser miembro de un cuerpo que no existía? Y ¿cómo podía haber un cuerpo sin una Cabeza? ¿Cuándo oímos de la Cabeza por primera vez? Cuando el Hombre Cristo Jesús, habiendo pasado por la muerte y la tumba, ascendió al cielo y se sentó a la diestra de la Majestad en lo alto. Entonces, y solo entonces, el Espíritu Santo descendió para formar el cuerpo, y unirlo por Su presencia a la Cabeza glorificada en lo alto.

Pero estamos adelantándonos a una serie de consideraciones que todavía se nos ha de presentar más adelante. Permítanos el lector plantearle otra pregunta aquí. Si alguien le hubiera hablado a Moisés sobre un cuerpo compuesto de judíos y gentiles –un cuerpo cuyas partes constituyentes hubiesen sido extraídas de la simiente de Abraham y de la raza maldita de los cananeos– ¿qué habría dicho? ¿Acaso no podemos afirmar con plena seguridad que todo su ser moral se habría estremecido con horror ante tal pensamiento? ¡Qué! ¿Judíos y cananeos –la simiente de Abraham y gentiles incircuncisos– unidos en un cuerpo? Habría sido imposible que el dador de la ley adoptase tal idea. El hecho es que, si había un solo rasgo que caracterizaba más fuertemente que cualquier otro la economía judía, era la rígida separación establecida por Dios entre judíos y gentiles. “Vosotros sabéis –dice Simón Pedro– cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero” (Hechos 10:28).

Tal era el orden de cosas que prevalecía bajo la economía mosaica. Habría sido una flagrante transgresión de parte de un judío saltar por encima de aquella “pared intermedia de separación” que lo separaba de todas las naciones vecinas; por eso la idea de una unión entre judíos y gentiles no podía caber en ninguna mente humana; y cuanto más fiel era un hombre al orden de cosas existente bajo la ley, más opuesto debía haber sido a cualquier idea semejante.

Ahora bien, frente a todo esto, ¿cómo puede alguno tratar de mantener que la verdad de la Iglesia era conocida en tiempos del Antiguo Testamento, y que no hay ninguna diferencia entre la posición de un cristiano y la de un creyente del Antiguo Testamento? El hecho es que aun al mismo Simón Pedro le resultó sumamente difícil concebir la idea de admitir a los gentiles en el reino de los cielos. Aunque le fueron confiadas las llaves de aquel reino, se mostró muy reacio a utilizarlas para la admisión de los gentiles. Antes de estar en condiciones de cumplir la comisión que su Señor le había encomendado en Mateo 16, Pedro tuvo que ser expresamente enseñado por una visión celestial.

No, querido lector, de nada sirve estar en contra del claro testimonio de la Escritura. La verdad de la Iglesia no era ni podía ser conocida en tiempos del Antiguo Testamento. Era un misterio, como nos dice el inspirado apóstol, que estaba “escondido desde los siglos en Dios” (Efesios 3:9) –oculto en Sus consejos eternos–, que “no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son *coherederos* y miembros del *mismo cuerpo*, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:5-6).

Solo podemos llegar al gran misterio de la Iglesia caminando por encima de la pared intermedia de separación. “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por *la sangre de Cristo*. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:11-18).

Así pues, por todo lo expuesto, creemos que resultará claro al lector por qué nuestro Señor, en su palabra a Simón Pedro, habló de la Iglesia como de algo futuro. Él dice: “Sobre esta roca *edificaré* mi iglesia”. No dice: «*He edificado*» ni «*edifico*». Nada de eso. No podía ser, porque todavía estaba «escondida en Dios». El Mesías debía ser «cortado y no tener nada», nada, por el momento, en cuanto a Israel y la tierra. Debía ser rechazado, crucificado y muerto, a fin de poner el funda-

mento de la Iglesia. Era totalmente imposible que una sola piedra fuese puesta en este nuevo y maravilloso edificio hasta que “la principal piedra del ángulo” no hubiese pasado por la muerte y tomado Su lugar en el cielo. En la resurrección, y no en la encarnación, nuestro Señor Jesucristo vino a ser Cabeza de un cuerpo.

Nuestro apóstol no estaba en lo más mínimo preparado para esto. No entendía ni una jota ni una tilde de este asunto. Sí podía entender que el Mesías establecería un reino con poder y gloria, y que restauraría a Israel a su lugar de preeminencia destinado en la tierra; todo esto él lo podía entender y apreciar; era lo que esperaba. Pero un Mesías sufriente –un Cristo rechazado y crucificado–, era algo acerca de lo cual no podía oír en ese momento. “Ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (Mateo 16:22). Estas fueron las palabras que provocaron la severa reprensión con la que cerramos nuestra meditación anterior: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23).

Por la severidad de la reprensión de nuestro Señor, podemos entender la gravedad del error de Pedro. Pedro tenía mucho que aprender, mucho camino que recorrer, antes de poder comprender la gran verdad que su Señor ponía delante de él. Pero él la comprendió, por la gracia de Dios, y la confesó y enseñó con poder. Fue conducido a ver no solo que Cristo era el Hijo del Dios viviente, sino que era una Piedra rechazada, reprobada por los hombres, pero para Dios, escogida y preciosa; y que todos aquellos que por la gracia vienen a Él, deben participar de Su rechazo en la tierra así como de Su aceptación en el cielo. Ellos están perfectamente identificados con Él.

Su confesión

Al final del capítulo 6 de Juan tenemos una clara y hermosa confesión de Cristo de los labios de nuestro apóstol; una confesión que las circunstancias hicieron más conmovedora y poderosa.

Las enseñanzas de nuestro bendito Señor en la sinagoga de Capernaúm, habían desplegado una verdad que ponía a prueba el pobre corazón humano, arrasando todas las pretensiones del hombre de una manera muy notable. No podemos ocuparnos aquí del discurso de nuestro Señor, pero los resultados se refieren así: “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66). Ellos no estaban preparados para recibir esa doctrina celestial. Se sintieron ofendidos por ella, y le volvieron la espalda al bendito Salvador, el único que era digno de todos los afectos del corazón, y del homenaje y devoción de todo el ser moral. “*Se volvieron atrás, y ya no andaban con él*”.

No se nos dice qué pasó con estos desertores; tampoco si fueron salvos o no. Simplemente se nos dice que abandonaron a Cristo, y que dejaron de estar públicamente identificados con Su nombre y Su causa. ¡Cuántos, lamentablemente, desde entonces, siguieron su triste ejemplo! Una cosa es profesar ser discípulos de Cristo, y otra muy distinta es estar con firme propósito de corazón sobre el terreno del testimonio público de Su nombre, plenamente identificados con un Señor rechazado. Una cosa es seguir a Cristo por los beneficios que concede, y otra completamente distinta es aferrarse a él ante la burla y el desprecio del mundo. La aplicación de la doctrina de la cruz reduce rápidamente las filas de profesantes. En el capítulo que estamos considerando, vemos, en un momento, multitudes amontonándose con entusiasmo alrededor del Hombre que podía satisfacer sus necesidades de una manera maravillosa y, un momento después, abandonándolo cuando Su enseñanza ofendía su orgullo.

Así ha sido, así es y así será siempre hasta el día en que el despreciado «Desconocido de Nazaret» reine de un polo de la tierra al otro, y desde el río hasta los confines del orbe. Siempre estamos dispuestos a aprovecharnos de los beneficios y bendiciones que un *Salvador amoroso* puede concedernos, pero cuando se trata de seguir a un *Señor rechazado* a lo largo de aquella senda áspera y solitaria que él anduvo por nosotros en este mundo pecaminoso, somos propensos, como los de antaño, a volver atrás y a no andar más con Él.

Esto es triste y humillante. Demuestra lo poco que conocemos de Su corazón, o lo que Su corazón desea de nosotros. Jesús anhela comunión. No quiere patrocinio. No satisface el deseo de Su corazón que lo sigan, que lo admiren o que lo contemplen, por lo que puede hacer o dar. Él se complace en un corazón que, enseñado por Dios, aprecia Su Persona, pues esto glorifica y satisface al Padre. Se apartó de la mirada de una multitud tumultuosa y entusiasta que, por haber comido de los panes y saciarse, querían hacerle rey; pero, a cambio, se volvió, con entrañable fervor, a la pequeña tropa de sus discípulos que todavía quedaban, y desafió sus corazones con la pregunta: “¿Queréis acaso ir también vosotros?” (Juan 6:67). ¡Qué conmovedor! ¡Cómo habrá tocado los corazones de todos, salvo el de aquel que solo tenía un corazón para el dinero, que era “ladrón” y “diablo” (Juan 6:70; 12:6)! ¡Ay!, se acercaba el momento cuando todos lo iban a abandonar y huir; cuando iba a quedar absolutamente *solo*, abandonado de los hombres, abandonado de Dios; totalmente desamparado.

Pero ese momento aún era futuro; y es reconfortante oír la exquisita confesión de nuestro querido apóstol, en respuesta a la conmovedora pregunta de su Señor: “Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:68-69).

En verdad Pedro tenía razón en decir: “¿A quién iremos?”. No había otro, a lo largo y ancho del universo, a quien el corazón podía volverse. Solo Jesús podía satisfacer toda necesidad, todo buen deseo y llenar cada rincón del corazón. Simón Pedro sintió esto, y, en consecuencia, aun con todos sus errores, fracasos y debilidades, su amante y devoto corazón se volvió con entrañable afecto a su amado Señor. Aunque era incapaz de elevarse a la altura de Su enseñanza celestial, él no lo abandonaría. Había un vínculo que lo unía a Jesucristo que nada podía romper. “Señor, ¿a quién iremos?”, ¿a dónde nos dirigiremos? ¿Con quién otro podemos contar? Es cierto que puede haber pruebas y dificultades en el camino del verdadero discipulado. Puede que sea un camino áspero y solitario. El corazón puede ser probado de toda forma posible. Puede haber diversos y profundos dolores, aguas profundas, sombras oscuras; pero, ante todo esto, podemos decir: “¿A quién iremos?”.

Notemos la singular plenitud de la confesión de Pedro. “Tú *tienes* palabras de vida eterna”; y luego: “Tú *eres* el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Tenemos las dos cosas: lo que Cristo *tiene* y lo que *es*. Bendito sea Su nombre, Cristo tiene todo cuanto podamos necesitar en el tiempo y en la eternidad. Palabras de vida eterna fluyen de Sus labios a nuestros corazones. Hace que los que le siguen “tengan su heredad” (Proverbios 8:21). Les concede “riquezas duraderas, y justicia” (v. 18). Realmente podemos decir que, en comparación con lo que Cristo ofrece, todas las riquezas, honores, dignidades y placeres de este mundo, son solo escoria. Todas estas cosas se desvanecen como la bruma de la mañana, y dejan tras de sí un doloroso vacío. Nada de lo que este mundo ofrece puede satisfacer las ansias del alma humana. “Todo es vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 2:17) y hay que dejarlo. Si uno tuviera todas las riquezas de Salomón, solo durarían un momento en comparación con la eternidad sin fin que tenemos ante nosotros. Cuando viene la muerte, todas las riquezas del universo no bastarían para rescatar un solo momento de tregua. El último gran enemigo –la muerte– no da cuartel. Rompe, sin compasión, los lazos que sujetan al hombre con todo lo que su pobre corazón aprecia y ama en la tierra, y lo arroja rápidamente en la eternidad.

Surge así la pregunta: Y después, ¿qué? ¿Quién puede responderla? ¿Quién puede imaginar el futuro de un alma que pasa a la eternidad sin Dios, sin Cristo, sin esperanza? ¿Quién puede describir los horrores de uno que, de repente, abre sus ojos al tremendo hecho de que está perdido eternamente y sin esperanza? Es sencillamente demasiado espantoso para detenernos en ello. Sin embargo, debemos hacerlo; y si el lector es todavía del mundo, si aún no se ha convertido, si permanece descuidado, irreflexivo, sin creer, le rogamos encarecidamente que en este preciso momento preste la más seria atención a la cuestión fundamental de la salvación de su alma. Ante ella, todas las demás cuestiones resultan enteramente insignificantes. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36-37). Dejar de lado la gran cuestión de la salvación del alma, solamente puede considerarse como la más insigne locura de la que un ser humano puede ser culpable. Y si alguno pregunta qué tiene que hacer en este asunto, la respuesta es *Nada*, «Ninguna cosa, grande ni pequeña», como dice el poeta. Jesús tiene palabras de vida eterna. Él es quien dice: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, *tiene* vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha *pasado* de muerte a vida” (Juan 5:24).

Sobre esta verdad descansa toda la cuestión. Escuche las palabras de Cristo. Crea en Aquel que envió a Su amado Hijo. Ponga su confianza en Dios, y será salvo; tendrá vida eterna, y nunca vendrá a juicio.

Por otro lado, Simón Pedro, en su bella confesión, no se limita a lo que Cristo ofrece, precioso y bendito como es, sino que también habla de lo que Él es. “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:69). Esto está lleno de profundo interés para el corazón. Cristo no solo nos da la vida eterna, sino que también viene a ser el objeto de los afectos de nuestro corazón, nuestra más satisfactoria porción, nuestro inagotable recurso, nuestro Guía y Consejero infalible, nuestra fuente constante de consulta, en todas nuestras necesidades, en todos nuestros apremios, penas y dificultades. No necesitamos acudir a nadie más en busca de socorro, simpatía o guía. En Jesús tenemos todo lo que nos hace falta. Él es el eterno deleite del corazón de Dios, y también puede ser el deleite de nuestros corazones aquí y en la eternidad, ahora y siempre.

Su fe

El final del capítulo 14 de Mateo presenta una escena de la vida de nuestro apóstol en la cual nos detendremos con provecho unos momentos. Ofrece una exquisita ilustración de su conmovedora pregunta: “Señor, ¿a quién iremos?”.

Una vez que nuestro Señor alimentó a la multitud y envió a sus discípulos a que cruzaran el mar, se apartó a una montaña a orar solo. Aquí tenemos una admirable representación del tiempo actual. Jesús subió a lo alto. Israel es, por el momento, dejado de lado, pero no olvidado. Vendrán tiempos de prueba: mares agitados y cielos tormentosos caerán sobre el remanente; pero su Mesías volverá, y los libraré de todas sus tribulaciones. Él los conducirá a su anhelado puerto, y todo será paz y gozo para el Israel de Dios.

Todo está plenamente desarrollado en las páginas proféticas, y es de profundo interés para todo amante de Dios y su Palabra; pero por ahora solo nos detendremos en el registro inspirado concerniente a Simón Pedro, tratando de aprender las lecciones que ese registro con tanto vigor enseña. “En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario. Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mateo 16:22-31).

Este breve pasaje nos presenta con gran fuerza algunos rasgos principales del carácter de Simón Pedro. Nadie puede poner en duda un solo instante su celo, energía y verdadera devoción de corazón; pero estas mismas cualidades, por más hermosas que fueran, lo condujeron no pocas veces a una posición de tal prominencia que hicieron más visibles sus puntos débiles. Un hombre de menos celo y energía habría permanecido a bordo del barco, y hubiera evitado así el fracaso y hundimiento que sufrió Pedro. Quizás, también, alguno de temperamento más frío habría condenado a Pedro por cometer un acto de injustificable imprudencia al dejar el barco, o habría tachado tal acción de un atrevimiento digno de una humillante reprensión.

Puede que sea así; no obstante, nos sentimos libres de confesar que el celo, la energía y la devoción de este amado siervo de Cristo, tienen un más poderoso atractivo para el corazón que el espíritu frío, calculador, que busca su propio interés, el cual, para evitar la vergüenza y humillación de una derrota, se niega a dar un paso valiente y decidido por Cristo. Es cierto que en la

interesante escena que tenemos ante nosotros, Pedro quedó totalmente abatido. Pero ¿por qué? ¿Porque dejó el barco? No; sino porque dejó de mirar, con simple fe, a Jesús. He aquí la raíz de su fracaso. Si él hubiese mantenido sus ojos fijos en el Maestro, habría podido caminar sobre las aguas, por más movidas que estuviesen. La fe puede andar sobre aguas bravas tan fácilmente como si lo hiciera sobre aguas calmas. La naturaleza no puede andar sobre ninguna. No se trata del estado del agua, sino del estado del corazón. Las circunstancias no tienen nada que ver con la fe, salvo que circunstancias extremadamente difíciles y de prueba hagan resaltar su poder y resplandor. No había ninguna razón, según el juicio de la fe, por la cual Pedro haya debido fracasar cuando anduvo sobre las aguas. La fe no mira las cosas que se ven y que son temporales, sino las cosas invisibles y eternas (véase 2 Corintios 4:18). Se sostiene como viendo al Invisible (véase Hebreos 11:27). “La fe es la convicción de lo que *no se ve*” (v. 1). Ella eleva el corazón por encima de los vientos y las olas de este escabroso mundo, y lo mantiene en perfecta paz, para alabanza de Aquel que es el Dador de la fe, así como de “toda buena dádiva y todo don perfecto” (Santiago 1:17).

Pero nuestro querido apóstol, en la ocasión que ahora estamos considerando, falló en la fe. Él, como lamentablemente ocurre a menudo con nosotros, quitó sus ojos del Señor y los fijó en lo que estaba a su alrededor, y, como consecuencia, inmediatamente comenzó a hundirse. Siempre será así. No podemos seguir andando un solo momento si el Dios vivo no llena nuestros ojos. El gran lema para la vida de fe es: “Puestos los ojos en Jesús” (Hebreos 12:2). Es lo único que nos permite correr “con paciencia la carrera que tenemos por delante” (v. 1), sin importar si el camino es llano o escabroso. Cuando Pedro bajó de la barca, era Cristo o hundirse. Él bien podría haber dicho en ese momento: «Señor, ¿a quién iré?». ¿A dónde podía volverse? Estando a bordo, tenía las maderas de la barca donde apoyarse, que lo separaban de la muerte, pero cuando estaba sobre las aguas, no tenía nada excepto a Jesús.

Y ¿no era Él suficiente? Sí, por cierto, si solamente Pedro hubiese confiado en Él. Ahí está el quid. “Al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23). Cuando la fe echa mano del poder de Dios para obrar, la tempestad se vuelve perfectamente calma, los mares agitados se tornan lisos como un espejo, los montes se allanan. Cuanto mayores son las dificultades, más brillantes son los triunfos de la fe. Cuando pasa por el crisol de la prueba, la fe pone de manifiesto su verdadera preciosidad. Ella tiene que ver con Dios, y no con los hombres ni con las cosas. Si dejamos de apoyarnos en Dios, nos veremos envueltos en medio de las feroces olas de un agitado y tempestuoso océano –de un perfecto caos–, donde los recursos de la naturaleza fracasarán por completo.

Simón Pedro probó todo esto cuando descendió de la barca para caminar sobre las aguas; y cada hijo de Dios, cada siervo de Cristo, debe probarlo en su propia medida, pues la historia de Pedro está llena de grandes lecciones prácticas para todos nosotros. Si queremos andar por encima de las circunstancias de la escena por la que pasamos; si hemos de elevarnos por encima de sus influencias; si vamos a poder dar una clara y decidida respuesta al escepticismo, al racionalismo y a la infidelidad de hoy, entonces, seguramente, debemos mantener los ojos de la fe fijos en “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Ni las habilidades de la lógica ni el poder intelectual servirán para dar respuesta a los argumentos del infiel, sino un reconocimiento permanente de la plena suficiencia de Cristo, una comprensión viva y satisfactoria para nuestra alma de su Persona, de su obra y de su Palabra para satisfacer todas nuestras necesidades y exigencias.

Pero tal vez el lector se sienta inclinado a condenar a Pedro por haber abandonado la barca. Puede pensar que no tenía ninguna necesidad de haber dado ese paso. ¿Por qué no se quedó con sus hermanos a bordo de la barca? ¿Acaso no era posible ser fiel a Cristo tanto en la barca como en el agua? ¿Acaso la consecuencia de su acción no demostró que habría sido mejor, más seguro y más sabio que Pedro se hubiera quedado en la barca, antes que lanzarse a una carrera que iba a ser incapaz de seguir?

A todo esto contestamos que nuestro apóstol estuvo claramente gobernado por el vehemente deseo de estar más cerca de su Señor. Y estaba bien. Vio a Jesús andando sobre las aguas, y deseó estar con Él. Además, tenía la autoridad directa de su Señor para abandonar la barca. Admitimos plenamente que sin ello, hubiera sido un fatal error dejar su posición; pero en el momento que la palabra “Ven” resonó en sus oídos, tuvo la autorización divina para salir a caminar sobre las aguas. En efecto, si se hubiera quedado, se habría perdido una gran bendición.

Así ocurre en todos los casos. Debemos tener autoridad antes de poder actuar. Sin ello, cuanto mayor sea nuestro celo, energía y aparente devoción, más fatal será nuestro error y más daño nos haremos a nosotros mismos, a los demás y a la causa de Cristo. Es de suma importancia que en todos los casos –pero especialmente cuando hay una medida de celo, fervor y energía–, haya primero un sobrio sometimiento a la autoridad de la Palabra. Si falta eso, entonces no hay manera de calcular la gravedad del daño que se puede causar. Si nuestra devoción no fluye en el canal de la simple obediencia, si sobrepasa los diques formados por la Palabra de Dios, las consecuencias serán desastrosas.

Pero hay otra cosa que sigue en importancia a la autoridad de la Palabra divina: la constante percepción de la presencia divina. Estas dos cosas nunca deben ser separadas si queremos andar sobre las aguas. Podemos tener las ideas claras y bien establecidas, contar con la autoridad de la Palabra para una particular acción; pero si no tenemos con igual claridad el sentido de la presencia del Señor con nosotros, si nuestros ojos no están continuamente fijos en el Dios vivo, seguramente caeremos.

Esto es especialmente solemne, y demanda la más seria consideración de parte del lector cristiano. Justamente en este punto falló Pedro. No falló en la obediencia, sino en la dependencia práctica. Actuó conforme a la palabra de Jesús cuando abandonó la barca, pero al andar sobre las aguas, no se apoyó en los brazos de Jesús; de ahí su terror y confusión. La sola autoridad no basta; necesitamos también el poder. Actuar sin autoridad es siempre malo. Actuar sin poder es siempre imposible. La autoridad para comenzar es la Palabra. El poder para seguir es la presencia divina. La combinación de ambos siempre hará posible una carrera exitosa. No importan en lo más mínimo las dificultades si nuestro curso cuenta con la inquebrantable autoridad de la Santa Escritura y el bendito apoyo de la presencia de Dios para seguirlo. Cuando Dios habla, debemos obedecer; pero para hacerlo, debemos apoyarnos en Su brazo. “¿No te lo he mandado yo?”. “He aquí yo estoy con vosotros” (Josué 1:9, V. M.; Mateo 28:20).

Estas dos cosas son absolutamente esenciales para todo hijo de Dios y siervo de Cristo. Sin ellas, no podemos hacer nada; con ellas, podemos hacer todo. Si no tenemos un “Así ha dicho Jehová” o un “Está escrito”, no podemos entrar en un camino de devoción, y si no tenemos el sentido de Su presencia, no podemos seguir ese camino. Siempre debemos recordar que es posible que todo esté bien al emprender el camino, pero que fracasemos al seguir.

Es lo que sucedió con Simón Pedro, y lo que también sucedió con millares de personas desde entonces. Una cosa es hacer un buen comienzo, y otra cosa un buen progreso. Una cosa es dejar el barco, y otra cosa es andar sobre las aguas. Pedro hizo lo primero pero falló en lo último. Este querido siervo de Cristo tropezó en su camino; pero ¿dónde se halló? En los brazos de un amoroso Salvador. “¡Señor, sálvame!”. ¡Cuán profundamente conmovedor! Él se arroja sobre un amor muy bien conocido, un amor que aún lo habría de encontrar en circunstancias mucho más humillantes. Pedro no fue decepcionado. ¡Ah, no! Bendito sea Dios, ninguna pobre criatura capaz de fallar y tropezar, apelará jamás en vano a ese amor. “Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. ¡Qué gracia exquisita! Sí, Pedro no logró alcanzar a su Señor, pero su Señor no dejó de alcanzarlo a él. Sí, Pedro falló en la fe, pero

Jesús no podía fallar en la gracia. La gracia de nuestro Señor Jesús es sobreabundante. Él se sirve de nuestros fracasos para manifestar su rico y precioso amor. ¡Qué bendición es tener que ver con ese tierno, paciente y amante Señor! ¡Oh, quién no querría confiar en Él, alabarle, amarle y servirle!

Su caída

Ahora seguiremos a nuestro querido apóstol en la escena más oscura y humillante de toda su historia; una escena que difícilmente podríamos entender o explicar si no conociéramos algo de las infinitas profundidades de la gracia divina, por un lado, y de los terribles abismos en los que aun un santo de Dios o un apóstol de Cristo son capaces de hundirse si no son guardados por el poder divino, por otro.

Parece asombroso encontrar en las páginas inspiradas un relato de la caída de un siervo tan eminente de Cristo como Simón Pedro. Nosotros, en nuestra sabiduría, pensaríamos que hubiese sido mejor correr un velo de silencio sobre tal evento. Pero no así el Espíritu Santo. Él consideró necesario hablarnos claramente de los errores, fracasos y pecados de hombres tales como Abraham, Moisés, David, Pedro y Pablo, para que aprendamos de esas santas historias las lecciones de las debilidades humanas y de la gracia divina; y aunque están llenas de solemnes advertencias, nos dan un precioso consuelo y aliento. Por ellas aprendemos lo que somos nosotros y lo que Dios es. Aprendemos que no podemos confiar en nosotros mismos ni un solo momento; que no hay sima de pecado en la que no podamos caer si no somos guardados por la gracia. Pero también aprendemos a confiar en la estabilidad eterna de la gracia que trató con los que erraron y pecaron en otro tiempo, para que nos apoyemos con una confianza cada vez mayor en Aquel que “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Ninguno de los cuatro evangelistas omite la caída de Pedro. Leamos, por ejemplo, Mateo 26: “Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (v. 30-33).

En estas pocas palabras Pedro revela la verdadera raíz del asunto. Esa raíz era la confianza en sí mismo, raíz bastante frecuente ¡ay! también entre nosotros. No cuestionamos en lo más mínimo la sinceridad de Pedro. Estamos absolutamente seguros de que habló con el corazón, y de que no

tenía la más remota idea de lo que iba a hacer. No se conocía a sí mismo, y generalmente encontramos que el desconocimiento de uno mismo y la confianza en sí mismo van juntos. El conocimiento de uno mismo destruye la propia confianza. En otras palabras, cuanto más es conocido el yo, más desconfianza se le tiene. Si Pedro se hubiese conocido a sí mismo, si hubiese conocido sus tendencias y capacidades, nunca habría pronunciado las palabras que acabamos de citar. Pero estaba tan lleno de confianza en sí mismo, que cuando su Señor le dijo expresamente lo que iba a hacer, él contestó: “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré” (Mateo 26:35).

Esto es de una solemnidad especial, y está lleno de instrucción para nosotros. Todos nosotros somos tan ignorantes de nuestros propios corazones que nos consideramos incapaces de caer en ciertos pecados groseros. Pero cada uno de nosotros debe tener en cuenta que si no fuésemos guardados cada momento por la gracia de Dios, seríamos capaces de cualquier cosa. Estamos hechos de unos materiales capaces de cualquier medida o tipo de mal; y dondequiera que oímos a alguien que dice: «Bueno, yo ciertamente soy una pobre criatura, que puede fallar y tropezar, pero no soy capaz de hacer algo como eso», podemos estar seguros de que esa persona no conoce su propio corazón; y está, además, en inminente peligro de caer en algún pecado grave. Es bueno andar humildemente delante de nuestro Dios, desconfiando de nosotros mismos y apoyándonos en él. Este es el verdadero secreto de la seguridad moral en todo tiempo. Si Pedro lo hubiera comprendido, habría evitado su terrible caída.

Pero Pedro tenía plena confianza en sí mismo, y, como consecuencia, le faltó velar y orar. Esta era otra etapa en su carrera descendente. Si solo hubiese sentido su completa debilidad, habría buscado la fuerza divina, echándose en los brazos de Dios a fin de “hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Miremos al bendito Maestro. Aunque era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5), sin embargo, como Hombre, habiendo tomado el lugar de la criatura y asumiendo plenamente la realidad de su posición, hacía fervientes oraciones mientras Pedro dormía profundamente. Sí, Pedro dormía en el jardín de Getsemaní mientras su Señor pasaba por la más profunda angustia que hasta entonces había experimentado, aunque todavía le esperaban angustias más profundas. “Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Vino luego a sus discípulos, y los

halló durmiendo, y *dijo a Pedro*: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:36-41).

¡Qué tierna gracia! ¡Qué disposición a usar de indulgencia! ¡Qué elevación moral! Y, sin embargo, Jesús sintió la falta de simpatía, la fría indiferencia a Su dolorosa agonía. “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmo 69:20). ¡Cuánto implican estas palabras! Él buscó consoladores. Ese corazón humano perfecto anhelaba simpatía; pero, ¡ay! no la había para Él. Incluso Pedro, que se declaró dispuesto a morir con Él, se durmió ante las agonías de Getsemaní.

¡Tal es el hombre! ¡Incluso el mejor de los hombres! Confiado en sí mismo, cuando no debería confiar en él; dormido, cuando debería velar, y, podemos añadir, peleador, cuando debería ser sumiso. “Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco” (Juan 18:10). ¡Cuán incongruente, cuán totalmente fuera de lugar, era una espada en compañía del manso y humilde Hombre de dolores! “Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11). Pedro se hallaba totalmente fuera de la corriente del pensamiento de su Señor. No tenía un pensamiento en común con Él con respecto a Su camino de sufrimiento. Deseaba defenderlo con armas carnales, olvidando que Su reino no era de este mundo.

Todo esto es de una solemnidad especial. Ver a un querido y honrado siervo de Cristo caer tan penosamente, es seguramente suficiente para enseñarnos a andar apacible y cautelosamente. Pero ¡ay! todavía no hemos alcanzado el punto más bajo en la carrera descendente de Pedro. Después que usó su espada en defensa de su Maestro, lo vemos siguiéndolo “de lejos”. “Y prendiéndole, le llevaron, y le condujeron a casa del sumo sacerdote. Y *Pedro le seguía de lejos*. Y habiendo ellos encendido fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y *Pedro se sentó también entre ellos*” (Lucas 22:54-55).

¡Qué compañía para un apóstol de Cristo! ¿Puede un hombre tocar el lodo y no mancharse? “¿O puede el hombre andar sobre las ascuas, sin que se le quemén los pies?” (Proverbios 6:28, V. M.). Es terriblemente peligroso que el cristiano se sienta entre los enemigos de Cristo. El solo hecho de haberlo hecho demuestra que la decadencia de la vida espiritual ya ha comenzado, y ha hecho alarmantes progresos. En el caso de Pedro, las etapas de decadencia están marcadas claramente.

Primero, se jacta en su propia fuerza; segundo, se duerme cuando debiera estar orando; tercero, desenvaina su espada cuando debiera haber doblado la cabeza con mansedumbre; cuarto, sigue al Señor de lejos, y quinto, se halla cómodamente en medio de los abiertos enemigos de Cristo.

Luego llega la última escena de este terrible drama. “Y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: *No le conozco, ni sé lo que dices*. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. *Pero él negó otra vez*. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Entonces *él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis*. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba” (Marcos 14:66-72).

Lucas añade una conmovedora cláusula: “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lucas 22:61-62).

¡Qué profundamente conmovedor es todo esto! ¡Pensemos solamente en un santo de Dios, un apóstol de Cristo, maldiciendo y jurando que él no conocía a su Señor! ¿Pondría en duda el lector, por esto, el hecho de que Pedro era un genuino santo de Dios? Algunos lo cuestionan, pero es un grave error. Les resulta difícil concebir que un verdadero hijo de Dios caiga tan terriblemente. Esas dudas se deben a que aún no han aprendido por completo lo que es la carne. Pedro era un santo de Dios tanto en el palacio del sumo sacerdote como en el monte de la transfiguración. Pero tuvo que aprender a conocerse a sí mismo, pasando a través de un proceso tan humillante y penoso como el que cualquier creyente podría ser llamado a pasar. Seguramente que si alguno le hubiera dicho a Pedro, unos días antes, que dentro de poco iba a maldecir y jurar que no conocía a su Señor, se habría aterrorizado ante tal pensamiento. Podría haber dicho, como uno en la antigüedad: “¿Es tu siervo perro, que hará esta gran cosa?” (2 Reyes 8:13, RV 1909). Efectivamente lo era. No sabemos de qué somos capaces hasta que una situación nos ponga a prueba. Para nosotros, lo importante es andar humildemente con nuestro Dios día a día, profundamente conscientes de nuestra absoluta debilidad, y aferrados a Aquel que es capaz de guardarnos sin caída. Solo estamos seguros bajo el refugio de Su presencia. Abandonados a nosotros mismos, no somos capaces de nada, como nuestro apóstol descubrió, con profundo dolor. Pero el Señor velaba sobre su pobre discípulo errante. Nunca lo perdió de vista ni por un momento. Tenía los

ojos puestos en todo el proceso. El diablo, si hubiese podido, habría roto la barca en mil pedazos. Pero no pudo hacerlo. Solo era un instrumento en las manos divinas para hacer un trabajo para Pedro que este no hizo. “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto [o restaurado], confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31-32).

Esto nos permite ver la raíz del asunto. Pedro necesitaba ser zarandeado, y Satanás fue utilizado para cumplir esta tarea –como sucedió con Job y con el hombre de 1 Corintios 5–. Parece maravilloso, misterioso y solemne que Satanás sea utilizado de esta manera. Y con todo, así es. Dios lo usa “para destrucción de la carne” (1 Corintios 5:5). Él no puede tocar el espíritu de un creyente, por cuanto es eternamente salvo. Pero es algo terrible estar en la criba de Satanás. Pedro probó esto, lo mismo que Job y el hombre de Corinto que se había extraviado.

Pero ¡qué *gracia* vemos en estas palabras!: “Yo he rogado por ti”, no para que no cayera, sino para que, cuando haya caído, su fe no desfallezca. Nada sobrepasa la gracia que aquí resplandece. El bendito Salvador sabía todo lo que iba a pasar: la vergonzosa negación, las maldiciones y los juramentos; sin embargo, “he rogado por ti, que tu fe no falte” –que tu confianza en la eterna estabilidad de Mi gracia no desfallezca–.

Todo esto es absolutamente asombroso. Y luego, el *poder* de aquella mirada: “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro”. Esto es lo que rompió el corazón de Pedro, provocando un mar de amargas lágrimas de arrepentimiento.

Su restauración

Ahora consideraremos el tan interesante tema de la restauración de Simón Pedro, en el cual hallaremos algunos puntos de suma importancia práctica. De su caída aprendemos la debilidad e insensatez del hombre; de su restauración aprendemos la gracia, sabiduría y fidelidad de nuestro Señor Jesucristo. La caída fue ciertamente profunda, terrible y humillante; la restauración, completa y maravillosa. Podemos estar seguros de que Simón Pedro jamás olvidará ni una ni otra; no; más bien recordará ambas con admiración, amor y alabanza, a través de los incontables siglos de la eternidad. La gracia que brilló en la restauración de Pedro es la misma que se manifestó en su conversión. Vamos a considerar brevemente –dentro de nuestro reducido espacio– algunos de los puntos sobresalientes. Primero veamos la *causa*.

La causa que provocó la restauración de Simón Pedro

Esta se nos presenta con particular fuerza por la pluma del inspirado evangelista Lucas: “Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lucas 22:31). Si a Satanás se le hubiera permitido hacer su voluntad, el pobre Simón habría quedado arruinado para siempre. Pero no; él simplemente fue empleado como un instrumento —como lo fue en el caso de Job—, para hacer un trabajo necesario, y, una vez que terminó su trabajo, se tuvo que retirar. No podía moverse el ancho de un cabello fuera de la esfera de acción que le estaba señalada. Es bueno que siempre recordemos esto. Satanás es solo una criatura; astuto, taimado, poderoso, sin duda, pero una criatura que solo puede actuar en la medida que Dios se lo permite. Si Pedro se hubiese conducido con mesura, si hubiese buscado la ayuda divina con humildad y ahínco, si se hubiese juzgado a sí mismo en secreto, no habría habido ninguna necesidad de que fuera pasado por la zaranda de Satanás. Gracias a Dios, Satanás no tiene ningún poder sobre el alma que anda humildemente con Dios. Hay perfecto refugio, perfecta seguridad, en la presencia divina; no hay una sola flecha en la aljaba del enemigo que pueda alcanzar a aquel que se apoya, con simple confianza, en el brazo del Dios vivo. Aquí nuestro apóstol falló; por eso, para conocerse a sí mismo, tuvo que pasar por un proceso muy severo. Pero, ¡qué poder y preciosura hay en aquellas palabras: *“He rogado por ti”!* He aquí el secreto, la causa que provocó la restauración de Simón. La oración de Jesús sostuvo el alma de su extraviado siervo en aquella terrible hora cuando el enemigo quiso reducirlo a polvo. ¿Qué podía hacer Satanás frente a la omnipotente intercesión de Cristo? Nada. Cuando, a los ojos de los hombres, todo parecía perdido y sin esperanza, aquella maravillosa oración fue el fundamento de la seguridad de Pedro.

Y ¿para que oró nuestro Señor? ¿Para que Pedro no cometiese el terrible pecado de negarle? ¿Para que no maldijese ni jurase? No; ¿para qué entonces? Para “que tu fe no falte”.

¿Puede algo superar la gracia que brilla en esto? El fiel Señor, lleno de gracia y amor, en vista del terrible pecado de Pedro, y sabiendo todo lo que este iba a hacer, pudo sin embargo suplicar por él, para que su confianza no decaiga; para que no pierda el sentido de la eterna estabilidad de esa gracia que lo tomó de lo profundo de su ruina y culpa.

¡Qué gracia incomparable! Nada puede sobrepasarla en resplandor y bienaventuranza. Si no hubiese sido por esta oración, la confianza de Pedro seguramente habría declinado; nunca habría sobrevivido a la terrible lucha por la que pasaba su alma cuando pensaba en su terrible pecado. Una vez vuelto, una vez restaurado, cuando reflexionó sobre toda la escena, sobre sus expresiones de fidelidad: “Aunque todos se escandalicen, yo no” (Marcos 14:29), “¡Aunque me sea me-

nester morir contigo, no te negaré jamás!"; (v. 31, V. M.); "Dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte" (Lucas 22:33), sin duda fue abrumador para su corazón recordar todas estas palabras, después de negar a su amado Señor con maldición y juramento.

Es un momento terrible en la historia del alma cuando uno despierta y toma conciencia de haber cometido pecado. Pecado contra la luz, el conocimiento y los privilegios recibidos; contra la gracia y la bondad divinas. Mientras tanto, Satanás seguramente desarrollará una actividad febril: nos acosará con sus más terribles sugerencias, suscitará todo tipo de cuestiones dudosas, llenará el corazón de razonamientos legalistas, dudas y temores, sacudiendo el alma desde su raíz.

Pero, gracias y alabanzas sean dadas a nuestro Dios, el enemigo no puede prevalecer. "Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante" (Job 38:11). La poderosa y siempre eficaz intercesión de nuestro Abogado divino sostiene la fe tan duramente probada, lleva el alma a través de las aguas profundas y oscuras, restaura el vínculo roto de la comunión, cura las heridas espirituales, levanta al caído, hace volver al extraviado y llena el corazón de alabanza y agradecimiento. "He rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto [o restaurado], confirma a tus hermanos". Aquí se nos presenta, del modo más conmovedor, la *causa* que provocó la restauración de Simón Pedro. Ahora repararemos brevemente en *el medio* que contribuyó a dicha restauración.

El medio que contribuyó a la restauración de Simón Pedro

Para esto también estamos en deuda con el evangelista Lucas. Por medio de él el Espíritu que lo inspiró nos dio más que ningún otro lo que es exquisitamente humano –lo que va directamente al corazón con irresistible poder–, Dios manifestado en la más bella forma humana.

Ya hemos notado el retroceso gradual de Pedro; cómo, paso a paso, se fue alejando moralmente de Dios: olvidándose de velar y orar; siguiendo a Jesús de lejos; calentándose junto al fuego del enemigo; negando cobardemente al Señor; maldiciendo y jurando que no lo conocía. Todo esto apuntaba vergonzosa y terriblemente hacia abajo. Pero cuando el pobre Pedro, extraviado, apartado, que cae en pecado, llegó al punto más bajo, se pone de manifiesto entonces la gracia que brilla, con lustre celestial, en la causa y el medio que condujeron a su restauración. La causa la tenemos en la *oración* de Cristo; el medio, en Su *mirada*. "Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente" (Lucas 22:61-62).

En efecto, aquí lo tenemos: “el Señor, miró a Pedro”; “Pedro se acordó”, y luego “Pedro... lloró amargamente”. ¡Qué mirada! ¡Qué recuerdo! ¡Qué llanto! ¿Qué corazón humano puede concebir, qué lengua expresar, que pluma describir, todo lo que envuelve esa sola mirada? Bien podemos creer que esta mirada se dirigió directamente al centro mismo del alma de Pedro. Él nunca olvidará esa maravillosa mirada, tan llena de inmenso poder moral, tan penetrante, que subyuga el alma y derrite el corazón.

“Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente”. Este era el momento decisivo. Hasta entonces todo era un oscuro retroceso. Aquí la luz divina penetra en la profunda oscuridad moral. La preciosa oración de Cristo es respondida; Su poderosa mirada hace su trabajo. Las fuentes del corazón se rompen, y las lágrimas de arrepentimiento se derraman copiosamente, demostrando la profundidad, realidad e intensidad de la obra divina interior.

Así debe ser siempre, y así lo será cuando el Espíritu de Dios trabaja en el alma. Si hemos pecado, debemos ser compelidos a sentir, juzgar y confesar nuestro pecado; a sentirlo profundamente, a juzgarlo a fondo y a confesarlo plenamente. Decir simplemente «he pecado», con ligereza, frivolidad o por mera formalidad, no sirve de nada. Debe haber realidad, rectitud y sinceridad. Dios ama “la verdad en lo íntimo” (Salmo 51:6). Nada era ligero, frívolo ni formal en cuanto a nuestro querido apóstol a la hora de su caída y arrepentimiento. No, todo era absolutamente real. ¿Cómo podía ser de otra forma con semejante causa y semejante medio? La oración y la mirada del Señor desplegaron sus preciosos resultados en la restauración de Pedro.

El lector hará bien en notar el hecho de que la oración y la mirada de nuestro Señor Jesucristo presentan, de manera bella y notable, los dos grandes aspectos del ministerio presente de Cristo como nuestro Abogado para con el Padre. Tenemos el valor y predominio de su intercesión, así como el poder y la eficacia de su Palabra en las manos del Espíritu Santo, el “otro Abogado” (Juan 14:16). La *oración* de Cristo por Pedro corresponde a Su intercesión por nosotros. Su *mirada* a Pedro habla de su Palabra derramada en nuestros corazones por el poder del Espíritu Santo. Cuando pecamos –como ¡ay! lo hacemos en pensamiento u obra–, nuestro bendito y adorable Abogado habla a Dios a favor nuestro. Esta es la causa de nuestro arrepentimiento y restauración. Pero él también habla a nosotros de parte de Dios. Este es el medio que contribuye a la restauración.

La intercesión de Cristo es un gran tema que hemos procurado desarrollar recientemente en un artículo sobre *La plena suficiencia de Cristo*, por lo que no nos detendremos en él aquí. Concluiremos este estudio con una breve referencia a algunos rasgos morales de la restauración de Pedro, los que deben ser considerados en todos los casos de verdadera restauración. En primer lugar, está el estado de la conciencia.

El estado de la conciencia

En cuanto a la plena y completa restauración de la conciencia de Pedro después de su terrible caída, tenemos la prueba más incuestionable proporcionada por su vida posterior. Tomemos por ejemplo la conmovedora escena en el mar de Tiberias, (véase Juan 21). Miremos a aquel querido hombre, cabal y fervoroso, ciñéndose su túnica de pescador y echándose al mar para estar a los pies de su Señor resucitado. No esperó ni la barca ni a sus compañeros, sino que se abalanzó a los pies de su Salvador con todo el frescor y la libertad de una conciencia divinamente restaurada. No hay ningún temor atormentador, ninguna esclavitud legal, ninguna duda, oscuridad ni distancia. Su conciencia está en plena paz, en perfecto reposo. La oración y la mirada –las dos grandes partes de la obra de intercesión– demostraron su eficacia. La conciencia de Pedro estaba perfectamente bien y sana; por eso pudo hallar su hogar en la presencia de su Señor: su hogar santo y feliz.

Consideremos otra notable y bella prueba de una conciencia restaurada. Veamos a Pedro en Hechos 3. Él está aquí en presencia de miles de judíos, y los acusa audazmente de haber negado “al Santo y al Justo”, de lo que él mismo había hecho, aunque en circunstancias muy diferentes. ¿Cómo podía Pedro hacer esto? ¿Cómo podía tener cara para hablar así? ¿Por qué no dejó tan grave acusación a cargo de Santiago o Juan? La respuesta es sencilla. La conciencia de Pedro fue tan plenamente restaurada, hallándose en tan perfecta paz, tan completamente purificada, que pudo acusar sin temor a la casa de Israel de cometer el terrible pecado de haber negado al Santo de Dios. ¿Era esto fruto de la insensibilidad moral? No, era el fruto de la restauración divina. Si alguno de este grupo que se había congregado en el pórtico de Salomón se hubiese atrevido a poner tacha a nuestro apóstol por su vergonzosa negación de su Señor, no es difícil imaginar su respuesta. El hombre que había *llorado amargamente* por su pecado, podemos estar seguros, habría sabido contestar tal recusación. No que su llanto amargo fuera la base meritoria de su restauración; nada de eso; sino que simplemente demostró la realidad de la obra de arrepentimiento operada en su alma. La insensibilidad moral es una cosa, y una conciencia restaurada, basada en la sangre y la intercesión de Cristo, es otra cosa totalmente distinta.

Pero hay algo más comprendido en una verdadera obra de restauración, y es el estado del corazón.

El estado del corazón

Es de vital importancia en todos los casos. Ninguna restauración puede ser considerada divinamente completa si no llega a lo más profundo del corazón. Por eso, cuando consideramos nuevamente las escenas que se desarrollan a orillas del mar de Tiberias, hallamos al Señor ocupado en tratar muy atenta y poderosamente con el estado del corazón de Pedro. No podemos, por mucho que quisiéramos, extendernos más sobre una de las más conmovedoras entrevistas de toda la Biblia. No podemos más que citar el registro inspirado, lo cual ya es suficiente.

Es sumamente interesante observar que, durante aquella maravillosa cena preparada y servida por el Señor resucitado, no se hace la menor alusión a escenas pasadas. Pero “cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (Juan 21:15). Aquí las palabras de su fiel Señor, una vez más le recuerdan a Simón su profesión de confianza en sí mismo. Él había dicho: “Aunque todos se escandalicen, yo no” (Marcos 14:29). Entonces la escrutadora pregunta del Señor, tres veces repetida, claramente evoca la triple negación.

El *corazón* de Pedro fue tocado en el fondo: la *raíz* moral de todo el asunto fue alcanzada —la raíz de la confianza en sí mismo—. Era un trabajo absolutamente necesario en el caso de Pedro, y es absolutamente necesario en todos los casos. La obra de restauración nunca puede ser completa a menos que la raíz de donde brotan las acciones sea alcanzada y juzgada. El mero trabajo superficial es inútil. De nada sirve cortar los brotes; debemos descender a las profundidades de nuestro corazón, a los resortes ocultos de nuestras acciones, y juzgarlos a la luz de la presencia divina.

Aquí radica el secreto de una auténtica restauración. Reflexionemos en ello. Podemos estar seguros de que demanda nuestra más seria consideración. Estamos inclinados a contentarnos con cortar los brotes que aparecen sobre la superficie de nuestra vida práctica cotidiana, sin llegar a las raíces; y la triste consecuencia es que los brotes vuelven a aparecer rápidamente, para nuestro dolor y vergüenza, y para deshonor del nombre de nuestro Señor. El trabajo del juicio propio debe ser más profundo si realmente queremos progresar en la vida divina. Somos terriblemente superficiales, ligeros y frívolos. Carecemos de profundidad, seriedad y peso moral. Necesitamos más de aquel trabajo de corazón operado en Simón el hijo de Jonás a orillas del mar de Tiberias. “Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas?” (Juan 21:17). El filo del divino

Cirujano había alcanzado la raíz de la enfermedad moral, y eso bastaba. Era necesario, pero bastaba; y Simón Pedro, entristecido y habiéndose juzgado a sí mismo, no le resta más que volver al gran hecho de que su Señor lo sabía todo. “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”. Es como si hubiera dicho: «Señor, los ojos de la Omnisciencia misma han de discernir si hay una sola chispa de afecto por ti en el corazón de un pobre extraviado». Se trataba de una auténtica obra; de un alma completamente restaurada, tanto en lo que respecta a la conciencia como al corazón. Y ¿qué falta ahora? Ser restablecido en su servicio.

Restablecido en su servicio

Algunos nos dicen que una persona que cae, nunca puede recuperar su posición original; y es cierto que bajo el *gobierno*, uno ha de cosechar lo que sembró (Gálatas 6:7). Pero la gracia es otra cosa totalmente diferente. El gobierno echó fuera a Adán del huerto de Edén, y nunca lo restableció allí, pero la *gracia* anunció la victoriosa Simiente de la mujer. El gobierno dejó a Moisés fuera de Canaán, pero la gracia lo condujo a la cumbre de Pisga. El gobierno envió una espada perpetua a la casa de David (2 Samuel 12:10), pero la gracia hizo del hijo de Betsabé el más sabio y rico de los reyes de Israel.

Nunca debemos perder de vista la distinción entre la gracia y el gobierno. Confundir ambas cosas es cometer un grave error. No podemos considerar en detalle este importante tema aquí, lo que ya hicimos en otra ocasión. El lector debe procurar entenderlo y tenerlo siempre presente.

En cuanto a Simón Pedro, no solo lo vemos restablecido en el servicio al que había sido llamado al principio, sino en algo aún más elevado. “Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas” (Juan 21:15-16), es la nueva comisión confiada al hombre que había negado a su Señor con juramento. ¿No es esto algo superior a ser “pescador de hombres” (Lucas 5:19)? “Y tú, una vez *restaurado*, confirma a tus hermanos” (cap. 22:32). En el servicio de nuestro Señor ¿hay algo más elevado que pastorear ovejas, apacentar corderos y confirmar a los hermanos? No hay nada en este mundo más querido para Cristo que sus ovejas, sus corderos y sus hermanos; por eso, nuestro Señor no podía haberle dado a Simón Pedro una prueba más conmovedora de Su confianza que encargando a su cuidado los objetos más queridos de Su profundo y tierno amor.

Y luego nótese las palabras finales: De cierto, de cierto te digo: “Cuando eras más *joven*, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas *viejo*, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: *Sígueme*” (Juan 21:18-19).

¡Qué graves palabras son estas! ¿Quién puede desentrañar su profunda significación, alcance y poder? ¡Qué contraste entre el Simón, *joven*, inquieto, arremetedor, desatinado, presumido, confiado en sí mismo, y el Pedro *viejo*, sumiso, ablandado, pasivo, crucificado! ¡Qué diferencia entre un hombre que iba adonde quería, y un hombre que sigue a un Señor rechazado por el oscuro y estrecho sendero de la cruz, al hogar en la gloria!

Conclusión

No podríamos terminar estas meditaciones sin dar una ojeada, aunque sea superficial, a la manera en que nuestro apóstol desempeñó sus diversas comisiones. Lo vemos como “pescador de hombres”, abriendo el reino de los cielos a los judíos y a los gentiles, y, finalmente, apacentando y pastoreando los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo.

Estos son servicios elevados para que un pobre mortal sea llamado a cumplirlos, y más especialmente para alguien que había caído tan hondo como Simón Pedro. Pero el notable poder con que Pedro llevó a cabo su bendito servicio, demostró, más allá de toda duda, la realidad y plenitud de su restauración. Al final de los Evangelios vemos a Pedro restaurado en su corazón y conciencia; en los Hechos y en sus Epístolas lo vemos restaurado en cuanto a su servicio.

No podemos entrar en detalles, pero todavía debemos mencionar brevemente un par de puntos. Hay algo extraordinariamente bello en el discurso que dirigió Pedro en Hechos 3. Solo citaremos algunos fragmentos: “El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y *negasteis* delante de Pilato, cuando este había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros *negasteis al Santo y al Justo*” (v. 13-14).

¡Qué espléndidas pruebas tenemos aquí de la plena restauración de Pedro! Habría sido absolutamente imposible que acusara a su audiencia de haber negado al Santo si su propia alma no hubiese sido plenamente restaurada. ¡Ay, él también había negado a su Señor! Pero se había arrepentido, y había llorado amargamente. Había estado ya en las profundidades del juicio propio, donde justamente deseaba ver a cada uno de sus oyentes. Había estado cara a cara con su Señor, donde justamente anhelaba verlos a ellos. Se le hizo gustar la dulzura, liberalidad y plenitud del amor perdonador de Dios, para que probara la eficacia divina de la expiación y la intercesión todopoderosa de Cristo. Por cuanto fue perdonado, sanado y restaurado, pudo estar en presencia

de ellos, como un vivo y sorprendente monumento de aquella gracia que desplegaba ante ellos, y que era tan ampliamente suficiente para ellos como lo había demostrado ser para él. “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (v. 19).

¿Quién podría expresar más clara y enfáticamente palabras tan preciosas, que un Pedro restaurado y perdonado? Si alguno de los oyentes hubiese osado recordarle al predicador su propia historia –su pasado–, ¿qué le habría contestado? Seguramente Pedro habría tenido poco que decir sobre sí mismo, pero en cambio mucho que hablar sobre la rica y preciosa gracia que había triunfado sobre su pecado y fracaso; mucho que hablar sobre aquella sangre preciosa que había borrado para siempre toda su culpa y le había dado perfecta paz a su conciencia; mucho que hablar sobre aquella intercesión todopoderosa a la que debía su plena y perfecta restauración.

Pedro era el hombre indicado para exponer ante los demás, aquellos temas gloriosos en los cuales había hallado fuerza, consuelo y gozo, habiendo probado, de una manera no habitual, la realidad y estabilidad de la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Para él, no se trató de una mera teoría vacía, de simple doctrina u opinión; no, todo era intensamente real. Su misma vida y salvación estaban ligadas con ello. Conocía íntimamente el corazón de Cristo, su infinita ternura y compasión, su invariable devoción frente a tantos tropiezos, faltas, y pecados. Por eso, podía dar el más claro y poderoso testimonio a toda la casa de Israel del poder del nombre de Jesús, de la eficacia de Su sangre y del profundo e infinito amor de Su corazón. “Por la fe en su nombre, a este, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a este *esta completa sanidad* en presencia de todos vosotros” (Hechos 3:16).

¡Qué poder hay en esas palabras! ¡Cuán refrescante es el testimonio al nombre incomparable de Jesús! Es una delicia en todos los tiempos, pero más especialmente en estos actuales días de incredulidad que nos toca vivir, especialmente caracterizados por el decidido y persistente esfuerzo del enemigo por excluir el nombre de Jesús de todas partes.

Dondequiera que miremos, ya sea en el campo de la ciencia, de la religión, de la filantropía o de la reforma moral, vemos que el objetivo que se persigue asidua y diligentemente, es desterrar el nombre de Jesús. No se lo dice explícitamente, sin embargo es así. Científicos, profesores y conferenciantes en las universidades, hablan y escriben acerca de «las fuerzas de la naturaleza» y de los *hechos* de la ciencia –que debemos distinguir de las conclusiones y razonamientos de los científicos– de tal modo que prácticamente excluyen al Cristo de Dios de todo el campo de la naturaleza. La Escritura, bendito sea Dios, nos dice que por el Hijo de Su amor, “fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tro-

nos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y *todas las cosas en él subsisten*". Y de nuevo, hablando del Hijo, el Espíritu inspirador dice: "El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y *quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Colosenses 1:16-17; Hebreos 1:3).

Estos espléndidos pasajes nos conducen a la raíz divina del asunto. Ellos hablan, no de «las fuerzas de la naturaleza», sino de la gloria de Cristo, del poder de su mano y de la virtud de su Palabra. La incredulidad nos quiere privar de Cristo, y darnos, en vez de Él, «las fuerzas de la naturaleza». Preferimos infinitamente a nuestro amado Señor. Nos complacemos en ver Su nombre indisolublemente vinculado con la creación en todos sus vastos y maravillosos campos. Preferimos infinitamente el eterno testimonio escrito del Espíritu Santo a todas las sutiles y elaboradas teorías de los profesantes incrédulos. Nos regocijamos al ver el nombre de Jesús ligado a todas las ramas de la religión y la filantropía. Nos horrorizamos cada vez más ante todo sistema, club, organización o asociación que osa excluir el glorioso nombre de Jesús de sus esquemas religiosos y de reforma moral. Declaramos solemnemente que la religión, la filantropía o la reforma moral que no hacen del nombre de Jesús su Alfa y Omega, es la religión, la filantropía y la reforma moral del infierno. Esto puede parecer fuerte, severo, extremo e intolerante, pero es nuestra profunda y plena convicción, y lo declaramos sin temor en presencia de toda la incredulidad y superstición actuales.

Pero debemos retomar el discurso de nuestro apóstol, que ha despertado encendidos sentimientos en lo profundo del alma.

Habiendo hecho pesar directamente sobre la conciencia de sus oyentes, el terrible pecado que habían cometido, Pedro pasa a aplicar el reconfortante y curativo bálsamo del Evangelio, con palabras de maravilloso poder y dulzor: "Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes. Pero Dios *ha cumplido así* lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer" (Hechos 3:17-18). Nada puede superar la gracia que brilla en esto. Evoca las palabras que José dirigió a sus angustiados hermanos: "No me enviasteis acá vosotros, sino Dios" (Génesis 45:8). Tal es la exquisita gracia de nuestro Señor Jesucristo, tal la bondad y el amor infinitos de nuestro Dios.

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. *A vosotros primeramente*, Dios, habiendo levantado a su Hijo, *lo envió para que os bendijese*, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:19-26).

Así este querido y honrado apóstol, en el poder del Espíritu Santo, abrió de par en par las puertas del reino de los cielos a los judíos, en cumplimiento de su elevada comisión tal como está descrita en Mateo 16. Bien podemos decir que se trató de un magnífico testimonio de principio a fin. Muy gustosos nos detendríamos en él, pero el espacio de que disponemos no nos permite hacerlo. Solo podemos dejar al lector que prosiga en su diligente estudio, y pasar, por unos momentos, a Hechos 10 donde vemos el reino abierto a los gentiles.

Damos por sentado que el lector comprende la verdad en torno al hecho de que las llaves del reino de los cielos hayan sido encomendadas a Pedro. Por lo que no perderemos tiempo combatiendo la ignorante superstición que atribuye a nuestro apóstol aquello que, podemos estar seguros, él habría rechazado con intenso y santo horror, a saber, el poder de dejar entrar a las almas en el cielo. ¡Qué detestable insensatez, la que rechaza obstinadamente a Cristo –que es el único camino de Dios al cielo– y pretende basarse ciegamente en un pobre mortal pecador, que es tan deudor como nosotros a la gracia soberana de Dios y a la sangre preciosa de Cristo para entrar en la Iglesia aquí abajo y en los cielos arriba!

Pero es suficiente con lo dicho. Todo cristiano inteligente entiende que al apóstol Pedro se le encargó abrir el reino de los cielos tanto a los judíos como a los gentiles. A él le fueron confiadas las llaves, no de la Iglesia, ni de los cielos, sino “del reino de los cielos”; y lo vemos empleándolas en Hechos 3 y 10.

Pero en el caso de los gentiles no estuvo tan alerta como lo había estado con los judíos. El prejuicio –un triste obstáculo entonces, hoy y siempre– se interpuso en el camino. Pedro necesitaba tener una mente más amplia para aceptar y asimilar el propósito divino respecto a los gentiles.

Instruido bajo la influencia del sistema judío, le parecía una cosa admitir a los judíos en el reino, y otra completamente diferente admitir a los gentiles. Nuestro apóstol tuvo necesidad de mayor instrucción en la escuela de Cristo antes de que su mente pudiera asimilar la doctrina de que “no hay diferencia” (véase Romanos 3:22-23). “Vosotros sabéis” –le dijo a Cornelio– “que es cosa ilícita a un judío juntarse, ni *siquiera* llegarse, a uno que sea de otra nación” (Hechos 10:28, V. M.). Así había sido en tiempos pasados; pero ahora todo esto había cambiado. La pared intermedia había sido derribada; las barreras removidas. “Mas Dios me ha enseñado que a ningún hombre le he de llamar común o inmundo” (v. 28, V. M.). En un vaso que descendía del cielo, Pedro había visto “*toda clase* de animales cuadrúpedos” (v. 12, V. M.) y una voz del cielo le había mandado que matara y comiese (v. 13). Esto era algo nuevo para Simón Pedro. Era una maravillosa lección que tuvo que aprender en la azotea de Simón el curtidor. Allí, por primera vez aprendió que “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34), y que lo que Dios había limpiado, no debía llamarlo común.

Todo esto era bueno y saludable para el alma de nuestro apóstol: tener el corazón ensanchado para incluir los preciosos pensamientos de Dios, para ver las viejas barreras arrasadas por la maravillosa corriente de gracia que fluye del corazón de Dios hacia un mundo perdido; para aprender que la cuestión de *puros e inmundos* ya no se decidía examinando *pezuñas y hábitos* (Levítico 11); que la misma sangre preciosa de Cristo que podía limpiar a un judío podía limpiar también a un gentil, y que los primeros tenían tanta necesidad de ella como los últimos.

Esta, lo repetimos, era una valiosa instrucción para el corazón y el entendimiento de Simón Pedro, como lo demuestra el capítulo 15 de los Hechos. La Iglesia había llegado a una seria crisis. Los maestros judaizantes habían comenzado su terrible trabajo. Querían poner bajo la ley a los gentiles convertidos. La ocasión era muy interesante e importante, profundamente significativa. Los mismos fundamentos estaban en juego. Si el enemigo hubiese logrado poner a los creyentes gentiles bajo la ley, todo estaba perdido.

Pero –alabado sea nuestro Dios siempre lleno de gracia– él no abandonó a su Iglesia al poder y a las artimañas del adversario. Cuando el enemigo vino como río, el Espíritu del Señor levantó bandera contra él (Isaías 59:19). Se convocó una gran reunión, no en un lugar desconocido, sino en Jerusalén, centro y fuente de toda la influencia religiosa de aquella época; el lugar, además, de donde había emanado el mal. Dios tuvo cuidado de que esta gran cuestión no fuese resuelta en Antioquía por Pablo y Bernabé, sino en Jerusalén por la voz unánime de los apóstoles, los ancianos y toda la Iglesia, gobernada, dirigida y enseñada por Dios el Espíritu Santo.

En esta gran reunión nuestro apóstol se presentó de una manera que conmueve las fibras más íntimas de nuestra vida espiritual. Oigamos sus palabras: “Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y *ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos*, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, *¿por qué tentáis a Dios*, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, *de igual modo que ellos*” (Hechos 15:7-11).

Esto es extraordinariamente bello, moralmente excelente. No dice: «Serán salvos de igual modo que nosotros», sino: “Seremos salvos, de igual modo que ellos”, sobre la misma base, conforme al mismo modelo, de la misma manera. El judío condesciende a descender de su elevada posición dispensacional, y ser salvo de la misma manera que el pobre gentil, por la gracia preciosa de nuestro Señor Jesucristo.

¡Cómo aquellas palabras del apóstol de la circuncisión habrán confortado y deleitado el corazón de Pablo, cuando estaba sentado en esa inolvidable reunión! No es que Pablo buscaba el apoyo, la protección o la autoridad del hombre. Él había recibido su evangelio y comisión, no de Pedro, sino del Señor de Pedro; y no como el Mesías en la tierra, sino como el resucitado y glorificado Hijo de Dios en el cielo. Con todo, no podemos dudar de que el testimonio de su amado colaborador fue para el apóstol de los gentiles de profundo interés y cordialmente recibido. Solo podemos decir ¡ay! que nada en su trayectoria posterior debió haber sido incoherente con el espléndido testimonio que había dado en aquella conferencia. Es lamentable que la conducta de Pedro en Antioquía variase tanto de sus palabras en Jerusalén (véase Gálatas 2).

Pero tal es el hombre: el mejor de los hombres, cuando es abandonado a sí mismo. Y cuanto más elevada es su posición, más daño de seguro causará con sus tropiezos. Sin embargo, no nos detendremos en la triste y dolorosa escena que tuvo lugar en Antioquía entre estos dos excelentes siervos. Ambos están ahora en el cielo, en la presencia de su amado Señor, donde el recuerdo de los fracasos y pecados pasados solo realza el valor de aquella sangre que limpia de todo pecado (1 Juan 1:7), y de aquella gracia que reina “por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:21). El Espíritu Santo creyó conveniente registrar el hecho de que faltó franqueza e integridad de parte de nuestro apóstol en Antioquía; y además, que el bendito apóstol de los gentiles tuvo que resistirlo cara a cara (Gálatas 2:11). Detenernos en esto nos sería

realmente de provecho por su profunda instrucción y solemne advertencia, pero no lo haremos aquí. Solo diremos que si un hombre tal como el apóstol Pedro, después de toda su experiencia, caída y restauración, de su larga carrera de servicio, de su íntima familiaridad con el corazón de Cristo, de toda la instrucción que había recibido, de todos sus dones y conocimiento, de su poderosa predicación y enseñanza, fue capaz de *fingir* , por temor a los hombres o para mantener su reputación ante ellos, ¿qué diremos de nosotros? Simplemente esto:

¡Oh Cordero de Dios, mantenme siempre

Cerca de tu costado traspasado!

Allí solamente puedo habitar en paz, confiado.

Cuando enemigos y trampas me rodean

Cuando concupiscencias y temores se suscitan en mí,

La gracia que me buscó y me halló solamente,

Puede sin mancha mantenerme firmemente.

¡Quiera el Señor bendecir ricamente nuestra meditación sobre la vida de Simón Pedro! ¡Que el Espíritu Santo utilice su vida y sus lecciones para profundizar en nuestras almas el sentido de nuestra completa debilidad y de la incomparable gracia de nuestro Señor Jesucristo!

La gracia y el gobierno de Dios

Puede que algunos de nuestros lectores no hayan prestado la suficiente atención al tema indicado por el título de este artículo. Sin embargo, hay pocos temas tan importantes para considerar. Creemos que la dificultad que se experimenta a veces para explicar ciertos pasajes de las Santas Escrituras y para interpretar muchos de los actos de la providencia divina se debe precisamente a una falta de claridad sobre la inmensa diferencia que existe entre estas dos cosas: Dios *en gracia*, y Dios *en gobierno*. Pues bien, como el objetivo que tenemos continuamente en vista en nuestros escritos es responder a las necesidades actuales de nuestros lectores, nos proponemos, en dependencia de la enseñanza del Espíritu, desarrollar algunos de los principales pasajes de la Escritura donde se encuentra claramente establecida la distinción entre la *gracia* y el *gobierno*.

Adán, Génesis 3 y Ezequiel 1

El tercer capítulo del libro del Génesis nos proporciona nuestro primer ejemplo. Allí encontramos la primera manifestación de la gracia de Dios, así como de su gobierno. En este capítulo tenemos ante nosotros a un hombre pecador, un pecador arruinado, culpable y desnudo. Pero aquí también encontramos a Dios en gracia, que remedia la ruina, purifica al culpable y cubre su desnudez. Todas estas cosas Dios las hace de acuerdo con sus propios caminos. Silencia a la serpiente y la relega a la ignominia eterna. Establece las bases de Su propia y eterna gloria, y provee para el pecador la vida y la justicia; y todo eso lo lleva a cabo mediante la herida de la Simiente de la mujer.

Ahora bien, tal era la gracia absoluta: la gracia libre, incondicional y perfecta de Dios. Jehová Dios da a su propio Hijo para que, en su condición de *simiente de la mujer*, sea herido para la redención del hombre. Lo da para ser muerto, a fin de proveer, por este medio, un vestido de justicia divina para un pecador desnudo. Esto, reitero, era verdaderamente la gracia, la gracia del carácter más puro.

Pero, entonces, notemos con cuidado que, en inmediata relación con este primer gran despliegue de la gracia, tenemos el primer acto solemne del gobierno divino. Fue la gracia la que vistió al hombre. Fue el gobierno lo que lo expulsó de Edén. “Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” (Génesis 3:21). Aquí tenemos un acto de la más pura gracia. Pero luego leemos: “Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (v. 24). Aquí tenemos un solemne e importante acto de gobierno. La túnica de piel era la

dulce prenda de la gracia; la espada encendida, la solemne insignia del *gobierno*. Adán fue objeto de estos dos principios. Cuando contemplaba la túnica de piel, podía pensar en la gracia divina, en cómo Dios proveyó un manto para cubrir su desnudez; pero cuando miraba la espada, le venía a la mente el firme y resuelto gobierno de Dios.

Por eso, *la túnica de piel y la espada* pueden considerarse como los símbolos más antiguos de la gracia y el gobierno. Sin duda que estos principios se nos presentarán de nuevas y variadas formas a medida que recorramos las páginas del inspirado Libro. La gracia brillará con más viva luz, y el gobierno aparecerá ante nuestros ojos con ropajes más serios y solemnes. Además, estos principios, la gracia y el gobierno, van asumiendo un aspecto menos simbólico a medida que los vemos desarrollarse con el correr de los siglos, en la historia del pueblo de Dios; sin embargo, sigue siendo sumamente interesante hallar estas grandes realidades tan claramente representadas mediante las primitivas figuras de la *túnica* y la *espada*.

Puede que el lector se sienta dispuesto a plantear la siguiente pregunta: «¿Por qué motivo Jehová Dios echó al hombre fuera del Edén si previamente lo había perdonado?». La misma pregunta puede repetirse respecto a cada una de las escenas que, a lo largo de la Palabra de Dios y de la historia del pueblo de Dios, nos proporciona un ejemplo de la acción conjunta de la gracia y el gobierno. La gracia perdona; pero las ruedas del gobierno (Ezequiel 1) siguen girando con toda su terrible majestad. Adán fue perfectamente perdonado; pero su pecado produjo sus propios resultados. La culpa fue borrada de su conciencia, pero no así el sudor de su frente. Salió de Edén perdonado y vestido; pero salió en dirección a una tierra con “espinos y cardos” (Génesis 3:18). *En secreto*, pudo gozar de los preciosos frutos de la gracia, mientras que *en su condición pública* reconocía los solemnes e inevitables decretos del gobierno.

Así fue con Adán; así fue desde entonces, y así también es ahora. Debemos procurar entender claramente este tema a la luz de las Escrituras. Merece que lo atendamos con oración. Demasiado a menudo sucede que la gracia y el gobierno se confunden, y, como consecuencia, la gracia es privada de su perfume, y el gobierno despojado de su solemne dignidad: el pleno e ilimitado perdón de los pecados –que el pecador podría gozar sobre la base de la libre gracia– raramente se comprende, porque el corazón se preocupa más bien de los severos decretos del gobierno.

Estas dos cosas –la gracia y el gobierno– son, sin embargo, tan distintas como el día y la noche; y esta distinción se mantiene tan claramente en Génesis 3 como en todas las demás partes del inspirado Volumen. ¿Acaso los “espinos y cardos” de los que Adán se vio rodeado tras su expulsión del Edén constituyeron un obstáculo para ese perdón absoluto que la gracia le había asegurado

de antemano? Claro que no. Su corazón se llenó de gozo con los brillantes rayos de la lámpara de la promesa, y su persona fue revestida con las vestiduras que la gracia había confeccionado para él antes de ser enviado a una tierra maldita y gimiente, para trabajar y sufrir allí de acuerdo con el justo decreto del trono del gobierno. El gobierno de Dios *echó fuera al hombre*; pero no antes de que la gracia de Dios *lo perdonara y lo vistiera*. El divino gobierno lo mandó a un mundo de tinieblas; pero no sin que la gracia pusiera primero en sus manos la lámpara de la promesa, para animar su corazón a través de estas tinieblas. Adán pudo soportar el solemne y duro decreto del gobierno en la medida que experimentó las ricas provisiones de la gracia.

Con esto concluimos lo relativo a la historia de Adán en tanto esclarece nuestra tesis. Ahora pasaremos a considerar el arca y el diluvio en los días de Noé, los cuales, al igual que la túnica de piel y la espada encendida, ejemplifican, de una manera sorprendente, la gracia y el gobierno de Dios.

Caín, Set y Noé

El inspirado relato acerca de Caín y de su posteridad nos presenta, con una fidelidad inquebrantable, el progreso del *hombre* en su condición caída; en tanto que, la historia de Abel y de su descendencia directa nos muestra, en agudo contraste, el progreso de aquellos que fueron llamados a vivir una vida de fe en medio de la misma escena donde terminaron nuestros primeros padres tras su expulsión de Edén por el decreto del trono del gobierno. Los primeros siguieron, con impetuosa rapidez, la carrera «cuesta abajo», hasta que su pecado consumado dio lugar al drástico juicio del trono del gobierno. Los últimos, por el contrario, siguieron, por la gracia, una marcha «ascendente», y fueron llevados a salvo, a través del juicio, a una tierra restaurada.

Ahora bien, es interesante notar que, antes de que el acto de juicio gubernativo se ejecutara, la familia escogida junto con todos sus acompañantes, fueron puestos a salvo en el arca —el vaso de la gracia—. Noé, a salvo en el arca, al igual que Adán revestido de las pieles, fue testigo de la maravillosa gracia de Jehová; y, como tal, podía contemplar sin temor el trono del gobierno, cuando derramaba su terrible juicio sobre un mundo corrompido. Dios en gracia salvó a Noé, antes que Dios en gobierno barrierá la tierra con la escoba del juicio. De nuevo vemos los dos principios: la gracia y el gobierno. La gracia que actúa en salvación, el gobierno que se muestra en el juicio. Se ve a Dios en ambos. Cada ápice del arca llevaba al corazón la dulce impresión de la gracia; cada ola del diluvio reflejaba el solemne decreto del gobierno.

Jacob

Solo citaremos un ejemplo más del libro del Génesis, de carácter sumamente práctico, en el cual se ven reunidas en el mismo individuo la acción conjunta de la gracia y el gobierno de una manera solemne e importante. Me refiero al patriarca Jacob. Toda la historia de este hombre –por demás instructiva– presenta una serie de eventos que ilustran nuestro tema. Solo mencionaré el hecho de que engañara a su padre Isaac con el objeto de suplantar a su hermano Esaú. La soberana gracia de Dios le había asegurado, mucho antes de su nacimiento, una preeminencia de la cual ningún hombre podía privarle jamás; pero, no satisfecho con esperar los tiempos y los caminos de Dios, se propuso manejar las cosas por sí mismo. ¿Cuál fue el resultado de ello? Toda su vida siguiente nos ofrece la respuesta admonitoria: Desterrado de la casa de su padre; veinte años de dura servidumbre; su salario cambiado diez veces; nunca se le permitió ver de nuevo a su madre; el temor a ser asesinado por su agraviado hermano; la deshonra cae sobre su familia; el terror de perder la vida a manos de los siquemitas; engañado por sus diez hijos; sumido en un profundo dolor por la supuesta muerte de su mimado hijo José; el temor a morir por el hambre y, finalmente, muerto en tierra extranjera.

Lector, ¡qué lección tenemos aquí para nosotros! Jacob, seguramente, fue el objeto de la gracia, de la gracia soberana, inmutable y eterna. Este es un hecho indisputable. Pero, al mismo tiempo, fue también objeto del gobierno de Dios. Tengamos muy presente que ningún ejercicio de la gracia puede jamás interrumpir el curso de las arrasadoras e imparables ruedas del gobierno. Nada detiene su avance. Sería mucho más fácil detener el avance de las aguas de la marea ascendente con una pluma, o contener un tifón con una telaraña, que intentar detener, mediante cualquier poder –angélico, humano o diabólico–, el poderoso curso del carro gubernamental de Jehová.

Cosechamos lo que sembramos

Todo esto es tremendamente solemne. La gracia perdona; sí, perdona libre, plena y eternamente; pero, al mismo tiempo, *“todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”*. Un amo manda a su criado a sembrar trigo en su campo. El criado, por ignorancia, torpeza o craso descuido, en lugar de sembrar el trigo, llena la tierra de un grano nocivo. El amo se entera del error y, poniendo en ejercicio su gracia, perdona a su criado; lo perdona libre y plenamente. ¿Qué, pues, sucederá entonces? ¿Acaso este generoso perdón cambiará la naturaleza de la cosecha? Seguro que no; por eso, a su debido tiempo, en vez de ver el campo cubierto de espigas doradas –como hubiera esperado–, el criado verá con amargura el campo del amo lleno de malas hierbas. ¿Acaso el cuadro de esta maleza que contempla el criado le hará dudar de la gracia de su amo? De ninguna ma-

nera. Así como la gracia del amo no alteró en absoluto la naturaleza de la cosecha, tampoco esta modificará en lo más mínimo la gracia y el perdón que dimanan del amo. Ambas cosas son totalmente distintas. Tampoco se infringiría este principio si supusiéramos que el amo, mediante el uso de su ciencia o de sus artes extraordinarias, llegara a extraer de entre esas malezas alguna sustancia o producto de muchísimo más valor que el trigo mismo. Aun así, todavía seguiría siendo válido el principio de Gálatas 6:7: *“Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”*.

Esto ilustrará, al menos en cierta medida, la diferencia que existe entre la gracia y el gobierno. El pasaje de Gálatas que acabamos de citar es una breve pero amplísima declaración del gran principio gubernamental: principio del carácter más serio y práctico, y de la más amplia aplicación: *“Todo lo que el hombre sembrare”*. No importa de quién se trate; segaremos según lo que hayamos sembrado. La gracia perdona; es más, puede elevarnos más y hacernos más felices que nunca. Pero si sembramos malas hierbas en primavera, no podemos esperar recoger trigo en la cosecha. Este principio es tan claro como práctico. Está ilustrado y establecido en la Escritura y es demostrado por la experiencia de todos los días.

Moisés

Consideremos a Moisés. Habló imprudentemente con sus labios en las aguas de Meriba (Números 20). Y ¿cuál fue el resultado?: El decreto gubernamental de Jehová le prohibió la entrada a la tierra prometida. Pero nótese bien que, aun cuando el decreto del trono le mantuvo fuera de Canaán, la infinita gracia de Dios le permitió subir hasta la cumbre del monte Nebo (Deuteronomio 34), desde donde vio la tierra prometida, no tal como fue tomada por mano de Israel, sino tal como había sido dada por el pacto de Jehová. ¿Y qué sucedió luego? ¡Jehová mismo sepultó a su querido siervo! ¡Qué gracia brilla en todo esto!

Ciertamente, si el espíritu se sobrecoge de temor al oír el solemne decreto del trono en Meriba, el corazón se siente extasiado al contemplar la incomparable gracia de Dios en la cumbre del Nebo. El gobierno de Jehová mantuvo a Moisés fuera de Canaán. La gracia de Jehová elevó a Moisés en el Nebo y le cavó una tumba en las llanuras de Moab. ¿Hubo alguna vez una sepultura similar? ¿No podemos decir que la gracia que cavó la tumba de Moisés solo es excedida en brillantez por la gracia que ocupó la tumba de Cristo? Sí, Jehová pudo cavar una tumba y hacer una túnica; pero la gracia que brilla en estos actos tan maravillosos es considerablemente realzada cuando se la contempla en relación con los solemnes decretos del trono del gobierno.

David y Urías

Antes de concluir este tema, consideremos todavía a David “en lo tocante a Urías heteo” (1 Reyes 15:5). Aquí tenemos un muy notable ejemplo de la gracia y el gobierno. En un triste momento, David cae de su santa elevación. Bajo el eneguedor influjo de sus pasiones, se precipitó en un profundo y horrible pozo de corrupción moral. Allí, en lo profundo de este hoyo, la convicción de su falta, como una flecha, alcanzó su conciencia, y, desde lo profundo de su quebrantado corazón, arrancó los siguientes acentos de arrepentimiento: “Pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13). Y bien, ¿qué acogida recibió su arrepentimiento? Una clara y pronta respuesta de esta gracia, en la cual nuestro Dios se complace. “Jehová ha remitido tu pecado” (v. 13). Esto era la gracia absoluta. El pecado de David fue perfectamente perdonado. No puede haber duda alguna en cuanto a esto. Pero aun cuando los dulces acentos de esta gracia alcanzaron los oídos de David tras la confesión de su pecado, el solemne ruido de las ruedas del gobierno se hacía oír a la distancia. Tan pronto como la tierna mano de misericordia hubo remitido el pecado, la “espada” fue desenvainada de su funda para ejecutar el insoslayable juicio. Esto es tremendamente solemne. David fue plenamente perdonado, pero Absalón se alzó en rebelión contra su padre.

“Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. El pecado de sembrar malas hierbas puede ser perdonado, pero la cosecha deberá estar en relación con las semillas. Lo primero es la gracia; lo segundo, el gobierno. Cada uno actúa en su propia esfera, y jamás lo uno interfiere con la actividad de lo otro. El lustre de la gracia y la dignidad del gobierno son igualmente divinos. A David se le permitió caminar en los atrios del santuario como resultado de la gracia que había recibido (2 Samuel 12:20); pero en seguida se vio obligado a trepar las escarpadas laderas del monte de los Olivos como consecuencia necesaria de las leyes del gobierno (cap. 15:30); y podemos afirmar con total seguridad que el corazón de David nunca tuvo un sentido más profundo de la divina gracia que cuando experimentó la severa acción del divino gobierno.

Se ha dicho lo suficiente ya como para introducir al lector en un tema que puede seguir analizando con facilidad por sí mismo. Las Escrituras abundan en ejemplos a este respecto, y la experiencia de la vida humana lo ilustra cada día. Cuántas veces, en efecto, vemos a personas gozando la gracia en plenitud, conscientes del perdón de todos sus pecados, andando en una comunión sin nubes con Dios, pero que, sin embargo, sufren en su cuerpo o en su situación particular –civil, social, patrimonial, etc.– las terribles consecuencias de sus desatinos pasados o de los excesos en los cuales habían caído. En estos casos se advierte de nuevo la gracia y el gobierno. Este es un

tema sumamente práctico e importante; y se verá que constituye una valiosa y efectiva ayuda en el estudio no solo de las páginas del inspirado Volumen, sino también de las páginas de la biografía humana.

Éxodo 34:6-7

No quisiera terminar este artículo sin citar un pasaje que a menudo se cita erróneamente como la expresión de la gracia, y que en realidad es la manifestación del divino gobierno: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7). Si fuésemos a tomar este pasaje como una expresión de lo que Dios es en el Evangelio, tendríamos seguramente un muy falso concepto de lo que es el Evangelio. El Evangelio habla de la manera siguiente: “Dios estaba en Cristo *reconciliando* consigo al mundo, no *tomándoles en cuenta* a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). “Visitar la iniquidad” y “no tomar en cuenta los pecados” son dos cosas totalmente diferentes. La primera es Dios en gobierno; la última, Dios en gracia. Es siempre el mismo Dios, sin duda; pero manifestándose de dos maneras diferentes.

La restauración

Estos dos artículos fueron escritos varios años atrás en diferentes ocasiones. Hoy se publican juntos con la ferviente oración de que sean utilizados por el Espíritu Santo para despertar los corazones del amado pueblo del Señor, y conducirlos a andar con Dios, de todo corazón y alma, de una manera más íntima, y a una más completa consagración a Cristo y sus preciosos intereses.

Levántate y sube a Bet-el

Las palabras “Levántate y sube a Bet-el” (Génesis 35:1) encierran una gran verdad práctica respecto de la cual deseamos llamar la atención del lector.

Alguien observó con razón que «Dios, en sus caminos hacia nosotros, mantiene siempre las relaciones que estableció al principio». Esto es cierto. Pero puede que algunos no lo comprendan bien. Puede que tenga cierto sabor legal. Hablar de Dios como de alguien que mantiene las relaciones que estableció al principio parecería contrario a la libre “gracia en la cual estamos firmes” y que “reina por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:2, 21). Sabemos que muchos huyen horrorizados de todo lo que tenga alguna semejanza o conexión, aun remota, con el sistema legal; y podemos decir que los comprendemos perfectamente.

Pero, al mismo tiempo, debemos tener cuidado de no llevar este sentimiento a tal extremo que nos haga echar por la borda algo que tiene por objeto actuar de una manera divina en el corazón y en la conciencia del creyente. Lo que realmente necesitamos es verdad práctica. Hay una gran cantidad de lo que se conoce como verdad abstracta circulando entre nosotros, y la apreciamos, y la apreciaríamos aún más. Nos deleitamos en el desarrollo de la verdad en todas sus ramas. Pero entonces debemos recordar que la verdad tiene por objeto actuar en los corazones y las conciencias. No debemos clamar: «¡Legalismo, legalismo!» cada vez que alguna verdad práctica cae en nuestros oídos, aun cuando esa verdad se presente ante nosotros revestida de una forma que a primera vista nos parece extraña.

Somos llamados a soportar “la palabra de exhortación” (Hebreos 13:22), a escuchar “las sanas palabras”, a aplicar nuestros corazones con diligencia a todo lo que tienda a promover la piedad práctica y la santidad personal. Sabemos que las puras y preciosas doctrinas de la gracia –aquellas doctrinas que encuentran su centro vivo en la persona de Cristo, y su eterno fundamento en su obra– son el medio de que se vale el Espíritu Santo para promover la santidad en la vida del

creyente; pero sabemos también que aquellas doctrinas pueden sostenerse en teoría, y profesarse con los labios, mientras el corazón nunca ha sentido su poder, ni la vida manifestado jamás su influencia formativa.

En efecto, a menudo hallamos que el ruidoso y enérgico grito de protesta contra todo lo que se parece a legalismo, procede de aquellos que, aunque profesan las doctrinas de la gracia, no hacen realidad su influencia santificadora; mientras que los que realmente entienden el significado de la gracia, los que sienten su poder para moldearnos y formarnos, para purificarnos y elevarnos, están siempre dispuestos a recibir los más fuertes y punzantes llamados al corazón y la conciencia.

Pero puede que el lector piadoso quiera saber el significado de la expresión citada anteriormente, a saber: «Dios mantiene siempre las relaciones que estableció al principio». Pues bien, quiere decir simplemente esto: que cuando Dios nos llama a cierta posición o camino particular, y faltamos o nos apartamos, nos hará volver allí una y otra vez. Además, cuando salimos según un determinado principio o norma de acción, y nos desviamos o caemos por debajo de su nivel, Dios nos lo hará recordar, y nos volverá a poner en la posición que estábamos al principio. Es verdad que él nos soporta con paciencia, y nos espera en gracia; pero «mantiene siempre las relaciones que estableció al principio».

Y ¿no podemos alabar a Dios por esto? Por cierto que sí. ¿Cómo concebir que nos permita permanecer por debajo de Su nivel de santidad, o apartarnos a la derecha o a la izquierda, sin pronunciar una sola palabra para instarnos a volver? Ahora bien, si Dios habla, ¿qué debe decir? Debe recordarnos «las relaciones establecidas al principio». Así es, y así ha sido siempre. Cuando Pedro se convirtió en el lago de Genesaret, abandonó todo y siguió a Jesús; y las últimas palabras que oyó de los labios de su Señor resucitado, fueron: “Sígueme tú” (Juan 21:22). Esto no hacía sino mantenerlo en «las relaciones del principio». El corazón de Jesús no podía ser satisfecho con menos, ni tampoco el corazón de Su siervo.

Al borde del lago de Genesaret, Pedro se puso a seguir a Jesús (Lucas 5). Los años pasaron; Pedro había tropezado, negado a su Señor y vuelto a sus barcas y redes. Y ¿qué pasó entonces? Después de la resurrección del Señor, habiendo sido ya completamente restaurado en su alma, mientras estaba al lado de su Señor lleno de amor por él, junto al mismo mar de Tiberias, oye esta breve y terminante orden: “Sígueme”; orden que comprendía, en su sentido amplio, todos los detalles de una vida de servicio activo y de paciente sufrimiento. En una palabra, Pedro fue llevado de nuevo a las relaciones del principio, relaciones entre Cristo y su alma. Se lo trae de vuelta para

que aprenda que el corazón de Jesús no sufrió ningún cambio hacia él, que el amor de este corazón es inagotable e inalterable; y justamente porque es así, no puede tolerar ningún cambio en el corazón de Pedro, ningún debilitamiento ni alejamiento con relación a las relaciones del principio.

Vemos precisamente lo mismo en la historia del patriarca Jacob. En Génesis 28 tenemos como el estatuto de las primeras relaciones establecidas entre Jehová y Jacob. Leamos todo el pasaje: “Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (v. 10-15).

Aquí, pues, tenemos la bendita declaración de lo que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se proponía hacer para Jacob y su descendencia, una declaración coronada por estas memorables palabras: *“No te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”*. Tales son los términos en los que Dios mismo se compromete con Jacob, términos que –bendito sea Su nombre– fueron y serán cumplidos al pie de la letra, por más que Satanás y el mundo se interpongan para impedirlo. La descendencia de Jacob poseerá “toda la tierra de Canaán en heredad perpetua”, y ¿quién podrá impedir que Jehová Elohim cumpla su promesa?

Ahora escuchemos la respuesta de Jacob: “Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el... E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti” (Génesis 28:16-22).

Dios mismo se comprometió con Jacob y, aunque el cielo y la tierra pasasen, este compromiso debía mantenerse en toda su integridad. Él se reveló a sí mismo a ese pobre solitario que se había dormido sobre su almohada de piedra; y no solo se reveló a él, sino que se vinculó a Jacob con un compromiso que ningún poder terrenal o infernal podría jamás destruir.

¿Y qué decir respecto de Jacob? Pues bien, él se dedicó a Dios e hizo este voto: que el lugar donde gozó de tal revelación y oyó tan grandes y preciosas promesas, sea la casa de Dios. Todo lo que él deliberadamente pronunció delante de Jehová, fue solemnemente registrado por Él. Luego Jacob continúa su viaje. Los años pasan, veinte largos años ricos en acontecimientos, años de prueba y ejercicio, durante los cuales Jacob experimentó muchos altibajos y cambios de circunstancias. Pero el Dios de *Bet-el* veló sobre su pobre siervo, y le apareció en medio de su agobio diciéndole: “Yo soy el Dios de Bet-el, *donde tú ungaste la piedra, y donde me hiciste un voto*. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento” (Génesis 31:13).

Dios no olvidó el pacto establecido al principio, ni tampoco dejará que su siervo lo olvide. ¿Es legalismo esto? No, es solamente la manifestación de la fidelidad y el amor divinos. Dios ama a Jacob y no permitirá que se aparte de los términos y condiciones establecidos al principio. Vela celosamente sobre el estado del corazón de su siervo y le recuerda dulcemente el pasado mediante estas conmovedoras y significativas palabras: “Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungaste la piedra, y donde me hiciste un voto” (v. 13). Era la dulce expresión del inmutable amor de Dios; contaba con la memoria que tenía Jacob de las escenas de Bet-el.

¡Qué asombroso que “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” aprecie así el amor y la memoria de un pobre gusanillo! Y sin embargo era así; y deberíamos tenerlo más en cuenta. ¡Lamentablemente lo olvidamos! Siempre estamos dispuestos a aceptar las gracias y bendiciones de la mano de Dios, y muy ciertamente él está dispuesto a concedérnoslas. Pero deberíamos recordar que Dios a cambio espera encontrar en nosotros, corazones devotos y que le amen. Y si, en la frescura y el celo de otro tiempo, nos ponemos a seguir a Cristo, a servirle y vivir para él, renunciando a todo por él, ¿podemos suponer un solo instante que él pueda renunciar a reclamar los afectos de nuestro corazón como si le importaran poco? ¿Podríamos soportar el pensamiento de que sea indiferente al hecho de que lo amemos o no? Ciertamente debería ser el gozo de nuestros corazones pensar que nuestro Señor busca en nosotros un amor consagrado a él, que no estará satisfecho sin esto, y que, si andamos vagando de una parte a otra, nos traerá de vuelta a él, en su propio modo dulce y conmovedor.

*Si, inapetente de tu rico festín fui,
Si otra mesa busqué, y otros platos escogí,
A mí, el invitado infiel, otra vez tu amor me llamó,
Y tu bandera sobre mí fue amor.*

Su bandera flamea siempre, llevando en ella su propia inscripción: **Amor**, para atraer de nuevo nuestros corazones errantes y recordarnos las condiciones del principio (Cantar de los Cantares 2:4). Nos dice, de una u otra manera, como antaño a Jacob: “Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungiste la piedra, y donde me hiciste un voto” (Génesis 31:13). Así es como trata con nosotros, en medio de todos nuestros erráticos caminos, vacilaciones y tropiezos. Nos hace saber que, así como no podemos prescindir de su amor, tampoco él puede prescindir del nuestro. Esto es realmente maravilloso. Y sin embargo es así. Por eso quiere mantener al alma de acuerdo con las condiciones del principio. Escuchemos esos conmovedores llamados del Espíritu de Cristo a sus santos de otro tiempo: “Has *dejado tu primer amor*. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz *las primeras obras*” (Apocalipsis 2:4-5). “Traed a la memoria los días anteriores” (Hebreos 10:32, V. M.). “¿Dónde, pues, está esa satisfacción [o bienaventuranza] que experimentabais [entonces]?” (Gálatas 4:15).

Todo esto no es sino un llamado a su pueblo para que vuelva al antiguo punto de partida del que se alejó. Se ha dicho que ellos no deberían haber necesitado esta amonestación; sin duda, pero, porque la necesitaban, Jesús la hizo. Se ha dicho también que un amor probado es superior a un primer amor. Es verdad, pero, ¿no encontramos efectivamente en nuestra historia espiritual que, en el momento que salimos por primera vez a seguir a Jesús, había una sencillez, un fervor y una profundidad de devoción que, por diferentes razones, se ha apagado en nosotros? Nos hemos vuelto fríos, formalistas, despreocupados; el mundo gana ventaja sobre nosotros y devora nuestra espiritualidad; la vieja naturaleza se impone, de una manera u otra, y apaga nuestra sensibilidad espiritual, enfría nuestro ardor y oscurece nuestra visión.

¿Somos conscientes de esto? Si es así, ¿no sería una gracia particular si en este mismo momento fuésemos llamados a volver a las condiciones del principio? Sin duda que sí. Pues bien, podemos estar seguros de que el corazón de Jesús espera. Su amor, que no cambia, no puede ser satisfecho sin una respuesta sincera de nuestra parte. Por tanto, sin importar qué fue lo que nos alejó del nivel de devoción que teníamos por Cristo al principio, que nuestro corazón pueda arder nueva-

mente por él y volver en seguida a él. No vacilemos ni nos detengamos. Echémonos a los pies de nuestro amoroso Salvador, y que nuestro corazón vuelva una vez más a él y sea sola y totalmente para él.

Este es el resorte secreto de todo verdadero servicio. Si Cristo no tiene el amor de nuestro corazón, rechazará el trabajo de nuestras manos. En ninguna parte dice: «Hijo mío, dame tu dinero, tu tiempo, tus talentos, tu energía, tu pluma, tu lengua, tu cabeza». Todas estas cosas son en sí mismas inútiles, sin interés para él. Lo que nos dice es: “¡Hijo mío, dame tu *corazón!*” (Proverbios 23:26, V. M.). Cuando se le entrega el corazón a Jesús, todo irá bien. Del corazón mana la vida (Proverbios 4:23), y si Cristo tiene en él el lugar que le corresponde, todo irá bien en cuanto al trabajo, al comportamiento, a la marcha y al carácter.

Pero volvamos a Jacob. Al final de Génesis 33 lo encontramos estableciéndose en Siquem donde pasa por muchas penas y dificultades. Su casa es deshonrada, y sus hijos, al vengar su deshonra, ponen en peligro su vida. Todo esto Jacob lo siente profundamente, y les dice a sus hijos Simeón y Leví: “Me habéis turbado con hacerme abominable a los moradores de esta tierra, el cananeo y el ferezeo; y teniendo yo pocos hombres, se juntarán contra mí y me atacarán, y seré destruido yo y mi casa” (Génesis 34:30).

Todo esto era tremendamente deplorable; pero no parece habersele ocurrido a Jacob que se encontraba entonces en un lugar donde no habría debido estar. Las contaminaciones y confusiones de Siquem no bastaron para abrir sus ojos al hecho de que no estaba a la altura de los antiguos compromisos. ¡Cuán a menudo ocurre lo mismo con nosotros! Estamos muy por debajo de la norma divina en nuestro andar práctico; no llegamos a la altura de la revelación divina; y aunque nuestras faltas produzcan los más lastimosos frutos por todas partes, nuestra vista está tan oscurecida por la atmósfera que nos rodea, y nuestra sensibilidad espiritual tan embotada por nuestras malas asociaciones, que no discernimos cuán bajo caímos, y cuán lejos estamos del nivel del principio.

Sin embargo, en el caso de Jacob, vemos el divino principio siempre ilustrado de nuevo. “Levántate y sube a *Bet-el*, y *quédate allí*; y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú” (Génesis 35:1).

Tenemos aquí un muy bello ejemplo de la manera en que Dios actúa con los suyos. No se menciona una sola palabra acerca de Siquem, sus contaminaciones y confusiones. No se oye ni una palabra de reproche por haberse establecido en ese nivel inferior. No es la manera de Dios. Él em-

plea un medio mucho más excelente. Si hubiésemos sido nosotros los que tratamos con Jacob, le habríamos caído encima con mano dura, y le habríamos dado un severo sermón censurando su insensatez de haberse establecido en Siquem y condenado sus costumbres personales y domésticas. Pero ¡qué bueno es que los pensamientos de Dios no sean como nuestros pensamientos, ni sus caminos como los nuestros! (véase Isaías 55:8).

En vez de decirle a Jacob: «¿Por qué te estableciste en Siquem?», Dios simplemente le dice: “Levántate y sube a Bet-el” (Génesis 35:1); y el simple sonido de esta palabra envió al corazón del patriarca un torrente de luz que lo hizo capaz de juzgarse a sí mismo y a su entorno. “Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y *levantémonos, y subamos a Bet-el*; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado” (v. 2-3).

Esto era ciertamente volver a las condiciones del principio. Era la restauración de un alma y su guía “por sendas de justicia”. Jacob sintió que a Bet-el no podía llevar dioses falsos ni vestidos contaminados; tales cosas podían pasar en Siquem, pero nunca convendrían en Bet-el. “Así dieron a Jacob todos los dioses ajenos que había en poder de ellos, y los zarcillos que estaban en sus orejas; y Jacob los escondió debajo de una encina que estaba junto a Siquem... Y llegó Jacob a Luz, que está en tierra de Canaán (esta es Bet-el), él y todo el pueblo que con él estaba. Y edificó allí un altar, y llamó al lugar El-bet-el, porque allí le había aparecido Dios, cuando huía de su hermano” (Génesis 35:4-7).

“El-bet-el”: ¡Precioso título que tenía Dios para su Alfa y Omega! En Siquem Jacob llamó a su altar “El-Elohe-Israel”, que significa: «Dios, el Dios de Israel»; pero en Bet-el, el verdadero punto de referencia, llamó a su altar: “El-bet-el”, es decir: «Dios, la casa de Dios». Era, pues, una verdadera restauración. Después de todas sus idas y venidas, Jacob fue traído de vuelta al punto preciso de donde había partido. Nada menos podía jamás satisfacer a Dios. Él podía esperar a su siervo pacientemente, soportarlo, cuidarlo y atenderlo; pero jamás podía quedar satisfecho con cualquier cosa menos que esto: “Levántate y sube a Bet-el”.

Querido lector cristiano, permítame que me detenga aquí para hacerle una pregunta: ¿Es consciente de haberse alejado de Jesús? ¿Su corazón se ha apartado y enfriado? ¿Ha perdido la frescura y el fervor que una vez caracterizaban el tono de su alma? ¿Ha permitido que el mundo se

introduzca en su corazón? ¿Ha descendido, en esta condición moral de su alma, a Siquem? ¿Ha ido su corazón tras los ídolos y sus vestidos se han contaminado? Si es así, le recordamos que *el Señor quiere que usted vuelva a Él*. Ahora mismo le dice: “Levántate y sube a Bet-el”.

Nunca será feliz ni estará bien hasta que responda plenamente a este bendito y conmovedor llamado. Levántese y deseche todo peso y obstáculo; quite los ídolos y mude sus vestidos, y vuelva a los pies de su Señor, quien le ama con un amor que las muchas aguas no pueden apagar, ni los ríos anegar; y que no puede quedar satisfecho hasta tenerlo con él en las condiciones establecidas al principio. No diga que esto es legal. No es nada de eso; es el amor de Jesús, un amor profundo, vivo, fervoroso, celoso de cualquier otro objeto que gane su afecto; un amor que entrega todo el corazón, y que debe tener todo un corazón a cambio. ¡Que Dios el Espíritu Santo traiga de nuevo a todo corazón errante a la verdadera norma divina! ¡Quiera él visitar, con renovado poder, a toda alma que haya descendido a Siquem, y no detenerse hasta que no se haya dado una plena respuesta al llamado: “*Levántate y sube a Bet-el*”!

La restauración de Pedro

Si hacemos un cuidadoso estudio de estos versículos encontraremos en ellos tres diferentes etapas en la restauración de un creyente: la restauración de la **conciencia**, la del **corazón** y la de la **posición**.

1. La primera, la restauración de **la conciencia**, es de suma importancia. No podemos sobrestimar el valor de una conciencia sana, pura e irreprochable. Un cristiano no puede avanzar con una mancha en la conciencia. Debe andar delante de Dios con una conciencia pura, una conciencia sin mancha. ¡Qué tesoro! ¡Ojalá que el lector pueda conservarla siempre así! Pero para ello, en cada cual debe haber una restauración a las condiciones del principio.

Es claro que Pedro poseía esta conciencia pura en la conmovedora escena “junto al mar de Tiberias”, aunque había sufrido una vergonzosa y grave caída. Había negado con juramento a su Señor; pero fue restaurado; una sola mirada de Jesús quebrantó las fuentes profundas de su corazón e hizo brotar un torrente de lágrimas amargas de sus ojos. No obstante, no fueron las lágrimas el fundamento de la restauración de su conciencia. El inalterable e incansable amor del corazón de Jesús, la divina eficacia de su sangre y la poderosa acción de su intercesión, es lo que dieron a la conciencia de Pedro la libertad que tan notable y conmovedoramente se presentan en la escena que tenemos ante nosotros.

Al final de este evangelio de Juan vemos al Señor resucitado velando sobre sus pobres setenta discípulos, débiles, errantes, vacilantes en su camino. Se presenta ante ellos de diversas maneras, respondiendo a sus necesidades, y se da a conocer a sus corazones en su perfecta gracia. ¿Había alguna lágrima que secar, una dificultad que superar, un temor que calmar, un corazón oprimido que aliviar, una mente incrédula que enderezar? Jesús estaba allí presente, en toda la plenitud de su gracia, tan extensa, tan variada en su acción, para satisfacer siempre todas las necesidades.

Así también, cuando los discípulos, arrastrados por Pedro, se fueron a pescar, y pasaron toda la noche sin pescar nada hasta la mañana, el Señor tenía los ojos puestos en ellos. Estaba al tanto de todo lo que allí sucedía: la oscuridad, sus vanos esfuerzos, sus redes vacías. Se puso a la orilla, encendió un fuego y les preparó una comida. Sí, el mismo Jesús que había muerto en la cruz para quitar sus pecados, ahora resucitado, se ponía a la orilla para restaurarlos de su extravío, reunirlos alrededor de él y proveer a sus necesidades. “¿Tenéis algo de comer?”, les dice (Juan 21:5). Pone en evidencia la inutilidad de sus esfuerzos durante esa noche de trabajo, y luego les dice: “Venid, comed” (v. 12), conmovedora expresión del tierno amor de nuestro Salvador resucitado que provee a todo y piensa en los suyos sin cesar.

Pero notemos muy particularmente que la evidencia de una conciencia completamente restaurada se manifestó en Simón Pedro. “Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar” (v. 7). Se apresura a dejar su barca y a los demás discípulos para llegar más rápido a los pies de su Señor. ¿No debía haberles dicho más bien a Juan y a sus condiscípulos: «Ustedes saben cuán vergonzosamente he caído, pero he visto al Señor después y habló de paz a mi alma; no obstante, después de una falta como la mía, creo que es más conveniente que vayan ustedes primero a encontrarse con el Amado y yo los seguiré después»? Pero, en vez de tener tal pensamiento, se arroja al mar para ser el primero en llegar hasta su Salvador resucitado; nadie tiene más derecho a Él que el pobre Pedro, quien puede fallar y tropezar.

Ahora bien, había en él una conciencia perfectamente restaurada, una conciencia sin ninguna mancha, una conciencia que se baña en la luz del sol del amor inalterable. Y ¿no son estas las condiciones originales, las relaciones que todo cristiano tenía al principio? La confianza de Pedro en Cristo era sin nubes, y podemos afirmar que esto era agradable al corazón del Señor. Al amor le gusta que confíen en él, no lo olvidemos; nadie debe pensar que honra a Jesús manteniéndose alejado de Él bajo el pretexto de su indignidad. Si a alguien que tuvo una caída o que

se ha alejado, le parece difícil recuperar la confianza en el amor de Cristo, que el tal pueda ver claramente que un pecador que se acerca a Jesús es bienvenido, sin importar cuántos y qué tan grandes hayan sido sus pecados.

Que aquel que duda en volver a Jesús, pondere, mediante la lectura de estas líneas, la importancia de volver de inmediato a Jesús. “¡Volveos, oh hijos reincidentes, y yo sanaré vuestras reincidentencias!”. ¿Cuál es la respuesta a este apremiante llamado?: “¡He aquí que acudimos *a ti*, porque tú eres Jehová nuestro Dios!”. “Si te volvieres, oh Israel, dice Jehová, vuélvete *a mí*” (Jeremías 3:22, V. M.; 4:1). El amor del corazón del Señor no conoce variación. Nosotros cambiamos, pero él “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8); le place que confíen en él. La confianza del corazón de Pedro fue algo precioso para el corazón de Cristo. Sin duda es triste caer, errar o apartarse; pero es todavía más triste –cuando esto se ha producido– que aquel que se ha alejado desconfíe del amor infinito de Jesús y de Su deseo de recibirnos nuevamente en su pecho.

Querido lector, ¿ha caído? ¿Se ha extraviado? ¿Se ha apartado? ¿Ha perdido el dulce sentimiento del favor divino, la feliz conciencia de su aceptación para con Dios? Si es así, ¿qué tiene que hacer? Simplemente volver. “¡Volveos!” es la palabra que Dios dirige a los que recaen. Vuelva, con una confesión plena, juzgándose a sí mismo, con una confianza plena en el infinito amor del corazón de Cristo. Le suplicamos que no se mantenga alejado en la incredulidad. No mida el corazón de Jesús con la vara de sus propios pensamientos. Deje que él le diga lo que tiene en Su propio corazón para usted. Usted pecó, falló, se apartó, y ahora posiblemente tenga temor o vergüenza de volver sus ojos hacia Aquel a quien contristó y deshonoró. Satanás le sugiere los pensamientos más sombríos, porque procura mantenerlo en una fría indiferencia, lejos del precioso Salvador que lo ama con un amor eterno. Piense en la sangre de Cristo, en el Abogado, en Su corazón, y obtendrá la victoriosa respuesta a todas las sugerencias de su terrible enemigo y a los infieles raciocinios de su propio corazón. No deje, pues, pasar una sola hora sin dejar de resolver de manera definitiva la cuestión entre su alma y Cristo. Como escribió el poeta: «Su amor es inmutable, libre y fiel, fuerte como la muerte». Recuerde también las propias palabras del Señor: “¡Volveos, oh hijos reincidentes!”; “vuélvete *a mí*”. Cristo, y solo él, es el centro alrededor del cual son atraídas nuestras almas. Y finalmente recuerde que a Jesús le place que confíen en Él.

2. Pero **el corazón** debe ser restaurado tanto como la conciencia, no lo olvidemos. A menudo sucede en la historia de un alma que, aunque su conciencia sea perfectamente pura respecto a ciertos *actos*, la *raíz* de lo que los produjo no ha sido alcanzada. Los actos aparecen en la superficie

de nuestra vida diaria, pero las raíces quedan ocultas en lo profundo de nuestro corazón; estas posiblemente sean desconocidas para nosotros mismos y para los demás, pero están “desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

Estas raíces deben ser alcanzadas, puestas al descubierto y juzgadas, para ponernos en una posición correcta delante de Dios. Veamos a Abraham. Comenzó su travesía con una raíz en su corazón, una raíz de incredulidad, yendo con Sara a Egipto. Su conducta hizo que se extraviara. Y aunque su conciencia fue restaurada, regresa nuevamente a su altar de Bet-el sin que la raíz haya sido alcanzada, como lo demostró más tarde en el asunto de Abimelec, rey de Gerar.

Todo esto es muy práctico y serio; el ejemplo de Pedro y el de Abraham nos advierten de ello. Pero observemos la exquisita y delicada manera con la cual nuestro adorable Señor actúa para alcanzar las raíces en el corazón de su querido y honrado siervo. “Cuando hubieron comido” (Juan 21:15). No antes. No hace durante la comida ninguna alusión al pasado ni expresa nada que hubiese podido enfriar el corazón de su discípulo, ni enturbiar su espíritu, mientras su conciencia restaurada se regocijaba en compañía de un amor que no conoce cambios. ¡Qué bello rasgo moral! Caracteriza los caminos de Dios con todos los suyos. La conciencia encuentra pleno reposo en presencia del infinito y eterno amor.

Para ello debe haber una obra que cale más hondo, que llegue a la raíz de las cosas en el corazón. Cuando Pedro, con la plena confianza de una conciencia restaurada, se echa a los pies de su Señor resucitado, es llamado a escuchar la invitación de gracia de Jesús: “Venid, comed”. Pero “cuando hubieron comido” (Juan 21:15), Jesús toma a Pedro aparte para hacerle discernir en la intimidad la raíz que hizo germinar su falta. Esta raíz era la confianza en sí mismo, que lo condujo a elevarse por encima de los demás discípulos: “Aunque todos se escandalicen, yo no” (Marcos 14:29).

Esa raíz debía ser traída a la luz y no debía subsistir. Por eso, solo después de la cena, Jesús le dijo a Pedro: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (v. 15). Esta penetrante pregunta debía llegar hasta el fondo del corazón de Pedro. Tres veces Pedro había negado a su Señor, y tres veces ahora su Señor lo provoca: es necesario llegar a la raíz y arrancarla para obtener resultados permanentes. No es suficiente tener la conciencia purificada de los efectos producidos en la vida práctica; hace falta además un juicio moral interior y completo de las causas. Esto a menudo no se entiende bien ni se le presta la suficiente atención; por eso la raíz siempre vuelve a crecer y

brotar, y produce frutos con más fuerza que antes, los que diseminan sus semillas alrededor de nosotros, con tristes y amargos resultados que habrían podido ser evitados si la raíz hubiera sido juzgada y arrancada.

Lector cristiano, nuestro objetivo en este escrito es enteramente práctico. Por eso exhortémosnos unos otros a juzgar nuestras raíces, cualesquiera que sean. ¿Conocemos nuestras propias raíces? Sin duda es duro, muy duro, conocerlas; son profundas y múltiples: el orgullo, la vanidad personal, la avaricia, la irritabilidad, la ambición, son solo algunos caracteres sobre los cuales siempre debemos ejercer la más rígida censura; son la fuente de donde brotan las acciones. Es necesario que la vieja naturaleza sepa que los ojos del juicio propio la mantienen siempre bajo vigilancia. Debemos continuar la lucha sin cesar con este fin. Podemos lamentarnos por nuestros fracasos ocasionales, pero debemos mantener la lucha, porque la lucha habla de *vida*. ¡Que Dios el Espíritu Santo nos fortalezca para mantener siempre nuestra vigilancia en los combates interiores de la vida entre la carne y el espíritu!

3. Terminaremos estas meditaciones con una breve referencia a la restauración en relación con **la posición** o la senda del creyente. La conciencia totalmente purificada y el corazón juzgado en sus raíces, tal es la preparación moral de nuestra posición y de nuestra marcha. El amor perfecto de Jesús echó fuera todo temor de la conciencia de Pedro, y la pregunta del Señor, formulada tres veces, sacó a la luz las raíces que se encontraban en su corazón. Le dice: “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme” (Juan 21:18-19).

Tenemos en esta última palabra –“Sígueme”– el camino del siervo de Cristo. Por esta palabra, el Señor le dio a su discípulo la más dulce seguridad de su amor y su confianza. A pesar de su tan grave caída, le confía el cuidado de aquello que tenía tanto precio para su corazón lleno de amor: su rebaño, lo más caro que tenía en este mundo. “Apacienta mis corderos”, “pastorea mis ovejas”, “apacienta mis ovejas”. Era decirle: «Si me tienes afecto, encárgate de mi rebaño»; y por esta palabra –“Sígueme”–, tan corta pero de tan amplio alcance, le abre y traza a Pedro su camino. Era suficiente, pues lo define y comprende todo.

Para seguir a Jesús, debemos tener siempre los ojos fijos en él, no perder de vista las huellas de sus pasos y colocar nuestros pies en ellas. Y si, como Pedro, somos tentados a «volvernos» para ver lo que hace este o el otro, y cómo lo hace, para imitarlo, escuchemos estas correctivas palabras: “¿Qué a ti? Sígueme tú” (véase v. 20-22). Tal debe ser nuestro continuo pensamiento, pase

lo que pase. Un sinnúmero de cosas pueden sobrevenir para distraernos e impedirnos seguir este camino. El diablo puede tentarnos a mirar aquí y allí, a este o a aquel, a decirnos que tal cosa se haría mejor aquí que allí, o allí que donde estamos, o también a estar ocupados con la obra de otro siervo y a imitarla. Todo esto es rebatido por esta punzante expresión “Sígueme”.

Hay un gran peligro de seguir los pasos de otros, de hacer ciertas cosas porque otros las hacen o de hacer las cosas como otros las hacen. Debemos guardarnos de todo esto. De seguro quedará en agua de borrajas. Lo que realmente necesitamos es una voluntad quebrantada. El espíritu del verdadero siervo, es hacer todo según el pensamiento de su amo. El servicio no consiste en hacer esto o aquello, o en ir de aquí para allá; es simplemente hacer la voluntad del Amo, cualquiera que sea. Como dice el poeta: «También le sirve el que inmóvil espera».

Es más fácil estar ocupado que esperar. Cuando Pedro era *joven*, “iba adonde quería”, pero, cuando fuera *viejo*, sería “llevado a donde no quiera” (Juan 21:18). ¡Qué contraste entre el Pedro joven, inquieto, vehemente, vigoroso, que iba adonde quería, y el Pedro viejo, maduro, amansado, experimentado, que era llevado adonde no quería! ¡Qué bendición tener una voluntad quebrantada! ¡Ser capaz de decir desde lo más hondo del corazón: “Lo que tú” quieres –como tú quieres; donde tú quieres; cuando tú quieras– “no se haga mi voluntad, sino la tuya”, Señor! (véase Marcos 14:36; Lucas 22:42).

“¡Sígueme!”. ¡Preciosa Palabra! ¡Que sea grabada en nuestros corazones! Entonces nuestro camino será firme y nuestro servicio efectivo. No seremos distraídos ni confundidos por los pensamientos y las opiniones de los hombres. Es posible que pocas personas nos comprendan y estén de acuerdo con nosotros; pocos tal vez aprueben o aprecien nuestro trabajo. No tiene demasiada importancia. El Señor sabe todo al respecto. Estemos simplemente seguros de lo que nos pidió y hagámoslo fielmente. Si un amo le dice a uno de sus siervos muy claramente que vaya y haga determinada cosa, o que ocupe cierto puesto, no debe preocuparse por lo que los demás siervos piensan de ello. Ellos le dirían que convendría que hiciera otra cosa o que vaya a otra parte. Un verdadero siervo no los escuchará; él conoce el pensamiento de su amo, y hará el trabajo que su amo le encargó.

¡Ojalá que haya más de este espíritu de comunión y dependencia entre los siervos del Señor, y que podamos distinguir y realizar mejor la voluntad del Maestro respecto a nosotros! Pedro tenía su camino determinado por Él, y Juan el suyo. Santiago su obra, y Pablo su misión. Así era también en la antigüedad. A los gersonitas Jehová les había asignado una labor, y a los merari-

tas otra (véase Números 3:25-26, 36-37), y, si hubieran mezclado sus esfuerzos, el trabajo no se habría llevado a cabo. El tabernáculo podía ser puesto en marcha o asentado cuando cada individuo hacía la obra que le fue confiada.

Y así también es hoy en día. Dios tiene diversos obreros en su casa y en su viña. Y los términos y condiciones del servicio establecidos en el principio son siempre los mismos: El Espíritu Santo reparte “a cada uno en particular como *él* quiere” (1 Corintios 12:11). Tiene canteros, talladores de piedras, albañiles, arquitectos. ¿Son todos canteros? Seguramente que no; pero cada uno tiene su trabajo que hacer, y el edificio se levanta por el trabajo común, haciendo cada uno el trabajo asignado. ¿Menospreciará el cantero al arquitecto, o mirará este último hacia abajo con desprecio al primero? Ciertamente que no. El Señor los necesita a ambos. Uno no tiene que estar pendiente de lo que hace el otro ni interferir en su trabajo, como, lamentablemente, tendemos a hacer; en este caso, las correctivas palabras del Señor resuenan fuerte en nuestros oídos, diciéndonos: “*¿Qué a ti? Sígueme tú*”.

Legalismo y liviandad

Conscientes, en una muy pequeña medida, por cierto, de nuestra responsabilidad para con las almas de nuestros lectores y para con la verdad de Dios, deseamos presentar una breve pero inequívoca palabra de advertencia contra dos males opuestos que vemos claramente en actividad entre los cristianos en la actualidad. Se trata del **legalismo**, por un lado, y de la **liviandad**, por el otro.

En cuanto al primero de estos males, hemos procurado en muchos de nuestros anteriores escritos liberar a las preciosas almas de un estado legal, el cual, además de deshonar a Dios, provoca la ruina completa de la paz y la libertad del creyente. De ahí nuestros esfuerzos por presentar la libre gracia de Dios, el valor de la sangre de Cristo, la posición en perfecta justicia del creyente delante de Dios y su aceptación en Cristo. Estas preciosas verdades, aplicadas al corazón por el poder del Espíritu Santo, deben liberarlo de toda influencia legal.

Pero entonces, sucede a menudo que algunas personas aparentemente liberadas del legalismo, caen en el mal opuesto de la ligereza o liviandad. Esto puede deberse al hecho de que las doctrinas de la gracia solo han sido asimiladas intelectualmente, en vez de haber penetrado en el alma por el poder del Espíritu de Dios. Se puede adoptar una gran cantidad de verdades evangélicas con liviandad espiritual, sin que haya tenido lugar un profundo trabajo de conciencia; sin que el viejo hombre haya sido realmente quebrantando ni la carne subyugada en la presencia de Dios. Si tal es el caso, seguramente habrá liviandad espiritual de una u otra forma. Se le concederá un amplísimo margen a la mundanalidad en sus diversas formas, y se le otorgará a la vieja naturaleza una libertad completamente incompatible con el cristianismo práctico.

Además de estas cosas, se hará manifiesta una muy deplorable falta de conciencia en los detalles prácticos de la vida cotidiana: deberes descuidados, trabajos mal hechos, compromisos no fielmente cumplidos, obligaciones sagradas tratadas con menosprecio, deudas contraídas, hábitos extravagantes tolerados. Todo este conjunto de cosas pueden ser catalogadas bajo la misma rúbrica: *liviandad*, y, por desgracia, son demasiado comunes entre los más destacados profesantes de lo que suele llamarse «la verdad evangélica».

Pues bien, deploramos profundamente todo esto, y quisiéramos que nuestra alma, así como la de cada uno de nuestros lectores cristianos, sea realmente ejercitada delante de Dios a este respecto. Tememos que tan a menudo no haya sino una profesión *vacía* entre nosotros. Tenemos una gran necesidad de seriedad, veracidad y *realidad* en nuestros caminos. No estamos suficien-

temente imbuidos del espíritu de un cristianismo auténtico, ni gobernados en todas las cosas por la Palabra de Dios. No estamos suficientemente atentos a ceñir nuestros lomos con el cinto de “la verdad” y a vestirnos con la “coraza de justicia” (Efesios 6:14).

De esta forma el alma puede caer, poco a poco, en un muy mal estado; la conciencia no responde, y la sensibilidad moral se embota. Uno ya no responde debidamente a las exigencias de la verdad. Se *juega* con el mal positivo. Se *tolera* la relajación moral. En lugar de tener en nosotros el poder del amor de Cristo que nos constriñe y nos conduce a diversas actividades de bondad, ni siquiera tenemos el poder del temor de Dios que nos refrena y nos guarda de las obras del mal.

Apelamos solemnemente a la conciencia de nuestros lectores respecto de estas cosas. El tiempo presente es muy solemne para los cristianos. Hay gran necesidad de una ferviente y profunda devoción a Cristo; pero ello no podrá existir de ninguna manera en tanto se ignoren las exigencias corrientes de la justicia práctica. Siempre debemos recordar que esta gracia que puede liberar eficazmente a un alma del legalismo es también la única salvaguardia que tenemos contra toda forma de liviandad. Habremos hecho muy poco, o nada, por un hombre si lo sacamos de un estado legal para terminar dejándolo en una condición de corazón ligera, poco exigente, descuidada e insensible. Sin embargo, hemos notado muchas veces en la vida de las almas este hecho penoso: cuando ellas fueron libradas de las tinieblas y de la esclavitud, se volvieron mucho menos delicadas y sensibles. La carne está siempre dispuesta a convertir la gracia de Dios en libertinaje (Judas 4), y, por lo tanto, debe ser subyugada. Es preciso que el poder de la cruz se aplique a todo lo que es de la carne. Necesitamos mezclar las “hierbas amargas” con nuestra fiesta pascual (Éxodo 12:8). En otras palabras, necesitamos tener esos profundos ejercicios espirituales que resultan de una verdadera identificación con el poder de “los padecimientos de Cristo”. Necesitamos meditar más profundamente en la muerte de Cristo: en su muerte como víctima bajo la mano de Dios y en su muerte como mártir bajo la mano del hombre.

Querido lector, este constituye a la vez el remedio tanto para el legalismo como para la liviandad. La cruz, en su doble aspecto, libera de las dos cosas. Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gálatas 1:4). Por la cruz, el creyente es tan completamente librado del presente siglo malo como perdonado de sus pecados. Él no es salvo para poder disfrutar del mundo, sino para romper definitivamente con él.

Pocas cosas son más peligrosas para el alma que la combinación de la verdad evangélica con la mundanalidad, la ociosidad carnal y la complacencia personal; la adopción de una determinada fraseología de la verdad sin que la conciencia esté verdaderamente en la presencia de Dios; una comprensión puramente intelectual de la *posición* en Cristo, sin una relación seria con el *estado* práctico: claridad doctrinal en cuanto al *título* de hijo de Dios, sin una concienzuda aplicación de la doctrina a la condición moral.

Confiamos en que nuestros lectores soportarán la palabra de exhortación (Hebreos 13:22). Consideramos que sería una falta de fidelidad de nuestra parte si nos abstuviéramos de expresarla. Es verdad que no es una tarea agradable llamar la atención sobre males prácticos; insistir en el solemne deber de juzgarse a sí mismo y hacer pesar sobre la conciencia las exigencias de la piedad práctica. Sería mucho más grato al corazón presentar la verdad abstracta, hacer hincapié en la libre gracia y lo que ella ha hecho por nosotros, desarrollar las glorias morales del inspirado Volumen; en una palabra, extenderse en los privilegios que son nuestros en Cristo.

Pero hay momentos en nuestra vida en los cuales el estado práctico real de las cosas entre los cristianos pesa excesivamente sobre el corazón y despierta el alma para hacer un llamado urgente a la conciencia respecto a las cuestiones de la marcha y la conducta; y creemos que dicho momento es el presente. El diablo está siempre activo y al acecho. El Señor ha arrojado mucha luz sobre su Palabra en los últimos años. El Evangelio ha sido presentado con una claridad y un poder particular. Miles de almas han sido libradas de un estado legalista; y ahora el enemigo procura entorpecer el testimonio conduciendo a las almas a una condición carnal, despreocupada y ligera, induciéndolas a descuidar el sano e indispensable ejercicio del juicio propio. Un profundo ejercicio por estas cosas fue lo que sugirió esta palabra de advertencia sobre el legalismo y la liviandad.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

El trono y el altar

Cuando leemos este pasaje tan sublime de las Escrituras, notamos dos objetos sobresalientes, a saber: el trono y el altar; y percibimos, además, la acción producida por estos dos objetos en el alma del profeta. Toda la escena está llena de interés e instrucción. ¡Ojalá que podamos contemplarla y comprenderla debidamente!

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” (v. 1). ¡Qué visión tan solemne e imponente! Para un pecador, es siempre un asunto serio hallarse ante el trono de Dios con la conciencia agobiada por el peso de las exigencias no satisfechas de ese trono. Isaías experimentó esto. La luz del trono le manifestaba su verdadera condición. Ahora bien, ¿qué era esta luz? Era la gloria moral de Cristo, como lo leemos en el evangelio de Juan: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Juan 12:41). Cristo es el modelo perfecto con el que todos deben compararse. Poco importa lo que los demás piensen de mí o la opinión que yo tenga de mí mismo. La gran cuestión es esta: ¿Qué soy, si soy visto en la presencia de Cristo? La ley puede decirme lo que debería ser; mi conciencia puede decirme que no soy lo que debiera ser, pero solo puedo formarme una idea justa de lo que soy, cuando la luz radiante de la gloria de Cristo me rodea con su resplandor. Es entonces cuando los pliegues secretos de mi corazón son descubiertos, los móviles secretos de mis acciones son revelados y la verdadera condición de mi alma es puesta al desnudo.

Pero puede que el lector esté dispuesto a preguntarme: ¿Qué entiende usted por la gloria moral de Cristo? Es la luz que de él resplandecía en todos sus caminos durante su paso por este oscuro mundo. Era esta luz la que sondeaba lo más profundo del hombre, la que revelaba lo que era, la que ponía de manifiesto todo lo que estaba en él. Era imposible que alguien escapara de la acción de esta luz. Era como un reflejo de la pureza divina, ante la cual los serafines solo podían exclamar: “¡Santo, santo, santo!” (v. 3).

¿Hemos de asombrarnos, pues, de que Isaías exclame “¡Ay de mí! que soy muerto” cuando se ve en la luz de esta gloria? (v. 5). No, era el clamor natural de un corazón que había sido penetrado hasta el fondo por una luz que manifiesta plenamente todas las cosas. No hay razón para creer que Isaías era peor que sus semejantes en ningún aspecto. No se nos dice que la suma de sus pecados excedía la de los millares de hombres que vivían alrededor de él. A juzgar por las apariencias humanas, él puede haber sido como los demás. Pero, querido lector, solo le pido que recuerde dónde se encontraba el profeta cuando exclamó: “¡Ay de mí!”. No estaba entonces al pie del monte ardiente, donde “el ministerio de muerte... y de condenación” (2 Corintios 3:7, 9) había

sido dado en medio de truenos y relámpagos, de oscuridad, tinieblas y tempestad; donde el mismo Moisés tuvo que decir: “Estoy espantado y temblando” (Hebreos 12:21). Pero nuestro profeta estaba en presencia de la gloria de Cristo, el Señor Dios de Israel, cuando se vio “inmundo” y “muerto”. Tal era su estado cuando se vio en esta luz que manifiesta a los hombres y las cosas precisamente como son.

“Soy muerto”. No dice: «¡Ay de mí! porque no soy lo que debería ser». No, veía más lejos que esto. Se veía manifestado en el poder de una luz que llega hasta los abismos más profundos del alma y descubre “los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Jamás Isaías se había visto antes en tal luz, jamás se había medido por tal regla, ni pesado en una balanza semejante. Se veía ahora en presencia del trono de Jehová, sin capacidad alguna de responder a las exigencias de ese trono. Él mismo veía a Jehová “sentado sobre un trono alto y sublime”, y a sí mismo –pecador arruinado, culpable y sin recursos–, a una distancia inmensa de este trono y de la bendita Persona que estaba sentada en él. Oyó el clamor de los serafines: “¡Santo, santo, santo!”, y la única respuesta que pudo salir del fondo de su corazón quebrantado fue: «¡Inmundo, inmundo, inmundo!». Descubrió un abismo de inmundicia y culpabilidad que lo separaba de Jehová y que le era absolutamente imposible atravesar.

Esto es lo que experimentó en ese momento solemne, cuando este grito se escapó de su alma verdaderamente convencida de pecado y perdición: “¡Ay de mí!”. Estaba totalmente absorto en un solo pensamiento: su completa ruina. Sentía que era un hombre perdido. No pensaba en compararse con otros ni en buscar alrededor de él a un pecador peor que él. ¡Oh, no!, un alma convencida de pecado por Dios, jamás piensa en tales cosas. Hay entonces un solo pensamiento que domina todos los demás, y este pensamiento puede ser formulado en estas palabras: “Soy muerto”, o “Soy perdido”.

Y observemos con cuidado que el profeta no se ocupa de lo que hizo o de lo que dejó sin hacer, cuando se hallaba bajo la luz del trono que le dio la convicción de su pecado. No, aquí, para su alma, no se trata solamente del mal que cometió y del bien que no hizo. Hay mucho más que esto. En una palabra, lo que lo preocupaba era su estado y no sus actos. Dice: “Soy”. Pero ¿qué? ¿Defectuoso en muchas cosas? ¿Muy negligente en el cumplimiento de mis deberes? ¿Deplorablemente alejado de lo que debería ser? No. Estas y otras confesiones similares, jamás podrán expresar en plenitud la experiencia de un corazón que ha sido esclarecido por los brillantes rayos del trono de Jehová. Es muy cierto –como reza en el Libro de Oración de la Iglesia de Inglaterra– que «Hemos dejado de hacer lo que debíamos haber hecho; y hemos hecho lo que no debíamos

hacer». Pero todo esto es solo el resultado de una naturaleza radicalmente corrompida, y cuando la luz de lo alto nos ilumina, nos conduce siempre hasta la raíz. No solo de hoja en hoja y de rama en rama, sino que, descendiendo por el tronco, pondrá al descubierto las raíces ocultas y las más pequeñas fibras de esta naturaleza que heredamos por nacimiento de nuestros primeros padres, y nos hará ver que estamos irremediablemente perdidos. Entonces nos vemos forzados a exclamar: “¡Ay de mí!”. No tanto porque mi conducta fue defectuosa, sino porque mi naturaleza es profundamente corrompida.

Así estaba Isaías de pie ante el trono de Jehová. ¡Oh, qué lugar para un pecador! Allí no hay excusas que presentar, ni circunstancias atenuantes ni cláusulas limitantes; allí no es cuestión de echar la culpa a los hombres o a las cosas. En ese lugar solo se ve un solo objeto, en su culpabilidad, miseria y ruina, y este objeto, es el yo; y en cuanto a su historia es bastante fácil de contar; porque se resume en esta palabra tan solemne e importante: “muerto”. Sí, el yo está perdido, muerto. Es todo lo que se puede decir. Haga todo lo que quiera con él, llegará siempre al mismo resultado, a saber: que el yo está perdido sin esperanza; y cuanto antes esté plenamente persuadido de esta verdad, tanto mejor será. Muchas personas necesitan mucho tiempo para aprender esta verdad fundamental. Jamás se encontraron, por decirlo así, en la plena luz del trono, y, por consiguiente, jamás han sido llevadas a exclamar, con suficiente intensidad y fuerza, desde lo profundo de su corazón: “Soy muerto”. Es la gloria que resplandece del trono la que arranca este grito de las profundidades del alma.

Todos aquellos que se hallaron ante este trono, expresaron la misma confesión, y ocurre siempre que en la medida que se experimenten los efectos de la luz del trono, también sentiremos los de la gracia del altar. Estas dos cosas son inseparables. En este día de gracia el trono y el altar están unidos. Pero en el día del juicio, “el gran trono blanco” se verá sin altar. Entonces no habrá ninguna gracia; se verá entonces solo el castigo sin perdón, la ruina sin remedio; en cuanto al resultado, será la perdición eterna. ¡Espantosa realidad! Lector, cuídese de tener que presentarse ante el trono resplandeciente de luz, sin tener más a su alcance las gracias del altar.

El altar

Esto nos conduce naturalmente a la segunda imagen del interesante cuadro que tenemos ante nosotros, esto es, *el altar*. En el mismo momento en que Isaías expresó su profunda convicción en cuanto al estado de su alma, fue introducido en los divinos misterios del altar de Dios: “Y voló

hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (v. 6-7).

Aquí, pues, tenemos las riquezas infinitas del altar de Jehová que, recordémoslo bien, se nos presenta en relación inmediata con el trono de Jehová. Estas dos cosas están íntimamente unidas en la historia y en la experiencia de toda alma convencida y convertida. El pecado puesto en evidencia por el trono, es quitado por el altar. Si, a la luz del trono, vemos al hombre pecador, culpable, perdido, a la luz del altar vemos a un Cristo pleno, precioso y perfecto, plenamente suficiente para todas nuestras necesidades. El remedio está en relación con la ruina en toda su extensión, y la luz que revela uno, también lo revela el otro. He aquí lo que da un reposo asegurado a la conciencia.

Dios mismo preparó el remedio para todo el mal que la luz de su trono reveló: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado” (v. 7). Isaías fue puesto en contacto personal con el sacrificio, y el resultado inmediato fue la remisión perfecta de *todas* sus iniquidades, la purificación perfecta de *todos* sus pecados. Todas sus manchas fueron quitadas, hasta la última. Podía ahora estar en la luz de este trono que acababa de exponer y de poner en evidencia su mancha, y, sin duda, podía ver, a través de esta misma luz, que no le quedó ningún rastro de mancha. La misma luz que había manifestado su pecado, manifestó también la eficacia purificante de la sangre.

Tal es, pues, el bello y precioso lazo que une el trono y el altar, lazo que encontramos sin cesar en las páginas inspiradas de las Escrituras, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, o de un extremo a otro de la historia de los redimidos de Dios, desde Adán hasta nuestros días. Todos los que fueron realmente llevados a Jesús, se vieron convencidos de pecado a la luz del trono y recibieron la paz en virtud del altar. Todos fueron hechos capaces de sentir su miseria y de exclamar “Soy muerto”, y todos fueron puestos en contacto inmediato con el sacrificio, y purificados de sus pecados.

La obra de Dios es perfecta. Convince perfectamente y también purifica perfectamente. Ninguna parte de la obra podría ser superficial cuando es él quien la hace. La convicción de pecado penetra como una flecha hasta lo más profundo del alma, pero para ser seguida de la divina aplicación de esa sangre que no deja ninguna mancha en la conciencia; y cuanto más somos penetrados por esta flecha, más bendita y profundamente experimentamos la eficacia de la sangre.

Es bueno ser sondeado primero hasta el fondo; es bueno que todos los pliegues secretos del corazón sean expuestos a la acción escrutadora del trono; porque entonces podemos apropiarnos con tanta más seguridad de esta sangre preciosa que habla de paz a todo corazón que cree.

Lector, ¿observa el *carácter* particular de la obra divina en el caso del profeta? Todos sabemos cuánto el resultado de una cosa depende de la manera en que se haga. Una persona puede hacerme un favor, pero puede hacerlo de una manera tal que le quite todo mérito. Ahora bien, en la escena que consideramos, vemos un insigne favor conferido, pero conferido de una manera tal que nos revela todo el secreto del corazón de Dios. El remedio divino no solo fue aplicado al estado de ruina en que se veía Isaías, sino que fue aplicado de tal manera que pudo saber con plena certeza que todo el corazón de Dios estaba en la aplicación. “Y voló hacia mí uno de los serafines” (v. 6). La rapidez del movimiento ya habla por sí solo: indica el deseo ardiente de Dios de tranquilizar la conciencia despertada, de vendar la herida del corazón quebrantado, de curar el alma herida. La energía del amor divino apresura el vuelo del serafín cuando deja el trono de Jehová para acercarse al pecador que se reconoce “perdido”.

¡Qué cuadro! Uno de estos mismos serafines que, con el rostro cubierto, estaba por encima del trono de Jehová, clamando: “Santo, santo, santo”, vuela del trono al altar, y del altar al pobre pecador manchado, para derramar en su alma el bálsamo eficaz del divino sacrificio. Tan pronto como la flecha que salió del trono traspasó el corazón, el serafín “voló” desde el altar para sanar la herida. Tan pronto como el trono derramó un raudal de luz viva para mostrarle al profeta la magnitud de sus pecados, un torrente de amor descendió del altar sobre esta alma convencida para borrar de ella hasta el último vestigio de culpabilidad. Tal es el modo en que Dios ama a los pecadores. ¿Quién no pondría su confianza en él?

Querido lector, quienquiera que sea, con el más ferviente deseo por el bienestar de su alma inmortal, permítame preguntarle: ¿Ha experimentado usted la influencia del trono y del altar? ¿Se ha apartado de toda esa falsa luz que el enemigo de su alma hace relucir alrededor de usted, para impedir que tenga una visión clara de su verdadero estado de pecado y ruina total? ¿Ha estado alguna vez allí donde se halló Isaías cuando exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto”? ¿Nunca ha hecho, de todo corazón, esta confesión: “pequé” (Job 33:27)? Si lo hizo, tiene el privilegio de entrar a partir de este momento en el pleno goce de todo lo que Cristo cumplió para usted en la cruz. No necesita visiones. No es necesario que vea un trono, un altar, un mensajero alado. Tiene la Palabra de Dios que le asegura que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). La misma Palabra le asegura también que

“en él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13:39). Y esa Palabra ¿no vale más que todas las visiones posibles? Isaías creyó a la palabra del ángel cuando le dijo que había sido “quitada su culpa, y limpio su pecado”. Y usted ¿no creerá que Jesús murió por usted, cuando la palabra de Dios se lo dice?

Puede que usted diga: «¿Cómo puedo saber que Jesús murió por *mi*?». A lo que respondo: «Simplemente por la Palabra de Dios». No hay otra forma de saberlo: solo por ella sabemos todo lo concerniente a Dios y a nuestras almas. Usted replicará: «No veo mi nombre en la Palabra de Dios». No, y aun cuando su nombre se encontrara allí, no estaría satisfecho en absoluto todavía, ya que centenares de personas pueden llevar el mismo nombre. Pero usted ve en ella su estado, su carácter, su condición. Ve como su fotografía, trazada con divina precisión sobre la página inspirada, por la acción de esa luz suprema que pone en evidencia todas las cosas (véase Efesios 5:13).

¿Se reconoce como un pecador perdido? En este caso, la muerte de Cristo se aplica a usted tan ciertamente como el “carbón encendido” se aplicó a los labios de Isaías cuando el serafín le dijo: “Esto tocó tus labios” (Isaías 6:6-7). “Y al que dijere: Pequé”, ¿qué le dice la Palabra? ¿Qué sufrirá el castigo eterno? No, sino que Él “redimirá su alma para que no pase al sepulcro” (Job 33:27-28; compárese Lucas 19:10; 1 Timoteo 1:15). Desde el momento que usted toma su verdadero lugar, y exclama: ¡Soy pecador! –“¡Ay de mí! que soy muerto”– ¡Estoy perdido!, todo lo que Cristo hizo, y todo lo que él es, se vuelve suyo, suyo desde ahora y para siempre.

Usted no tiene que hacer ningún esfuerzo para mejorar su estado. Cualesquiera que fuesen esos esfuerzos, ellos nunca podrían hacer de usted otra cosa que un hombre muerto, perdido. El menor esfuerzo por lograr una mejora probaría solamente que usted todavía no ha comprendido en absoluto qué tan *incurablemente* malo es. Está perdido, y como tal, no tiene otra cosa que hacer que permanecer tranquilo y ver la salvación de Dios (véase Éxodo 14:13), salvación cuyo fundamento quedó establecido mediante la cruz de Cristo; salvación que el Espíritu Santo revela sobre la base de la autoridad de esa Palabra que está establecida para siempre en los cielos, y que Dios engrandeció aun sobre su nombre (Salmo 138:2). ¡Que este Espíritu le haga, desde este momento, poner toda su confianza en el nombre de Jesús, de modo que, antes de llegar al final de estas páginas, sepa que “su culpa es quitada, y limpio su pecado”! Podrá entonces seguir y comprender algunas palabras que añadiré para concluir, con las que procuraré desarrollar el resultado práctico de las verdades que ocuparon nuestra atención.

El resultado es la consagración de un corazón entero al servicio de Dios

Vimos la completa *ruina* del pecador, y su *cura* completa en Cristo. Observemos ahora el *resultado*, tal como se muestra en la consagración de un corazón entero al servicio de Dios. Isaías no tuvo que hacer nada para obtener la salvación, pero sí tuvo mucho que hacer para su Salvador; nada para la purificación de sus pecados, pero mucho para el que lo había purificado de ellos. Ahora está dispuesto a actuar para Dios, y da la prueba irrecusable cuando, al oír que Dios requería un mensajero, exclama: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8).

Esto pone a las obras en el lugar que deben ocupar. El orden se encuentra establecido con admirable perfección. Nadie puede realizar buenas obras a menos que haya experimentado, en cierta medida, la influencia del “trono” y del “altar”. La luz del trono debe hacerle ver su condición moral; los recursos que presenta el altar deben hacerle saber lo que es Cristo, antes de que pueda decir: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8). Esta es una verdad formal, constante, establecida claramente en cada parte de las Escrituras, e ilustrada en la biografía de los santos de Dios y de los siervos de Jesucristo en todas las épocas, en todos los lugares, en todas las circunstancias. Todos fueron conducidos a ver su *ruina* moral a la luz del trono; a ver el *remedio* para esa ruina en las provisiones del altar, antes de poder manifestar el *resultado* por una vida de devoción práctica. ¡Todo esto proviene de Dios el Padre, por medio del Hijo, por la eficacia del Espíritu Santo, a quien sea toda gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén, y Amén!

El camino de Dios y cómo hallarlo

“ Senda que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vio; nunca la pisaron animales fieros, ni león pasó por ella (Job 28:7-8).

El camino preparado por Dios

Qué gracia inefable para aquel que realmente desea andar con Dios, saber que hay un camino en el cual puede andar! Dios ha preparado una senda para sus redimidos en la cual pueden caminar con la mayor certeza, serenidad y firmeza posibles. Todo hijo de Dios –así como todo siervo de Cristo– tiene el privilegio de estar tan seguro de que está en el camino de Dios como salva es su alma. Esta puede parecer una afirmación muy atrevida; pero, ¿no es cierta? Si es cierta, no puede ser demasiado atrevida. Afirmar que estamos seguros de estar en la senda de Dios, en un tiempo como en el que vivimos, y en medio de una escena como la que estamos atravesando, puede tener para algunos cierto sabor a dogmatismo y confianza en sí mismo. Pero, “¿qué dice la Escritura?” (Romanos 4:3). Ella declara que *hay un camino* y nos dice también *cómo hallarlo y cómo andar* en ese camino. En efecto, la misma voz que nos habla de la salvación de Dios para nuestras almas, nos habla también de la senda de Dios para nuestros pies; la misma autoridad que nos asegura que “el que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36), nos asegura también que hay un camino tan claro que “el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará” (Isaías 35:8).

Esto, repetimos, es una señal de infinita gracia; en todo momento, por cierto, pero especialmente en un tiempo de confusión y perplejidad como el presente. Resulta profundamente estremeceador advertir el estado de incertidumbre en el que se encuentran muchos del amado pueblo de Dios en la actualidad. No nos referimos ahora a la cuestión de la salvación, de lo cual hemos hablado largamente en otra ocasión. Lo que ahora tenemos ante nosotros es la senda del cristiano, lo que debería hacer, dónde debería hallarse y cómo debería conducirse en medio de la Iglesia profesante. ¿No es cierto acaso que multitudes enteras del pueblo del Señor se hallan en un estado de completa confusión en cuanto a estas cosas? ¿Acaso no son muchos los que, si revelaran los verdaderos sentimientos de su corazón, reconocerían que están en un completo estado de incertidumbre? ¿No confesarían que no saben qué hacer, adónde ir o qué creer? Ahora bien, la pregunta es: ¿Dejaría Dios a sus hijos, dejaría Cristo a sus siervos, sumidos en semejante oscuridad y confusión?

Al seguirte a Ti, mi amado Señor;

No en la oscuridad inciertamente,

Estos pies se mueven obedientemente.

¿Puede un hijo desconocer la voluntad de su padre? ¿Puede un siervo desconocer la voluntad de su amo? Y si es así en nuestras relaciones terrenales, ¡cuánto más plenamente nosotros podemos contar con ello en relación con nuestro Padre celestial! Cuando Israel cruzó el mar Rojo y estuvo en el borde de ese enorme y terrible desierto situado entre ellos y la tierra de la promesa, ¿cómo iba a saber su camino? Las arenas de un desierto sin senderos trazados era todo lo que había alrededor de ellos. Era en vano buscar alguna huella allí. Era un yermo desolado en el cual el “ojo del buitre” no podía ver una senda. Moisés se percató de esto cuando le dijo a Hobab: “Te ruego que no nos dejes; porque tú conoces los lugares donde hemos de acampar en el desierto, y nos serás en lugar de ojos” (Números 10:31). ¡Cuán bien nuestros pobres corazones incrédulos pueden comprender este ruego conmovedor! ¡Cuán ardientemente ansía uno la guía humana en medio de una escena de perplejidad! ¡Con qué agrado el corazón se aferra a alguien a quien consideramos competente para guiarnos en los momentos de oscuridad y dificultad!

Sin embargo, podemos preguntar: ¿Qué es lo que pretendía Moisés con los ojos de Hobab? ¿Acaso Jehová no se había comprometido a ser, en gracia, guía de ellos? Sí, así fue exactamente; pues se nos dice que: “El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego. Cuando se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel. Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban; todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, permanecían acampados. Cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová, y no partían. Y cuando la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Y cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, o cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían. O si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo perma-

neciendo sobre él, los hijos de Israel seguían acampados, y no se movían; mas cuando ella se alzaba, ellos partían. Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como Jehová lo había dicho por medio de Moisés” (Números 9:15-23).

Aquí estaba la guía divina, una guía –ciertamente podemos decir– plenamente suficiente para hacerlos independientes de sus propios ojos, de los ojos de Hobab y de los ojos de cualquier otro mortal. Es interesante notar que al inicio del libro de los Números, se dispuso que el arca del pacto debía hallar su lugar en el seno mismo de la congregación (véase Números 2:17); pero en el capítulo 10 se nos dice que cuando “partieron del monte de Jehová camino de tres días... el arca del pacto de Jehová *fue delante de ellos* camino de tres días, buscándoles lugar de descanso” (v. 33). En vez de hallar un lugar de reposo en el seno de su pueblo redimido, Jehová se convierte en su Guía de viaje, y va delante de ellos a buscarles un lugar de reposo. ¡Qué gracia conmovedora vemos aquí! Si Moisés le pide a Hobab que sea guía del pueblo –y eso, además, en presencia misma de la provisión de Dios, así como de la nube y de la trompeta de plata–, entonces Jehová dejará su lugar en el centro de las tribus, e irá delante de ellos a buscarles un lugar de descanso. ¿Acaso no conocía bien el desierto? ¿No era mejor él para ellos que diez mil Hobab? ¿No podían ellos confiar plenamente en Él? Con toda seguridad. No dejaría que se extravíen. Si su gracia los había redimido de la esclavitud de Egipto y los había conducido a través del mar Rojo, ellos podían perfectamente confiar en la misma gracia para guiarlos a través de ese grande y terrible desierto e introducirlos con seguridad en la tierra que fluye leche y miel.

Pero hay que tener en cuenta que, para poder aprovechar la guía divina, se debe abandonar la voluntad propia y toda confianza en nuestros propios razonamientos, así como en los pensamientos y razonamientos de los demás. Si tengo a Jehová como mi Guía, no necesito mis ojos ni tampoco los de un Hobab. Dios es suficiente; puedo confiar en él. Él conoce todo el camino que atraviesa el desierto; y si mis ojos están fijos en él, seré guiado en la dirección correcta.

Cómo hallar el camino de Dios

Esto nos conduce a la segunda parte de nuestro tema, a saber: *¿Cómo he de hallar el camino de Dios?* Sin duda, una pregunta de suma importancia. ¿Adónde he de volverme para hallar la senda de Dios? Si el ojo del buitre, tan agudo, penetrante y capaz de ver claramente a grandes distancias, no la vio; si el león, con sus movimientos tan vigorosos y tan majestuoso en su porte, no pasó por ella; si el hombre “no conoce su valor, ni se halla en la tierra de los vivientes”; si “el abismo dice: No está en mí; y el mar dice: Ni conmigo”; si “no podrán darse tesoros por ella, ni

se pesará plata como precio suyo” (véase Job 28:13-15); si todas las riquezas del universo no pueden igualarla, ni la mayor agudeza del hombre descubrirla, entonces, ¿adónde he de volverme? ¿Dónde podré hallarla?

¿Me volveré a esas grandes normas de la ortodoxia que rigen el pensamiento y sentimiento religioso de millones de personas a lo largo y ancho de la Iglesia profesante? ¿Hallaré allí esta maravillosa senda de la sabiduría? ¿Acaso tales normas constituirán una excepción a la grande, amplia y aplastante regla de Job 28? Seguramente que no.

¿Qué debo hacer entonces? Sé que hay un camino. Dios, que no miente, lo afirma, y yo lo creo; pero, ¿dónde lo he de hallar? “¿De dónde, pues, vendrá la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Porque encubierta está a los ojos de todo viviente, y a toda ave del cielo es oculta. El Abadón y la muerte dijeron: Su fama hemos oído con nuestros oídos” (Job 28:20-22). Que un pobre e ignorante mortal busque esta maravillosa senda, ¿no parece un caso perdido? No –bendito sea Dios–, de ninguna manera lo es, pues “Dios entiende el camino de ella, y conoce su lugar. Porque él mira hasta los fines de la tierra, y ve cuanto hay bajo los cielos. Al dar peso al viento, y poner las aguas por medida; cuando él dio ley a la lluvia, y camino al relámpago de los truenos, entonces la veía él, y la *manifestaba*; la preparó y la descubrió también. Y dijo al hombre: He aquí que *el temor del Señor* es la sabiduría, y *el apartarse del mal*, la inteligencia” (Job 28:23-28).

He aquí, pues, el secreto divino de la sabiduría: “El temor del Señor”. Esto pone a la conciencia directamente en la presencia de Dios, el cual es su único lugar verdadero. El objetivo de Satanás es mantener a la conciencia fuera de esta presencia; ponerla bajo el poder y la autoridad del hombre; someterla a la dependencia de “mandamientos y doctrinas de hombres”; introducir algo entre la conciencia y la autoridad de Cristo el Señor, sin importar lo que fuera: puede ser un credo o una confesión que contiene cierto número de verdades; puede ser la opinión de un hombre o de un grupo de hombres; el juicio de algún maestro favorito; cualquier cosa, en fin, que se introduzca y usurpe en el corazón el lugar que pertenece solamente a la Palabra de Dios. Esta es una terrible trampa y una piedra de tropiezo, un muy serio obstáculo para nuestro progreso en los caminos del Señor. La Palabra de Dios debe gobernarme –la pura y simple Palabra de Dios–, no la interpretación que el hombre hace de ella. Sin duda, Dios puede utilizar a un hombre para exponer esa Palabra e iluminar mi alma; pero no es el desarrollo que hace el hombre de la Palabra de Dios lo que me gobierna, sino la Palabra de Dios que el hombre simplemente abrió y expuso. Esto es de suma importancia.

Debemos ser enseñados y gobernados exclusivamente por la Palabra del Dios vivo. Nada más nos mantendrá en el camino recto, ni dará solidez y consistencia a nuestro carácter y marcha como cristianos. Existe una fuerte tendencia dentro y alrededor de nosotros a regirnos por los pensamientos y opiniones de los hombres; por aquellas grandes normas de doctrina que los hombres han establecido.

Esas reglas y opiniones pueden contener mucho de verdad; pueden ser todas verdaderas dentro de sus límites; pero no es esto lo que está en cuestión. Lo que queremos inculcar al lector cristiano es que no debe ser gobernado por los pensamientos de sus semejantes, sino simple y solamente por la Palabra de Dios. De nada vale sostener una verdad que procede del hombre; debo sostenerla como algo que procede directamente de Dios mismo. Dios puede utilizar a un hombre para comunicar Su verdad; pero a menos que considere que la verdad que sostengo es de Dios, ella no tendrá ningún poder divino sobre mi corazón ni sobre mi conciencia; no me llevará a una relación viva con Dios, sino que más bien impedirá esa relación al introducir algo entre mi alma y Su santa autoridad.

Nos agradecería muchísimo extendernos más sobre este gran principio y sus aplicaciones, pero debo dejarlo por el momento para poder desarrollar uno o dos puntos solemnes y prácticos que nos presenta el capítulo 11 de Lucas, cuya meditación nos permitirá entender un poco más cómo hallar el camino de Dios. Leamos todo el pasaje. “La lumbrera del cuerpo es el ojo: por tanto, cuando tu ojo sea sencillo, todo tu cuerpo también estará lleno de luz; mas cuando sea malo, todo tu cuerpo también estará lleno de tinieblas. Mira, pues, que la luz que en ti hay, no sea tinieblas. Por tanto, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna tenebrosa, estará completamente lleno de luz, como cuando una lámpara con su resplandor te alumbrará” (Lucas 11:34-36, V. M.).

Este pasaje, pues, nos proporciona el verdadero secreto para discernir el camino de Dios. Puede parecer muy difícil encontrar el rumbo correcto en medio del agitado mar de la cristiandad. Tantas voces contradictorias llegan a nuestros oídos; tantos puntos de vista contrapuestos reclaman nuestra atención; son tantas las diferencias de opinión entre hombres de Dios, y tan diversas como numerosas las corrientes de pensamiento, que parece imposible llegar a una conclusión sana y verdadera. Escuchamos a uno que, por lo que podemos juzgar, parece tener un ojo sencillo, y nos dice una cosa; escuchamos a otro que también parece tener un ojo sencillo, y nos dice exactamente lo contrario. ¿Qué, pues, debemos pensar?

Ahora bien, de una cosa podemos estar seguros: nuestro propio ojo no es sencillo cuando, sumidos en la incertidumbre y la perplejidad, vamos de persona en persona dejando que cada una dé su opinión. El ojo sencillo está fijo *solamente* en Cristo, y así todo el cuerpo está lleno de luz. El israelita de la antigüedad no debía correr de aquí para allá a consultar a su prójimo respecto del camino correcto. Cada cual tenía la misma guía divina, a saber: la columna de nube de día, y la columna de fuego de noche (véase Éxodo 13:22). En una palabra, el propio Jehová era el Guía infalible de cada miembro de la congregación. No se los dejó en manos del guía humano más inteligente, sagaz y experimentado de la congregación; tampoco se los dejó para que siguieran libremente su propio camino; cada uno debía seguir al Señor. La trompeta de plata anunciaba a todos por igual el pensamiento de Dios; y nadie que tuviera los oídos abiertos y atentos podía quedar confundido. El ojo y el oído de cada uno debían dirigirse *solamente* a Dios, y no a un mortal semejante a nosotros. Este era el secreto de la guía en el desierto sin caminos de la antigüedad, y es también el secreto de la guía en el vasto desierto moral por el que los redimidos de Dios están pasando actualmente. El uno le dirá: *Escúchame*; el otro: *Escúchame a mí*, y un tercero le dirá: *Que cada uno siga su propio camino*. El corazón obediente, contrario a todo esto, dice: *Yo debo seguir a mi Señor*.

Esto lo simplifica todo. No tenderá de ninguna manera a fomentar un espíritu de altiva independencia, sino todo lo contrario. Cuanto más soy enseñado a apoyarme solamente en Dios como guía, más desconfiaré y quitaré la vista de mí mismo; y esto, ciertamente, no es independencia. Es cierto que me libraré de seguir servilmente a un hombre, pero haciéndome sentir mi responsabilidad solamente hacia Cristo; y esto es precisamente lo que tanto se necesita hoy. Cuanto más de cerca examinamos los elementos y principios que rigen afuera, en la Iglesia profesante, tanto más convencidos tenemos que estar de la necesidad personal de someternos completamente a la autoridad divina, lo cual, en el fondo, es otra forma de llamar al “temor del Señor” o a “un ojo sencillo”.

Hay una breve frase al inicio de los Hechos de los Apóstoles que proporciona el antídoto perfecto contra un mal tan extendido en todas partes como es la voluntad propia y el servil temor al hombre: “Es necesario obedecer a Dios” (Hechos 5:29). ¡Qué expresión! “Es necesario *obedecer*”. Este es el remedio eficaz contra la voluntad propia. “Es necesario obedecer a Dios”. He aquí el remedio eficaz contra la sumisión servil a los mandamientos y doctrinas de hombres. Debe haber obediencia; pero ¿obediencia a qué? A la autoridad de Dios, y a ella únicamente. Así se protege

al alma de la influencia de la incredulidad, por una parte, y de la superstición, por otra. La incredulidad dice: «Haz como te plazca». La superstición dice: «Haz lo que te diga el hombre». La fe dice: “Es necesario obedecer a Dios”.

He aquí el santo equilibrio del alma en medio de las contradictorias y desconcertantes influencias que nos rodean hoy en día. Como siervo, debo obedecer a mi Señor; como hijo, debo escuchar los mandamientos de mi Padre. Y he de hacer esto aun cuando mis consiervos y mis hermanos no me entiendan. Debo tener presente que el objeto de mayor interés y atención de mi alma es Dios mismo. Como dice el himno:

Aquel ante quien los ancianos se inclinan,

Es quien todo el interés de mi alma ahora cautiva.

Es para mí un privilegio estar tan seguro de tener el pensamiento de mi Maestro respecto a la senda que debo seguir como su Palabra para la seguridad de mi alma. Si no, ¿dónde estoy? ¿No es un privilegio tener un ojo sencillo? Sin duda que sí. Y ¿qué pasa entonces? El “cuerpo está lleno de luz”. Ahora bien, si mi cuerpo está lleno de luz, ¿puede mi mente estar llena de perplejidad? ¡Imposible! Ambas cosas son totalmente incompatibles; por eso, cuando uno se encuentra en incierta oscuridad, es muy claro que su ojo no es sencillo. Puede parecer muy sincero, estar muy ansioso de ser guiado por la senda correcta; pero puede estar seguro de que falta un ojo sencillo, lo cual es un requisito indispensable para la guía divina. La Palabra es clara: “Si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz” (Mateo 6:22, V. M.).

Dios guiará siempre al alma obediente y humilde; pero si no andamos conforme a la luz que hemos recibido, entraremos en tinieblas. Si no se actúa conforme a la luz, esta se convierte en tinieblas, y “aquellas tinieblas ¡cuán grandes no serán!” (v. 23, V. M.). Nada es más peligroso que alterar la luz que Dios da. Tarde o temprano, eso conducirá a las consecuencias más desastrosas. “Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas”. “Escuchad y oíd; no os envanezcáis, pues Jehová ha hablado. Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y esperéis luz, y os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas” (Lucas 11:35; Jeremías 13:15-16).

Esto es algo profundamente serio y práctico. Hay un notable contraste entre un hombre que tiene un ojo sencillo, y otro que no actúa según la luz que Dios le dio. El uno tiene su cuerpo lleno de luz; el otro, lleno de tinieblas; el uno no tiene parte alguna de tinieblas; el otro está sumido en densas tinieblas; el uno es portador de luz para los demás; el otro, una piedra de tropiezo en el camino. No hay nada más solemne que el acto judicial de Dios de volver efectivamente nuestra luz en tinieblas por habernos negado a actuar conforme a la luz que él tuvo a bien transmitirnos.

Querido lector cristiano, ¿está usted actuando conforme a su luz? ¿Ha enviado Dios un rayo de luz a su alma? ¿Le ha mostrado algo malo en sus caminos o asociaciones? ¿Persevera en un mal camino a pesar de que su conciencia le dice que no está en plena conformidad con la voluntad de su Maestro? Escudriñe y vea. ¡Dé gloria a Jehová su Dios! (véase Jeremías 13:16, V. M.). Actúe de acuerdo con la luz. No vacile. No piense en las consecuencias. Simplemente, se lo suplicamos, obedezca la Palabra de su Señor. Ojalá que en este mismo instante, mientras sus ojos escudriñan estas líneas, tome la firme determinación de apartarse de la iniquidad dondequiera que la encuentre. No diga: «¿Adónde iré? ¿Qué haré ahora? Hay mal en todas partes. Lo único que logro es salir de un mal para entrar en otro». Evite decir esas cosas; no discuta ni razone; no se fije en los resultados; no piense en lo que el mundo o la iglesia del mundo dirán de usted; elévese por encima de todas estas cosas, y camine por la senda de la luz, la cual “va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

Recuerde que Dios nunca da luz para dar dos pasos a la vez. Si él le dio luz para dar un paso, entonces, en el temor y amor de Su Nombre, dé ese paso, y seguramente obtendrá más luz. En efecto, la luz “va en aumento”. Pero si nos negamos a actuar, la luz que está en usted se convertirá en densas tinieblas, sus pies tropezarán en las montañas tenebrosas del error que yace a ambos lados del recto y estrecho camino de la obediencia, y será una piedra de tropiezo en la senda de los demás.

Uno de los más serios tropiezos que se interpone hoy en la senda de buscadores angustiados, se halla en personas que una vez parecían poseer la verdad, pero que se apartaron de ella. La luz que había en ellos se convirtió en tinieblas, y “aquellas tinieblas ¡cuán grandes no serán!” (Mateo 6:23, V. M.) ¡Qué triste es ver a aquellos que debían ser portadores de luz, siendo tropiezo para los creyentes recién convertidos y activos! Pero estos tropiezos no deben impedir la marcha de los jóvenes creyentes. El camino es claro: “El temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:28). Que cada uno oiga y obedezca la voz del Señor. “Mis ovejas

oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10:27). ¡Alabado sea el Señor por esta preciosa Palabra! Ella pone a cada uno en el lugar de directa responsabilidad hacia Cristo mismo, y nos indica claramente cuál es *el camino de Dios* y *cómo hallarlo*.

Paz

En el pasaje que figura en el encabezamiento de este artículo hallamos la palabra “paz” en dos sentidos: primero, aplicado a la vida interior del discípulo cristiano, y, en segundo lugar, a su vida exterior. “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: *Paz a vosotros*. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado” (Juan 20:19-21).

Aquí la paz se aplica a la vida interior. Todo estaba terminado. La batalla había sido librada y la victoria obtenida. El Vencedor estaba en medio de ellos –el verdadero David con la cabeza del filisteo en la mano–. Todo motivo de ansiedad fue excluido para siempre. Se hizo la paz, y se estableció sobre un fundamento que jamás podrá ser removido. Era absolutamente imposible que un poder de la tierra o del infierno pudiese alguna vez tocar el fundamento de aquella paz que un Salvador resucitado estaba ahora soplando en las almas de sus discípulos reunidos. Hizo la paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20). Enfrentó a todos sus enemigos. Enfrentó a las huestes unidas del infierno, haciendo de ellas un espectáculo público (cap. 2:15). Toda la corriente de la justa ira de Jehová contra el pecado lo arrolló. Privó de su aguijón a la muerte y triunfó sobre el sepulcro. En una palabra, el triunfo fue gloriosamente completo; y el bendito Vencedor en seguida se presentó ante los ojos y los corazones de sus amados, haciendo sonar en sus oídos la preciosa palabra “paz”.

Notemos luego la significativa acción: “Les mostró las manos y el costado”. Los pone en inmediato contacto con él mismo. Revela Su Persona a sus almas, y les muestra las inequívocas señales de su cruz y pasión, las señales maravillosas de una expiación cumplida. Es un Salvador resucitado, que lleva en su cuerpo las marcas de aquella muerte por la que tuvo que pasar por los suyos.

Este es el verdadero secreto de la paz. Es mucho más que saber que nuestros pecados son perdonados y que somos justificados de todas las cosas, por bendito que sea todo esto. Es tener ante nuestras almas, ante los ojos de nuestra fe, a la Persona de un Cristo resucitado, y recibir de sus propios labios el dulce mensaje de “paz”. Es tener en nuestros corazones ese santo sentido de liberación como resultado de tener a la Persona del Libertador claramente presentada a nuestra fe. No es simplemente saber que hemos sido perdonados y liberados, sino que nuestros corazones están vivamente ocupados con Aquel que lo ha cumplido todo, y que contemplamos por la fe las misteriosas marcas de Su obra consumada. *Esta es la paz para la vida interior.*

Luego leemos: “Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío” (v. 20-21). Aquí tenemos la vida exterior del cristiano. Toda, desde el principio hasta el fin, está envuelta en este solo gran hecho: es enviado al mundo como Jesús fue enviado por el Padre. No es cuestión de lo que tiene que hacer o adonde tiene que ir. Es enviado por Jesús, así como Jesús fue enviado por el Padre; y antes de comenzar esta elevada y santa misión, su Señor resucitado le asegura perfecta paz en todas las escenas y circunstancias de su carrera.

¡Qué misión! ¡Qué cuadro de la vida de un creyente! ¿Alcanzamos a comprender la magnitud de esto? Nadie vaya a suponer que todo esto se aplica únicamente a los apóstoles. Sería un grave error. El pasaje que estamos considerando no habla de apóstoles, sino de *discípulos*, un término que seguramente se aplica a todos los hijos de Dios. El discípulo más débil tiene el privilegio de saber que es uno de los enviados a este mundo así como Jesús fue enviado por el Padre. ¡Qué modelo para estudiar! ¡Qué lugar nos da! ¡Qué objeto por el cual vivir! ¡Cómo lo resuelve todo! No es una cuestión de puntos de vista –de opiniones, dogmas o principios–, de ordenanzas o ceremonias. No, gracias a Dios; es algo totalmente diferente. Se trata de vida y paz; vida en un Salvador resucitado, y paz para esa vida, tanto interior como exterior; de contemplar a un Salvador resucitado, y comenzar desde Sus pies a servirlo en este mundo, como él sirvió al Padre.

Y recordemos que todo esto tiene un efecto directo sobre el más joven discípulo de toda la Iglesia de Dios. Insistimos en este punto porque algunos nos quieren hacer creer que se trata de algo oficial, de algo que se aplicó solo a los apóstoles. Los que impulsan esta idea se apoyan en el versículo 23. Pero el hecho es que los apóstoles nunca emprendieron la obra de perdonar pecados de manera oficial. Este pasaje no tiene nada que ver con eso; se refiere a la disciplina de una asamblea de discípulos que actúan por el Espíritu Santo en el nombre y con la autoridad del Señor Jesucristo. Por ejemplo, cuando la asamblea de Corinto quitó de entre ellos al malvado (1 Corintios 5), estaba reteniendo los pecados. Y cuando ellos lo recibieron de nuevo, sobre la base de su arrepentimiento, estaban remitiendo los pecados.

Este es el simple significado de Juan 20:23. No toca la relación eterna del alma con Dios, sino solo su relación actual con la asamblea. No debemos, pues, dejar que se nos prive de la preciosa enseñanza de todo este pasaje debido a una falsa aplicación de una cláusula particular.

El pecado en la carne y el pecado sobre la conciencia

Es de suma importancia establecer una clara distinción entre el pecado *en la carne* y el pecado *sobre la conciencia*. Si confundimos estas dos cosas, nuestras almas se verán necesariamente perturbadas y nuestra adoración debilitada. Un examen atento de 1 Juan 1:8-10 arrojará mucha luz sobre este asunto, cuya comprensión es tan esencial.

Nadie será más consciente del pecado que mora en él que el hombre que anda en luz. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. En el versículo anterior leemos: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de *todo* pecado”. Aquí, la distinción entre el pecado *en* nosotros y el pecado *sobre* nosotros está bien marcada y establecida. Afirmar que hay pecado sobre el creyente, en la presencia de Dios, es poner en duda la eficacia purificadora de la sangre de Jesús y negar la verdad de la Palabra divina. Si la sangre de Jesucristo puede purificar por completo, entonces la conciencia del creyente está completamente purificada. Así es cómo la Palabra de Dios presenta la cuestión, y nosotros debemos recordar siempre que es de Dios mismo de quien tenemos que aprender cuál es, a sus ojos, la verdadera condición del creyente. Estamos más dispuestos a decir a Dios lo que somos en nosotros mismos que a dejarle decir lo que somos en Cristo. En otros términos, estamos más pendientes de lo que nuestra propia conciencia nos dice acerca de nosotros que de la revelación que Dios nos hace de sí mismo. Dios nos habla en virtud de lo que él es en sí mismo y de lo que ha cumplido en Cristo. Tal es la naturaleza y el carácter de esta revelación divina, que llena el alma de perfecta paz cuando la fe echa mano de ella. La revelación de Dios es una cosa y mis sentimientos acerca de mí mismo son otra muy distinta.

Pero la misma Palabra que nos dice que no tenemos pecado *sobre* nosotros, nos dice con la misma fuerza y claridad que tenemos pecado *en* nosotros. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Todo aquel en quien está “la verdad” sabrá que está también “*el pecado*” en él, porque la verdad revela cada cosa tal como es. ¿Qué debemos hacer, pues? Merced al poder de la nueva naturaleza tenemos el privilegio de poder andar de tal manera que “el pecado” que habita en nosotros no se manifieste en forma de “*pecados*”. La posición del cristiano es una posición de victoria y libertad. Está liberado no solo de la culpa por el pecado, sino aun del pecado como principio dominante en su vida. “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Cristo), para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado... No *reine*, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo *obe-*

dezcáis en sus concupiscencias... Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:6-14). El pecado está allí con toda su maldad natural, pero el creyente está “muerto al pecado”. ¿Cómo? Está muerto en Cristo. Por naturaleza estaba muerto *en* el pecado; por gracia está muerto *al* pecado. ¿Qué derecho se puede tener sobre un hombre muerto? Ninguno. “Cristo al pecado murió una vez por todas” (v. 10) y el creyente está muerto en Él. “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (v. 8-10). ¿Qué resulta de esto para los creyentes? “*Así también* vosotros consideraos *muertos al pecado*, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 11). Tal es, ante Dios, la posición inalterable del creyente, de forma que tiene el alto privilegio de gozar de la liberación del pecado, como *dominador* de él, aunque el pecado *more* en él.

La confesión de los pecados

Pero “si alguno hubiere pecado” ¿qué tiene que hacer? A esta pregunta el inspirado apóstol da una respuesta de las más claras y benditas: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). La confesión es el medio por el cual la conciencia es libertada. El apóstol no dice: «Si pedimos perdón, Dios es bastante bueno y misericordioso para perdonarnos». Sin duda, es siempre algo feliz para un hijo susurrar al oído de su padre sus profundas necesidades: contarle sus flaquezas, confesarle su insensatez, sus defectos y sus faltas. Todo esto es verdad, y también es igualmente cierto que nuestro Padre está lleno de gracia y de misericordia para responder a toda debilidad e ignorancia de sus hijos, pero, aunque todo eso sea verdad, el Espíritu Santo declara, por boca del apóstol, que “Si *confesamos...* él es *fiel y justo* para perdonarnos”. La confesión es, pues, lo que Dios pide. Un cristiano que hubiera pecado en pensamiento, palabra u obra, podría orar durante días y meses pidiendo el perdón y, sin embargo, no tener la seguridad fundada sobre 1 Juan 1:9, de que está perfectamente perdonado; mientras que, desde el instante que confiesa sinceramente sus pecados ante Dios, no es más que un acto de fe saber que está perfectamente perdonado y purificado.

Diferencia entre pedir perdón y confesar los pecados

Hay una inmensa diferencia moral entre orar para pedir perdón y confesar nuestros pecados, así lo consideremos en relación con el carácter de Dios, con el sacrificio de Cristo o con el estado del alma. Es muy posible que la oración de un cristiano pueda contener, en el fondo, si no en la

forma, la confesión de su pecado, cualquiera que sea, y entonces esto resulta lo mismo. Sin embargo, siempre vale más atenernos estrictamente a la Escritura en lo que pensamos, decimos y hacemos. Es evidente que, cuando el Espíritu Santo habla de *confesión*, no quiere decir *oración*. Y es igualmente evidente que él sabe bien que hay elementos espirituales en la confesión, y resultados prácticos de la misma que no pertenecen a la oración. De hecho, ocurre a menudo que el hábito de importunar a Dios para obtener el perdón de los pecados manifiesta la ignorancia en que se está, en cuanto al modo en que Dios se ha revelado en la Persona y en la obra de Cristo, en cuanto a la relación en la cual el sacrificio de Cristo ha colocado al creyente y en cuanto al divino medio de tener la conciencia aliviada de la carga y purificada de la mancha del pecado.

Dios quedó perfectamente satisfecho por la cruz de Cristo en cuanto a todos los pecados del creyente. En esta cruz fue ofrecida una completa expiación por la más insignificante traza de pecado en la naturaleza del creyente y sobre su conciencia. Por consiguiente, Dios no tiene necesidad de otra propiciación. No le hace falta nada más para sentir su corazón atraído hacia aquel que cree. No tenemos que suplicarle que sea “fiel y justo”, ya que su fidelidad y su justicia han sido tan gloriosamente manifestadas, reivindicadas y satisfechas en la muerte de Cristo. Nuestros pecados no pueden llegar nunca a la presencia de Dios, puesto que Cristo, quien los llevó y los quitó, está en lugar de ellos. Pero, si pecamos, nuestra conciencia lo sentirá; deberá sentirlo; sí, el Espíritu Santo nos lo hará sentir. Él no podría dejar sin juzgar ni el más ligero pensamiento nuestro. ¿Qué, pues? ¿Nuestro pecado se ha abierto un camino hasta la presencia de Dios? ¿Ha encontrado lugar en la pura luz del lugar santísimo? ¡No lo quiera Dios! Nuestro “Abogado” está allí –“Jesucristo el justo”– para mantener en toda su integridad las relaciones en que nos encontramos. Pero, aunque el pecado no pueda afectar los pensamientos de Dios con relación a nosotros, afecta nuestros pensamientos con relación a Dios. Aunque él no pueda llegar hasta su presencia, puede llegar hasta nosotros del modo más triste y humillante. Aunque él no pueda esconder al Abogado a los ojos de Dios, puede esconderlo a los nuestros. Se amontona, como un sombrío y espeso nubarrón, en nuestro horizonte espiritual, de manera que nuestras almas no pueden exponerse al bendito resplandor de la faz de nuestro Padre. No puede alterar nuestra relación con Dios, pero puede alterar muy seriamente el gozo que sentimos en ella. ¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? La Palabra contesta: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Por la confesión se descarga nuestra conciencia; el dulce sentimiento de nuestra relación se restablece; la sombría nube se disipa; la helada y desecante influencia desaparece y nuestros pensamientos acerca de Dios se

rectifican. Tal es el método divino, y podemos decir, con toda verdad, que el corazón que sabe lo que es estar colocado en actitud de confesión, sentirá tanto mejor la divina potestad de las palabras del apóstol: “Hijitos míos, estas cosas os escribo *para que no pequéis*” (1 Juan 2:1).

Además, hay un modo de orar para pedir perdón que demuestra que se pierde de vista el perfecto fundamento del perdón que nos ha sido otorgado en virtud del sacrificio de la cruz. Si bien Dios perdona los pecados, es preciso que sea “fiel y justo” al hacerlo. Pero es muy evidente que nuestras oraciones, por fervientes y sinceras que fuesen, no podrían formar la base de la fidelidad y justicia de Dios al perdonarnos nuestros pecados. Nada, salvo la obra de la cruz, podría hacerlo. Allí fue donde la fidelidad y la justicia de Dios fueron plenamente establecidas, y ello en relación inmediata con nuestros pecados positivos, como también con relación a la raíz del pecado en nuestra naturaleza. Dios ya juzgó nuestros pecados en la persona de nuestro Sustituto “sobre el madero” (1 Pedro 2:24), y en el acto de la confesión nos juzgamos a nosotros mismos. La confesión es esencial para gozar del sentimiento del perdón divino y de la restauración. El menor pecado que quedara sobre la conciencia sin confesar y sin juzgar, interrumpiría completamente nuestra comunión con Dios. El pecado en nosotros no tiene necesariamente este efecto; pero si permitimos al pecado que permanezca *sobre* nosotros, no podemos tener comunión con Dios. Él quitó nuestros pecados de tal manera que puede tenernos en su presencia; y en tanto permanecemos en su presencia, el pecado no nos turba. Pero si nos alejamos de Él y pecamos, aunque solo sea en pensamiento, nuestra comunión queda interrumpida indefectiblemente hasta que, por la confesión, nos hayamos desembarazado de nuestro pecado. Todo eso, apenas hay necesidad de decirlo, está enteramente fundado sobre el perfecto sacrificio y la justa intercesión de nuestro Señor Jesucristo.

El juicio de sí mismo

Finalmente, en cuanto a la diferencia que existe entre la oración y la confesión, respecto al estado del corazón ante Dios y al sentimiento moral que tiene de la odiosidad del pecado, digamos que esta diferencia no podría ser apreciada en demasía. Es mucho más fácil pedir, de manera general, el perdón de nuestros pecados que confesar estos pecados. La confesión implica el *juicio de sí mismo*; pedir perdón no implica siempre este juicio. Esto solo bastaría para demostrar la diferencia. El juicio de sí mismo es uno de los ejercicios más preciosos y saludables de la vida cristiana, y, por consiguiente, todo lo que tiende a provocarlo debe ser muy apreciado por todo cristiano serio.

La diferencia que hay entre pedir perdón y confesar el pecado se manifiesta sin cesar en nuestras relaciones con los niños. Si un niño ha hecho algún mal, hallará menos dificultad en pedir a su padre que lo perdone que en confesar su falta francamente y sin reservas. El niño puede pedir perdón y, sin embargo, dar cabida en su espíritu a muchas disculpas que tiendan a disminuir el sentimiento de su falta; piensa, tal vez secretamente, que, después de todo, no hay motivo para censurar de tal manera su conducta, aunque sea conveniente que pida perdón a su padre; en cambio, al confesar su falta, solo le queda enjuiciarse a sí mismo. Además, al pedir perdón, el niño puede estar influido principalmente por el deseo de escapar a las consecuencias del mal que ha hecho, mientras que los padres juiciosos procurarán producir una justa apreciación de aquel mal, la cual no puede existir sino ligada a la plena confesión de la falta, unida al examen de sí mismo.

Lo mismo sucede en cuanto a los caminos de Dios con sus hijos; cuando caen en alguna falta, quiere que todo pecado sea expuesto y juzgado ante él por el mismo que lo ha cometido; quiere que no solo temamos las consecuencias del pecado –que son inmensas– sino que odiamos al pecado mismo, porque es odioso a Sus ojos. Si, cuando cometemos el pecado, pudiéramos ser perdonados por el mero hecho de pedir perdón, nuestro sentimiento y nuestra aversión al pecado no serían, ni con mucho, tan intensos, y, a su vez, nuestra apreciación de la comunión que gozamos no sería tan alta. El efecto moral de todo esto sobre el estado general de nuestra constitución espiritual, así como sobre nuestra conducta y nuestra marcha práctica, debe ser evidente para todo cristiano experimentado.

La plenitud de Dios para vasos vacíos

Estos dos capítulos ilustran de manera sorprendente un principio que corre a través de toda la Escritura inspirada, a saber, que en el momento en que el hombre toma su verdadero lugar –el lugar que verdaderamente le corresponde–, Dios puede encontrarlo en gracia –en gracia perfecta, gratuita, soberana e incomparable–: la plenitud de Dios espera vasos vacíos para derramarse. Este gran principio brilla por todas partes del Génesis al Apocalipsis. La palabra «principio» es insuficiente para dar el sentido, es demasiado fría. Deberíamos hablar de ello como de un gran hecho divino, vivo y maravilloso, que brilla con resplandor celestial en el evangelio de la gracia de Dios y en la historia del pueblo de Dios, colectiva e individualmente, tanto en los días del Antiguo Testamento como del Nuevo.

Pero es necesario que el hombre esté en su verdadero lugar. Es absolutamente indispensable. Es allí solamente donde puede tener una visión justa de Dios. Cuando el hombre tal como es, encuentra a Dios tal como es, hay una respuesta perfecta a todas las cuestiones, una solución divina a todas las dificultades. Desde la perspectiva de una ruina absoluta y sin esperanza, el hombre obtiene una amplia, clara y liberadora visión, y capta el sentido de la salvación de Dios. Solo cuando el hombre llega al fin de sí mismo en todos los aspectos –su yo malo y su yo bueno, su yo culpable y su yo justo– comienza con un Dios Salvador. Es verdad al principio de la vida, y es verdad a lo largo de todo el camino. La plenitud de Dios espera siempre vasos vacíos. La gran dificultad es vaciar estos vasos: cuando se logra esto, todo se soluciona, ya que la plenitud de Dios puede entonces verterse allí.

Esta seguramente es una gran verdad fundamental. En los capítulos 4 y 7 de 1 Samuel, la vemos en su aplicación para el antiguo pueblo terrenal de Dios. Consideremos un poco estos capítulos.

1 Samuel 4

Al principio del capítulo 4, vemos a Israel derrotado por los filisteos; pero, en lugar de humillarse delante de Jehová en una verdadera contrición y en el juicio de sí mismo a causa de su terrible condición, y en vez de aceptar su derrota como el justo juicio de Dios, los hallamos totalmente insensibles y duros de corazón. “Cuando volvió el pueblo al campamento, los ancianos de Israel dijeron: ¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?” (1 Samuel 4:3). Según estas palabras, es muy evidente que los antiguos no estaban en el lugar conveniente. Jamás habrían dicho “por qué” si tan solo hubiesen tomado conciencia de su condición moral: hubiesen sabido

muy bien el porqué de la situación. Había un pecado vergonzoso en medio de ellos: la conducta inmoral de Ofni y Finees. “Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová” (1 Samuel 2:17).

Pero, lamentablemente, el pueblo no tenía ningún sentido de su terrible condición, y, por consecuencia, ningún sentido del remedio. Por eso dicen: “Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos” (cap. 4:3). ¡Qué ilusión! ¡Qué ceguera tan grande! No hay ningún juicio de sí mismo, ninguna confesión de la deshonra causada al nombre y al culto del Dios de Israel; ninguna mirada hacia Jehová con una verdadera contrición y un verdadero quebrantamiento de corazón. No hay nada excepto el vano pensamiento de que el arca los salvaría de la mano de sus enemigos.

“Y envió el pueblo a Silo, y trajeron de allá el arca del pacto de Jehová de los ejércitos, que moraba entre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios” (cap. 4:4). ¡Qué terrible condición de cosas! El arca de Dios asociada a estos hombres impíos cuya maldad iba a atraer el justo juicio de un Dios santo y justo sobre la nación entera. Nada podía ser más terrible ni más ofensivo para Dios que esta temeraria tentativa de asociar Su nombre y Su verdad con el mal. En toda circunstancia, el mal moral es malo de por sí, pero la tentativa de mezclar el mal moral con el nombre y el servicio de Aquel que es santo y verdadero, es la peor y más tenebrosa forma de iniquidad, y solo puede hacer estallar un muy severo juicio de Dios. Estos sacerdotes impíos, los hijos de Elí, habían osado contaminar los mismos recintos del santuario con sus abominaciones; y ahora eran ellos quienes acompañaban al arca de Dios al campo de batalla. ¡Qué ceguera y qué dureza de corazón! Esa sola expresión: “Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios”, expresa, en su brevedad, la terrible condición moral de Israel.

“Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo *Israel gritó con tan gran júbilo* que la tierra tembló” (v. 5). ¡Qué vanos eran estos gritos! ¡Qué vacía era esta jactancia! ¡Qué hueca era esta pretensión! Lamentablemente, ¡todo esto fue seguido por una humillante derrota, y no podía ser de otro modo! “Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada, y muertos los dos hijos de Elí, Ofni y Finees” (v. 10-11).

¡Qué estado de cosas! Los sacerdotes muertos; el arca tomada; la gloria traspasada. El arca de la que se jactaban, y sobre la que habían fundado su esperanza de victoria, estaba ahora en manos de los filisteos incircuncisos. Todo se había acabado. Esta terrible circunstancia –el arca de Dios en la casa de Dagón– expresa la trágica historia de la ruina y del fracaso total de Israel. Dios quiere realidad, verdad y santidad en aquellos con quienes se digna morar. “La santidad conviene a tu casa” (Salmo 93:5). Era un privilegio del orden más elevado tener a Jehová habitando en medio de ellos. Pero la santidad era la contrapartida necesaria. Dios no podía asociar su nombre con el pecado no juzgado. Imposible. Esto habría sido la negación de su naturaleza, y Dios mismo no puede negarse a sí mismo. El lugar donde quiere habitar debe corresponder a su naturaleza y a su carácter. “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16). Esta es una gran verdad fundamental a la cual debemos aferrarnos tenazmente y que debe ser confesada con reverencia. Jamás debe abandonarse.

Pero consideremos un poco lo que ocurrió con el arca en la tierra de los filisteos. Es sumamente solemne e instructivo. Israel había fracasado rotundamente y había pecado vergonzosamente. Se habían mostrado totalmente indignos del arca del pacto de Jehová; y los filisteos habían puesto sus manos incircuncisas sobre ella, permitiéndose introducirla con toda presunción en la casa de su falso dios, ¡como si Jehová Dios de Israel y Dagón pudiesen habitar juntos! ¡Qué blasfema presunción! Pero la gloria que se había disipado de Israel fue reivindicada en las tinieblas y la soledad del templo de Dagón.

Dios será Dios, aunque su pueblo falle. En consecuencia, vemos que cuando Israel faltó completamente en su responsabilidad de guardar el arca de Su testimonio, y permitió que pasara a manos de los filisteos –cuando todo estaba perdido en las manos del hombre–, entonces la gloria de Dios brilla con poder y esplendor: Dagón se desploma, y toda la tierra de los filisteos tembló bajo la mano de Jehová. Su presencia se les hizo intolerable, y procuraron sacársela de encima cuanto antes. Quedó demostrado de manera irrecusable la imposibilidad absoluta de que Jehová y los incircuncisos marcharan juntos. Así fue, así es hoy, y así será siempre. “¿Qué concordia (tiene) Cristo con Belial? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?” (2 Corintios 6:15-16). ¡Absolutamente ninguno!

1 Samuel 7

Pasemos ahora al capítulo 7. Encontramos allí otro estado de cosas totalmente diferente. Vamos a encontrar lo que es un vaso vacío y, como siempre, la plenitud de Dios esperando tal condición. “Desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y *toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová*” (v. 2). En los capítulos 5 y 6, vemos que los filisteos no podían subsistir *con* Jehová. En el capítulo 7, vemos que Israel no podía subsistir *sin* Él. Esto es muy sorprendente e instructivo. El mundo no puede soportar el solo hecho de pensar en la presencia de Dios. Lo vemos desde la caída, en Génesis 3. El hombre huye lejos de Dios incluso antes de que Dios lo expulse del jardín de Edén. No podía soportar la presencia divina. “Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (Génesis 3:10).

Siempre fue así, desde entonces y hasta hoy. Como alguien lo dijo: «Si usted pudiera poner a un hombre inconverso en el cielo, haría todo lo posible para salir de allí cuanto antes». ¡Qué hecho tan notable! ¡Qué huella deja en toda la raza humana, y qué prueba de la profundidad de la depravación moral en que pueden caer los miembros de esta raza! Si un hombre no puede soportar la presencia de Dios, ¿qué lugar sería el apropiado para él? Y ¿de qué no es capaz? ¡Importantes y solemnes preguntas!

Luego “*toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová*”. Veinte años, largos y tristes, pasaron sin el bendito sentido de Su presencia; “Habló Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: Si *de todo vuestro corazón* os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y *preparad vuestro corazón* a Jehová, y *solo* a él servid, y os libraré [Él, no el arca] de la mano de los filisteos. Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron solo a Jehová. Y Samuel dijo: Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová. Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová, y ayunaron aquel día, y dijeron allí: *Contra Jehová hemos pecado*” (cap. 7:2-6).

Qué diferencia con el estado de cosas presentado en el capítulo 4. Aquí, los vasos están vacíos, preparados para recibir la plenitud de Dios. No hay vanas pretensiones, ni ninguna búsqueda de medios exteriores de salvación. Todo es realidad, todo es trabajo de corazón aquí. En lugar de los gritos de jactancia, vemos el agua derramada: símbolo sorprendente y expresivo de una absoluta debilidad e inutilidad. En una palabra, el hombre toma su lugar correcto; y esto, lo sabemos, es la segura señal precursora de que Dios va a tomar el suyo. Este gran principio atraviesa, como un maravilloso hilo de oro, toda la Escritura, toda la historia del pueblo de Dios, toda la historia de las almas. Está condensado en esta expresión tan breve, pero de tan vasto alcance: “el arre-

pentimiento y el perdón de pecados” (Lucas 24:47). El arrepentimiento es el verdadero lugar del hombre. El perdón de los pecados es la respuesta de Dios. El arrepentimiento expresa el vaso vacío; el perdón de los pecados, la plenitud de Dios. Cuando ambos se encuentran, todo se resuelve.

Esto es presentado de modo muy sorprendente en la escena de este capítulo 7. Una vez que Israel hubo tomado su verdadero lugar, Dios fue libre de actuar en su favor. Ellos mismos habían confesado que eran “como agua derramada sobre la tierra”, totalmente impotentes e indignos. Es todo lo que tenían que decir sobre sí mismos, y esto bastaba. Dios puede ahora entrar en escena y ocuparse rápidamente de los filisteos. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

“Y Samuel tomó un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto a Jehová; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó. Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel”: ¡Qué poco conocían a aquel contra el cual venían a combatir, a Aquel que iba a salir a su encuentro! “Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel... Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová” (v. 9-12). ¡Qué contraste entre los jactanciosos gritos de Israel en el capítulo 4 y el trueno de Jehová en el capítulo 7! Los primeros eran pura pretensión humana; el segundo, el poder divino. Aquellos habían sido inmediatamente seguidos de una humillante derrota; este, de un triunfo espléndido. Los filisteos ignoraban lo que había pasado: el agua derramada, los llantos de arrepentimiento, la ofrenda del cordero, la intercesión sacerdotal. ¿Que podían saber los filisteos incircuncisos de estas preciosas realidades? Nada. Cuando la tierra se estremecía bajo los pretenciosos gritos de Israel, podían darse cuenta de lo que pasaba. Los hombres del mundo pueden comprender y apreciar la satisfacción y confianza en sí mismo; pero estas son justamente las mismas cosas que rechazan a Dios. Por el contrario, un corazón quebrantado, un espíritu contrito, un espíritu humilde, son las cosas que agradan a Dios. Cuando Israel tomó el lugar de la humillación, el lugar del juicio de sí mismo y de la confesión, entonces se oyó el trueno de Jehová, y los ejércitos de los filisteos fueron dispersos y confundidos. La plenitud de Dios espera siempre que el vaso esté vacío. ¡Preciosa y bendita verdad! ¡Que podamos entrar más plenamente en su profundidad, plenitud, poder y extensión!

Relaciones entre 1 Samuel 4 y 7, y Filadelfia y Laodicea en Apocalipsis 3

Antes de terminar este breve artículo, solo quisiera mencionar que 1 Samuel 4 y 7 nos hacen recordar a las iglesias de Laodicea y Filadelfia, en Apocalipsis 3. La primera nos presenta una condición que deberíamos evitar escrupulosamente; la segunda, una condición que deberíamos cultivar con diligencia y seriedad. En la primera, hay una miserable autocomplacencia, y Cristo es dejado fuera. En la segunda, hay conciencia de su propia debilidad y nulidad, pero Cristo es exaltado, amado y honrado; su Palabra guardada, y su Nombre apreciado.

Y tengamos en cuenta que estas cosas prosiguen hasta el final. Es muy instructivo ver que las cuatro últimas de las siete iglesias presentan cuatro fases de la historia de la Iglesia que siguen hasta el final. En Tiatira, encontramos el Catolicismo; en Sardis, el Protestantismo. En Filadelfia, como lo dijimos, tenemos ese estado de alma, esa actitud de corazón, que todo verdadero creyente y toda asamblea de creyentes deberían cultivar con ardor y manifestar fielmente. Laodicea, por el contrario, presenta un estado de alma y una actitud de corazón que debemos rechazar con santo temor. Filadelfia es tan atractiva para el corazón de Cristo, como repugnante le es Laodicea. De la primera, hará una columna en el templo de Su Dios; a la segunda, la vomitará de su boca, y Satanás la tomará y hará de ella el “albergue de toda ave inmunda y aborrecible” (Apocalipsis 18:2): ¡la gran Babilonia! Qué espantoso es esto para todos aquellos que participarán en este desastre. Y jamás olvidemos que la pretensión de ser Filadelfia manifiesta realmente el espíritu de Laodicea. Allí donde se encuentra todo tipo de pretensión, afectación, autoafirmación o autocomplacencia, tenemos a Laodicea, en espíritu y en principio. ¡Quiera el Señor librar a todo Su pueblo de su influencia!

Amados, estemos contentos de no ser nada en esta escena de auto exaltación. Que nuestra aspiración sea andar a la sombra, en lo que concierne a los pensamientos humanos, pero jamás nos alejemos de la luz de la aprobación del Padre. En una palabra, nunca olvidemos que *«la plenitud de Dios espera siempre vasos vacíos»*.

Cristo en la barca

Un conocido proverbio inglés reza: «*La extrema necesidad del hombre es la oportunidad de Dios*». Nos gusta repetirlo, porque lo creemos. Sin embargo, cuando nos encontramos en una situación de extrema necesidad, a menudo estamos muy poco dispuestos a contar únicamente con la oportunidad *de Dios*. Una cosa es afirmar o escuchar una verdad, y muy otra realizar el poder de esta verdad. Una cosa es hablar del poder de Dios para guardarnos en la tempestad cuando navegamos sobre un mar calmo, y muy otra poner este mismo poder a prueba cuando realmente se desata la tempestad a nuestro alrededor. Y, sin embargo, Dios es siempre el mismo. Tanto en la tempestad como en la calma, en la enfermedad como en la salud, en las pruebas como en la prosperidad, en la pobreza como en la abundancia, es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”, la misma gran realidad en la cual la fe puede apoyarse y de la cual puede echar mano para beneficiarse en todo tiempo y circunstancia.

Lamentablemente, ¡somos incrédulos!, y esta incredulidad es la causa de nuestras flaquezas y caídas. Nos hallamos perplejos y agitados cuando deberíamos estar tranquilos y confiados; andamos buscando ansiosamente soluciones por todos lados cuando deberíamos mirar arriba para buscar la respuesta de lo alto; hacemos “señas a nuestros compañeros”, para que vengan a ayudarnos, en lugar de “poner los ojos en Jesús” (Lucas 5:7; Hebreos 12:2). Y, de este modo, sufrimos una gran pérdida y deshonramos al Señor en nuestros caminos. Pocas cosas habrá, sin duda, por las que debamos humillarnos más profundamente que por nuestra tendencia a no confiar en el Señor cuando surgen las dificultades y las pruebas; y seguramente afligimos el corazón de Jesús al no confiar en él, pues la desconfianza hiere siempre a un corazón que ama.

Veamos, por ejemplo, la escena entre José y sus hermanos en el capítulo 50 del Génesis: “Viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos. Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo: Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron; por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban” (v. 15-17).

Una muy triste y pobre respuesta a cambio de todo el amor y de los cuidados que José había prodigado a sus hermanos. ¿Cómo podían suponer que aquel que los había perdonado tan libre y plenamente, y que había salvado sus vidas cuando estaban enteramente en sus manos, querría, después de tantos años de bondad, desatar contra ellos su ira y venganza? Fue ciertamente grave el error de parte de ellos, y no es de extrañar que José llorara mientras hablaban. ¿Cuál fue la

respuesta a todos sus indignos temores y a sus terribles sospechas? ¡Un mar de lágrimas! ¡Tal es el amor! “Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; *yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos*. Así los consoló, y les habló al corazón” (v. 19-21).

Así también ocurrió con los discípulos en la ocasión que constituye el tema de este artículo. Meditemos un poco el pasaje. “Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal” (Marcos 4:35-38).

Tenemos aquí una escena interesante a la vez que instructiva. A los pobres discípulos les toca vivir un momento de extremo peligro, una situación límite, sin esperanza y sin saber qué hacer. Una recia tempestad, la barca llena de agua, el Maestro dormido. Era realmente un momento de prueba y, ciertamente, si nos consideramos a nosotros mismos, seguramente no nos extrañará el miedo y la agitación de los discípulos. De haber estado en su lugar, sin duda habríamos reaccionado de la misma manera. Sin embargo, puesto que el relato ha sido escrito para nuestra enseñanza, debemos estudiarlo y tratar de aprender la lección que nos enseña.

Ahora bien, nada nos puede parecer más absurdo e irracional que la incredulidad si consideramos esa situación con serenidad. En la escena que nos ocupa, la incredulidad de los discípulos parece, ciertamente, absurda. En efecto, ¿qué podía ser más absurdo que suponer que la barca podía hundirse con el propio Hijo de Dios a bordo? Y, sin embargo, eso es lo que temían. Se dirá que precisamente en ese momento no pensaban que era el Hijo de Dios. A la verdad, pensaban en la tempestad, en las olas, en la barca que se llenaba de agua, y, juzgando a la manera de los hombres, parecía una situación desesperada. Un corazón incrédulo razona siempre así. Mira las circunstancias y deja a Dios de lado. La fe, en cambio, considera solo a Dios, y deja las circunstancias de lado.

¡Qué diferencia! La fe halla su gozo en los momentos de extremo peligro o de angustiosa necesidad, simplemente porque los tales son una oportunidad para Dios. La fe se complace en concentrarse en Dios, en encontrarse, por decir así, sobre ese terreno completamente libre de toda criatura, para permitir que Dios manifieste su gloria; y en que se multipliquen entonces las “vasijas vacías” para que Dios las llene (2 Reyes 4:3-6). Tal es la fe. Podemos afirmar con toda seguridad que ella habría permitido a los discípulos acostarse y dormir junto a su divino Maestro en medio

de la tempestad. La incredulidad, por otro lado, los hizo sentir inquietos; no pudieron descansar, y perturbaron el sueño del Señor con sus incrédulas aprensiones cuando, cansado por un intenso y agobiador trabajo, había aprovechado la travesía para reposar unos instantes. Sabía lo que era el cansancio. Había descendido hasta todas nuestras circunstancias, de modo que pudo familiarizarse con todos nuestros sentimientos y debilidades, habiendo sido tentado en todo según nuestra semejanza, a excepción del pecado. Fue hallado como hombre en todo respecto y, como tal, dormía sobre un cabezal, sacudido por las olas del mar. El viento y las olas azotaban la barca, aun cuando el Creador se hallaba a bordo en la persona de ese Siervo abrumado y dormido.

¡Misterio profundo! El que hizo los mares y podía sostener los vientos en su mano todopoderosa, dormía allí, en la popa de la barca, y dejaba que el viento le tratase sin más miramientos que a un hombre cualquiera. Tal era la realidad de la naturaleza humana de nuestro bendito Señor. Estaba cansado, dormía, y era sacudido en medio de ese mar que sus manos habían hecho. Detente, lector, y medita sobre esta maravillosa escena. Considérala atentamente y reflexiona. No podemos explayarnos más en ella: solo admirarla y adorar.

Como ya lo hemos dicho, la incredulidad de los discípulos fue la que hizo salir a nuestro bendito Señor de su sueño. “Y le despertaron, y le dijeron: Maestro, *¿no tienes cuidado* que perecemos?” (Marcos 4:38). ¡Qué pregunta! “*¿No tienes cuidado?*”. ¡Cuánto debió de herir el sensible corazón del Señor! ¿Podían pensar que era indiferente a su angustia en medio del peligro? ¡Cuán completamente habían perdido de vista su amor –por no decir su poder– cuando se atrevieron a decirle estas palabras: “*¿No tienes cuidado?*”!

Y, sin embargo, querido lector, esta escena ¿no es un espejo que refleja nuestra propia miseria? Ciertamente. Cuántas veces, en momentos de dificultad y prueba, nuestros corazones –si bien no lo expresan nuestros labios– generan esta pregunta: “*¿No tienes cuidado?*”. Quizá estemos en un lecho de enfermedad y dolor; sabemos que bastaría una sola palabra del Dios Todopoderoso para curar el mal y levantarnos; y, sin embargo, esta palabra no se dice. O quizá tengamos dificultades económicas; sabemos que “el oro y la plata, y los millares de animales en los collados” son de Dios, que incluso los tesoros del universo están en su mano; sin embargo, pasan los días y nuestras necesidades no son satisfechas. En una palabra, pasamos por aguas profundas de un modo u otro; la tempestad se desata, una ola tras otra golpea con ímpetu nuestra frágil embarcación, nos hallamos en el límite de nuestros recursos, no sabemos qué más hacer y nuestros corazones se sienten a menudo prestos a dirigir al Señor la terrible pregunta: “*¿No tienes cuida-*

do?”. Este pensamiento es profundamente humillante. La simple idea de entristecer el corazón lleno de amor de Jesús por nuestra incredulidad y desconfianza, debería llenarnos de profunda contrición.

Además, ¡qué absurda es la incredulidad! ¿Cómo Aquel que dio su vida por nosotros, que dejó su gloria y descendió a este mundo de pena y miseria, donde sufrió una muerte ignominiosa para librarnos de la ira eterna, podría alguna vez no tener cuidado de nosotros? Y, sin embargo, estamos dispuestos a dudar, o bien nos volvemos impacientes cuando nuestra fe es puesta a prueba, olvidando que esa misma prueba que nos hace estremecer y que quisiéramos evitar, es “mucho más preciosa que el oro, el cual perece”, mientras que la fe es una realidad imperecedera. Cuanto más se prueba la fe verdadera, tanto más resplandece; y por eso la prueba, cuanto más dura sea, tanto más redundará seguramente en alabanza, gloria y honra de Aquel que no solo implantó la fe en el corazón, sino que también la hace pasar por el crisol de la prueba, velando atentamente sobre ella durante todo ese tiempo.

Pero los pobres discípulos desfallecieron a la hora de la prueba. Les faltó confianza; despertaron al Maestro de su sueño con esta indigna pregunta: “¿No tienes cuidado que perecemos?”. ¡Ay, qué criaturas somos! Estamos dispuestos a olvidar diez mil bondades ante la aparición de una sola dificultad. David dijo: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1 Samuel 27:1). Y ¿qué ocurrió al final? Saúl cayó en la montaña de Guilboa y David ocupó el trono de Israel. Elías huyó para salvar su vida ante la amenaza de Jezabel; ¿y cómo terminó todo? Jezabel fue arrojada por la ventana de su aposento y los perros lamieron su sangre, mientras que Elías ascendió al cielo en un carro de fuego (véase 1 Reyes 19:1-4; 2 Reyes 9:30-37; 2:11). Lo mismo ocurrió con los discípulos: pensaban que estarían perdidos, aun cuando tenían al Hijo de Dios a bordo; ¿y qué pasó al final? La tempestad fue reducida al silencio, y el mar se allanó como un espejo al oír la voz del que, antiguamente, llamó los mundos a la existencia. “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza” (Marcos 4:39).

¡Qué combinación de gracia y majestad tenemos aquí! En vez de reprochar a sus discípulos por haber interrumpido su descanso, reprende a los elementos que los habían aterrorizado. Así fue como respondió a su pregunta: “¿No tienes cuidado que perecemos?”. ¡Bendito Maestro! ¿Quién no confiaría en ti? ¿Quién no te adoraría por tu paciente gracia, y por tu amor infatigable que no reprocha jamás?

Vemos una perfecta belleza en la manera en que nuestro bendito Señor se levanta, sin ningún esfuerzo, del descanso de su perfecta humanidad para entrar en la actividad de su Deidad. Como hombre, cansado de su trabajo, dormía sobre un cabezal; como Dios, se levanta y, con su voz omnipotente, acalla el viento impetuoso y calma el mar.

Tal era Jesús –verdadero Dios y verdadero hombre–, y tal es hoy, siempre dispuesto a responder a las necesidades de los suyos, a hacer callar sus ansiedades y a alejar sus temores. ¡Ojalá que confiemos aún más en él! Tenemos muy poca idea de cuánto perdemos al no apoyarnos aún más en los brazos de Jesús día a día. Nos aterrorizamos con demasiada facilidad. Cada ráfaga de viento, cada ola, cada nube nos agita y nos deprime. En vez de permanecer tranquilos y en reposo al lado de nuestro Señor, nos dejamos sobrecoger por el terror y la perplejidad. En vez de servirnos de la tempestad como una ocasión para confiar en él, hacemos de ella una ocasión para dudar de él. Tan pronto como se hace presente la menor dificultad, pensamos en seguida que vamos a sucumbir, pese a que él nos asegura que los cabellos de nuestra cabeza “están todos contados”. Bien podría decirnos, como a sus discípulos: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (v. 40). Parecería, en efecto, que por momentos no tuviésemos fe. Pero ¡oh, qué tierno amor el suyo! Él está siempre cerca de nosotros para socorrernos y protegernos, aun cuando nuestros incrédulos corazones sean tan propensos a dudar de su Palabra. Él no actúa para con nosotros conforme a los pobres pensamientos que tenemos acerca de Él, sino según su perfecto amor hacia nosotros. En este amor nuestras almas hallan el apoyo para ser reconfortadas al atravesar el agitado mar de la vida, en camino hacia nuestro reposo eterno. Cristo está en la barca. ¡Que esto siempre nos baste! Descansemos con calma en él. ¡Ojalá que, en el fondo de nuestros corazones, siempre pueda haber esta calma profunda que proviene de una verdadera confianza en Jesús! Entonces, aunque la tempestad ruja y las olas se encrespen hasta lo sumo, no nos veremos obligados a decir: “¿No tienes cuidado que perecemos?”. ¿Podemos acaso perecer con el Maestro a bordo? ¿Podemos pensar así alguna vez, si tenemos a Cristo en nuestros corazones? Quiera el Espíritu Santo enseñarnos a servirnos más plena, libre y ardientemente de Cristo. Tenemos realmente necesidad de esto ahora mismo, y lo necesitamos cada vez más. Es menester que nuestra fe eche mano de Cristo mismo y que solo en él nuestro corazón halle pleno gozo. ¡Que esto sea para su gloria y para nuestra paz y gozo permanentes!

Podemos señalar todavía, para terminar, cómo afectó a los discípulos la escena que acabamos de ver. En vez de manifestar la calma adoración que es el resultado de la respuesta a la fe, mostraron el asombro de aquellos cuyos temores fueron objeto de reproche. “Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?” (v. 41). Seguramente, tendrían que haberlo conocido mejor. Sí, querido lector, y nosotros también.

La oración en su justo lugar

Existe una fuerte tendencia en la mente humana a ver un solo lado de las cosas, y esto es algo de lo cual deberíamos guardarnos con sumo cuidado. Sería sabio de nuestra parte ver siempre las cosas como Dios las presenta en su santa Palabra. Deberíamos poner las cosas donde él las puso, y dejarlas allí. Si prestáramos mayor atención a esto, entenderíamos la verdad mucho más claramente, y nuestras almas serían mejor instruidas. Dios ha asignado a cada cosa su lugar, y cada cosa debiera estar en el lugar divinamente asignado. Debemos evitar poner cosas buenas en lugares equivocados, con el mismo cuidado con que deberíamos evitar dejarlas completamente de lado. Lo uno puede hacer tanto daño como lo otro. Si algo que Dios ha instituido es puesto fuera del lugar que él mismo le ha asignado, necesariamente fracasará en alcanzar el objetivo que Dios le fijó. Esto, supongo, difícilmente será puesto en duda por cualquier persona de sano juicio y discernimiento. Seguramente todos admitirán que está mal poner las cosas en un lugar que no sea el que Dios quiso que ocuparan.

Ahora bien, tener una cosa buena en su debido lugar es tan importante como la cosa misma. Esto tiene especial validez con respecto al santo y precioso ejercicio de la oración. Resulta difícil imaginar cómo alguien, con la Palabra de Dios en su mano, puede tener la presunción de restarle valor a la oración. La oración es una de las funciones más elevadas y uno de los privilegios más importantes de la vida cristiana. Tan pronto como el Espíritu Santo ha implantado la nueva naturaleza, mediante la fe en Cristo, esta se expresa con los dulces acentos de la oración.

La oración es la constante y ferviente respiración del nuevo hombre, producida por la operación del Espíritu Santo, quien mora en todos los verdaderos creyentes. De ahí que, hallar a alguien orando, es verlo manifestando la vida divina en una de sus más bellas y conmovedoras características: la dependencia. Es posible que, tanto en el carácter como en el objeto de la oración, se muestre una gran ignorancia; pero el *espíritu* de la oración es, sin duda, divino. Un niño puede pedir muchas cosas insensatas; pero ciertamente no podría pedir nada si no tuviera la vida. La capacidad y el deseo de pedir son pruebas de vida infalibles. Tan pronto como Saulo de Tarso pasó de muerte a vida, el Señor le dijo: “*¡He aquí, él ora!*” (Hechos 9:11). Sin duda, como “fariseo, hijo de fariseo” (cap. 23:6), había hecho muchas “largas oraciones” (Marcos 12:40); pero solo después que “vio al Justo, y oyó la voz de su boca” (Hechos 22:14), pudo decirse de él: “*¡He aquí, él ora!*”.

Decir o recitar oraciones y orar son dos cosas totalmente distintas. Un fariseo, que se justifica a sí mismo, puede sobresalir en lo primero, pero solo un alma convertida puede disfrutar de lo segundo. El espíritu de oración es el espíritu del hombre nacido de nuevo; el lenguaje de la oración es la expresión distintiva de la nueva vida. Desde el momento en que un alma nace dentro de la nueva creación, envía un grito de indefensa dependencia hacia la fuente de su nacimiento. ¿Quién se atrevería a silenciar el grito de un bebé recién nacido? Más bien se buscará calmar su llanto con extrema suavidad, pero no taponarle la boca brutalmente. El mismo llanto que la ignorancia intentaría sofocar, suena como la más dulce música en los oídos de los padres, porque es una prueba de vida; muestra la existencia de un nuevo ser en torno al cual se entretejen los afectos del corazón de los padres.

Todo esto es muy claro. Obtiene la aprobación de toda mente renovada. Aquel que piense ahogar los acentos de la oración, ignora por completo los preciosos y bellos misterios de la nueva creación. Puede que el entendimiento del que ora necesite instrucción; pero no hay que apagar el espíritu de oración. Que los rayos de la revelación divina, con su poder libertador, caigan y arrojen luz sobre la conciencia que lucha, pero que no sea sofocada la respiración de la nueva vida.

Puede que el recién convertido se halle en gran oscuridad. Que las frías nieblas del legalismo envuelvan su espíritu. Quizás aún no sea capaz de descansar plenamente en Cristo y en su obra cumplida. Quizás su conciencia, aunque despertada, no haya hallado aún la respuesta pacificadora en la sangre preciosa de Jesús. Puede ser atormentado por dudas y temores. Quizá no conozca la importante doctrina de las dos naturalezas y el continuo conflicto que existe entre ellas. Esa alma está abatida por el sentimiento humillante del pecado que mora en ella y no ve todavía la amplia provisión que el amor redentor hizo precisamente para eso en el sacrificio y la intercesión, en la sangre y la abogacía, del Señor Jesucristo. Puede que se haya apagado el gozo que sintió en los primeros momentos de su conversión; que los rayos del “Sol de Justicia” quedaran ocultos detrás de las densas nubes que surgen de su interior y de su entorno. Para ella las cosas no son como en los días pasados; se sorprende del triste cambio que experimenta y hasta la asaltan dudas de si realmente se ha convertido.

¿Nos sorprende el hecho de que tal persona clame a Dios fuertemente? Lo que debería sorprendernos es si hiciese cualquier otra cosa. ¿Cómo, pues, debemos tratarla? ¿Le diremos que no ore? ¡Dios no lo permita! Esto sería hacer la obra de Satanás, quien, de seguro, en la forma más cordial y sentida aborrece la oración. Expresar una sola sílaba que pudiera entenderse como un menos-

precio a un ejercicio que es totalmente divino, sería darse de bruces contra todo el libro de Dios, negar el ejemplo de Cristo mismo e impedir las expresiones que el Espíritu Santo produce en las almas de los recién convertidos.

Las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento literalmente rebosan de exhortaciones y de estímulos a la oración. Citar los pasajes llenaría un volumen. Nuestro adorable Señor y Maestro dejó a los suyos un ejemplo sobre el ejercicio incesante de un espíritu de oración. Él mismo oraba pero también enseñó a sus discípulos a orar. Lo mismo hizo el Espíritu Santo en los apóstoles (véanse los siguientes textos: Lucas 3:21; 6:12; 9:28-29; 11:1-13; 18:1-8; Hechos 1:14; 4:31; Romanos 12:12; 15:30; Efesios 6:18; Filipenses 4:6; Colosenses 4:2-4; 1 Tesalonicenses 5:17; 2 Tesalonicenses 3:1-2; 1 Timoteo 2:1-8; Hebreos 13:18; Santiago 5:14-15).

Si buscamos y leemos cuidadosamente estos pasajes, tendremos una justa apreciación del lugar que ocupa la oración en la economía cristiana. Veremos que se exhorta a los discípulos a orar, y solo a ellos. Veremos que la oración es un grande y prominente ejercicio en la casa de Dios, y que debemos pertenecer a esa casa para ocuparnos de la oración. Comprenderemos que la oración es la incuestionable expresión de la nueva vida y que, por consiguiente, esa vida debe existir para poder expresarse así. Veremos que la oración es un importante privilegio del creyente, y que de ninguna manera forma parte del fundamento de su paz con Dios.

De este modo, podremos poner la oración en su debido lugar. ¡Qué importante es que el buscador angustiado vea que el profundo y sólido fundamento de su presente y eterna paz fue puesto en la obra de la cruz hace casi veinte siglos! ¡Qué importante es que la sangre de Cristo esté ante nosotros en un relieve claro y pronunciado, en su grandeza sin par, como el único fundamento del descanso del pecador! Un alma puede buscar ansiosamente la salvación y estar clamando por ella, sin percatarse en todo ese tiempo de que la tiene al alcance de la mano. Se le manda que acepte una salvación gratuita, completa, personal, presente y eterna, pues Cristo ha provisto todo eso. Una copa desbordante de salvación está ante él y solo necesita tomarla con fe y beberla para su gozo eterno. El Evangelio de la gracia que Dios regala apunta hacia el velo rasgado, la tumba vacía y el trono ocupado arriba (Mateo 28; Hebreos 1 y 10). ¿Qué nos declaran estas cosas? ¿Qué dicen a los oídos del pecador angustiado? ¡Salvación! ¡Salvación! El velo rasgado, la tumba vacía, el trono ocupado, todos ellos gritan: ¡Salvación!

Querido lector, ¿desea usted realmente la salvación? Entonces, ¿por qué no la toma como un don gratuito de Dios? ¿Está usted mirando a su corazón para ser salvo, o a la obra cumplida de Cristo? Piénselo bien, ¿es necesario esperar a que Dios haga alguna cosa más para su salvación? Si

es así, la obra de Cristo no está cumplida; el rescate no se pagó por completo. Pero Cristo dijo: “Consumado es” (Juan 19:30). Y Dios dice que “halló redención” (véase Job 33:24; Mateo 20:28). Y si usted tuviera que hacer, decir o pensar una sola minucia para completar la obra de la salvación, Cristo no sería un Salvador pleno y perfecto.

Además, sería negar claramente lo que dice Romanos 4:5: “Al que *no obra*, sino cree en aquel que *justifica al impío*, su fe le es contada por justicia”. Tenga usted cuidado, no sea que esté mezclando sus pobres oraciones con la obra gloriosa de la redención, cumplida en la cruz por el Cordero de Dios. La oración es algo muy precioso, pero recuerde que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Si usted tiene fe, tiene a Cristo, y si tiene a Cristo, lo tiene **todo**. Si usted está clamando por misericordia, la Palabra de Dios le señala con el dedo la copiosa corriente de misericordia que fluye del sacrificio ya consumado. Todo lo que su corazón angustiado pueda necesitar, lo tiene en Jesús. Él es el don gratuito de Dios para usted, tal como usted es, y donde usted está, *ahora*. Si tuviera que *ser* algo diferente de lo que es, o ir a cualquier otro lugar, la salvación no sería “por gracia, por medio de la fe” (Efesios 2:8). Entonces, puesto que está ansioso por obtener la salvación, y Dios desea que la tenga, ¿por qué va a estar sin ella ni un momento más? Todo está preparado. Cristo murió y resucitó. El Espíritu Santo da testimonio. La Palabra es clara: “Cree solamente” (Marcos 5:36).

¡Ojalá que el Espíritu de Dios guíe a toda alma angustiada para que encuentre en Jesús un reposo permanente! ¡Ojalá que él la lleve a desviar sus ojos de cualquier otra cosa, y a mirar directamente a una expiación plenamente suficiente! Que él dé a todos claridad de percepción y sencillez de fe; y que a todos los que enseñan y predicán, los dote especialmente con la habilidad para “usar bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15), a fin de que no apliquen al pecador inconverso, ni a la persona ansiosa de encontrar la salvación, pasajes de la Escritura que se refieren únicamente al creyente. Con un trazo inexperto y la aplicación incorrecta de la Palabra, se puede hacer un daño muy serio a la verdad de Dios y a las almas de los hombres.

Antes de que haya actividad espiritual, tiene que haber vida espiritual; y el *único* modo de obtener la vida espiritual es *creer* en el nombre del Hijo de Dios (Juan 1:12-13; 3:14-16, 36; 5:24; 20:31). Si, pues, los preceptos de la Palabra de Dios son aplicados a personas que no tienen vida espiritual, para que actúen en ellas, el resultado será la confusión. Los preciosos privilegios del cristiano son cambiados en pesado yugo para los inconversos. Se expone un sistema extraño de mitad evangelio y mitad ley, con el que se priva al cristianismo de su gloria característica, y las almas de los hombres se hunden en la niebla y la perplejidad. Existe actualmente una urgente ne-

cesidad de exponer con claridad el verdadero fundamento de la paz del pecador. Cientos y miles de almas están convencidas de sus pecados, y tienen la vida, pero no libertad. Han sido vivificadas, pero no gozan de la liberación. Necesitan un Evangelio pleno, claro y sin nubes. Las demandas de una conciencia que ha sido despertada por Dios, solo pueden ser satisfechas por la sangre de la cruz. Si a la obra cumplida de Cristo se le añade algo, no importa lo que sea, forzosamente se ha de llenar el alma de dudas y oscuridad.

Quiera Dios concedernos la gracia de conocer mejor el verdadero lugar y el genuino valor de la simple fe en el Señor Jesucristo, y de la oración ferviente en el Espíritu Santo.

Epafras - El servicio de la oración

Hay una diferencia muy notable entre los anales inspirados del pueblo de Dios y todas las biografías humanas. Se puede muy bien decir de los primeros, que abarcan *muchas cosas en pocas palabras*, mientras que, de un gran número de las segundas, se puede decir verdaderamente que utilizan *muchas palabras para poca cosa*. La historia de uno de los santos del Antiguo Testamento –historia que comprende un período de 365 años– se resume en estas dos breves frases: “Camino, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:24). ¡Qué breves y, sin embargo, qué vastas y completas! ¡Cuántos volúmenes habrían llenado los hombres con los detalles de una vida así! Y, sin embargo, ¿qué más habrían podido añadir? Andar con Dios es una expresión que comprende todo lo que es posible decir de un individuo. Un hombre puede dar la vuelta al mundo, puede predicar el Evangelio en todos los climas, puede sufrir por la causa de Cristo, puede alimentar a los que tienen hambre, vestir a los que están desnudos, visitar a los enfermos; puede leer, escribir, imprimir y publicar libros de edificación; en una palabra, puede hacer todo lo que le sea posible hacer al hombre y, con todo ello, su vida entera podría resumirse con esta corta frase: “Anduvo con Dios”. Y podrá sentirse dichoso si este resumen refleja la verdad, pues uno podría hacer prácticamente todo lo que acabamos de enumerar sin haber caminado ni una sola hora con Dios y ni siquiera haber conocido lo que significa andar con Dios. Este pensamiento, profundamente serio y práctico, debería conducirnos a cultivar cuidadosamente la vida secreta, apartada de la vista de los demás, sin la cual los servicios más vistosos resultarán solo en una llama fugaz y humo.

Hay algo particularmente conmovedor en la manera en que el nombre de Epafras es presentado por primera vez a nuestra atención en el Nuevo Testamento. Las alusiones a este hermano son de lo más breves, pero, al mismo tiempo, de lo más significativas. Parece haber sido el tipo de una clase de hombres cuya necesidad se hace sentir vivamente en nuestros días. Sus trabajos –al menos en cuanto a lo que el inspirado escritor nos ha informado– no parecen haber sido muy llamativos ni atractivos. No eran de una naturaleza que atrajera las miradas o las alabanzas de los hombres, y no por ello dejaban de ser de los más preciosos, y hasta diría de incomparable valor. Eran trabajos hechos en la intimidad, después de haber cerrado la puerta tras de sí, trabajos hechos en el santuario, sin los cuales todo lo demás resulta, al final, estéril y sin valor. Él no nos es presentado por el biógrafo sagrado como un poderoso predicador, como un laborioso escritor, como un intrépido viajero, lo que podría haber sido si el Señor lo hubiese querido y lo que, en su debido lugar, es verdaderamente útil y precioso. El Espíritu Santo no nos dice que Epafras fuese uno de esos hombres, sino que puso ante nuestras miradas ese carácter particularmente

interesante, a fin de conmover hasta las fibras más íntimas de nuestro ser espiritual y moral. Nos lo presenta *como un hombre de oración*, de oración solícita, ferviente, que se perece y combate por lograr su objetivo, de oración no tanto por sí mismo como por los demás. Escuchemos al respecto el testimonio inspirado:

“Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente [griego: *agonizomai*, esto es, agonizando, combatiendo] por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis” (Colosenses 4:12-13).

¡Ese era Epafras! ¡Quisiera Dios que hubiera centenares de cristianos como él en nuestros días! Estamos agradecidos por tener predicadores, agradecidos por tener escritores piadosos, agradecidos por ver hermanos que viajan por la causa de Cristo, pero carecemos de hombres de oración, de hombres de la intimidad, de hombres como Epafras. Nos sentimos dichosos de ver hombres que predicán a Cristo, dichosos de ver que son capaces de manejar la “pluma de escribientes muy ligeros” en favor de la noble causa, dichosos de verlos ponerse en camino –con verdadero espíritu evangélico– hacia “lugares que están más allá de nosotros” (2 Corintios 10:16), dichosos de verlos, con verdadero espíritu pastoral, yendo repetidas veces a visitar a sus hermanos de distintos lugares. A Dios no le place que despreciemos tan honorables servicios o que hablemos desfavorablemente de ellos; al contrario, no sabríamos expresar con palabras la alta estima que tenemos por tales hombres. Pero, así y todo, tenemos necesidad de un espíritu de oración, de oración ferviente, perseverante, de oración combativa, sin la cual nada puede prosperar. Un hombre sin oraciones es un hombre sin savia. Un predicador sin oraciones es un predicador inútil. Un autor sin oración no escribirá más que páginas ineficaces. Un evangelista sin oración hará poco bien. Un pastor sin oración tendrá poco alimento para distribuir entre el rebaño. Tenemos necesidad de hombres de oración, de hombres como Epafras, de quienes las paredes de sus alcobas sean testigos de sus trabajos, de sus combates. Indiscutiblemente, tales son los hombres que el momento actual demanda sobre todas las cosas.

Hay inmensas ventajas relacionadas con esos trabajos llevados a cabo en la intimidad, ventajas muy particulares; ventajas para quienes se dedican a esos trabajos y ventajas para quienes son objeto de ellos. Son trabajos tranquilos y modestos, cumplidos en el retiro, en la santa y santificadora soledad de la presencia divina, fuera de la vista de los hombres. Quizá los colosenses nunca habrían conocido los trabajos de amor de Epafras con respecto a ellos si el Espíritu San-

to no hubiera hecho mención de los mismos. Es posible que a algunos les haya parecido que él tenía poca solicitud y celo para con ellos; es probable que haya habido entonces, como las hay hoy en día, personas que miden el interés y la simpatía de un hermano por sus visitas o sus cartas. Esa sería una falsa medida. Habría sido preciso verlo de rodillas para conocer el grado de su simpatía e interés por el bien de sus hermanos. Puede que *el amor por los viajes* nos haga ir a visitar a los hermanos; puede que *la manía de escribir* nos impulse a dirigir cartas a uno y otro lado, mientras que nada, salvo *un verdadero amor por las almas y por Cristo*, podrá jamás conducirnos a combatir, como lo hacía Epafras, en favor de los hijos de Dios, para que estuvieran “firmes, perfectos, y plenamente asegurados en toda la voluntad de Dios”.

Además, los preciosos trabajos de la intimidad no demandan un don especial, ni talentos particulares, ni facultades intelectuales eminentes. Todo cristiano puede dedicarse a ellos. Un hijo de Dios puede no tener capacidad para predicar, para enseñar, escribir o viajar, pero *todo* cristiano puede orar. A veces se oye hablar de un *don* de oración: una expresión que no nos satisface en absoluto; al contrario, nos choca. Se la aplica a menudo a una pura y fácil redundancia de ciertas verdades, muy conocidas, que la memoria retiene y los labios repiten, lo que, después de todo, es algo de muy poco valor. No ocurría así con Epafras, ni es lo que nos falta ni lo que deseamos sobre todo ahora. Lo que nos falta es un verdadero *espíritu* de oración, que se preocupe por todas las necesidades actuales de la Iglesia y que sepa presentar esas necesidades a través de intercesiones perseverantes, fervientes y plenas de fe ante el trono de la gracia. Este espíritu puede ejercitarse en todo tiempo y circunstancia. Por la mañana, al mediodía, por la tarde o la noche, toda hora es buena para aquel que trabaja así en la intimidad de su cuarto; en todo tiempo el corazón puede elevarse al trono de Dios; el oído de nuestro Padre está siempre abierto; su morada siempre es accesible. Acerquémonos en cualquier momento, o por cualquier motivo: él está siempre dispuesto a escuchar y listo para responder. Él es Aquel que oye, Aquel que otorga, Aquel que ama la oración hecha con importunidad, con insistencia. No hay palabras que él prefiera a estas nuestras: “No te dejaré, si no me bendices” (Génesis 32:26). Él mismo dijo: “Pedid... buscad... llamaad” (Mateo 7:7); es necesario “orar *siempre* y no desmayar” (Lucas 18:1); “todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22); “y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios” (Santiago 1:5). Estas palabras son de aplicación general, pues van dirigidas a todos los hijos de Dios y el más débil de ellos puede velar, orar, recibir una respuesta y dar gracias.

Más aún, nada es más adecuado para despertar en nosotros un vivo interés por el bienestar de los demás que el hábito de orar constantemente por ellos. Epafras tenía un profundo interés por los cristianos de Colosas, de Laodicea y de Hierápolis. Su interés por ellos le inducía a orar y sus oraciones le inducían a interesarse por ellos. Cuanto más nos intereseamos por alguien, más oremos por él y, cuanto más oremos, más vivo y sincero será nuestro interés. Si somos impulsados a orar por los hermanos, podemos regocijarnos anticipadamente de sus progresos en la fe y de su prosperidad espiritual. Asimismo, en cuanto a los inconversos, cuando somos conducidos a presentarnos ante Dios en favor de ellos, podemos esperar su conversión con profundos y ansiosos deseos, y luego, cuando ella tenga lugar, saludarla con sincero reconocimiento. Eso debería incitar a imitar a Epafras, a quien el Espíritu Santo acuerda el honorable epíteto de “siervo de Cristo” a causa de sus fervientes oraciones por el pueblo de Dios (Colosenses 4:12).

Finalmente, el motivo más elevado que pueda ser presentado para cultivar el espíritu de Epafras es el hecho de que él está completamente en armonía con el espíritu de Cristo, quien siempre vela por su pueblo y desea que todos sus rescatados estén “firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere”, de manera que aquellos que son llevados a orar con tal fin tienen el privilegio de estar en santa comunión con el gran Intercesor. ¿No es maravilloso que a pobres y débiles criaturas les sea permitido aquí abajo pedir a Dios precisamente lo que ocupa los pensamientos y las simpatías del Señor de gloria? ¡Qué lazo poderoso había entre el corazón de Epafras y el de Cristo cuando el primero trabajaba y combatía por sus hermanos de Colosas!

Hermanos: meditemos acerca del ejemplo que nos ha dejado Epafras, e imitémosle. Fijemos nuestra atención en una ciudad cualquiera, como Colosas, y combatamos con ardor, por medio de nuestras oraciones, a favor de los cristianos que se encuentren en ella. El momento actual es muy solemne, pues todo parece acercarse a una crisis: los caracteres se definen, los hombres toman partido, y así debe ser. Nosotros no somos dejados en la incertidumbre respecto de aquellos que desean servir al Señor y de aquellos que no lo desean. Pueda el Señor tener acceso en el corazón de algunos y preparar a los suyos para sufrir y hacer Su santa voluntad. Ello debe hacernos sentir profundamente nuestra urgente necesidad de hombres que se asemejen a Epafras, que estén dispuestos a trabajar, de rodillas, por la causa de Cristo, o a llevar con gozo, si fuera preciso, las nobles “prisiones del Evangelio” (Filemón 13). Así fue Epafras. Tres veces se habla de él en las epístolas de Pablo. La primera (Colosenses 1:7) como de un amado consiervo del apóstol, de un “fiel siervo de Cristo” a favor de los colosenses, quien había llegado a Roma para dar a conocer al

prisionero Pablo el amor de ellos en el Espíritu. La segunda vez, como ya lo vimos, esencialmente como de un hombre de oración (cap. 4:12). La última vez, como “compañero de prisiones” del apóstol consagrado a los gentiles (Filemón 23).

Quiera el Señor despertar en medio de nosotros un espíritu de ardientes oraciones y de intercesión. Es de desear que pueda él suscitar muchos cristianos formados en el mismo molde de Epafras. Son los hombres que hacen falta para los tiempos de crisis.

Las reuniones de oración

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos (Efesios 6:18).

Al considerar el tema tan importante de la oración, dos cosas reclaman nuestra atención; primeramente, la base moral de la oración; en segundo lugar, sus condiciones morales.

La base moral de la oración

La Escritura nos presenta la base moral de la oración en palabras tales como estas: “*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*” (Juan 15:7). “Amados, *si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él*” (1 Juan 3:21-22). Cuando el apóstol deseó que los creyentes oraran por él, les presentó la condición moral de su ruego al decir: “Orad por nosotros; *pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo*” (Hebreos 13:18).

De estos pasajes y de muchos otros de similar importancia, aprendemos que, para que la oración sea efectiva, es necesario un corazón obediente, una mente recta y una buena conciencia. Si no estamos en comunión con Dios, si no permanecemos en Cristo, si sus mandamientos no nos gobiernan, si no tenemos “un ojo sencillo”, ¿cómo podemos esperar respuestas a nuestras oraciones? Estaríamos haciendo lo que Santiago dice: “Pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (cap. 4:3). ¿Cómo puede Dios, siendo un Padre santo, concedernos tales peticiones? ¡Imposible!

Cuán necesario es, pues, prestar la más seria atención a la base moral sobre la cual presentamos nuestras oraciones. ¿Cómo podía el apóstol Pablo pedirles a los hermanos que oraran por él si él no hubiera tenido una buena conciencia, un ojo simple y un corazón recto, la persuasión interior de que en todas las cosas deseaba realmente vivir honestamente? Hubiese sido imposible.

Podemos caer en el hábito de pedirles a otros, a la ligera y regularmente, que oren por nosotros. A menudo repetimos la frase: «Tenme presente en tus oraciones», y, seguramente, no hay nada más precioso que saber que somos llevados en el corazón del amado pueblo de Dios cuando se acercan al trono de la gracia. Pero ¿le damos la debida importancia a la base moral? Cuando decimos: «Oren por nosotros, hermanos», ¿podemos agregar, como en la presencia de Aquel que escudriña los corazones: “Pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando condu-

cirnos bien en todo” (Hebreos 13:18)? Y cuando nos inclinamos ante el trono de la gracia, ¿tenemos un corazón que no nos condena, un corazón recto y un ojo sencillo, un alma que permanece de veras en Cristo y que guarda sus mandamientos?

Estas preguntas sondan el corazón, y llegan a lo más profundo de él; descienden hasta las mismas raíces de las fuentes morales de nuestro ser. Pero es bueno que nuestros corazones sean profundamente escudriñados con respecto a todas las cosas, más particularmente en lo que respecta a la oración. Hay mucha falta de realidad en nuestras oraciones, una triste falta de base moral, mucho de “pedís mal”; de ahí que nuestras oraciones no tengan poder ni efectividad; de ahí la formalidad, la rutina, y hasta la positiva hipocresía. Por eso el salmista dijo: “Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18). ¡Qué solemne! Nuestro Dios quiere la realidad de las cosas, él ama “la verdad en lo íntimo”. Él –bendito sea su Nombre– es verdadero con nosotros; y quiere que nosotros seamos verdaderos con él. Quiere que vayamos a él como somos en realidad, con lo que verdaderamente buscamos.

Lamentablemente, ¡cuán a menudo nuestras oraciones privadas y públicas no son así! ¡Cuán a menudo nuestras oraciones son más discursos que peticiones; más exposiciones doctrinales que expresiones de necesidad! Es como si quisiéramos explicarle a Dios los principios y darle una gran cantidad de información.

Estas cosas son las que a menudo ejercen una influencia tan desecante sobre nuestras reuniones de oración que les roban frescura, interés y valor. Aquellos que saben realmente lo que es la oración, que experimentan el valor de ella, y que son conscientes de la necesidad de orar, van a la reunión de oración para orar, no para escuchar discursos, conferencias ni exposiciones de personas arrodilladas. Si tienen necesidad de aprender, pueden asistir a las reuniones o conferencias donde se estudia la Palabra de Dios; pero cuando van a la reunión de oración, es para orar. Para ellos la reunión de oración es el lugar para expresar las necesidades y esperar la bendición. Es el lugar en el que se expresa la debilidad y se espera el poder. Esta es su idea del lugar “donde suele hacerse la oración” (compárese Hechos 16:13); y, por ese motivo, cuando estos cristianos se reúnen allí, no están dispuestos ni preparados para escuchar largas predicaciones en forma de oración, a duras penas soportables si fueran verdaderas predicaciones, pero de esta forma, intolerables.

Escribimos claramente porque sentimos la necesidad de una gran sinceridad de lenguaje; sentimos una profunda falta de realidad, sinceridad y verdad en nuestras oraciones individuales y en nuestras reuniones de oración. No pocas veces sucede que lo que llamamos oración, no es en ab-

soluto una oración, sino la profusa exposición de ciertas verdades y principios conocidos y reconocidos, cuya constante repetición se vuelve sumamente pesada y tediosa. ¿Qué puede ser más penoso que escuchar a una persona de rodillas explicando principios y desarrollando doctrinas? Es imposible escapar a la pregunta: Este hombre ¿está hablándole a Dios o a nosotros? Si le está hablando a Dios, nada puede ser más irreverente o profano que tratar de explicarle las cosas a él. Si la persona nos está hablando a nosotros, entonces eso no es oración, y cuanto más pronto dejemos la actitud de «oración» tanto mejor, porque sería más provechoso que diera una conferencia de pie y nosotros estuviésemos sentados en nuestros asientos para escuchar.

Al haber hablado de la actitud, quisiéramos con todo amor llamar la atención de los santos sobre un asunto que, a nuestro juicio, demanda una seria consideración. Nos referimos al hábito de permanecer sentados durante los santos y solemnes ejercicios de la oración. Reconocemos plenamente que lo importante, en la oración, es tener la actitud correcta en el *corazón*. Sabemos, además, y no debemos olvidarlo, que muchos de los que van a las reuniones de oración son de edad avanzada, están enfermos, delicados, y que no se pueden arrodillar por ratos largos, si es que lo pueden hacer. En otros casos puede suceder que, aun cuando no haya debilidad física y exista un verdadero y sincero deseo de arrodillarse, en el sentimiento de que tal es la actitud que conviene delante de Dios, resulte imposible, por falta de espacio, cambiar de posición para arrodillarse.

Todas estas cosas deben ser tomadas en consideración. Pero, permitiendo el mayor margen posible a estos casos particulares, nos vemos sin embargo forzados a reconocer que hay a menudo una lamentable falta de reverencia en muchas de nuestras reuniones públicas de oración. A menudo vemos a jóvenes que no pueden invocar ni debilidad física ni falta de espacio, sentados durante toda la reunión de oración. Esto, debemos decirlo, es chocante e irreverente, y no podemos sino creer que ello contrista al Espíritu del Señor. Debiéramos arrodillarnos siempre que nos sea posible. Esta actitud expresa respeto y reverencia. El bendito Maestro, “puesto de rodillas oró” (Lucas 22:41). El apóstol Pablo hizo lo mismo: “Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos” (Hechos 20:36).

Y ¿no es adecuado y conveniente que sea así? ¿Puede haber algo más inadmisibles que ver en una asamblea algunas personas sentadas, ensanchándose y extendiéndose en el asiento con toda comodidad, distraídas, mientras que se ofrece la oración? Consideramos todas estas cosas muy irreverentes, y suplicamos aquí urgentemente a todos los hijos de Dios que den a este tema su solemne consideración, y que hagan todos los esfuerzos posibles, tanto mediante el ejemplo co-

mo mediante el consejo, para promover la piadosa y bíblica costumbre de inclinar nuestras rodillas en las reuniones de oración. Aquellos que toman parte en la reunión, volverían todo esto mucho más fácil mediante oraciones cortas y fervientes. Pero dejaremos este tema para más adelante.

Las condiciones morales para orar

Vamos a considerar ahora, a la luz de la Palabra de Dios, las condiciones morales o los atributos de la oración. Nada es más precioso que tener la autoridad de las Escrituras para todo acto de nuestra vida cristiana práctica. La Escritura debe ser nuestro único, gran y supremo árbitro en todas nuestras dificultades; no lo olvidemos jamás.

Unanimidad

¿Qué, pues, dice la Escritura en cuanto a las condiciones morales necesarias de la oración en común, dado que este es el tema que nos ocupa aquí? Abramos la Biblia en Mateo 18:19: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”.

Aquí aprendemos que una de las condiciones que requieren nuestras oraciones es la *unanimidad* –acuerdo sincero y de corazón–, completa unidad de pensamiento. La verdadera fuerza de las palabras es: «Si dos de entre vosotros *están acordes*» (del griego: *sumphonesosin*, de donde viene *sinfonía*), emitirán *un solo sonido*. No debe haber ningún ruido desagradable, nada discordante.

Si, por ejemplo, nos reunimos para orar por el progreso del Evangelio, la conversión de las almas, debemos estar unidos como una sola mente en este tema, debemos producir un solo sonido delante de Dios. De nada sirve que cada uno aporte algún pensamiento particular. Debemos venir ante el trono de la gracia con santa «armonía» de mente y espíritu si queremos una respuesta de acuerdo con Mateo 18:19.

Este es un punto de inmensa importancia moral, y que influye muchísimo en el tono y el carácter de nuestras reuniones de oración. Sin duda no le damos a este tema la suficiente atención. ¿Acaso no debemos deplorar el carácter sin objeto de nuestras reuniones de oración, cuando deberíamos reunirnos con un propósito definido en nuestros corazones para poder esperar todos juntos en Dios? El libro de los Hechos, capítulo 1, nos dice que los primeros discípulos “perseveraban

unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (v. 14) . En Hechos 2 leemos: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban *todos unánimes juntos*” (v. 1).

Estaban esperando, de acuerdo con las instrucciones del Señor, la promesa del Padre, el don del Espíritu Santo. Ellos tenían la segura palabra de la promesa. El Consolador, indefectiblemente, vendría; pero esto, lejos de dispensarlos de la oración, constituía la base misma de este bendito ejercicio. Estaban en un mismo lugar, orando unánimes. Estaban completamente de acuerdo. Todos tenían un propósito definido en su corazón. Estaban esperando la promesa del Espíritu Santo y ¡continuaron esperando unánimes hasta que llegó! Todos, hombres y mujeres, estaban cautivados por un solo objetivo. Día tras día esperaron con santo acuerdo, con feliz armonía, ardentemente, con fervor, hasta que de lo alto fueron revestidos del poder prometido.

¿No deberíamos nosotros hacer lo mismo? ¿Acaso no hay una lamentable falta de este principio de “unanimitad” y de reunirnos “juntos” (en un solo lugar), entre nosotros (Hechos 2:1)? Es cierto –bendito sea Dios– que no tenemos que pedir que el Espíritu Santo venga porque ya vino, pero sí tenemos que pedir la manifestación de su poder en nuestras reuniones. Supongamos que nos haya tocado estar en un lugar donde reinan la muerte y las tinieblas espirituales; donde no hay un solo hálito de vida, una sola hoja que se mueva; donde los cielos parecen como de bronce, y la tierra como de hierro (Deuteronomio 28:23). Donde nunca se oye ni siquiera que haya habido una conversión. Donde un formalismo desecante domina por todos lados. Donde una profesión sin poder, una rutina muerta y una religiosidad mecánica, están a la orden del día. ¿Qué debemos hacer? ¿Dejarnos paralizar o ganar por esta atmósfera malsana y mortal? ¡Seguramente que no! ¿Qué, pues, debemos hacer? Reunirnos –aunque sean solo dos los creyentes que se den cuenta de la triste condición de las cosas–, y, unánimes, derramar nuestros corazones delante de Dios. Esperemos en él unidos, con santo acuerdo y con un firme objetivo, hasta que envíe una abundante lluvia de bendiciones sobre el lugar seco y estéril. No nos crucemos de brazos ni digamos: “No ha llegado aún el tiempo” (Hageo 1:2), ni nos dejemos llevar por ese pernicioso razonamiento de una teología torcida, justamente llamada fatalismo y que dice: «Dios es soberano y hace todo de acuerdo con su propia voluntad, de modo que solo nos queda esperar su tiempo. Todo esfuerzo humano es inútil. No podemos suscitar un avivamiento. Debemos cuidarnos de la mera excitación».

Todos estos razonamientos parecen plausibles, y tanto más cuanto tienen una medida de verdad. Por cierto que todo esto es verdad, pero solo es una verdad parcial. Es la verdad y nada más que la verdad; pero no es *toda la verdad*. De ahí su perniciosa influencia. ¡No hay nada más terrible que tomar un solo lado de la verdad! ¡Es mucho más peligroso que el error positivo y palpable! Muchas almas fervientes han tropezado y se han desviado completamente del camino recto por medias verdades o por verdades mal aplicadas. Muchos fieles y útiles siervos de Dios se han enfriado, desanimado y hasta salido del campo de la cosecha por la insistencia poco juiciosa que se ha puesto en la enunciación de ciertas doctrinas que tenían una medida de verdad, pero no *toda* la verdad de Dios.

Nada, sin embargo, puede tocar la verdad o debilitar la fuerza de la declaración del Señor en Mateo 18:19. Ella permanece con toda su bendita plenitud, libertad y valor ante los ojos de la fe. Está expresada en términos claros e inequívocos. “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”. Aquí está nuestro certificado para reunirnos en oración para cualquier cosa que esté en nuestro corazón. ¿Nos dolemos por la frialdad, la esterilidad y la muerte espiritual que hoy en día hay a nuestro alrededor? ¿Nos desanimamos por el aparente poco fruto de la predicación del Evangelio, la falta de poder en la misma predicación y la falta de resultados prácticos? ¿Nos descorazona la esterilidad, la pereza, la pesadez y el tono poco elevado de todas nuestras reuniones, ya sea a la Mesa del Señor, ante el trono de la gracia o alrededor de la fuente de las Santas Escrituras? ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos cruzarnos de brazos con fría e incrédula indiferencia, darnos por vencidos con desesperación, quejarnos, murmurar, enojarnos o irritarnos? ¡No, Dios no lo permita! Debemos reunirnos “todos unánimes juntos” y postrarnos sobre nuestros rostros delante de nuestro Dios, y derramar nuestros corazones como si fuera un solo corazón, y suplicar que se cumpla Mateo 18:19.

Este, podemos estar seguros, es el gran remedio, el recurso infalible. Es cierto que «Dios es soberano», pero por eso mismo debemos esperar en él. Es verdad que «el esfuerzo humano es inútil», y por esa misma razón hay que buscar el poder divino. Es perfectamente cierto que «no podemos suscitar un avivamiento», y por eso debemos buscarlo *de rodillas*. Y es cierto también que «debemos cuidarnos de la mera excitación», pero, al mismo tiempo, hay que cuidarse de la indiferencia fría, muerta y egoísta.

Mientras Cristo esté a la diestra de Dios, mientras el Espíritu Santo esté en medio de nosotros y en nuestros corazones, mientras tengamos la Palabra de Dios en nuestras manos, mientras Mateo 18:19 brille delante de nosotros, no hay ninguna excusa para la esterilidad, el entumecimiento y la indiferencia, ninguna excusa para que las reuniones sean pesadas y sin provecho, ni para la falta de frescura en nuestras asambleas ni para que falte el fruto de nuestro servicio. Esperemos en Dios con santo acuerdo. Entonces, con seguridad vendrá la bendición.

Pedir con fe

En Mateo 21:22 encontramos otra condición moral esencial para la oración efectiva. “Y todo lo que pidieréis en oración, *creyendo*, lo recibiréis”. ¡Esta es una afirmación verdaderamente maravillosa! Le abre a la fe la tesorería del cielo. No hay ningún límite. Nuestro bendito Señor nos asegura que vamos a recibir lo que pidamos con fe sencilla.

El apóstol Santiago, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos da una seguridad parecida cuando pedimos sabiduría: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual *da a todos abundantemente* y sin reproche, y le será dada. Pero” –aquí está la condición moral– “pida *con fe, no dudando nada*; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:5-7).

De estos dos pasajes aprendemos que, para que Dios conteste nuestras oraciones, estas deben ser oraciones de fe. Una cosa es decir palabras en forma de oración, y otra muy distinta orar con fe sencilla, con la seguridad completa, clara y firme de que tendremos lo que pedimos. Es de temerse que muchas de las que llamamos oraciones no pasan del techo del lugar en que las pronunciamos. Para alcanzar el trono de Dios, nuestras oraciones deben ser llevadas en las alas de la fe y provenir de corazones unidos y mentes de acuerdo, con el santo propósito de esperar en Dios por todo lo que necesitamos.

¿No es cierto que nuestras oraciones y reuniones de oración son tristemente deficientes en este sentido? Y esta deficiencia se manifiesta por el hecho de que nuestras oraciones tienen tan poco resultado. ¿No deberíamos examinarnos seriamente y darnos cuenta de la medida en que realmente entendemos estas dos condiciones de la oración: el acuerdo o unanimidad y la confianza de fe? Cristo dijo que, si dos personas se ponen de acuerdo para pedir con fe, pueden pedir lo que quieran y les será hecho. ¿Por qué, entonces, no vemos respuestas más abundantes a nuestras oraciones? ¿No será nuestra la falta? ¿No estaremos fallando en la unanimidad y la confianza?

En Mateo 18:19 el Señor desciende al número más pequeño, habla de la congregación más pequeña –la de “dos”– aunque, por supuesto, la promesa también se aplica al número de personas que fuese. El punto esencial es que, aunque haya solo dos, deben estar completamente de acuerdo y plenamente convencidos de que recibirán lo que piden. Si esto fuera así en lo que respecta a nosotros, nuestras reuniones de oración también tendrían un tono y un carácter muy distintos. Las haría mucho más efectivas de lo que, lamentablemente, vemos a menudo: reuniones de oración pobres, frías, muertas, sin objeto ni ilación, mostrando cualquier otra cosa menos el sincero acuerdo y la fe sin incertidumbre.

¡Qué diferencia tan grande habría si nuestras reuniones de oración fueran el resultado de un verdadero acuerdo de corazón y de pensamiento hecho entre dos o más creyentes que juntos llegan para esperar de Dios algo específico, y luego perseveran en la oración hasta recibir la respuesta! ¡Qué poco se ve esto! Puede que todas las semanas vayamos a la reunión de oración –y qué bueno que lo hagamos–, pero, delante de Dios, ¿no deberíamos ser ejercitados a fin de darnos cuenta hasta qué punto nos hemos puesto de acuerdo entre nosotros en cuanto al asunto o a los asuntos que hemos de poner delante del trono de la gracia? La respuesta a esta pregunta se vincula con otra de las condiciones morales de la oración.

Peticiones específicas

Leamos en Lucas 11: “¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquel, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo *por su importunidad* se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (v. 5-10).

Estas palabras son sumamente importantes, puesto que son parte de la respuesta del Señor a la petición de los discípulos: “Señor, enséñanos a orar”. Que nadie se imagine ni por un instante que nos tomaríamos el atrevimiento de enseñarle a la gente a orar. ¡Dios no lo permita! ¡Nada más lejos de nuestros pensamientos! Procuramos simplemente poner a las almas de nuestros lectores en contacto directo con la Palabra de Dios –las verdaderas palabras de nuestro bendito Señor y Maestro–, a fin de que, a la luz de estas palabras, puedan juzgar por sí mismos si nuestras oraciones y nuestras reuniones de oración son lo que debieran ser.

¿Qué, pues, nos enseña Lucas 11? ¿Cuáles son las condiciones morales que nos presenta este pasaje? En primer lugar, nos enseña a ser *específicos* en nuestras oraciones. “Amigo, préstame tres panes”. Hay una necesidad positiva, sentida y expresada; un objeto específico en su mente y en su corazón, y él se limita a este único objeto. No hace una exposición larga, con rodeos, sin ilación, en la que menciona todo tipo de cosas. Su demanda es clara, directa y puntual: «Préstame tres panes; es un caso urgente y no puedo irme sin ellos»; la hora está avanzada; todas las circunstancias hacen que la súplica sea más imperiosa y precisa. El hombre no puede renunciar a aquello que vino a buscar: “Amigo, préstame tres panes”.

Sin duda parecía un momento muy inadecuado para venir –“medianoche”–. Todo parece desalentador. El amigo ya se había acostado y cerrado la puerta, los niños ya estaban acostados, no podía levantarse. Sin embargo, la necesidad específica es recalcada: tiene que tener tres panes.

Esta es una gran lección práctica que puede aplicarse con inmenso provecho a nuestras oraciones y reuniones de oración. Estas –debemos confesar– sufren oraciones largas, llenas de rodeos y sin ningún objeto preciso. Muchas veces mencionamos un montón de cosas por las que de veras no sentimos necesidad y respecto de las que en realidad no esperamos una respuesta. ¿No es cierto que a menudo no tendríamos una respuesta que dar si, al final de nuestras reuniones de oración, se nos apareciera el Señor y nos dijera: «¿Qué es lo que realmente quieren que yo haga o que les de?».

Todo esto reclama de nuestra parte una seria consideración. Si nosotros fuéramos a la reunión de oración con necesidades *precisas* en nuestro corazón, por las cuales podríamos pedir la comunión de nuestros hermanos, eso haría que las reuniones tuvieran gran fervor, frescura, brillo, profundidad, realidad y poder. A algunos de nosotros nos parece necesario hacer una oración larga mencionando toda clase de cosas, muchas de las cuales son sin duda correctas y buenas; pero la mente se pierde en la multiplicidad de temas. Cuánto mejor es llevar ante el trono una sola petición, implorar con ahínco, y luego esperar, de modo que el Espíritu Santo pueda guiar a otros, de igual manera, para orar por lo mismo, o por alguna otra cosa igualmente definida.

Las oraciones largas en nuestras reuniones son cansadoras; y ciertamente en muchos casos son una positiva calamidad. Puede que alguno nos diga que no debemos ponerle ningún límite de tiempo al Espíritu Santo: ¡Lejos esté de nosotros ese pensamiento! ¿Quién se aventuraría a tan audaz blasfemia? Simplemente estamos comparando lo que encontramos en las Escrituras con lo que a menudo –aunque no siempre, gracias a Dios– hallamos en nuestras reuniones de oración (léase Mateo 6; Juan 17; Hechos 4:24-30; Efesios 1 y 3; etc.). Tengamos en cuenta, pues,

que, en las Escrituras, las “largas oraciones” no son la regla. Lo dicho en Marcos 12:40 se refiere a ellas en términos fuertemente condenatorios. Las oraciones fervientes, breves y puntuales le dan frescura e interés a la reunión de oración, mientras que, en general, las oraciones largas y sin un propósito definido causan profunda depresión en todos los asistentes.

La importunidad

Pero hay todavía otro muy importante rasgo moral de la verdadera oración en la enseñanza del Señor en Lucas 11, y es la “importunidad” o *insistencia*. El Señor nos dice que el hombre logra su objetivo simplemente por su gran insistencia. No se dio por vencido; tenía que llevar los tres panes. La insistencia prevaleció incluso cuando los derechos de la amistad no eran suficientes. El hombre estaba decidido a lograr su propósito. No tenía alternativa. Se presentó una necesidad, y él no tenía ninguna respuesta: “un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante”; y no iba a aceptar una negativa.

¿Hasta qué punto comprendemos esta gran lección? El punto aquí no es que Dios –bendito sea su nombre– siempre nos contestará “desde adentro”. Que jamás nos dirá: “No me molestes”, o “No puedo levantarme y dártelos”. Él es siempre nuestro “Amigo” fiel, y siempre está dispuesto; es un Dador que siempre da alegre y abundantemente, y sin hacer reproches. Sin embargo, él nos anima a la importunidad, a insistir, y debemos recordar siempre su enseñanza. Pero a menudo en nuestras reuniones de oración hay una gran falta de esto, así como de especificar lo que queremos. Estas dos cosas van muy pero muy juntas. Cuando lo que se busca es tan definido como “tres panes”, por lo general habrá insistencia de pedir por ellos, y tendremos la firme intención de obtenerlos. El simple hecho es que somos demasiado vagos en lo que pedimos y, en consecuencia, demasiado indiferentes. Pero en nuestras reuniones de oración a menudo no nos portamos como personas que *piden lo que quieren y luego esperan lo que pidieron*. Esto es lo que arruina nuestras reuniones de oración, y lo que las vuelve apagadas, sin propósito, sin poder, y solo terminan siendo reuniones de enseñanza o charlas fraternales, en lugar de ser la ocasión en que presentamos a Dios nuestras fervientes y tenaces peticiones. Estamos convencidos de que toda la Iglesia de Dios necesita ser despertada a este respecto, y esta convicción es lo que nos anima a presentar estas ideas y estas reflexiones.

Cuanto más meditamos el tema que ha venido ocupando nuestra atención, más consideramos el estado de toda la Iglesia de Dios y más estamos convencidos de la necesidad urgente de un completo despertar, en todo lugar, en cuanto a la oración. No podemos, ni queremos, cerrar los

ojos ante el hecho de que la falta de vida, la frialdad y la esterilidad parecen, por regla general, caracterizar nuestras reuniones de oración. Claro que podemos hallar en alguna u otra parte una excepción a esa regla. Pero, en general, no creemos que ninguna persona sobria y espiritual pondrá en duda la verdad de lo que hemos dicho: que el tono de nuestras reuniones de oración está terriblemente bajo, y que es absolutamente imperativo que indagemos seriamente acerca de las causas.

Hemos tratado de presentar a nuestros lectores algunas reflexiones y algunos consejos sobre este tema tan importante y eminentemente práctico. Hemos señalado nuestra falta de confianza, de unanimidad, de precisión y de importunidad. Hemos hablado, en términos claros, de muchas cosas que todos aquellos que son verdaderamente espirituales entre nosotros sienten que son no solo difíciles y penosas, sino enteramente destructoras del verdadero poder y la bendición de las reuniones de oración. Hemos hablado de las oraciones que predicán, de las oraciones largas, fatigantes y sin propósito, lo cual, en algunos casos, ha provocado que los queridos hijos de Dios hayan dejado de asistir a ellas. En lugar de sentirse refrescados, consolados y fortalecidos, solo sienten cansancio, aflicción y disgusto. Por eso, las personas prefieren no ir. Piensan que es más provechoso pasar una hora de tranquilidad en lo privado de su propio cuarto, donde pueden derramar sus corazones delante del Señor en fervientes oraciones y súplicas, que ir a una «reunión de oración» en la que se cansan con el desvaído canto de los himnos o con largas oraciones-sermones.

Estamos plenamente persuadidos de que este proceder es erróneo, y de que esta no es la forma de remediar los males que nos aquejan. Si es bueno reunirse para orar y hacer súplicas –¿y quién podría dudarlo?–, entonces no es correcto que alguien falte simplemente a causa de la debilidad, de las faltas o hasta de la insensatez de algunos de los participantes de la reunión. Si todos los miembros verdaderamente espirituales no fueran a las reuniones por tales razones, ¿qué sería de la reunión de oración? Muy poco nos damos cuenta de lo importante que son los elementos que componen una reunión. Aunque no tengamos una participación audible en la oración, si asistimos con el espíritu correcto, para esperar realmente en Dios, siempre podemos ser de mucha ayuda para mantener el tono de la reunión y asegurar la bendición.

Debemos recordar también que, al asistir a una reunión, no lo hacemos solo por nuestra comodidad, provecho y bendición, sino que debemos pensar en la gloria del Señor. Debemos procurar hacer su bendita voluntad y tratar de promover el bien de los demás de todas las formas posibles. Ninguno de estos fines –estemos seguros de eso– puede lograrse si a *propósito* nos ausentamos del “lugar donde suele hacerse la oración”.

Hablamos –y lo repetimos con énfasis– de nuestro alejamiento *voluntario* y *a propósito*, bajo el pretexto de que no hallamos ningún provecho por lo que pasa en la reunión. Es cierto que hay muchas cosas que a veces impiden que estemos presentes: enfermedad, deberes de familia, reclamos legítimos de nuestro tiempo si estamos en relación de dependencia laboral. Todas estas cosas han de tenerse en cuenta. Pero, por regla general, es un hecho que *el que se ausenta de la reunión de oración deliberadamente, está en mal estado espiritual*. El alma que está en un buen estado, un alma saludable, feliz, ferviente y diligente, estará con toda seguridad en la reunión.

Orar con perseverancia

Todo lo que precede nos conduce naturalmente a otra de estas condiciones morales de la oración, que nos han ocupado hasta aquí. Leamos Lucas 18:1-8. “También les refirió Jesús una parábola *sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar*, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia”.

Aquí nuestra atención se dirige hacia la importante condición moral de la *perseverancia*. Los hombres deberían sentir “la necesidad de *orar siempre, y no desmayar*”. Esto está muy relacionado con la necesidad de orar de forma específica e insistente. Queremos algo y no podemos vivir sin ello. Esperemos en Dios con insistencia, unidos, creyendo y perseverando, hasta que, en su gracia, él nos dé la respuesta, como seguramente lo hará si la base y las condiciones morales se mantienen apropiadamente.

Pero *¡debemos perseverar!* No debemos desmayar y darnos por vencidos si la respuesta no viene tan rápido como esperábamos. Puede ser que a Dios le agrade ejercitar nuestras almas al mantenernos esperando en él por días, meses o tal vez años. Tal ejercicio es bueno. Es moralmente

saludable. Tiende a hacernos más genuinos. Nos hace descender hasta la raíz de las cosas. Miremos, por ejemplo, a Daniel. Permaneció durante “tres semanas” en aflicción, sin comer, esperando en Dios, en un profundo ejercicio de alma: “En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas” (Daniel 10:2-3).

Todo esto era para el bien de Daniel. Recogió una profunda bendición en los ejercicios espirituales a través de los cuales este amado y honrado siervo de Dios fue llamado a pasar durante esas tres semanas. Y, lo que es particularmente digno de notar, es el hecho de que la respuesta a su clamor ya había sido enviada desde el trono de Dios desde el principio mismo de su ejercicio, como lo leemos en el v. 12: “Entonces me dijo: Daniel, no temas; *porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas*” –¡cuán maravilloso es este misterio!– “el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días” (Daniel 10:12-14).

Todo esto está lleno de interés e instrucción. Daniel estaba afligido, castigándose a sí mismo y esperando en Dios. El mensajero angelical ya venía de camino con la respuesta. Dios le permitió al enemigo que estorbara, pero Daniel continuó esperando. Siguió orando sin desmayar y la respuesta llegó a su debido tiempo.

¿Acaso no hay aquí una lección para nosotros? Seguramente que sí. Es posible que nosotros también tengamos que esperar largo tiempo en santa actitud y con espíritu de oración; pero nos daremos cuenta de que este tiempo de espera es de mucho provecho para nuestras almas. Muchas veces nuestro Dios, en su sabiduría y fidelidad en su trato con nosotros, considera que es mejor retener la respuesta simplemente para probar la realidad de nuestras oraciones. El gran punto para nosotros es que tengamos un objetivo en nuestros corazones que el Espíritu Santo haya puesto, un propósito respecto del cual podamos poner el dedo de la fe sobre alguna promesa específica de la Palabra, y luego, *perseverar* en la oración hasta recibir lo que necesitamos. “Orando *en todo tiempo* con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con *toda perseverancia* y súplica por todos los santos” (Efesios 6:18).

Todo esto demanda de nuestra parte la más seria consideración. Tenemos una lamentable falta de perseverancia, de la misma forma que nos falta ser específicos e insistentes; y eso hace que nuestras oraciones sean débiles y nuestros servicios de oración fríos. No nos reunimos con un

propósito definido y, por lo tanto, no somos insistentes ni perseveramos. En resumen, nuestras reuniones de oración, a menudo solo son una aburrida rutina, un servicio frío y mecánico, una sucesión de himnos y oraciones sin unción ni poder, que hace que nuestro espíritu se queje bajo la pesada carga de un mero ejercicio corporal sin ningún provecho.

Hablamos abiertamente y con fuerza, porque lo sentimos vivamente. Debe permitírse nos hablar sin reserva. Suplicamos a toda la Iglesia de Dios, en todo lugar, que enfrente con sinceridad esta cuestión, mirando a Dios y juzgándose a sí misma al respecto. ¿Sentimos la falta de poder en nuestras reuniones públicas? ¿Por qué hay tiempos estériles ante la Mesa del Señor? ¿Por qué el aburrimiento y la debilidad en la celebración de esta preciosa fiesta que debería sacudir las partes más profundas de nuestro ser renovado? ¿Por qué hay falta de unción, de poder y de edificación en nuestras predicaciones? ¿Por qué las necias especulaciones y las vanas cuestiones suscitadas y respondidas tantas veces durante estos últimos cuarenta años? ¿Por qué todas estas miserias de que hemos hablado, y sobre las cuales tanto se han lamentado por todas partes aquellos que son verdaderamente espirituales? ¿Por qué la esterilidad de nuestro servicio en la evangelización? ¿Por qué tan poca acción de la Palabra en nuestras almas? ¿Por qué tan poco eficaz el poder que congrega?

Amados hermanos en el Señor, despertemos y consideremos seriamente este importante tema. No nos contentemos con la presente situación. Hacemos un llamamiento a todos los que reconocen la verdad de lo que hemos expuesto en estas páginas sobre la oración y las reuniones de oración, para que se unan de común acuerdo, con fervientes oraciones y súplicas. Busquemos reunirnos según Dios, vayamos a él como un solo hombre, prosternémonos ante el trono de la gracia y esperemos en Dios con perseverancia para que dé un avivamiento a su obra, para el progreso del Evangelio y para la reunión y la edificación de su amado pueblo.

Que nuestras reuniones sean verdaderas reuniones de oración, y no la ocasión de indicar nuestros cánticos favoritos y de entonar las estrofas que nos fascinan. La reunión de oración debiera ser el lugar para expresar las necesidades y donde se espera la bendición; el lugar donde uno expone su debilidad y donde se espera la fuerza; el lugar donde los hijos de Dios se reúnen de común acuerdo para asirse del mismo trono de Dios, para penetrar en el tesoro mismo del cielo, y sacar de allí todo lo que necesitamos para nosotros mismos, para nuestras casas, para toda la Iglesia de Dios y para la viña de Cristo.

*Hay un poder que el hombre puede usar
Cuando vana es la ayuda del mortal
Para poder aquel Ojo que no duerme alcanzar
A ese Brazo que nunca se cansa llegar.*

*Ese poder es la oración, que se eleva en lo alto,
Por Jesús, hasta el trono de Dios allá,
Y mueve la Mano que mueve el mundo
Para traer liberación acá.*

Tal debiera ser una reunión de oración, si somos enseñados por las Escrituras. ¡Que esto pueda ser una realidad más plena en todos lados! ¡Que el Espíritu Santo nos despierte a todos y nos haga sentir poderosamente el valor, la importancia y la necesidad urgente de la unanimidad, de la confianza de la fe, de ser específicos, de insistir y perseverar en todas nuestras oraciones y reuniones de oración!

El hombre de Dios

“ A fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Timoteo 3:17).

El título que encabeza este artículo es una expresión que aparece en la segunda epístola que el apóstol Pablo escribió a su amado hijo Timoteo, la cual, como sabemos, se caracteriza por una intensa individualidad. Todo estudiante atento de las Escrituras advierte el sorprendente contraste entre las dos epístolas de Pablo a Timoteo. En la primera, la Iglesia es presentada en su orden, y Timoteo es instruido en cuanto a cómo debe comportarse en ella (1 Timoteo 3:15). En la segunda, por el contrario, la Iglesia es presentada en su ruina. La casa de Dios se ha convertido en una “casa grande”, en la cual no solo hay vasos para honra sino también vasos para deshonra; y donde, además, los errores y los males abundan por todas partes, al igual que los falsos maestros y los falsos profesantes (2 Timoteo 2).

Y precisamente en esta epístola, de carácter individual, la expresión “el hombre de Dios” se emplea con esa fuerza y significado tan obvios. En tiempos de ruina, de fracaso, de decadencia y de confusión generales, es cuando más hace falta la fidelidad, devoción y determinación del hombre de Dios. Y es una señal de gracia para él, saber que, a pesar del irremediable fracaso de la Iglesia como testimonio responsable de Cristo en esta tierra, en lo individual, tiene el privilegio de seguir una senda tan elevada, gustar de una comunión tan profunda y disfrutar de tan ricas bendiciones como jamás se pudo experimentar ni conocer en los días más brillantes y prósperos de la Iglesia.

Este es un hecho sumamente alentador y consolador, establecido por muchas pruebas irrefutables, y que está expuesto en el mismo pasaje de donde tomamos el título de este artículo; un pasaje de singular valor y poder, que citamos a continuación:

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, *enteramente preparado para toda buena obra*” (2 Timoteo 3:14-17).

Vemos aquí al “hombre de Dios” en medio de toda la ruina y confusión, de las herejías y las depravaciones morales de los últimos días, con sus rasgos individuales característicos: “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. Y, podemos preguntar, ¿qué más podía decirse de los días más brillantes de la Iglesia? Si nos volvemos al mismo día de Pentecostés, con todo su despliegue de poder y gloria, ¿encontramos acaso algo mejor, algo más elevado o más sólido que lo que estas palabras describen: “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”?

Y ¿no es una señalada merced para todo aquel que desea ponerse de parte de Dios en un día oscuro y malo, saber que, a pesar de todo el mal, el error, la oscuridad y la confusión, posee aquello que puede hacer a un niño “sabio para la salvación”, y a un hombre, “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”? Sin duda que lo es; y debemos alabar a nuestro Dios por ello, con corazones plenos y rebosantes. Es una gran bendición, en días como estos, tener acceso a la fuente eterna de la inspiración divina, donde tanto el niño como el hombre pueden encontrarse a beber y saciarse; a esa fuente cristalina cuyo fondo no se puede ver ni alcanzar por su inmensurable profundidad; a ese Libro incomparable e inapreciable, que encuentra al niño en el regazo de su madre y lo hace sabio para la salvación, y al hombre en la etapa más avanzada de su carrera práctica y lo hace perfecto, enteramente preparado para las exigencias de cada día. Antes de concluir este artículo, tendremos ocasión de considerar más particularmente al “hombre de Dios”, así como también la fuerza y el significado especial de este término. Estamos plenamente persuadidos de que esta expresión tiene un alcance y un significado mucho más profundos de lo que comúnmente se entiende por ella.

La Escritura presenta al hombre bajo tres aspectos: En primer lugar, tenemos al *hombre natural*, en segundo lugar, al hombre *en Cristo*, y, en tercer lugar, al *hombre de Dios*. Podría pensarse, tal vez, que el segundo y el tercero son sinónimos; pero encontraremos una muy sustancial diferencia entre ambos. Es cierto que antes de poder ser un hombre de Dios, primero debo ser un hombre en Cristo; pero estos términos no son de ninguna manera empleados indistintamente.

Consideremos, pues, en primer lugar al hombre natural.

El hombre natural

El término «hombre natural» es un término de amplísimo contenido. Bajo este título podemos encontrar todos los matices posibles de carácter, temperamento y disposición.

Sobre la base de su naturaleza caída, el hombre fluctúa gradualmente entre dos extremos: se lo puede ver en el nivel más alto posible de culturización, o en el punto más bajo de su degradación. Podemos verlo rodeado de todas las ventajas, refinamientos y prerrogativas del mundo civilizado, o encontrarlo hundido en las costumbres más brutales y vergonzosas del mundo salvaje. Podemos verlo en los casi innumerables grados, rangos, clases y castas en que se ha distribuido la familia humana. Y dentro de una misma casta o clase social, podemos encontrar también los más vívidos contrastes en la forma de ser de su carácter, temperamento y disposición. Encontramos, por ejemplo, un hombre de temperamento tan atroz que realmente causa horror a todo aquel que lo conoce; es la peste de su entorno familiar y una pesada carga para la sociedad. Puede ser comparado a un puerco espín que tiene siempre las púas erizadas, y si uno se encuentra con él una vez, no querrá volverlo a ver nunca más. También podemos encontrar a un hombre con el temperamento más dulce y el carácter más agradable. Es tan atractivo como el otro repulsivo. Es tierno y amoroso, un esposo fiel, un padre bondadoso, afectuoso y atento; un patrón considerado y generoso; un vecino amable y cordial; un amigo desinteresado y querido por todos, y justamente, cuanto más lo conocen, más lo estiman, y el que lo encuentra una vez, le resulta tan agradable que querrá volver a verlo siempre.

Sobre la base de la naturaleza, podemos hallar además a un hombre falso y embustero de tomo y lomo; que se complace en la mentira, el fraude y el engaño; y aunque no tenga un objeto que sirva a sus propios intereses, nada que ganar, prefiere mentir antes que decir la verdad. Es un hombre vil y despreciable en todos sus pensamientos, palabras y actitudes, tanto que a nadie le agradaría tenerlo cerca. Pero también podemos encontrar a un hombre de grandes principios, franco, honorable, generoso y recto, para quien sería repugnante decir una mentira o cometer un acto vil. De reputación intachable, y de carácter excepcional. Su palabra es tomada muy en cuenta; es una persona con la cual a todos les gustaría tratar, de un carácter natural casi perfecto; un hombre de quien se podría decir: *le falta una sola cosa*.

Finalmente, a medida que nos movemos a lo largo de la gran plataforma de la naturaleza humana, nos podemos encontrar con el ateo, que gusta de negar la existencia de Dios. También está el infiel que niega la revelación de Dios, el escéptico y el racionalista que no creen en nada y, del otro lado, podemos hallar al religioso supersticioso que ocupa su tiempo en ayunos y oraciones, en ordenanzas y ceremonias, y que se siente seguro de haber ganado un lugar en el cielo por haber cumplido una serie de largos y tediosos ritos religiosos que en realidad lo hacen incapaz de desempeñar las funciones y responsabilidades propias de la vida doméstica y social. Podemos

encontrar hombres con opiniones religiosas de todos los matices imaginables: iglesia alta, iglesia baja, iglesia ancha o sencillamente ninguna iglesia; hombres que, sin una chispa de vida divina en sus almas, pugnan por las formas sin poder de una religión tradicional.

Ahora bien, hay un solo hecho, solemne y grandioso, común a todas estas diversas clases, castas, grados y condiciones de los hombres que están en el terreno de la naturaleza: que no hay ni un solo lazo entre ellos y el cielo; ni un solo lazo entre ellos y el Hombre que está sentado a la diestra de Dios; ni un solo lazo con la nueva creación. Todos están sin Cristo y sin esperanza. Son inconversos. No tienen la vida eterna. En lo tocante a Dios, a Cristo, a la vida eterna y al cielo, todos –aun cuando difieran moral, social o religiosamente– se encuentran sobre una base común: están alejados de Dios, sin Cristo, en sus pecados, en la carne, son del mundo y van camino al infierno.

Dicho esto, se sigue, como consecuencia terrible y necesaria, que todos los que están situados sobre el terreno de la naturaleza, tienen frente a ellos las llamas de un infierno eterno. Nadie que oye la voz de la santa Escritura pasará por alto este gran hecho. Los falsos maestros pueden negarlo. Los infieles pueden pretender sonreír con desprecio ante tal pensamiento; pero la Escritura es clara al respecto, tan clara como la luz misma del mediodía: habla, en diversos lugares, del fuego que *nunca* se apaga y del gusano que no muere (véase Marcos 9:44).

Sería el colmo de la insensatez que alguien busque dejar de lado el claro testimonio de la Palabra de Dios respecto a este solemne e importante tema. Es mucho mejor que ese testimonio caiga con todo su peso y autoridad sobre el corazón y la conciencia; mucho mejor escapar de la ira venidera que atreverse a negar que viene, y que, cuando venga, permanecerá para siempre. ¡Sí, para siempre jamás!

¡Qué tremendo pensamiento! ¡Qué consideración más abrumadora! ¡Ojalá que hable, con vivo poder, al alma del lector inconverso, y lo lleve a exclamar, con sinceridad de corazón: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30)! La divina respuesta se encuentra en las siguientes palabras que salieron de los labios de dos de los más altos y dotados embajadores de Cristo: “Arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:19), dijo Pedro al judío. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”, dijo Pablo al gentil. Y, de nuevo, el último de estos dos benditos mensajeros, al resumir su propio ministerio, define todo el asunto con estas palabras: “Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

¡Qué simple, pero qué real! ¡Qué profundo y qué tremendamente práctico! No es una mera fe intelectual, teórica o puramente de nombre. No es meramente decir «yo creo». ¡Ah, no! Es algo mucho más profundo y más serio que esto. Mucho es de temer que una gran cantidad de fe que se profesa en nuestros días sea desgraciadamente superficial, y que gran cantidad de personas que asisten a las reuniones y conferencias sean oyentes junto al camino y de terreno pedregoso (Mateo 13). El arado nunca ha pasado sobre ellos. El barbecho nunca ha sido arado (véase Oseas 10:12). La flecha de la convicción nunca los ha alcanzado hasta el fondo; nunca han sido quebrantados. Nunca han dado un giro completo ni sufrido un cambio radical. La predicación del Evangelio a tales personas es como esparcir preciosas semillas en el duro pavimento o sobre un camino apisonado. Nunca penetra en las profundidades del alma, no alcanza la conciencia ni el corazón. La semilla queda en la superficie, y es arrastrada por el primer viento que pasa.

Y esto no es todo. Mucho es de temerse también que gran número de los predicadores de hoy, en sus esfuerzos por simplificar el Evangelio, pierden de vista la eterna necesidad de arrepentimiento y la necesidad esencial de la acción del Espíritu Santo, sin lo cual la supuesta fe es un mero ejercicio humano que desaparece como la niebla de la mañana, dejando al alma todavía en la región de la naturaleza, satisfecha consigo misma, recubierta con el lodo suelto de un evangelio simplemente humano que grita “¡Paz! ¡paz! cuando no hay paz”, sino el peligro más inminente (véase Ezequiel 13:10; Jeremías 6:14).

Todo esto es muy serio, y debería conducir a un profundo ejercicio de alma. Llamamos la atención del lector para que dé a esta cuestión una seria e inmediata consideración. Le suplicamos que responda ahora a la siguiente pregunta: «¿Tiene usted la vida eterna? ¿La tiene?». “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). ¡Qué gran realidad! Si no la tiene, no tiene nada. Todavía está sobre la base de la naturaleza, de la cual tanto hemos hablado. Sí, todavía está allí, sin importar si es el mejor de los ejemplos que hemos presentado: amable, culto, atento, franco, generoso, leal, honesto, encantador, querido, ilustrado, instruido, e incluso piadoso en un sentido puramente humano. Usted puede ser todo esto y, sin embargo, no tener una sola pulsación de vida eterna en su alma.

Esto puede sonar duro y severo. Pero es la verdad. Tarde o temprano descubrirá que es la verdad. Quisiéramos que se de cuenta de esto *ahora*. Que vea que está en total bancarrota, en el más amplio sentido del término. Una declaración de quiebra ha sido formulada contra usted en el tribunal superior del cielo. “Los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.). ¿Ha ponderado alguna vez estas palabras? ¿Ha visto alguna vez estas palabras aplicadas a su

propia vida? Mientras permanezca sin arrepentirse, sin convertirse y sin creer, no puede hacer ni una sola cosa que agrade a Dios. Ni una sola. “En la carne” y «sobre la base de la naturaleza» significan lo mismo; y mientras usted esté allí, en esa condición, no puede agradar a Dios. “Es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7); debe ser renovado desde lo más profundo de su ser. Una naturaleza no renovada es absolutamente incapaz de ver el reino de Dios, y de entrar en él. Debe nacer “de agua y del Espíritu”, esto es, por la Palabra viva de Dios y por el Espíritu Santo. No hay ninguna otra forma de entrar en el reino. Alcanzamos el bendito reino de Dios, no mediante el mejoramiento de uno mismo, sino por un nuevo nacimiento. “Lo que es nacido de la carne, carne es”, y “la carne para nada aprovecha”, porque “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Juan 3:6; 6:63; Romanos 8:8).

¡Qué claro! ¡Qué inequívoco! ¡Qué rotundo! ¡Qué personal es todo esto! ¡Cuán sinceramente deseamos que el lector que no ha sido despertado, o que se muestra indeciso, pueda recibirlo en su corazón hoy mismo, como si fuese la única persona sobre la faz de la tierra! De nada le servirá generalizar y contentarse simplemente con decir que «todos somos pecadores». No. Es un asunto sumamente personal. “Es necesario nacer de nuevo”; y si preguntara de nuevo: “¿Cómo?”, oiga la divina respuesta de los labios del mismo Maestro: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15).

Este es el remedio divino para un corazón quebrantado y una conciencia afligida; para todo pecador irremediadamente perdido, que merece el infierno; para todo aquel que reconoce su ruina, que confiesa sus pecados y que se juzga a sí mismo. Toda alma cansada y cargada, agobiada por el peso de sus pecados, tiene aquí la bendita promesa de Dios. Jesús murió, para que usted pudiera vivir. Fue condenado, para que usted pudiese ser justificado. Bebió la copa de la ira, para que usted pudiera beber “la copa de la salvación”. Contéplelo colgando en una cruz por usted. Vea lo que hizo a su favor: Satisfizo todas las demandas –las infinitas y eternas demandas– del trono de Dios; cargó con todos sus pecados; llevó sobre sí todas sus culpas; lo representó delante de Dios, y puso fin a su entera condición de pecador. Vea que Su muerte expiatoria respondió perfectamente a todo lo que estaba o pudiera estar en su contra. Véalo resucitando de entre los muertos, una vez que hubo acabado todo. Véalo ascendiendo a los cielos, llevando en su divina persona las marcas de una expiación consumada. Contéplelo sentado en el trono de Dios, en

el lugar más alto del poder, coronado de honra y de gloria. Crea en él, y recibirá el don de la vida eterna, el sello del Espíritu Santo y las arras de la herencia. Pasará del terreno de lo natural, a ser “un hombre en Cristo” (2 Corintios 12:2).

Un hombre en Cristo

A todos aquellos cuyos ojos fueron abiertos para ver su verdadera condición natural, que fueron convencidos de pecado por el poder del Espíritu Santo, y que no conocen el verdadero significado de un corazón quebrantado y de un espíritu contrito, les resultará profundamente interesante conocer el divino secreto del reposo y la paz. Si es verdad –y lo es porque Dios lo dice– que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.), ¿cómo hacer, pues, para no estar en la carne? ¿Cómo puede uno traspasar los límites de su naturaleza caída? ¿Cómo puede alcanzar la bendita posición de aquellos de quienes el Espíritu Santo declara: “Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu” (v. 9)?

Estas, seguramente, son preguntas trascendentales. Porque debemos saber y recordar que ninguna mejora de nuestra vieja naturaleza tiene valor alguno en cuanto a nuestra posición delante de Dios. Está muy bien, en lo que a esta vida se refiere, que un hombre haga todos los esfuerzos posibles para mejorarse a sí mismo, cultivando su mente, desarrollando su memoria, elevando su tono moral, progresando en su posición social. Todo esto es perfectamente cierto, tanto que no admite discusión ni duda alguna.

Pero aun cuando admitimos plenamente la verdad de todo esto, no altera en lo más mínimo la solemne y arrolladora declaración del inspirado apóstol de que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (v. 8, V. M.).

Debe haber una posición totalmente nueva, y esta nueva posición no puede ser alcanzada por ningún cambio de la vieja naturaleza –ni por sus hechos, palabras ni sentimientos, por ninguna ordenanza religiosa, rezos, limosnas ni sacramentos–. Haga lo que haga con su naturaleza, esta seguirá siendo la misma. “Lo que es nacido de la carne, carne es”; y haga lo que haga con la carne, no la puede hacer espíritu. Debe haber una nueva vida, una vida que fluye del nuevo hombre, del postrer Adán, el cual, por su resurrección, llegó a ser la Cabeza de una nueva raza.

¿Cómo puede obtenerse esta vida tan preciosa? Oiga la memorable respuesta; sí, óigala querido lector angustiado, y viva: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Aquí tenemos un cambio total de posición: pasamos de muerte a vida, de una posición en la cual no existe ni un solo vínculo con el cielo, con la nueva creación ni con el Hombre resucitado en la gloria, a una posición en la cual no existe un solo vínculo con el primer hombre, con la vieja creación y con el presente siglo malo. Y todo esto es por creer en el Hijo de Dios: no simplemente por decir que creemos, sino por creer realmente y de todo corazón en el Hijo de Dios; no por una fe intelectual, teórica o puramente de nombre, sino creyendo con el corazón. Solo así es posible llegar a ser “un hombre en Cristo”.

Todo verdadero creyente es *un hombre en Cristo*. Ya sea un convertido en el día de ayer o un anciano de cabellos blancos que está en el camino del Señor desde hace cincuenta o sesenta años, ambos se encuentran exactamente en la misma posición en Cristo. No puede haber ninguna diferencia aquí. El estado práctico de cada uno puede diferir enormemente; pero la posición que ocupan en Cristo es exactamente la misma. En el plano de la mera naturaleza –como lo dijimos– podemos encontrar personas de todos los matices, grados, clases y condiciones imaginables, pero todas están en la misma posición. En el nuevo plano divino, celestial, la condición práctica de cada uno también varía en gran manera. Podemos encontrar creyentes con enormes diferencias en inteligencia, experiencia y poder espiritual, pero todos poseen la misma posición delante de Dios: todos están en Cristo. No puede haber ninguna diferencia de grado en cuanto a la posición, aunque sí la hay en cuanto al estado práctico de cada uno.

Lo repetimos, tanto el convertido de ayer como el anciano que es padre en Cristo, están en pie de igualdad en cuanto a su posición en Cristo. Cada uno es un hombre en Cristo y ninguno puede superar al otro en esto. A veces oímos hablar de «La vida cristiana superior», pero, estrictamente hablando, no hay tal cosa como una *vida* cristiana más elevada o más baja, porque Cristo es *la vida* de cada creyente. Puede que los que utilicen estos términos quieran referirse a algo correcto. Probablemente se refieran a las *etapas* superiores de la vida cristiana: a un mayor acercamiento a Dios, una mayor semejanza a Cristo, un mayor poder en el Espíritu, una mayor consagración, una mayor separación respecto del mundo. Pero todas estas cosas tienen que ver con nuestro estado, y no con nuestra posición en Cristo, la cual es absoluta, eterna e inmutable. Si no estamos en Cristo, estamos en nuestros pecados; pero si estamos *en Cristo*, no podemos alcanzar un grado más alto en cuanto a posición.

Si el lector se vuelve unos instantes a 1 Corintios 15:45-48, encontrará una poderosa enseñanza sobre esta gran verdad fundamental. El apóstol habla aquí de dos hombres: “El primer hombre” y “el segundo hombre”. Y nótese con atención que el segundo Hombre no tiene absolutamente

ninguna vinculación con el primero, sino que está en contraste con él. Él mismo es la fuente de vida, nueva, divina, independiente y celestial. El primer hombre fue enteramente desechado como criatura culpable y perdida. Nos referimos a Adán como cabeza de toda la raza humana. En lo personal, fue salvo por gracia, pero si lo vemos como representante de la raza humana, ha fracasado por completo. El primer hombre está en un estado de irremediable ruina. Esto lo demuestra el hecho de que hay un segundo Hombre; porque podemos verdaderamente decir de los dos hombres, lo mismo que se dice de los pactos: “Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo” (Hebreos 8:7). El mismo hecho de que haya sido introducido un segundo Hombre constituye la prueba del completo fracaso del primero. ¿Por qué fue necesario un segundo si se hubiese podido hacer algo con el primero? Si nuestra vieja naturaleza adámica hubiese sido capaz de ser mejorada, no habría habido ninguna necesidad de algo nuevo. Pero “los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Romanos 8:8, V. M.; Gálatas 6:15).

Hay un inmenso poder moral en toda esta línea de enseñanza. Expone el hecho de que el cristianismo está en un sorprendente y vivo contraste con toda forma de religión debajo del sol. Tomemos el judaísmo o cualquier otro tipo de religión que alguna vez se hubiere conocido o que ahora existe en el mundo, y ¿qué es lo que encontramos?: Que todas invariablemente han sido concebidas con el propósito de poner a prueba, mejorar o reformar al primer hombre.

Pero, ¿qué es el cristianismo? Es algo enteramente nuevo, celestial, espiritual, divino. Está basado en la cruz de Cristo, en la cual el primer hombre llegó a su fin, en donde el pecado fue juzgado y quitado de en medio y donde el viejo hombre fue crucificado y puesto fuera de la presencia de Dios para siempre, en lo que respecta a todos los creyentes. Para la fe, la cruz pone fin a la historia del primer hombre. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” –dice el apóstol–, y también: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 2:20; 5:24).

¿Son estas meras figuras retóricas, o las poderosas palabras del Espíritu Santo que declaran el gran hecho de que nuestra vieja naturaleza ha sido desechada por no valer absolutamente nada y estar condenada? Sin duda que esto último. El cristianismo comienza, por decirlo así, con la tumba abierta del segundo Hombre, para continuar su brillante carrera hacia la gloria eterna. Es, decididamente, una nueva creación, en la cual no hay un solo ápice de las cosas viejas, pues “todas las cosas son de Dios” (2 Corintios 5:18, V. M.), y, si “todas las cosas” son de Dios, no puede haber absolutamente nada del hombre.

¡Qué reposo! ¡Qué consuelo! ¡Qué fuerza! ¡Qué elevación moral! ¡Qué dulce alivio para las pobres almas cargadas que han buscado vanamente, por años tal vez, encontrar la paz mediante el mejoramiento de uno mismo! ¡Qué liberación de la miserable esclavitud del legalismo, en todas sus fases, se obtiene al encontrar el precioso secreto de que mi yo culpable, perdido y arruinado –aquello que yo, por todos los medios posibles, he estado tratando de mejorar–, ha sido dejado de lado completamente y para siempre; que Dios no busca ninguna enmienda en él; que ha condenado al yo y lo hizo morir en la cruz de su Hijo! ¡Qué respuesta hay aquí para el monje, el asceta y el ritualista! ¡Oh, si este cristianismo celestial, divino, espiritual, fuera comprendido en todo su poder emancipador; si solo fuese conocido en su poder y realidad vivientes, seguramente liberaría al alma de las mil y una formas de corrupción religiosa mediante las cuales el principal engañador y enemigo está arruinando a millones de almas! Podemos decir verdaderamente que la obra maestra de Satanás, su esfuerzo más exitoso contra la verdad del Evangelio, contra el cristianismo del Nuevo Testamento, se ve en el hecho de que conduce a la gente inconversa a adoptar y aplicar a sí mismos ordenanzas de la religión cristiana y a profesar muchas de sus doctrinas. De esta forma, ciega sus ojos e impide que vean su verdadera condición, arruinada, perdida y culpable, y logra asestar un golpe mortal al puro Evangelio de Cristo. El mejor remiendo que jamás se pudo haber puesto en el “vestido viejo” de la naturaleza arruinada del hombre, es la profesión exterior de cristianismo sin la vida divina; y cuanto mejor es el remiendo, peor se hace la rotura (véase Marcos 2:21).

Escuchemos atentamente las tan significativas palabras del apóstol Pablo, el mejor maestro y exponente del verdadero cristianismo que el mundo jamás haya visto: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” –nótese que dice “no yo... mas Cristo”– “y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:19-20) .

Esto, y no otra cosa, es el cristianismo; no “el viejo hombre” –la vieja naturaleza, el primer Adán–, que se hace religioso, por más que su religión sea la profesión de las doctrinas del cristianismo y la adopción de sus ordenanzas. No; es la muerte, crucifixión y sepultura del viejo hombre –del viejo yo, de la vieja naturaleza–, y llegar a ser un nuevo hombre en Cristo. Todo verdadero creyente es un nuevo hombre en Cristo. Ha salido completamente del terreno de la vieja crea-

ción –del viejo estado de pecado y de muerte, de culpabilidad y de condenación–, y ha pasado al terreno de la nueva creación, a un nuevo estado de vida y de justicia en un Cristo resucitado y glorificado, la Cabeza de una nueva creación, el postrer Adán.

Esta es la posición inalterable del más débil creyente en Cristo. No hay absolutamente ninguna otra posición para el cristiano. Estoy en el primer hombre o en el segundo; no hay un tercer hombre, porque el segundo Hombre es el postrer Adán. No hay término medio. Estoy en Cristo o en mis pecados. Si estoy en Cristo, soy como él es delante de Dios. “Como él es, así somos nosotros en este mundo (1 Juan 4:17). No dice «como él fue», sino “como él es”; el cristiano es considerado por Dios como uno con Cristo en todo respecto, excepto en su Deidad, naturalmente, la cual es incomunicable. El adorable Salvador ocupó el lugar del creyente en la cruz, llevó nuestros pecados, murió nuestra muerte, pagó nuestra culpabilidad y nos representó en todo respecto. Tomó todos nuestros pecados, todas nuestras deudas, todo lo que pertenecía al pecador como hombre natural, fue nuestro sustituto en el más amplio y elevado sentido de lo que este término significa. Y una vez que resolvió divinamente nuestro caso y llevó nuestro juicio, se levantó de entre los muertos, y ahora es la Cabeza, el Represente y la única verdadera definición del creyente delante de Dios. De esta gloriosa y liberadora verdad, la santa Escritura da el más amplio testimonio. El pasaje recién citado de Gálatas constituye una muy gráfica, poderosa y resumida declaración de esta verdad. Y si el lector se vuelve al capítulo 6 de Romanos, encontrará más pruebas de esto. Citaremos algunas de las porciones más relevantes.

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:1-11).

Reparemos especialmente en las siguientes palabras del pasaje citado: “los que hemos muerto”; “somos sepultados juntamente con él”; “como Cristo resucitó... así también nosotros”; “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él”; “morimos con Cristo”; “muertos al pecado”. Ahora bien, ¿entendemos realmente su verdadero alcance y significado? ¿Advertimos verdaderamente su aplicación para nosotros? Son preguntas que escudriñan el corazón; pero muy necesarias. La verdadera doctrina del capítulo 6 de Romanos es poco comprendida. Hay miles de personas que profesan creer en la eficacia de la muerte expiatoria de Cristo, pero que no ven en ella nada más allá del perdón de sus pecados. No ven la crucifixión, muerte y sepultura del viejo hombre; la destrucción del “cuerpo del pecado”; la condenación del pecado; la entera abolición del viejo sistema de cosas pertenecientes a su primera condición adámica; en una palabra, su perfecta identificación con un Cristo muerto y resucitado. Por eso urgimos a todos los lectores a considerar con la mayor atención esta importantísima línea de verdad, la cual reside en la base misma de todo el verdadero cristianismo, y forma una parte integral de la verdad del Evangelio.

Veamos todavía unas pruebas más sobre este punto. Escuchemos lo que dice el apóstol a los colosenses: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres)” —así es como nos hablan los preceptos humanos, diciéndonos que no manejemos esto, que no gustemos aquello, que no toquemos lo otro, como si hubiera algún principio divino implicado en tales cosas— “cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. *Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*” (Colosenses 2:20-3:3).

Aquí nuevamente cabe preguntarnos hasta qué punto hemos captado el verdadero sentido, el alcance y la aplicación de palabras tales como estas: “¿Por qué, como si vivieseis en el mundo...?”. ¿Vivimos en el mundo o en el cielo? ¿Dónde? El verdadero cristiano es aquel que ha dejado el presente siglo malo —que ha muerto al mundo—, y ya no tiene nada que ver con él, de la misma manera que Cristo. “Como Cristo... así también nosotros” (Romanos 6:4). Él está muerto a la ley, muerto al pecado: vivo en Cristo, vivo para Dios, vivo en la nueva creación (véase Gálatas 2:19; Romanos 6:11). El cristiano pertenece al cielo; está inscrito como ciudadano del cielo. Su religión, su política, sus costumbres y principios morales, todo es del cielo. Es un hombre celestial que

camina en la tierra, y que cumple todos los deberes pertenecientes a las diversas relaciones en que la mano del Padre lo ha colocado, y en las cuales la palabra de Dios lo reconoce plenamente y lo guía ampliamente, tales como esposo, padre, patrón, hijo, servidor y demás similares. El cristiano no es un monje, un asceta ni un ermitaño. Es, lo repetimos, un hombre espiritual, celestial, que está en el mundo, pero que no es del mundo. Es como un extranjero en lo que respecta a su residencia aquí abajo. Está en el cuerpo por lo que respecta a su condición, pero no está en la carne en lo que respecta al principio de su posición. Es “*un hombre en Cristo*”.

Antes de concluir esta sección, quisiéramos dirigir la atención del lector al capítulo 12 de 2 Corintios, donde encontrará de inmediato la *posición absoluta* del creyente y su *estado posible*. Su posición es fija e inalterable, tal como lo establece esa expresión de tan amplio alcance: “Un hombre en Cristo”. El estado del creyente puede oscilar entre los dos extremos presentados en los primeros y en los últimos versículos de este capítulo. Un cristiano puede estar en el tercer cielo, en medio de las visiones seráficas de ese bendito y santo lugar, o bien hundido en todas las cosas malas y groseras mencionadas en los versículos 20 y 21 si no es vigilante.

Puede que se pregunte: «¿Es posible que un verdadero hijo de Dios se encuentre alguna vez en una condición moral tan baja como esa?». ¡Lamentablemente, querido lector, eso es perfectamente posible! No hay sima de pecado o de locura en la que un cristiano no pueda caer en cualquier momento, si no es guardado por la gracia de Dios. Hasta el mismo apóstol, cuando descendió del tercer cielo, necesitó “un agujón en la carne” para que no se enalteciera sobremanera. Bien podríamos esperar que un hombre que había sido arrebatado hasta esa brillante y bendita región, jamás volviera a ser presa de sus sentimientos de orgullo. Pero el simple hecho es que ni aun el tercer cielo es capaz de remediar la carne. Esta es absolutamente incorregible, y debe ser juzgada y mantenida en sujeción día a día, hora tras hora, momento a momento; de lo contrario, tendremos mucho trabajo penoso que hacer.

Sin embargo, nada puede alterar la posición del creyente. Él está en Cristo para siempre, justificado, hecho acepto y perfecto en Él, y nunca podrá ser otra cosa. Además, siempre debe juzgar su estado en función de su posición, y nunca su posición en función de su estado. El esfuerzo por alcanzar la posición dependiendo de nuestro estado, es *legalismo*; mientras que negarse a juzgar nuestro estado en función de la posición, es *antinomianismo*. Los dos –aunque tan diferente el uno del otro– son igualmente falsos, opuestos a la verdad de Dios, ofensivos al Espíritu Santo y completamente ajenos a la idea divina de “un hombre en Cristo”.

El hombre de Dios

Habiéndonos referido a temas tan profundamente interesantes como *el hombre natural y un hombre en Cristo*, nos queda ahora por considerar, en tercer y último lugar, un tema sumamente práctico, sugerido por el título de este escrito: *el hombre de Dios*.

Sería un grave error suponer que todo cristiano es un hombre de Dios. Aun en los días de Pablo y Timoteo había muchos que llevaban el nombre de cristianos, pero que en realidad estaban muy lejos de conducirse como hombres de Dios, es decir, como aquellos que eran verdaderamente hombres de Dios en medio del fracaso y del error que ya entonces habían comenzado a introducirse furtivamente. La percepción de este hecho es lo que hace que la segunda epístola a Timoteo sea tan profundamente interesante. En ella encontramos lo que podemos llamar una amplia provisión para el hombre de Dios en el tiempo en que es llamado a vivir: un tiempo peligroso, oscuro y malo, seguramente, en el cual todos “los que quieren vivir piadosamente” debe mantener los ojos fijos en Cristo mismo, en su Nombre, en su Persona, en su Palabra, si quieren avanzar contra la corriente.

Es casi imposible leer la segunda epístola a Timoteo sin sentirse impresionado por su carácter intensamente individual. El mismo comienzo de la epístola es notablemente característico: “Doy gracias a mi Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día” (cap. 1:3).

¡Qué emotivas y encendidas palabras! ¡Qué conmovedor es escuchar a un hombre de Dios derramando los tiernos y profundos sentimientos de su amoroso y gran corazón, en el corazón de otro hombre de Dios! El querido apóstol estaba comenzando a sentir la fría indiferencia que se estaba extendiendo rápidamente sobre la iglesia profesante. Estaba probando la amargura de las esperanzas frustradas. Sintió el abandono de muchos que una vez habían profesado ser sus amigos y compañeros en esa gloriosa obra a la cual había dedicado todas sus energías. Muchos se avergonzaban del “testimonio de nuestro Señor” y de Su prisionero. No es que hayan dejado de ser cristianos ni que abandonaran la profesión cristiana; sino que le dieron las espaldas a Pablo, dejándolo solo en el día de la prueba.

Ahora bien, en esas circunstancias, el corazón se vuelve con especial ternura a una fe y un afecto individual. Si uno estuviese rodeado de sinceros confesores de Cristo, de una gran nube de testigos, de un gran ejército de buenos soldados de Jesucristo; si la corriente de la devoción fluye alrededor de uno y simplemente lo lleva en su seno, no dependería tanto de las simpatías y de la comunión individuales. Pero cuando el estado general de cosas es bajo, cuando la mayoría se

muestra infiel, cuando los antiguos compañeros nos abandonan, es entonces cuando la gracia personal y el verdadero afecto son especialmente valorados. El fondo oscuro de la decadencia general, pone de relieve la devoción individual.

Esto es lo que vemos en la preciosa epístola que estamos considerando. Hace bien al corazón escuchar las comunicaciones del viejo prisionero de Jesucristo, que puede hablar de servir a Dios desde sus mayores con limpia conciencia, y del incesante recuerdo de su amado hijo y fiel compañero de yugo.

Es especialmente interesante notar que, ya sea en referencia a su propia historia o a la de su amado amigo, Pablo siempre se remonta a hechos de fecha muy temprana relacionados con la senda individual de cada uno, anteriores al tiempo en que se conocieron, como también al de, lo que podríamos llamar, sus asociaciones eclesiásticas –todos hechos importantes e interesantes en su lugar–. Pablo había servido a Dios desde sus mayores, con limpia conciencia, antes de conocer a otros cristianos; y pudo seguir haciéndolo aun cuando lo abandonaron todos sus compañeros en la fe. Así también, en el caso de su fiel amigo, dice: “Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que en ti también” (cap. 1:5).

¡Qué bello y conmovedor es todo esto! Quedamos asombrados por estas referencias a la vida anterior de estos amados hombres de Dios. La “limpia conciencia” de uno y la “fe no fingida” del otro, constituyen dos grandes cualidades morales que deben poseer todos aquellos que son verdaderos hombres de Dios en un día oscuro y malo. La primera hace inmediata referencia al único Dios vivo y verdadero en todas las cosas; la otra encuentra todos sus recursos en Él. Aquella nos conduce a caminar *delante de* Dios; esta nos permite caminar *con* Él. Ambas son indispensables en la formación del carácter del verdadero hombre de Dios.

Es imposible sobreestimar la importancia de mantener una limpia conciencia delante de Dios en todos nuestros caminos. Es de un valor incalculable. Una conciencia pura impulsa a referir todo a Dios. Nos guarda de ser sacudidos de un lado a otro por todas las olas y corrientes de las opiniones humanas. Comunica estabilidad y consistencia a toda nuestra marcha y carácter. Todos estamos en inminente peligro de caer bajo la influencia humana, de conformar nuestros caminos a los pensamientos de nuestros semejantes, de adoptar sus ideas y sus pasatiempos.

Todo esto destruye el carácter de un hombre de Dios. Si usted adopta el tono y carácter de sus semejantes; si consiente ser formado en un molde meramente humano; si su fe se apoya en la sabiduría del hombre; si su objetivo es complacer al hombre, entonces, en lugar de ser un hombre de Dios, llegará a ser miembro de un partido o de una asociación exclusivista. Perderá esa encantadora frescura y originalidad tan esenciales para un siervo de Cristo, y estará caracterizado por los rasgos distintivos y sobresalientes de una secta .

Guardémonos cuidadosamente de esto, que ha arruinado a muchos siervos valiosos. Muchos que hubieran podido ser realmente trabajadores útiles en la viña, fallaron completamente por no mantener la integridad de su carácter y de su senda individual. Ellos comenzaron con Dios; iniciaron su carrera en el ejercicio de una conciencia limpia y en la búsqueda de esa senda que la mano divina había trazado para ellos. Había en ellos un florecimiento, frescor y verdor en los primeros tiempos, muy refrescante y alentador para todos los que se relacionaban con ellos. Eran enseñados por Dios. Se acercaban a la fuente eterna de la Santa Escritura y bebían por sí mismos. Tal vez no sabían mucho, pero lo que sabían era real, porque lo recibían de Dios, y era bien aprovechado, porque “mucho alimento se *halla* en el barbecho de los pobres” (Proverbios 13:23, V. M.).

Pero, en vez de seguir con Dios, se dejaron llevar por la influencia humana. Adquirieron la verdad de segunda mano y se volvieron vendedores de los pensamientos de otros hombres. En vez de beber de la propia Fuente, bebieron de las corrientes de la opinión humana; perdieron la originalidad, la simplicidad, la frescura y el poder, y se hicieron meros copistas, si no miserables caricaturas. En vez de derramar esos “ríos de agua viva” que fluyen de todo verdadero creyente en Jesús, cayeron en los estériles tecnicismos, y en las secas y metódicas expresiones formularias de la mera religión sistematizada.

Querido lector cristiano, debemos guardarnos cuidadosamente de todas estas cosas. Hemos de vigilar, orar para ser guardados de ellas, creer que son perniciosas y vivir a contracorriente de ellas. Procuremos servir a Dios con limpia conciencia; vivamos en Su inmediata presencia, a la luz de su bendito rostro, en la santa intimidad de la comunión personal con él, por el poder del Espíritu Santo. Podemos estar seguros de que este es el verdadero secreto del poder del hombre de Dios en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Debemos caminar con Dios en el profundo y apreciado sentido de nuestra propia responsabilidad personal hacia él. Esto es lo que entendemos por una “limpia conciencia”.

Pero ¿tenderá esto, en el más mínimo grado, a disminuir nuestro sentido del valor de la verdadera comunión, de la santa comunión con todos aquellos que son fieles a Cristo? De ninguna manera; en realidad, es precisamente lo que comunicará poder, energía y profundidad de tono a la comunión. Si todo “hombre en Cristo” solo se condujese cabalmente como un “hombre de Dios”, ¡qué bendita comunión habría! ¡Qué trabajo de corazón! ¡Qué brillo y qué inequívoco poder! ¡Qué diferente del frío formalismo de un asentimiento meramente nominal dado a ciertos dogmas acreditados de un partido, por un lado, y del *esprit de corps* de los círculos exclusivistas, por otro!

Hay pocos términos tan comúnmente usados y tan poco comprendidos como la palabra «comunión». En innumerables casos, indica simplemente el hecho de una membresía nominal en algunas denominaciones religiosas –un hecho que no ofrece ninguna garantía de que haya una comunión viva con Cristo o una devoción personal a Su causa–. Si todos los que están nominalmente «en comunión» se condujesen cabalmente como hombres de Dios, ¡qué diferente estado de cosas tendríamos el privilegio de presenciar!

Pero, ¿qué es la comunión? Es, en su expresión más elevada, tener un objeto común con Dios y compartir la misma porción; siendo Cristo mismo ese objeto y esa porción: el Cristo conocido y en quien nos gozamos por el Espíritu Santo. Esta es la comunión con Dios. ¡Qué privilegio! ¡Qué dignidad! ¡Qué bendición inefable que se nos permita tener un objeto común y una parte común con Dios mismo! ¡Deleitarse en Aquel en quien Él se deleita! No puede haber nada más elevado, nada mejor, nada más precioso que esto. Ni siquiera en el cielo mismo conoceremos algo superior. Nuestra propia condición será, gracias a Dios, completamente diferente. Habremos terminado con este cuerpo de pecado y de muerte, y seremos revestidos con un cuerpo de gloria. Habremos roto definitivamente con un mundo de pecado, de dolor y de distracción, donde todo está directamente en oposición a Dios y a nosotros, y respiraremos la atmósfera pura y cargada de hilaridad de aquel radiante y bendito mundo de arriba. Pero, en lo que respecta a nuestra comunión, como es ahora lo será entonces, “con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”, “en la luz” (1 Juan 1:3, 7), y por el poder del Espíritu Santo.

Nos referimos bastante a nuestra comunión con Dios. En cuanto a nuestra comunión los unos con los otros, es simplemente una realidad mientras andamos en la luz, tal como lo leemos: “Si andamos en luz como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Solo podemos tener comunión unos con otros mientras andamos en la inmediata presencia de Dios. Puede haber mucho trato o relación social

sin una pizca de comunión divina. ¡Lamentablemente, mucho de lo que pretende ser comunión cristiana, no es más que pura palabrería religiosa, la superflua, inútil y desecante cháchara del mundo religioso, nada más miserablemente infructuoso! Es verdad que la verdadera comunión cristiana puede ser solamente gozada en la luz. Solo cuando estamos andando individualmente con Dios en el poder de la comunión personal, tenemos realmente comunión los unos con los otros; y esta comunión consiste en gozar de Cristo verdaderamente con el corazón, como nuestro único objeto y como nuestra porción común. No es el empleo puramente intelectual de ciertas doctrinas preferidas que recibimos para tener en común. No es la simpatía mórbida con aquellos que piensan, ven y sienten igual que nosotros respecto de alguna teoría o dogma favorito. Es algo completamente diferente de todo esto. Es deleitarse en Cristo, juntamente con todos aquellos que andan en la luz; apegarse a su Persona, a su Nombre, a su Palabra, a su causa, a los suyos. Es una consagración conjunta, de corazón y de alma, a Aquel “que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” y nos trajo a la luz de la presencia de Dios, para que andemos allí con él y los unos con los otros. Nada menos que esto es la comunión cristiana; y cuando se comprende realmente, nos conducirá a hacer una pausa y considerar lo que decimos cuando en un determinado caso afirmamos: «Tal persona está en comunión».

Pero debemos proseguir con nuestra epístola y ver la plena provisión que hay en ella para el hombre de Dios, por más oscuro que sea el tiempo que le toque vivir.

Hemos visto la importancia, o, mejor dicho, la indispensable necesidad de tener una “conciencia limpia” y una “fe no fingida” en el equipamiento moral del hombre de Dios. Estas cualidades conforman el mismo cimiento de todo el edificio de la piedad práctica que siempre debe caracterizar a un auténtico hombre de Dios.

Pero hay aún más que esto. El edificio debe ser levantado, de la misma forma que se echó el cimiento. El hombre de Dios tiene que trabajar en medio de todo tipo de dificultades, pruebas, penas, desalientos, obstáculos, preguntas y controversias. Tiene un vacío que llenar, un camino que conducir, un trabajo que hacer. Venga lo que venga, debe servir. El enemigo se puede oponer, el mundo puede mirar de mal ojo, la Iglesia puede estar en ruinas alrededor de él, falsos hermanos pueden poner trabas, frustrar esfuerzos y marcharse; pueden surgir peleas, controversias y divisiones que oscurecen la atmósfera; pero, a pesar de todas estas cosas, el hombre de Dios debe seguir adelante, trabajando, sirviendo, testificando, dentro de la esfera de actividad en que la mano de Dios lo ha colocado, y según el don que le haya sido conferido. ¿Cómo se lleva a cabo esto? No solamente manteniendo una conciencia limpia y ejercitando una fe no fingida —¡precio-

sas e indispensables cualidades, sin duda!—, sino que, además, tiene que escuchar con atención estas importantes palabras de exhortación: “Por lo cual, te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (cap. 1:6).

El don debe ser avivado, porque si lo dejamos dormido, se volverá inservible. Existe un gran peligro de dejar que el don caiga en desuso, a causa de las desalentadoras influencias de las circunstancias que nos rodean. Un don que no se usa, pronto se vuelve inútil; en cambio, un don que es avivado y diligentemente utilizado, crece y se expande. No basta con poseer un don, debemos ocuparnos del don, cultivarlo y ejercitarlo: esta es la forma de mejorarlo.

Y observemos la fuerza especial de la expresión “el don de Dios”. En Efesios 4:7, leemos del “don de Cristo”, y allí también encontramos todos los dones, desde el rango más alto al más bajo, provenientes de Cristo, la Cabeza resucitada y glorificada de Su cuerpo, la Iglesia. Pero en 2 Timoteo, esto se halla definido como “el don de Dios”. Es verdad que Cristo nuestro Señor —¡bendito sea su santo nombre!— es “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”, por lo que el don de Cristo es el don de Dios. Pero podemos estar seguros de que nunca hay ninguna distinción en la Escritura en la que no se aprecien diferencias; y de ahí que alguna buena razón hay para que se utilice la expresión “el don de Dios”. No dudamos de que esté en plena armonía con la naturaleza y el objeto de la epístola en la que aparece. Es “el don de Dios” comunicado al “hombre de Dios”, para ser usado por él, a pesar de la irremediable ruina de la iglesia profesante y de todas las dificultades, la oscuridad y el desaliento del tiempo en el cual le toca vivir.

El hombre de Dios no debe permitir que se le impida cultivar y ejercitar diligentemente su don, aunque todo parezca tinieblas y obstáculos, porque “Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (cap. 1:7). Nuevamente “Dios” es presentado a nuestros pensamientos, y ello, a su vez, con una gracia especial, al proveer a su hombre con todo lo necesario para satisfacer las exigencias particulares de su tiempo: “Espíritu de poder, de amor y de dominio propio”. ¡Qué maravillosa combinación! ¡De hecho, un exquisito compuesto preparado “según el arte del perfumista”! ¡Poder, amor y sabiduría! ¡Qué perfecto! Ni un solo ingrediente de más. Si fuera solamente un espíritu de poder, podría inducirnos a llevar las cosas de forma arrogante y dictatorial; si fuera solo un espíritu de amor, podría inducirnos a sacrificar la verdad por causa de la paz y la armonía, o a tolerar indolentemente el error y el mal, en lugar de ofender. Pero el poder se suaviza por el amor, y el amor se fortalece por el poder; además, el espíritu de sabiduría se agrega para concertar el poder y el amor. En una palabra, todo es una hermosa y divinamente perfecta provisión para el hombre de Dios. Es justamente lo que nece-

sita para “los postreros días” tan peligrosos, tan difíciles, tan llenos de todo tipo de preguntas desconcertantes y de aparentes contradicciones. Si a uno se le preguntara qué consideraría más necesario para tiempos como estos, seguramente diría: “poder, amor y dominio propio”. Pues bien, ¡bendito sea Dios!, esas son precisamente las cosas que nos ha dado en su gracia para formar el carácter, moldear la marcha y gobernar la conducta del hombre de Dios hasta el final.

Pero hay aún más provisión y exhortación para el hombre de Dios: “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (cap. 1:8). En los días de Pentecostés, cuando la poderosa y rica corriente de la divina gracia fluía y se llevaba consigo a miles de almas rescatadas; cuando todos eran de un corazón y un alma cuando los que estaban fuera se sobrecogían de temor a causa de las extraordinarias manifestaciones del poder divino, se trataba más bien de participar de los triunfos del Evangelio que de sus aflicciones. Pero en los días contemplados en 2 Timoteo, todo es diferente. El amado apóstol estaba solo, prisionero en Roma; todos los que estaban en Asia lo habían abandonado. Himeneo y Fileto negaban la resurrección. Todo tipo de herejías, errores y males se estaban infiltrando. Los límites fijados por los antiguos corrían peligro de ser arrastrados por la corriente de la apostasía y la corrupción.

Frente a todo esto, el hombre de Dios debe cobrar ánimo y valor para esa ocasión. Debe sufrir penalidades, retener la forma de las sanas palabras, guardar el buen depósito que le ha sido encomendado, esforzarse en la gracia que es en Cristo Jesús, no *enredarse* en los negocios de esta vida —aunque bien puede estar *ocupado* en sus actividades ordinarias—; debe mantenerse libre como soldado, aferrarse al firme fundamento de Dios, purificarse de los vasos para deshonra dentro de la casa grande, huir de las pasiones juveniles, y *seguir* “la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor”. Debe evitar “las cuestiones necias e insensatas”, apartarse de los profesantes sin vida y puramente formales; estar enteramente preparado para toda buena obra, y perfectamente equipado con el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Debe predicar la palabra, instar a tiempo y fuera de tiempo, ser vigilante en todas las cosas, soportar las aflicciones y hacer la obra de evangelista.

¡Qué categoría para un hombre de Dios! ¿Quién es suficientemente apto para estas cosas? ¿Dónde se obtiene el poder espiritual práctico para tales trabajos? En el propiciatorio. El hombre de Dios hallará este poder en la paciente, diligente y confiada dependencia del Dios viviente, y en ninguna otra cosa. Todos nuestros recursos están en Él; solo tenemos que acercarnos a él, quien es suficiente para el día más oscuro. Las dificultades son nada para él, y son sustento para la fe.

En efecto, las dificultades más graves, son simplemente sustento para la fe, y el hombre de fe puede alimentarse de ellas y crecer y hacerse fuerte. La incredulidad dirá: “¡Hay un león rugiente en el camino!”; pero la fe puede matar al león más fuerte que ruja en el camino del nazareo de Dios. Es el privilegio de todo verdadero creyente estar muy por encima de todas las influencias hostiles que lo rodean –sin importar cuáles sean ni de dónde provengan–, y, en la calma, la quietud y el resplandor de la presencia divina, gozar de una comunión tan elevada, y gustar de tan ricos y extraordinarios privilegios, como jamás se conoció en los días más brillantes y prósperos de la Iglesia.

Todo hombre de Dios necesita recordar esto. No se obtiene ningún consuelo, ninguna paz, ninguna fuerza ni poder moral ni ninguna verdadera elevación contemplando las ruinas. Debemos mirar hacia arriba, fuera de las ruinas, al lugar donde se sentó nuestro Señor Jesucristo, a la diestra de la Majestad en las alturas; o bien –para hablar más de acuerdo con nuestra verdadera posición– mirar hacia abajo, desde nuestro lugar en los cielos, sobre todas las ruinas de la tierra. Hacer realidad nuestro lugar en Cristo, y estar ocupados con el corazón y el alma en él, constituye el verdadero secreto del poder para conducirnos como hombres de Dios. Tener a Cristo siempre ante nosotros –su obra para la conciencia, su persona para el corazón, su palabra para el camino–, es el único gran remedio, soberano y divino, para un yo en ruinas, para un mundo en ruinas y para una iglesia en ruinas.

Pero debemos terminar. Nos gustaría explayarnos sobre el contenido de esta preciosa segunda epístola a Timoteo. Sería realmente refrescante detenernos en todas sus conmovedoras alusiones, sus serios llamamientos, sus importantes exhortaciones. Pero esto demandaría un volumen entero, por lo que debemos dejar que el lector cristiano estudie la epístola por sí mismo, rogando que el Espíritu eterno, quien inspiró lo escrito, lo revele y lo aplique, con vivo poder, a su alma, a fin de que pueda conducirse como un fiel y fervoroso hombre de Dios y siervo de Cristo, en medio de un escenario de profesión hueca, y de una religiosidad mundana y sin vida.

¡Quiera el buen Señor despertar en nosotros una más plena consagración –en cuerpo, alma y espíritu, en todo lo que somos y en todo lo que tenemos– a Su servicio! ¡Creemos que realmente podemos decir que suspiramos por esto, con un profundo sentido de nuestra falta de ello; y más lo anhelamos cuanto más nos cansamos de la condición de cosas sin realidad, dentro y alrededor de nosotros!

Querido lector, clamemos con fervor, con fe y con perseverancia a nuestro Dios siempre misericordioso para que nos haga más sinceros, más reales y más fervientes; más fieles a nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas.

Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina

Unas palabras para los que trabajan en la obra del Señor

“ Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren (1 Timoteo 4:16).

Las palabras del texto citado son muy solemnes y deben ser sopesadas por todos aquellos que tienen que presentar a las almas la Palabra de Dios y la doctrina. El inspirado apóstol dirige estas palabras a su amado hijo Timoteo, las cuales contienen la más preciosa instrucción para cada uno de los que son llamados por Dios para ministrar en la asamblea o para predicar el Evangelio. Con toda seguridad, tomar parte en tal ministerio es un santo y elevado privilegio; pero, al mismo tiempo, el que lo ejerce tiene una enorme responsabilidad.

El pasaje citado en el epígrafe expone ante el obrero del Señor dos deberes sumamente importantes; deberes absolutamente esenciales a los cuales debe prestar atención con diligente oración y vigilancia, si quiere ser un obrero útil en la Iglesia de Dios, un “buen ministro de Jesucristo” (1 Timoteo 4:6). Primeramente, debe cuidar de sí mismo, y luego cuidar de la enseñanza o doctrina.

Ten cuidado de ti mismo

Consideremos en primer lugar este solemne mandato: “Ten cuidado de ti mismo”. Sería difícil expresar todo el alcance moral de estas palabras. Es importante que todo creyente las observe, pero principalmente un obrero del Señor, pues a este se dirigen en particular. Él, más que nadie, necesita cuidarse a sí mismo. Debe cuidar el estado de su corazón, de su conciencia, de su hombre interior en conjunto. Tiene que conservarse “puro” (1 Timoteo 5:22). Sus pensamientos, sus afectos, su espíritu, su carácter, su lenguaje, todo debe mantenerse bajo el santo control del Espíritu y de la Palabra de Dios. Es necesario que esté ceñido con la verdad y vestido con la coraza de justicia. Su condición moral y su marcha práctica deben concordar con la verdad que ministra; de lo contrario, el enemigo, con seguridad, ganará ventaja sobre él.

El maestro debería ser la expresión viviente de lo que enseña; al menos, tal debería ser el objeto perseguido por él con sinceridad, con vehemencia y con perseverancia. Es de desear que esta santa medida esté constantemente ante “los ojos de su entendimiento (lit. corazón)” (Efesios 1:18). Lamentablemente, el mejor comete faltas y permanece siempre por debajo de esa medida; pero si su corazón es sincero, si su conciencia es delicada, si el temor de Dios y el amor de Cristo

ocupan en él su debido lugar, el obrero del Señor no se sentirá satisfecho con nada que esté por debajo de la medida divina, ya sea en su estado interior o en su andar exterior. En todo tiempo y en todo lugar, su ardiente deseo será manifestar en su conducta el efecto práctico de su enseñanza, y ser “ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12). Y en cuanto a su ministerio, todo obrero del Señor debería poder decir: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos por amor de Jesús” (2 Corintios 4:5).

Sin embargo, jamás debemos perder de vista el tan importante hecho moral de que el maestro debe *vivir* la verdad que enseña. Moralmente, es en extremo peligroso que un hombre enseñe en público lo que su vida privada desmiente –peligroso para sí mismo, deshonroso para el testimonio y perjudicial para aquellos a quienes enseña–. ¡Qué deplorable y humillante es para un hombre, cuando contradice con su conducta personal y su vida doméstica la verdad que presenta públicamente en la asamblea! Esto es algo que ha de temerse sobremanera y que terminará indefectiblemente en los más funestos resultados.

Que el firme propósito y el vigoroso anhelo de todos los que ministran la Palabra y presentan la doctrina sea pues el de alimentarse con la preciosa verdad de Dios, el de apropiarse de ella, el de vivir y moverse en su atmósfera, de modo que su hombre interior sea fortalecido y formado por ella; que ella habite ricamente en ellos, y que de ese modo pueda correr hacia los demás con su vivo poder, sabor, unción y plenitud.

Es algo muy pobre, e incluso muy peligroso, sentarse ante la Palabra de Dios como un mero estudiante, con el objeto de preparar conferencias o sermones para predicar a los demás. Nada podría ser más fatigoso o desecante para el alma. El uso meramente intelectual de la verdad de Dios, acumular en la memoria ciertas doctrinas, puntos de vista y principios, y luego exponerlos con alguna facilidad de palabras, es a la vez desmoralizador y engañoso. Podríamos estar extrayendo agua para los demás y al mismo tiempo ser, nosotros mismos, como cañerías oxidadas. No hay nada más triste que esto. El Señor dice: “Si alguno tiene sed, venga a mí y *beba*”. No dice *extraiga*. La verdadera fuente y el poder de todo ministerio en la Iglesia, se hallará siempre al beber nosotros mismos del agua vivificante y no al extraerla para los demás. El Señor sigue diciendo: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:37-38). Es necesario que permanezcamos muy cerca de la fuente eterna, el corazón de Cristo, y beber de ella largos sorbos y continuamente. De ese modo nuestras propias almas se refrescarán

y serán enriquecidas; ríos de bendición correrán de ellas para refrigerio de los demás, y raudales de alabanzas subirán al trono y al corazón de Dios por Jesucristo. Este es el ministerio cristiano; el cristianismo mismo; y toda otra cosa carece absolutamente de valor.

Ten cuidado de la doctrina

Detengámonos ahora un momento en el segundo punto de nuestro tema; me refiero a la doctrina o *enseñanza*; esta última palabra expresa el verdadero sentido del original. ¡Cuántas cosas se encuentran encerradas allí! “Ten cuidado de la enseñanza”. ¡Qué solemne advertencia! ¡Cuánto cuidado y qué santa vigilancia se requieren! ¡Cuánto se necesita esperar en Dios con oración y con perseverancia, para saber lo que hay que decir y la manera de decirlo! Solo Dios conoce el estado y la necesidad de las almas. Nosotros no sabemos lo que necesitan. Podríamos ofrecer “alimento sólido” a los que solo son capaces de “beber leche”, y ocasionarles así un positivo perjuicio. El apóstol dice: “Si alguno habla, sea como los oráculos de Dios” (1 Pedro 4:11, V. M.). No dice: «Hable *conforme* a los oráculos o a las palabras de Dios», (como se lee en algunas versiones). Un hombre puede levantarse en la asamblea y hablar durante una hora, estando cada una de sus palabras en estricto acuerdo con la letra de las Escrituras, y, sin embargo, no haber hablado de ningún modo como oráculo de Dios –como vocero o portavoz de Dios–. Puede haber presentado la verdad, pero no la verdad que se necesitaba en ese momento.

Todo esto es muy solemne y nos hace sentir la seriedad de la advertencia del apóstol: ¡“Ten cuidado de la enseñanza”! ¡Qué urgente necesidad tenemos de ser despojados de nosotros mismos, para depender por completo del poder y la dirección del Espíritu Santo! En esto estriba el precioso secreto de todo ministerio eficaz, sea oral o escrito. Alguien podría hablar durante horas y escribir muchos volúmenes sin decir o escribir nada que sea antiescriturario, pero si no lo hace en el poder del Espíritu, sus palabras solo serán metal que resuena o címbalo que retiñe, y sus volúmenes un montón de papel de desecho. Necesitamos permanecer más a los pies del Maestro y abrevarnos más de su Espíritu; es necesario estar en comunión con su corazón lleno de ese amor que tiene por los preciosos corderos y ovejas de su rebaño. Entonces nuestras almas estarán en condiciones de dar el alimento en el tiempo conveniente.

Solo el Señor sabe exactamente lo que sus amados necesitan a cada instante. Nosotros quizá podríamos sentirnos profundamente interesados en un orden especial de verdades y juzgar que eso es lo que le conviene a la asamblea, pero podemos equivocarnos por completo. No es la verdad lo que nos interesa, sino que lo que tenemos que presentar es la verdad que responde a las

necesidades de la asamblea, y para hacerlo es necesario esperar constantemente en el Señor de toda gracia. Deberíamos fijar nuestros ojos en Él, con tesón y con simplicidad, y decirle: «Señor, ¿qué quieres que les diga a tus santos amados? Dame el mensaje que les conviene». Entonces el Señor se serviría de nosotros como canales suyos; la verdad fluiría de su amante corazón a los nuestros, y de allí se derramaría en los corazones de los suyos, según el poder de su Espíritu.

¡Ojalá que esto fuese así para todos los que hablan y escriben para la Iglesia de Dios! ¡Qué resultados podríamos esperar! ¡Qué poder, crecimiento y manifiesto progreso en la vida divina se vería! Los verdaderos intereses del rebaño de Cristo serían el objeto de todo lo que se dice o se escribe. No habría nada equivocado; no se presentaría nada extraño ni nada que cause sobresalto o asombro. De los labios o de las plumas solo brotaría lo que es sano, sobrio y oportuno. Solo se oirían “sanas palabras” (1 Timoteo 6:3; 2 Timoteo 1:13), que no pueden ser condenadas; y se presentaría únicamente lo que es bueno para la edificación.

Que en toda la Iglesia de Dios cada obrero se aplique a sí mismo la advertencia del apóstol: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina (enseñanza)... pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”.

“Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes. Procura con diligencia presentarte *a Dios aprobado*, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:14-15).

El perfecto obrero

Siempre hallamos frescura en cada porción de la Palabra de Dios, pero más especialmente en aquellas partes que nos presentan a la bendita Persona del Señor Jesús; que nos dicen lo que era, lo que hacía, lo que decía, cómo lo hacía y cómo lo decía; que lo presentan a nuestros corazones en sus idas y venidas y en sus inmaculados caminos; en su espíritu, tono y manera, en su mirada y en su gesto. Hay algo en todo esto que domina y atrae el corazón. Es mucho más poderoso que la mera declaración de doctrinas, por importantes que sean, o que el establecimiento de principios, por profundos que sean. Tanto las doctrinas como los principios tienen, sin duda, su valor y lugar, pues iluminan el entendimiento, instruyen la mente, forman el juicio y gobiernan la conciencia.

Pero la presentación de la Persona de Cristo atrae el corazón, cautiva los afectos, satisface el alma y domina todo el ser. En una palabra, nada supera la ocupación del corazón con Cristo tal como el Espíritu Santo nos lo ha revelado en la Palabra, especialmente en los inigualables relatos de los Evangelios. Ojalá que probemos esto a medida que meditemos en el capítulo 11 de Mateo, en el que podemos ver a Cristo como el perfecto obrero. Este capítulo está dividido en tres partes: la primera se extiende hasta el final del versículo 24; la segunda, del versículo 25 al 27, y la tercera del versículo 28 hasta el final del capítulo. En la primera parte encontramos *los rechazos* que el Señor Jesús enfrentó en su ministerio; en la segunda, *los recursos* que buscó en Dios; y en la tercera, lo que nos *da a cambio*.

Los rechazos que enfrentó el perfecto obrero

No hubo un solo servidor de Dios en este mundo que no haya sufrido rechazos de una u otra forma. Y el único perfecto obrero no constituye una excepción a la regla. Jesús sufrió el desprecio y el desengaño. Si no hubiese experimentado estas cosas, no podría compadecerse de aquellos que tienen que enfrentarlas en cada etapa de su carrera. Como hombre, Jesús experimentó en perfección todo lo que un hombre es capaz de sentir, excepto el pecado. “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Es capaz de “compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4:15). Entiende perfectamente y participa de lleno en todas las circunstancias por las que sus siervos tienen que pasar en su ministerio.

En el capítulo 11 de Mateo, el Espíritu agrupó una serie de rechazos o desengaños que el perfecto Obrero, el verdadero Siervo, el divino Ministro, tuvo que sufrir en el desempeño de su ministerio. El primero de ellos vino de donde menos lo hubiéramos esperado: de Juan el Bautista. “Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” (v. 2-3).

Es evidente que en el momento que Juan el Bautista envió este mensaje a su Maestro, su espíritu estaba bajo una nube negra. Fue un momento oscuro en su vida. Esto no es algo inusual. Los mejores y más fieles siervos de Cristo tuvieron a veces su espíritu oscurecido por las espesas nubes de la incredulidad, el desánimo y la impaciencia. Moisés, ese fiel y altamente honrado siervo de Dios, en una ocasión dio lugar a expresiones como estas: “¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí?... No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal” (Números 11:11-15).

Tal fue el lenguaje del hombre más manso de toda la tierra (Números 12:3), ocasionado, sin duda, por las circunstancias más agravantes, por las quejas y murmuraciones de “seiscientos mil hombres de a pie” (Números 11:21, V. M.); pero, con todo, ese fue el lenguaje de Moisés. Seguramente nos sentaría mal asombrarnos de él, pues ¿qué simple mortal habría podido soportar la intensa presión de ese momento? ¿Qué dique meramente humano habría podido contener la fuerza incontrolada y repentina de una corriente tan poderosa?

De la misma forma encontramos a Elías el tisbita en un aprieto realmente grave, pasando por un momento oscuro en su vida, echándose debajo de un enebro y pidiendo morir. “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 Reyes 19:4). Este fue el lenguaje de Elías –uno de los más honrados siervos de Dios–, provocado, sin duda, por una combinación de las más desalentadoras influencias, pero, con todo, esas fueron sus palabras. Y nadie tiene derecho a censurarlo hasta no haber pasado por condiciones semejantes a las que pasó, sin sentimientos fluctuantes ni palabras dubitativas.

Tal es el caso también de Jeremías, otro de los tan privilegiados siervos de Cristo, cuando, después de ser azotado por Pasur y de sufrir el escarnio y la burla de los impíos que lo rodeaban, dio rienda suelta a sus sentimientos con expresiones como estas: “Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste; cada día he sido escarnecido, cada cual se burla

de mí. Porque cuantas veces hablo, doy voces, grito: Violencia y destrucción; porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día. Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre” (Jeremías 20:7-9).

Y también: “Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito. Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre, diciendo: Hijo varón te ha nacido, haciéndole alegrarse así mucho. Y sea el tal hombre como las ciudades que asoló Jehová, y no se arrepintió; oiga gritos de mañana, y voces a mediodía, porque no me mató en el vientre, y mi madre me hubiera sido mi sepulcro, y su vientre embarazado para siempre. ¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?” (v. 14-18). Tal es el lenguaje de Jeremías, el profeta llorón, ocasionado, sin duda, por amargos rechazos y penosas decepciones que sufrió durante su ministerio profético; sin embargo, son sus propias palabras; y, antes de condenarlo, fijémonos si nosotros podemos conducirnos mejor en circunstancias tan apremiantes.

¿Hemos de asombrarnos, entonces, después de la lectura de estos pasajes, cuando hallamos a Juan el Bautista, en medio de la penumbra del calabozo de Herodes, vacilando durante un momento? ¿Deberíamos sorprendernos si descubrimos que él no estaba hecho de un mejor material que los servidores de anteriores generaciones? Si tanto el legislador de Israel, el reformador y el profeta llorón, cada cual en su época y generación, tambalearon bajo el enorme peso de su carga, ¿hemos de sorprendernos al ver a “Juan, hijo de Zacarías” dando paso a un sentimiento momentáneo de impaciencia e incredulidad bajo la oscuridad de los muros de su prisión? No hasta que nosotros mismos hayamos permanecido imperturbables en medio de similares influencias.

Sin embargo, nos aventuramos a decir que el mensaje de Juan fue un desprecio que hirió y decepcionó el corazón de su Maestro. Sí, eso es precisamente lo que afirmamos. La autoridad para esta afirmación la hallamos en la forma en que Cristo le responde: “Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:4-6).

Muy probablemente Juan el Bautista, pasando por un oscuro momento de incredulidad, se vio tentado a preguntarse si Jesús era realmente Aquel de quien había dado tan pleno y positivo testimonio durante su ministerio. Tropezó sin duda un momento, cuando se vio bajo la mano de hierro de Herodes y oyó hablar de las obras de Cristo. Su pobre corazón pudo haber dado rienda suelta a razonamientos como estos: «Si este fuera realmente el glorioso Mesías al cual esperamos, cuyo reino iba a ser establecido con poder, ¿por qué entonces me sucede esto a mí que soy

su siervo y testigo? ¿Por qué estoy aquí en la oscuridad de este calabozo? ¿Por qué no extiende su poderosa mano para librarme de estas cadenas y abrir de par en par las puertas de esta prisión?».

Si estos eran los razonamientos de Juan el Bautista en prisión –y podemos comprenderlo perfectamente– ¡qué poderosa, aguda y penetrante respuesta recibió de parte del Señor! Jesús le señala las grandes pruebas morales de Su divina misión, que eran ampliamente suficientes para llevar la convicción a todo el que es enseñado por Dios. ¿No se había de esperar que cuando el Dios de Israel apareciera en medio de su pueblo se ocuparía de la condición espiritual en que se hallaba? ¿Era ese el momento para la simple demostración de poder? ¿Podía el Hijo de David establecer su trono en medio de la miseria y las dolencias humanas? ¿No hacía falta un ejercicio de humilde y paciente gracia y misericordia en medio de los múltiples y variados frutos del pecado?

Es verdad que la mera demostración de poder habría podido abrir de golpe la celda de Herodes y poner en libertad al cautivo; pero entonces, ¿qué hay de los ciegos, los cojos, los leprosos, los sordos, los muertos y los pobres (Mateo 11:5)? ¿Podía el despliegue de poder real –que pronto tendrá lugar–, aliviar la condición de aquellos? ¿No estaba claro que hacía falta algo más? ¿No estaba igualmente claro que el ministerio amoroso, reconfortante y misericordioso del humilde Jesús de Nazaret suplía esta falta? Sí, y Juan el Bautista debió haberlo sabido. Pero ¡ah! usted y yo bien podemos caminar con paz y sosiego en el calabozo de este honrado siervo de Cristo, no solo porque la gracia quiere que lo hagamos, sino también porque estamos convencidos de que, si *nosotros* hubiésemos estado en su posición, los fundamentos de nuestra fe personal, de no haber estado sustentados por la gracia, habrían cedido de manera mucho más deplorable.

Pero es importante que entendamos bien el desliz de Juan el Bautista y recojamos diligentemente las oportunas instrucciones que nos ofrece su temporal abatimiento. Haremos bien en ver con claridad qué es lo que faltaba en su fe, para poder sacar provecho de esta interesante narración. Hubiese sido de gran ayuda a Juan si tan solo hubiese comprendido y recordado que el tiempo en que estamos no es el tiempo del *poder* de Cristo, sino el de su *simpatía*. Si fuese “el día de su poder”, no habría calabozo, obstáculo, peligro, prueba ni dolor de ningún tipo para los santos de Dios. No habría encrespadas olas en el mar, nubes en el cielo, tempestades que afrontar o penurias que soportar. Pero este es el día de la simpatía de Cristo; y la pregunta que han de hacerse aquellos que son probados y tentados, hostigados y oprimidos, es esta: «¿Qué preferiría, el *poder* de la *mano* de Cristo en la liberación *de* la prueba, o la *simpatía* de Su *corazón* en la prueba?». La

mente carnal, el corazón insumiso, el espíritu inquieto, sin duda exclamarán en seguida: «¡Oh, que solo haga uso de Su poder y me libere de esta prueba insoportable, de esta carga intolerable, de esta dificultad abrumadora. Opto por la liberación; lo único que deseo es ser liberado!».

Algunos de nosotros, bien podemos comprender esto. A menudo somos “como novillo no acostumbrado *al yugo*” (Jeremías 31:18, V. M.); en vez de someternos con paciencia, nos hallamos luchando incansablemente, haciendo nuestro yugo tanto más penoso cuanto más nos esforzamos inútilmente para deshacernos de él. Pero la mente espiritual, el corazón sumiso, el espíritu humilde, dirán, sin la menor reserva, «solo quiero disfrutar la dulce simpatía del corazón de Jesús en mis pruebas, y no pido nada más. No quiero que el poder de su mano me prive en lo más mínimo del consuelo que me dan el tierno amor y la profunda simpatía de su corazón. Sé perfectamente que tiene poder para librarme. Sé que en un abrir y cerrar de ojos podría romper estas cadenas, derribar los muros de esta prisión, reprender a aquella enfermedad, levantar de la muerte a ese ser querido que yace ante mí, quitar esta pesada carga, hacer desaparecer tal o cual dificultad, suplir esta falta».

Pero si él no ve conveniente actuar de esta manera, si no está de acuerdo con sus inescrutables consejos, si no es conforme a su sabio y fiel propósito respecto a mí, sé que solo es para que yo experimente de una manera más rica y profunda su preciosa simpatía. Si considera que no es bueno apartarme de la escabrosa senda de las pruebas y dificultades —de la senda que él mismo, en perfección, y todos Sus santos, en su medida, han atravesado a través de los siglos—, Su propósito de gracia es venir y caminar conmigo a lo largo de esa senda que, si bien es escabrosa y espinosa, conduce a las moradas eternas de la luz y bendición en lo alto. No podemos dudar un solo momento de que el conocimiento y la reminiscencia de estas cosas habrían aliviado enormemente el corazón de Juan el Bautista en medio de sus experiencias en prisión; y seguramente serían de utilidad para calmar y confortar nuestros corazones en medio de los diversos ejercicios por los que somos llamados a pasar en esta desolada escena. Todavía no ha llegado el momento de que Cristo tome su gran poder y reine (véase Apocalipsis 11:17). Ahora es el tiempo de Su paciencia, de su simpatía con los suyos. Nunca debemos olvidarlo. No extendió su poderosa mano para alejar de sí Sus sufrimientos en lo más mínimo. Y aun cuando Pedro desenvainó su espada, con un errado celo, para defenderlo, Jesús le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mateo 26:52-54).

Pero si bien reconocemos la falta momentánea de Juan el Bautista, y discernimos claramente los puntos en que su fe demostró su debilidad, no debemos olvidar la presión de las circunstancias a la que fue sometido, y la gran dificultad práctica de la lección que debió aprender dentro de los muros de su celda. Es muy difícil para un obrero ver que es hecho a un lado. Pocas cosas son más difíciles para una persona de mente activa que aprender que se puede prescindir de ella. Somos demasiado propensos a creer que la obra no puede seguir adelante sin nosotros. Pero el Señor pronto nos hará ver nuestro error. Las cadenas de Pablo hicieron avanzar la causa de Cristo. El encarcelamiento de un gran predicador provocó el surgimiento de una multitud de predicadores menores. La reclusión de Lutero en el castillo de Wartburg promovió la causa de la Reforma.

Siempre es así. Todos tenemos que aprender la saludable lección de que Dios puede prescindir de nosotros; que la obra puede seguir adelante sin nosotros. Esto se aplica a todos los casos. No importa, en lo más mínimo, cuál sea nuestra esfera de actividad. Puede que no seamos apóstoles o reformadores, maestros o predicadores; pero independientemente de lo que seamos, haremos bien si aprendemos que podemos ser muy fácilmente relevados de la escena que nos rodea. Tener esto presente dará gran reposo al corazón, y ayudará a curarnos del tan odioso deseo de ser vistos y sentirnos importantes, y nos permitirá decir: «¡El Señor sea alabado! La obra está siendo hecha, y eso me basta».

El lector advertirá que hay una marcada diferencia entre el mensaje de Cristo a Juan y su testimonio de Juan. Al hablarle a su siervo, le hace saber de manera inequívoca que Él sintió en su corazón la pregunta que le hizo. No tenemos ninguna dificultad en comprender esto. Estamos persuadidos de que la respuesta del Señor contenía una flecha aguda. Y aunque la envolvió en un estuche delicado, era una flecha, y una flecha aguda. “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:6). Juan seguramente habrá sentido el impacto de esto. Tenía por objeto dirigirse directamente a lo más profundo de su corazón. Este querido siervo había dicho respecto de Jesús: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30), y ahora era llamado a poner plenamente en práctica esto, no solo en cuanto a su ministerio sino también a su persona. Tuvo que aprender a estar contento de acabar su carrera ejecutado por la espada de un verdugo, después de pasar sus últimos días en la oscuridad de un calabozo. ¡Qué misterioso! ¡Qué profunda lección! ¡Qué difícil de comprender para la carne y la sangre! Había una apremiante necesidad de que Juan, en ese momento, oyese esas palabras que antes habían sido pronunciadas a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes *ahora*; mas lo entenderás *después*” (Juan 13:7).

¡Qué significado profundo tienen estas palabras “*ahora*” y “*después*”! ¡Cuánto necesitamos recordarlas! A menudo sucede con nosotros que el “*ahora*” está rodeado de una densa e impenetrable oscuridad. Espesas nubes se ciernen sobre nuestra senda. Los caminos por los que nos conduce la mano de nuestro Padre son totalmente inexplicables para nosotros. La mente se aturde. Hay determinadas circunstancias en nuestra senda, de las que no podemos dar razón; ciertos ingredientes en nuestra copa cuyo objeto no podemos entender ni apreciar. Estamos desconcertados y nos sentimos inclinados a exclamar: «¿Por qué estoy así?». Estamos demasiado absortos con el “*ahora*”, y nuestras mentes están llenas de oscuros e incrédulos razonamientos, hasta que estas preciosas palabras, con un silbo apacible y delicado, llegan al oído: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después”. Entonces los razonamientos hallan respuesta, la tempestad es apaciguada, el oscuro y deprimente “*ahora*” es iluminado con los rayos de un brillante y glorioso “*después*”, y el corazón sumiso, con acentos de santo e inteligente consentimiento, exclama: «Como tú quieras, Señor». ¡Quiera el Señor que este sentir se refleje más en nosotros! Seguramente lo necesitamos, cualquiera sea nuestra suerte en este mundo. Puede que no seamos llamados, como Juan el Bautista, a la prisión o al cepo; pero cada uno tiene su “*ahora*” que debe ser interpretado a la luz del “*después*”. “Las cosas que se ven” y que “son temporales”, deben considerarse a la luz de las cosas “que no se ven” y que “son eternas” (2 Corintios 4:18).

Pero escuchemos ahora el testimonio que Cristo dio de Juan: “Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Porque este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él” (Mateo 11:7-11).

Ese fue el brillante testimonio que Cristo dio de su siervo Juan el Bautista. “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. Hay un gran principio aquí, que podemos verlo ilustrado una y otra vez en el inspirado relato de los caminos de Dios con su pueblo. Cuando el Señor tuvo un mensaje para enviar *a* su siervo, se lo envió. Le habló de forma clara e inequívoca. Pero en cuanto se dispone a hablar *de* Juan, el caso es totalmente diferente.

Así ocurre siempre, y bendito sea Dios que así sea. Nosotros tenemos nuestros caminos y Dios tiene sus pensamientos; y si bien él tratará fielmente con nosotros en cuanto a los primeros, solo puede hablar de nosotros conforme a los últimos. ¡Qué alivio halla el corazón aquí! ¡Qué consuelo! ¡Qué poder moral! ¡Qué sólido fundamento para el juicio de uno mismo! Dios nos colocó en una posición, y piensa y habla de nosotros conforme a esa posición. Nosotros seguimos nuestros caminos prácticos, y él trata con nosotros y nos habla conforme a ellos. Él quiere hacernos ver qué hay en nuestro corazón para que consideremos nuestros caminos y juzguemos nuestras acciones. Pero en cuanto empieza a hablar de nosotros a los demás, revela la perfección de sus propios pensamientos respecto de nosotros, y habla de nosotros conforme a la perfecta posición en la que nos ha colocado en Su presencia –fruto de sus eternos consejos en cuanto a nosotros y de su perfecta obra a nuestro favor–.

Así ocurrió con Israel en los llanos de Moab. Ellos tenían sus caminos, y Dios tenía Sus pensamientos; y aunque tuvo que reprenderlos una y otra vez por sus caminos, hablarles claramente acerca de su perversidad y dura cerviz, tan pronto como el profeta codicioso aparece en escena para maldecir a Israel, el Señor se puso exactamente entre su pueblo y el enemigo para cambiar la maldición en bendición, y dar curso a los más sublimes y maravillosos cantos de testimonio a favor de ellos: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará? He aquí, he recibido orden de bendecir; el dio bendición, y no podré revocarla. No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él, y júbilo de rey en él. Dios los ha sacado de Egipto; tiene fuerzas como de búfalo. Porque contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel. Como ahora, será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios!” (Números 23:19-23).

¡Cuánta gracia vemos aquí! “No ha notado iniquidad... ni ha visto perversidad”. ¿Qué podía el enemigo decir de esto? “¡Lo que ha hecho Dios!”. No dice «¡Lo que ha hecho Israel!». Ellos obraron insensatamente muchas veces; pero Dios obró para salvación. Dios obró para Su gloria, y esa gloria lanzó sus destellos en la perfecta liberación de un pueblo torcido, perverso y duro de cerviz. De nada le servía al enemigo hablar de iniquidad y perversidad si Jehová no veía nada de esto. Nos importa muy poco también si Satanás nos acusa, cuando Dios nos ha absuelto; si Satanás enumera nuestros pecados, cuando Dios los ha borrado para siempre; si Satanás condena, cuando Dios nos ha justificado. Bien lo expresó un poeta:

*Oigo al acusador rugir
De los males que he hecho;
Yo los conozco bien, y miles más,
Ninguno halla Jehová.*

Y si alguien se dispusiera a preguntar: «¿No hay peligro en la declaración de un principio como este? ¿No podría conducirnos a la oscura y peligrosa región del antinomianismo?». Puede estar usted totalmente seguro de que nunca estará más lejos de esa temible región que cuando su alma se solea en los refulgentes y benditos rayos del eterno favor de Dios y se regocija en la plena seguridad de su salvación eterna e incondicional. Nunca hubo error más grave que imaginar que la libre gracia y la plena salvación de Dios puedan alguna vez conducir a resultados no santos. Las ideas de los hombres respecto de estas cosas pueden tener estos resultados. Pero cuando la gracia es plenamente conocida y la salvación gozada, con toda seguridad hallaremos los “frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Filipenses 1:11).

Pero sabemos que atribuir una tendencia antinomiana a la libre gracia de Dios, es una vieja costumbre de un ignorante y vanaglorioso legalismo. La expresión de Romanos 6:1 “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” no es una objeción de los tiempos modernos a las preciosas doctrinas de la gracia. No obstante, esas doctrinas permanecen intactas en toda su pureza y poder, y hallan su divino centro en la Persona de Cristo, quien, muriendo en la cruz para quitar de en medio nuestros pecados, vino a ser nuestra vida y justicia, nuestra santificación y redención, nuestro todo en todo. Él no solo nos libró de las futuras consecuencias del pecado, sino de su poder actual.

Es lo que Dios hizo, y el fundamento del gran principio del que hemos venido hablando y que se halla diversamente ilustrado en los caminos de Dios con Israel en los llanos de Moab y en los caminos de Cristo con Juan el Bautista en la cárcel de Herodes. Jehová obligó a Balaam a exclamar a oídos de Balac, “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel!”, en el mismo momento en que esas tiendas y habitaciones tenían vastos motivos para ser juzgadas. Así también Jesús declaró la grandeza de Juan el Bautista a oídos de toda la multitud, en el momento en que los mensajeros iban camino de regreso a donde estaba su maestro, llevando consigo una flecha para su corazón.

Queremos que el lector tenga una clara visión de este principio, y lo recuerde siempre. Le será de gran ayuda, no solo en el entendimiento de la Palabra de Dios, sino también en la interpretación de Sus caminos. Dios juzga a su pueblo (véase Hebreos 10:30; 1 Pedro 4:17). No pasará por

alto, ni puede hacerlo, ni una jota ni una tilde de los caminos de ellos. El espléndido testimonio de Balaam en las alturas de Moab, fue seguido por la aguda lanza de Finees en los llanos de Moab. “*Nuestro Dios es fuego consumidor*” (Hebreos 12:29). Esto es lo que *nuestro Dios* es ahora. No puede tolerar el mal. Habla de nosotros, piensa en nosotros y obra en relación con nosotros conforme a la perfección de su obra (véase Romanos 8:31); pero juzgará nuestros caminos. Si el enemigo acude para maldecir, ¿con qué se encuentra? No hay ni una sola mancha ni contaminación; todo es perfecto, precioso y hermoso. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo podrían los ojos de Dios ver esos pecados que fueron borrados para siempre por la sangre del Cordero? ¡Imposible!

¿Implica esto acaso no tomar en serio el pecado? De ninguna manera. ¿Abre esto la puerta a un camino ancho, a una marcha permisiva? No; pone el único fundamento verdadero de santidad personal. “El Señor juzgará a su pueblo” (Hebreos 10:30). Se ocupará de los caminos de Sus hijos. Cuidará de Su santidad; y no solo eso, sino que corregirá a los suyos con la vara de la fiel disciplina a fin de hacerlos partícipes de esa santidad (véase Hebreos 12:5-12). Y justamente porque las tiendas de Israel eran hermosas a los ojos de Jehová, este envió a Finees a esas mismas tiendas con la lanza de la justicia en su mano (véase Números 25).

Y hoy es exactamente igual. No soportará nada en los suyos ni en sus caminos, contrario a Su santidad, por cuanto los suyos son preciosos para él y hermosos a sus ojos. “Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 Pedro 4:17). Dios hoy no está juzgando al mundo. Está juzgando a su pueblo. Pronto juzgará al mundo. Pero debemos tener en cuenta que él juzga a su pueblo como “Padre santo” (Juan 17:11). Juzgará al mundo como Dios justo. El objetivo de lo primero es la santidad práctica, mientras que el resultado de lo último será la perdición eterna. ¡Solemne pensamiento!

Hay todavía otro punto en relación con esto, sobre el cual quisiéramos llamar la atención del lector, y que es de gran importancia práctica: No debemos medir nuestra posición delante de Dios por nuestro estado práctico, sino que siempre debemos juzgar nuestro estado por nuestra posición. Muchos se equivocan a este respecto, y su error conduce a los más desastrosos resultados. La posición del creyente es absolutamente segura, perfecta, eterna y divina; pero su estado es imperfecto y fluctuante. Es participante de la naturaleza divina, la cual no puede pecar (2 Pedro 1:4; 1 Juan 3:9); pero también lleva con él su vieja naturaleza que no puede hacer otra cosa que pecar.

Ahora bien, su posición es en la nueva naturaleza, y no en la vieja. Dios lo ve solo en la nueva. No está en la carne, sino en el Espíritu. No está bajo la ley, sino bajo la gracia. Está en Cristo. Dios lo ve como tal. Esta es su posición perfecta e inmutable; sus pecados pasaron; su persona ha sido aceptada; todo está completo. Su estado práctico nunca puede alterar su posición. Sí puede afectar seriamente su comunión, su adoración, su testimonio, su utilidad, su gozo espiritual, su paz de espíritu, la gloria de Cristo ligada con su carrera práctica. Estas son consecuencias graves en la apreciación moral de toda persona de conciencia sensible y de mente equilibrada. Pero la posición del verdadero creyente siempre permanece intacta e inmutable. El miembro más débil de la familia de Dios tiene este lugar de seguridad, y es perfecto en Cristo. Negar esto es eliminar la verdadera base del juicio propio y de la santidad práctica.

Por eso, si el cristiano se pone a medir su posición por su estado, se volverá infortunado, y su sentimiento de miseria será medido por su honestidad e inteligencia. Puede haber casos en que la ignorancia, la satisfacción personal o la falta de sinceridad conduzcan a una suerte de falsa paz; pero cuando hay alguna medida de luz, inteligencia y rectitud, y se mide la posición por el estado, solo puede haber angustia de espíritu.

Por otro lado, ningún cristiano serio debe olvidar jamás que su estado práctico debe ser juzgado por su posición. Si esta saludable verdad se pierde de vista, en muy poco tiempo terminaremos haciendo naufragio en cuanto a la fe y buena conciencia (véase 1 Timoteo 1:19). Debemos mantener los ojos de la fe fijos en un Cristo resucitado, y jamás estar satisfechos con nada que no sea conformarnos perfectamente a él en espíritu, alma y cuerpo.

Unas pocas palabras serán suficientes para presentar los demás rechazos que nuestro adorable Señor tuvo que sufrir, tal como aparecen en nuestro capítulo. Después que terminó con el asunto de Juan El Bautista y su ministerio, Jesús se vuelve a los hombres de esa generación y les dice: “Mas ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos” (Mateo 11:16-19).

Tanto el sonido de la flauta como las endechas, fueron ignorados por una generación incrédula. “Vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis” (Mateo 21:32). El Señor Jesús vino en perfecta gracia, y ellos no lo quisieron. Tanto el austero y solitario ministro de justicia, con el hacha del juicio en su mano (Mateo 3:10), y el humilde y dulce Ministro de la gracia divina, con

palabras de ternura y hechos de bondad, fueron rechazados por los hombres de esa generación. Pero los hijos de la sabiduría siempre la justificarán en todos sus hechos y dichos. ¡El Señor sea alabado por esta rica gracia! ¡Qué privilegio es ser parte de los hijos de la sabiduría! ¡Tener ojos para ver, oídos para oír y un corazón para entender y apreciar los caminos, las obras y las palabras de la divina Sabiduría! Como expresó el poeta: «¡Oh, qué grande deudor, a la gracia soy!».

“Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:20-24).

¡Con qué profunda y tremenda solemnidad la palabra “¡Ay!” habrá resonado en los oídos, saliendo nada menos que de los labios del Hijo de Dios! Esos ayes fueron consecuencia de la gracia rechazada. Ya no era simplemente una cuestión de quebrantar la ley, deshonrar las ordenanzas y abusar de ellas, corromper descaradamente las instituciones divinas, rechazar y apedrear profetas y sabios. Todo esto ocurrió; pero había algo mucho más grave. El Hijo de Dios había venido en la más rica gracia. Habló a oídos de todos, palabras que jamás hombre alguno había hablado. Obró grandes milagros entre ellos. Sanó a los enfermos, limpió a los leprosos, resucitó muertos, alimentó a los hambrientos, abrió los ojos de los ciegos. ¿Qué no había hecho? ¿Qué no había dicho? Anhelaba juntarlos bajo Su ala protectora; pero ellos no quisieron refugiarse allí. Prefirieron las alas del archienemigo a las alas de Jehová. Él abrió su corazón para recibirlos; pero ellos no quisieron confiar en él. Todo el día extendió sus manos a este pueblo (Romanos 10:21); pero ellos no lo quisieron. Y ahora, después de una larga paciencia, derrama Sus solemnes ayes sobre ellos, y les habla del terrible destino que les espera.

Pero, querido lector, ¿no cree usted que el *ay* de Mateo 11 pueda tener un alcance más amplio que Corazín, Betsaida y Capernaum? ¿No retumba con mucho más fuerza y con un poder más abrumador en los oídos de la cristiandad? De nuestra parte, no podemos dudarle un solo momento. No podemos aquí ocuparnos de las circunstancias que conspiran para agravar la culpa de la Iglesia profesante: la amplia difusión de conocimiento bíblico y de luz evangélica, y las innume-

rables formas en que los privilegios espirituales se hallan esparcidos en la senda de esta generación. Y ¿qué vemos a cambio? ¿Cuál es la verdadera condición práctica de aquellos que ocupan los puestos más altos de la profesión cristiana? ¡Ay!, ¿quién se atreverá a dar una respuesta? Miramos hacia un lado, y vemos las oscuras sombras de la superstición que envuelven el espíritu de los hombres. Miramos hacia otro lado, y vemos la infidelidad levantando su frente atrevida y osando poner su impía mano sobre el sagrado canon de la inspiración. Junto con esto vemos al pobre corazón apoderándose ávidamente de todo lo que pueda contribuir a la comodidad y la autosatisfacción.

En una palabra, podemos afirmar con seguridad que en toda la historia del mundo, no se ha visto un espectáculo más tenebroso que el que presenta el cristianismo profesante en este mismo momento. Tomemos Corazín y las ciudades vecinas; Sodoma y Gomorra y las ciudades de la llanura; tomemos Tiro y Sidón; si ponemos todas estas ciudades juntas en un platillo de la balanza, con toda su culpa, y la cristiandad en el otro platillo, esta última inclinaría la balanza a su favor. Porque si en aquellas ciudades encontramos iniquidad e infidelidad, no las vemos, como en la cristiandad, unidas al nombre de Cristo, ni cubiertas con el especioso manto de la profesión cristiana. No; este último es el pecado agravado de la cristiandad, y por eso el terrible “¡Ay de ti!” ha de ser medido por la grandeza de los privilegios y su consecuente responsabilidad.

Y si estas líneas son leídas por alguien que hasta ahora ha rechazado el testimonio del Evangelio, le recordamos encarecidamente que sienta la solemnidad de las palabras “¡Ay de ti!”. Tememos que muy pocos toman conciencia de la terrible responsabilidad de oír y rechazar continuamente el mensaje del Evangelio. Si para Capernaum fue algo solemne rechazar la luz que alumbró sobre ella, ¡cuánto más solemne es para uno que rechaza la luz aún más brillante que alumbra sobre él en el evangelio de la gracia de Dios! La redención ha sido cumplida, Cristo ha sido exaltado para ser “Príncipe y Salvador” (Hechos 5:31), el Espíritu Santo ha descendido, el canon de la Escritura está completo, todo lo que el amor podía hacer se había hecho.

Si, pues, frente a todo este cúmulo de luz y privilegios, alguien todavía persiste en su incredulidad, quiere seguir viviendo en sus pecados, tiene muchos motivos para temer que esta palabra sea pronunciada sobre él al final: “¡Ay de ti, que rechazaste el Evangelio!”. “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. En-

tonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán” (Proverbios 1:24-28). ¡Que el Espíritu Santo utilice estas palabras para despertar a algún lector descuidado, y lo conduzca a los pies de Jesús!

Los recursos que el perfecto obrero halló en Dios

Vamos a considerar ahora los recursos que el perfecto obrero halló en Dios. Sin duda enfrentó rechazos en este miserable mundo; pero podía hallar en Dios los recursos que nunca fallan; por eso, cuando todo parecía estar contra él, cuando podía decir: “Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas” (Isaías 49:4); cuando la incredulidad, la dureza de corazón y el rechazo se presentaban a su vista por todas partes, “en aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:25-27).

Aquí, pues, estaban los ricos y variados recursos del verdadero obrero, quien pudo dar gracias a Dios por todas las cosas en todo tiempo. Se mantuvo incommovible en medio de todo. Si el testimonio era rechazado, si el mensaje caía en oídos sordos y corazones incircuncisos, si la preciosa semilla que fue esparcida por su mano de amor caía sobre el camino trillado y se la llevaban las aves del cielo, podía inclinar su cabeza y decir: “Te alabo, Padre... Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:25-26). No había ninguna falta en él. Siempre anduvo y obró en perfecta armonía con los consejos divinos.

No es el caso con nosotros. Si nuestro testimonio es rechazado, si no vemos fruto en nuestro trabajo, tal vez tengamos que buscar las causas. Tal vez debamos juzgarnos a nosotros mismos en el asunto. Posiblemente no hayamos sido fieles. La falta de resultados puede deberse exclusivamente a nosotros. Podía haber sido diferente si hubiésemos sido más devotos y hubiésemos tenido un ojo más sencillo. Habríamos juntado gavillas de oro en aquel rincón del campo, si no hubiera sido por nuestra carnalidad y mundanalidad. Nos complacimos a nosotros mismos en vez de negarnos a nosotros mismos; éramos gobernados por motivos mezclados. En pocas palabras, puede haber cientos de razones, en nosotros mismos y en nuestros caminos, por las cuales nuestra labor resultó infructuosa.

Pero no fue este el caso con el perfecto obrero. Por eso él podía retirarse tranquilamente de todo el repudio de los hombres y buscar sus recursos en Dios, pues en él todo era luz. “Te alabo, Padre”. Su corazón se apoyó en los eternos consejos de Dios. Todas las cosas le fueron entregadas. Y, como dice en otra parte: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí” (Juan 6:37). Todo estaba resuelto y todo estaba bien. Los consejos divinos permanecerán, y la divina complacencia se cumplirá. ¡Qué dulce alivio halla el corazón frente a todo el desprecio y el desengaño de los hombres!

Dios “cumplirá su propósito en” sus siervos (Salmo 138:8; compárese Filipenses 1:6); y aunque existen errores y fracasos –como, lamentablemente, abundan en todos nosotros– la rica gracia del Señor abunda sobre todo, y efectivamente toma ocasión de nuestros mismos errores para brillar tanto más intensamente, aunque seguramente los errores producirán sus tristes y humillantes resultados. Solo el recuerdo de esto puede dar calma y reposo en medio de las más desalentadoras circunstancias. Si apartamos la mirada de Dios, nuestras almas quedarán rápidamente aterradas. Tenemos el privilegio de poder, en nuestra pobre medida, dar gracias a Dios en vista de todas las cosas, y de refugiarnos en sus eternos consejos, los cuales se llevarán a cabo a pesar de toda la incredulidad del hombre y la malicia de Satanás.

Cómo nos retribuye el Señor

Para terminar este artículo citaremos las preciosas palabras que expresan cómo *nos retribuye* nuestro bendito Señor y Salvador. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

Estas palabras son familiares para nuestros lectores, y solo las citamos para completar el hermoso cuadro que nos presenta nuestro capítulo. Seguramente el lector espiritual disfrutará enormemente viendo al divino obrero siendo rechazado, hallando sus recursos en Dios y retribuyendo en gracia a aquellos que van a él trabajados y cargados. Es una maravillosa lección. El Señor Jesús se retira de una escena de rechazos y desengaños, y halla todos sus recursos en Dios. Y luego aparece en medio de esa misma escena que lo desechó, devolviendo gracia. Todo es gracia, perfecta e infinita gracia, paciencia inagotable.

Es cierto que envió una respuesta a Juan el Bautista; que retrató fielmente a los hombres de esa generación; que pronunció un solemne *Ay* sobre las ciudades impenitentes; pero pudo venir en toda la divina frescura y plenitud de la gracia que había en él, y decir a toda alma fatigada y cargada “*Venid a mí*”.

Todo esto es divino. Hace rebosar de adoración y acciones de gracias el corazón. Si bien la *fideli-*
dad se ve obligada a decir, por la impenitencia agravada, “¡*Ay* de ti!”, la *gracia* puede dirigirse a todo corazón cargado con palabras tan conmovedoras como las siguientes: “*Venid a mí*”. Ambas son perfectas. El Señor Jesús sintió los rechazos. No habría sido verdadero hombre si no los hubiera sentido. Porque los sintió pudo expresar: “*Esperé* quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmo 69:20). Notemos esa expresión “*esperé*”. Su amante corazón humano *esperó* afectuosamente compasión, pero no la halló. Esperó consoladores, pero esperó en vano. No hubo compasión para Jesús, ni tampoco consoladores. Fue dejado solo.

Soledad y desolación, sed, ignominia y muerte, tal era la porción del Hijo de Dios e Hijo del hombre. “El escarnio –dice– ha quebrantado mi corazón”. Es un grave error suponer que el Señor Jesús no sentía, como todo hombre siente, los diversos ejercicios por los que pasó. Sintió todo lo que el hombre es capaz de sentir excepto el pecado. Este último, lo llevó y lo expió en la cruz, ¡bendito sea su Nombre!

No solo se trata de una gran doctrina fundamental de la fe cristiana, sino de una verdad de infinita dulzura para el corazón de todo verdadero creyente. Jesús, como hombre, sintió lo que era ser ignorado, decepcionado, herido e insultado. Bendito Jesús, así eras aquí en la tierra porque eras verdaderamente hombre, perfecto en todo lo que convenía a un hombre en medio de este mundo sin corazón. Tu amante corazón buscó simpatía, pero no la halló. La soledad fue tu porción, cuando buscabas con ahínco compañerismo. Este mundo no tuvo compasión ni consuelo para ti.

Pero notemos la gracia que exhalan estas palabras: “*Venid a mí*”. ¡Qué distintos somos! Si nosotros, que tan a menudo las merecemos, a causa de nuestros caminos, nos encontramos con rechazos y desengaños, ¿cómo respondemos a ellos? Lamentablemente, con disgusto y amargura, llenos de quejas y murmuraciones. Y ¿por qué reaccionamos así? Puede alegarse que no somos perfectos. De hecho que no lo somos en nosotros mismos; pero podemos estar seguros de que si cultiváramos más el hábito de apartarnos de todo el desaire del mundo o de la Iglesia profesa y buscáramos simplemente nuestros recursos en Dios, seríamos mucho más capaces de ir y aparecer en medio de la escena en que fuimos rechazados, y retribuir con gracia. Pero a menu-

do sucede que en vez de depender enteramente de Dios, dependemos de *nosotros mismos*, y, por consecuencia, en vez de retribuir con gracia, retribuimos con amargura. Es imposible retribuir de manera correcta a los que nos rechazan a menos que echemos mano del recurso correcto.

¡Ojalá que aprendamos realmente de Jesús, y tomemos su yugo sobre nosotros! ¡Que podamos beber de Su manso y humilde espíritu! ¡Qué palabras: “Manso y humilde”! ¡Qué diferente es la naturaleza! ¡Qué diferente el mundo! ¡Qué diferentes nosotros! ¡Cuánta soberbia, altivez y auto-suficiencia! ¡Cuánta confianza en nosotros mismos, interés personal y deseo de exaltación propia! ¡Quiera el Señor que nos veamos a nosotros mismos tal como él nos ve, a fin de que, en su presencia, estemos en el polvo, y andemos siempre humildemente delante de él!

¡Qué seguridad moral nos da, en este tiempo de terquedad y altanería, tener un espíritu humilde, y llevar alegremente Su yugo, el yugo de la entera sujeción a la voluntad del Señor en todas las cosas! Este es el secreto de la verdadera paz y del poder. Solo podemos experimentar un verdadero reposo del corazón si la voluntad permanece sumisa. Si respondemos a cada designio de la mano de nuestro Padre con un “Sí, Padre”, en tal caso nuestra parte debe ser seguramente un verdadero reposo. Si nuestra voluntad está en acción, no puede haber reposo. Una cosa es *recibir* el reposo de la conciencia cuando venimos a Jesús al principio, y otra muy distinta es *hallar* reposo de corazón al tomar Su yugo y aprender de él. Quiera Dios concedernos la gracia de conocer mucho más esto último, en estos días de incesante actividad de la voluntad.

Juan el Bautista: solo «una voz» - Como responder preguntas

Últimamente he tenido gran interés en considerar la excelente manera en que Juan el Bautista respondió las diversas preguntas que le formularon, pues no solo había preguntas en su tiempo, sino que también las hay hoy día.

A lo que me refiero especialmente ahora lo encontramos en los capítulos 1 y 3 del evangelio de Juan.

La primera pregunta que se le formuló a este querido y honrado siervo de Cristo se refería a su propia persona, por lo que su respuesta fue más que breve. “Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres?” (Juan 1:19).

Siempre resulta inoportuno a cualquier persona de buen sentido que se le pida hablar de ella misma. No dudo de que Juan lo tomara así. En seguida les dijo que él no era el Mesías ni Elías. Que ni siquiera era el profeta. Pero ellos demandaban una respuesta certera. “Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?” (v. 22). Poco, por cierto, tenía Juan que hablar de sí mismo. El «yo» tenía muy poco lugar en los pensamientos de Juan. «Una voz», era todo lo que tenía que decir. El Espíritu en el profeta había hablado; Juan cita las palabras, y allí se detuvo. ¡Bendito siervo! ¡Fiel testigo! ¡Ojalá tengamos más de tu excelente espíritu; más de tu forma de responder a las preguntas!

Pero estos fariseos no quedaron satisfechos. Un Juan que ocultaba su «yo», despojado de sí mismo, era algo que estaba totalmente fuera del alcance de ellos. “Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?” (v. 25).

Aquí nuevamente Juan el Bautista reduce su respuesta a su forma más breve y sencilla: “Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (v. 26-27).

Así pues, en cuanto a sí mismo, era solo «una voz». Y en cuanto a su obra, bautizaba con agua, y solo aceptaba gustoso retirarse detrás de Aquel de quien no se sentía digno de desatar la correa del calzado.

Esto es exquisitamente bello. Y seguramente este hermoso espíritu que mostró este ilustre siervo de Cristo debe ser grandemente deseable por todos nosotros. Anhele conocer más de esa disposición de ocultar el yo, de olvidarse de uno mismo y de sus obras; de ese espíritu retraído. Es verdaderamente muy necesario en este tiempo de jactancia y pretensiones egoístas.

Pero volvámonos un momento al capítulo 3 de Juan. Aquí el tema es otro. No se trata ahora de su persona ni de su obra, sino de purificación. “Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él” (Juan 3:25-26).

Si bien esto fue un error, pues “Jesús no bautizaba, sino sus discípulos” (Juan 4:2), la cuestión aquí es otra. Lo que me sorprende es la forma en que Juan resuelve todas las cuestiones, buenas o malas. Halla una perfecta solución para todo en la presencia de su Señor. “Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Juan 3:27).

¡Que verdad tan simple y evidente! ¡Que manera de zanjar plenamente cada cuestión! Si un hombre tiene algo, ¿de dónde viene? ¿De dónde podría venir? Solamente del cielo. ¡Qué perfecto remedio para las contiendas, la envidia, los celos, la emulación! “Toda buena dádiva y todo don perfecto *de arriba es, descendiendo* del Padre de las luces” (Santiago 1:17, V. M.). ¡Qué relato de la tierra y del hombre! ¡Qué testimonio da del cielo y de Dios! No hay nada bueno en la tierra que no venga de Dios. Ninguna pizca de bien puede haber en el hombre que no provenga de Dios. ¿Por qué, pues, habrá alguien de jactarse, ser envidioso o celoso? Si toda bondad viene de lo alto, entonces que se ponga fin a toda contienda, y todo corazón se eleve en alabanza al “Padre de las luces”.

Así respondió Juan el Bautista a las preguntas de su tiempo. Hizo saber a todos los que preguntaban que sus preguntas tenían poco interés para él. Más aún, les hizo saber dónde estaba su verdadero interés. Este bendito siervo halló todos sus recursos en el Cordero de Dios, en Su preciosa obra, en su gloriosa Persona. La voz del Esposo le era suficiente y, con oírla, su gozo estaba cumplido. La cuestión de la purificación podía ser bastante interesante en su lugar y, como todas las demás cuestiones, tenía su lado recto y su lado incorrecto; pero para Juan era suficiente la voz del Esposo. En Su presencia, Juan hallaba una respuesta divina a cada pregunta; una solución divina a cada dificultad. Miraba al cielo, y veía toda cosa buena que venía de allí. Miraba el rostro del Esposo, y veía toda la gloria moral centrada allí. Esto le bastaba. ¿Por qué molestarlo

con todo tipo de preguntas acerca de sí mismo y de su obra, o acerca de la purificación? Él vivía mucho más allá de la región de las preguntas: en la bendita presencia de su Señor, y en ella hallaba todo lo que su corazón podía necesitar.

Ahora bien, me parece que haríamos bien en seguir el ejemplo de Juan a este respecto. No hace falta recordar que en nuestros días hay preguntas que inquietan las mentes de los hombres; y a algunos de nosotros se nos acusa de no expresarnos de forma más categórica al menos sobre algunas de estas cuestiones. Por mi parte creo que el diablo está haciendo todos los esfuerzos posibles para alejar nuestros corazones de Cristo y a unos de otros por estas cuestiones. No debiéramos “ignorar sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11). Él no viene abiertamente y dice: «Yo soy el diablo, y quiero dividirlos y esparcirlos con estas cuestiones». Pero es precisamente lo que trata de hacer. No importa si la cuestión en sí es correcta o incorrecta; el diablo puede servirse de una cuestión correcta tan efectivamente como de una incorrecta, con tal que logre dar a esa cuestión una importancia indebida, y hacer que se interponga entre nuestras almas y Cristo, y entre nosotros y nuestros hermanos. Puedo entender una diferencia de opinión sobre diversas cuestiones menores. Los cristianos han tenido estas diferencias durante muchos siglos, y las seguirán teniendo hasta el fin de los tiempos. Ello se debe a la debilidad humana. Pero cuando se permite que una cuestión asuma una importancia indebida, deja de ser simple debilidad humana y se convierte en una estratagema de Satanás. Yo puedo tener una opinión muy decidida sobre algún determinado punto, y usted también. Pero mi anhelo ahora es poner completamente de lado todas las cuestiones, y regocijarnos juntos oyendo la voz del Esposo; marchar juntos en la luz de su bendita faz. Esto confundirá al enemigo. Nos libraré eficazmente del prejuicio y la parcialidad, de los grupos y círculos exclusivistas. Entonces nos mediremos unos a otros, no por nuestros puntos de vista ni por alguna cuestión particular, sino por nuestra apreciación de la persona de Cristo y nuestra devoción a su causa.

En una palabra, mi querido y apreciado hermano, mi anhelo es que tanto usted como yo, y todos nuestros amados hermanos de todo el mundo, estén caracterizados por una ferviente y completa devoción al nombre, la verdad y la causa de Cristo. Anhelo cultivar una amplia simpatía que pueda incluir a todo aquel que ama a Cristo, aun cuando no veamos todas las cuestiones secundarias desde el mismo punto de vista. En el mejor de los casos conocemos “en parte” (1 Corintios 13:9); y no podemos esperar que la gente esté de acuerdo con nosotros acerca de cuestiones. Pero si Cristo fuese el objeto que absorbe toda nuestra visión, todas las demás cosas ocuparían su justo lugar, asumirían su valor relativo y alcanzarían su verdadera magnitud. “Así que, todos los

que somos perfectos [los que tienen a Cristo como su único objeto], esto mismo sintamos; y si *otra cosa* [o diferentemente, *heteros*] sentís, esto también os lo revelará Dios. *Pero* en aquello a que hemos llegado, sigamos *una misma regla* [Cristo], sintamos una misma cosa [Cristo]" (Filipenses 3:15-16). Si alguna otra cosa que no sea Cristo se introduce como regla por la cual se debe andar, ello es simplemente obra del diablo. Estoy tan seguro de esto como de que tengo esta pluma en la mano.

¡Quiera el Señor guardarnos cerca de él, y que andemos juntos, no en sectarismo, sino en verdadero amor fraternal, buscando la bendición y prosperidad de todos los que pertenecen a Cristo y promueven de toda forma posible Su bendita causa, hasta que venga!

La misión del cristiano y cómo cumplirla

En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. Tenían también unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió” (Marcos 8:1-8).

Este pasaje presenta un ejemplo sorprendente y de gran belleza acerca de un rasgo particular de la misión del cristiano en este mundo. Comprometemos al lector a considerarlo seriamente. Es de una inmensa importancia y de aplicación universal. Conciérne a todo hijo de Dios. Cada uno de nosotros debe recordar que es enviado a este mundo para ser un canal de comunicación entre el corazón de Cristo y los diversos tipos de necesidades que podemos encontrar día tras día en nuestro camino.

Es un rasgo interesante y lleno de gracia de la misión del cristiano. Es cierto que es solo un rasgo entre varios; pero es de gran precio y de una belleza exquisita. Es también eminentemente práctico, tal como lo veremos. Necesariamente supone que soy cristiano. Si no sé que tengo la vida eterna, si dudo de mi salvación eterna, si no conozco a Cristo como mi precioso Salvador y Señor, como la porción, el objeto y el reposo de mi corazón, entonces ocuparme de la misión del cristiano, es simplemente engañarme a mí mismo y cerrar mis ojos a mi verdadera condición. Una salvación, y un Salvador y Señor al que se conoce y del que se goza, son condiciones absolutamente esenciales para cumplir esta misión.

Dicho esto, tanto para guardar al lector de engañarse a sí mismo, como para evitar que nuestro tema sea mal comprendido, nos detendremos unos momentos en este bello pasaje que citamos al comienzo. ¡Quiera el Espíritu Santo revelarlo y aplicarlo a nuestros corazones!

“En aquellos días, como había una *gran* multitud, y *no tenían qué comer*” (v. 1). Tal era el estado de las cosas: grandes necesidades y ningún recurso aparente para responder a ellas. Pero Jesús –bendito sea su santo nombre– estaba allí. Estaba allí con todo el amor de su corazón y con toda

la fuerza de su mano. Estaba allí, Aquel que, en otro tiempo, había alimentado durante cuarenta años en el árido desierto, a un pueblo de tres millones de personas. Sí, estaba allí, y, sin duda, habría podido satisfacer directa e inmediatamente las necesidades de la multitud, sin tener que llamar a sus pobres discípulos incrédulos y ocupados en ellos mismos, para que actúen. Habría podido también hacer venir del cielo mensajeros angélicos para proveer a lo que demandaban estas multitudes hambrientas.

Pero no hizo ni una cosa ni la otra, porque era la intención de su gracia emplear a sus discípulos como canales de comunicación entre él y la muchedumbre; y no simplemente como instrumentos de Su *poder* –lo que los ángeles habrían podido ser–, sino como la misma expresión de Su *corazón*.

Y observemos *cómo* lo hace. Si hubiese querido servirse de ellos simplemente como instrumentos de Su poder, le habría bastado con colocar en sus manos la manera y los medios de cumplir sus intenciones. Pero no: quería hacer de ellos canales a través de los cuales puedan fluir las tiernas compasiones de Su corazón. ¿Cómo podía hacerse esto? De la siguiente manera: “Llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos” (v. 2-3).

Aquí, pues, tenemos el verdadero secreto de la preparación para nuestra elevada y santa misión. Nuestro precioso Salvador reúne primero a sus discípulos alrededor de él, y busca llenar sus corazones de Sus pensamientos y sentimientos, antes de llenar sus manos de peces y panes. Es como si hubiera dicho: «Tengo compasión, pero quiero que ustedes también la tengan. Quiero que estén compenetrados en todos mis pensamientos y sentimientos, que piensen como yo, que sientan como yo. Quiero que miren con mis ojos a esta muchedumbre hambrienta, para que estén en una condición moral tal que puedan ser mis canales de comunicación».

Esto es de una belleza exquisita. Alguien dirá: «Deseo ser tal canal, pero me parece algo demasiado elevado, muy por encima de mis posibilidades. ¿Cómo podría alcanzar tal altura?». La respuesta es: Acérquese lo suficiente a Cristo para pensar como él piensa, para sentir como él siente. Sáciese de Su espíritu. Tenga la plena seguridad de que este es el único medio verdadero de ser un canal de comunicación. Si digo: «Debo intentar ser un canal de comunicación», hablo como insensato y no seré más que una caricatura. Pero si bebo de la fuente del corazón de Cristo, estaré lleno de él hasta rebosar; todo mi ser moral estará impregnado de Su espíritu, de modo que estaré en un estado conveniente para ser utilizado por él, y seguro de hacer un uso justo de los

medios, cualesquiera que sean, que pondrá en mis manos, es decir, que los emplearé para él. Si tengo las manos llenas de medios antes de tener el corazón lleno de Cristo, no emplearé estos medios para él; los utilizaré para mi propia gloria, y no para la gloria de Dios.

Hermanos, consideremos bien esto. Examinemos cuál es nuestra misión, y cuál es el verdadero secreto para cumplirla. Es un gran punto tener el corazón profundamente conmovido por el hecho de que somos llamados a ser canales por los cuales el corazón de Cristo pueda fluir hacia los suyos y hacia un pobre mundo. Esto es maravilloso; parece demasiado bello para ser cierto; pero –bendito sea Dios– es tan cierto como maravilloso. Busquemos solamente asimilarlo, creerlo, apropiárnoslo. No nos contentemos con admirarlo como una bella teoría, sino busquemos que penetre y actúe profundamente en nuestra alma por el poder glorioso del Espíritu Santo.

Pero observemos cuán lentos son los discípulos para responder al deseo del corazón de Cristo respecto a ellos. Era Su intención de gracia usarlos como canales de bendición para la multitud, y otorgarles este inmenso privilegio; pero ellos, al igual que nosotros, eran poco capaces de apreciarlo, simplemente porque no captaban Sus pensamientos ni lograban distinguir la gloria de Su persona. “Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde *podrá alguien* saciar de pan a éstos aquí en el desierto?” (v. 4). En otra ocasión dijeron: “No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces” (Mateo 14:17). ¿No sabían –o acaso se habían olvidado–, que tenían ante ellos a Aquel que creó y sostiene el universo? Es cierto que estaba allí bajo la apariencia humilde de Jesús de Nazaret. Su gloria divina estaba escondida a los ojos del hombre natural, detrás del velo de Su humanidad. Pero ellos habrían debido conocer mejor quién era y qué era, y saber cómo aprovechar Su gloriosa presencia y Sus inescrutables riquezas. Ciertamente, si sus corazones hubieran captado la gloria de Su persona, jamás habrían hecho una pregunta tal como: “¿De dónde *podrá alguien* saciar de pan a éstos aquí en el desierto?”. Moisés en otro tiempo había dicho: “¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo?” (Números 11:13). El pobre corazón incrédulo excluye a Dios. ¿Acaso Jehová le pidió a Moisés que les diera carne? Ciertamente no. Ningún hombre habría podido hacerlo, y un simple hombre no podía alimentar a cuatro mil personas en un lugar desierto.

Pero Dios estaba allí. Sí, era Dios quien, hablando por labios humanos, había dicho: “Tengo compasión de la gente”. Era Dios quien tenía en cuenta todas las circunstancias de cada individuo en esa gran multitud de gente desfalleciente y hambrienta. Sabía exactamente qué distancia había recorrido cada uno y cuánto tiempo había estado cada uno en ayunas. Sabía con absoluta cer-

teza las consecuencias seguras que surgirían si los hubiera de enviar sin comida. Es Dios mismo quien pronuncia estas conmovedoras palabras: “Si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos” (v. 3).

Sí, Dios estaba allí en toda la ternura de un amor que podía tener en cuenta los más mínimos detalles de la debilidad y necesidades de una criatura. Estaba allí también con su poder omnipotente y con sus inagotables recursos, para volver a sus pobres discípulos capaces de ser los depositarios de Sus pensamientos, los vasos de Su bondad, los canales de Su gracia. Y ¿qué les hacía falta para ser capaces de cumplir su misión? ¿Necesitaban ser o hacer algo? No, sino simplemente verlo y recurrir a él. Tenían que ejercer esta simple fe, que cuenta con Dios para todas las cosas y encuentra todas sus fuentes en él.

Así fue con los discípulos, y así es con nosotros. Si deseamos actuar como canales de la gracia de Cristo, debemos estar en relación con él en el profundo secreto de nuestras almas. Debemos aprender de él; debemos alimentarnos de él; debemos conocer lo que significa la comunión con su corazón; debemos estar lo suficientemente cerca de él para conocer los secretos de su pensamiento y llevar a cabo los propósitos de su amor. Si queremos reflejarlo, debemos contemplarlo. Si queremos reproducirlo, debemos alimentarnos de él, necesitamos que more en nuestros corazones por la fe. Podemos estar seguros de que lo que está realmente en nuestros corazones se manifestará en nuestra vida. Podemos tener un gran número de verdades doctrinales en la cabeza y una cantidad de palabras hermosas que brotan de nuestros labios, pero si verdaderamente deseamos ser canales de comunicación entre Su corazón y los necesitados en la escena que atravesamos, debemos saciarnos habitualmente de su amor. No es posible que sea de ninguna otra manera. “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:38).

Aquí radica el gran secreto de todo el asunto: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Juan 7:37). Para que los ríos fluyan, debemos beber. No puede ser de otro modo.

Si cada miembro de la Iglesia de Dios estuviera bajo el poder de este gran principio, ¿qué diferente sería el estado de cosas del que seríamos testigos! Y ¿dónde yace el obstáculo? No tenemos “un lugar estrecho en” el corazón de nuestro adorable Señor y Salvador. Es su deseo usarnos de la misma forma que usó a sus discípulos en la ocasión que está ante nosotros. Los reunía alrededor de él y, con gracia, buscaba derramar en sus corazones la compasión que llenaba Su propio co-

razón, a fin de que pudiesen tener el mismo sentimiento que él, lo que constituye la calificación moral necesaria para actuar *para él*. Podemos estar siempre seguros de que cuando el corazón está lleno de Cristo, el poder para actuar no faltará.

Pero, lamentablemente, ocurre con nosotros lo mismo que ocurrió con los discípulos. No apreciaron el poder que se hallaba en medio de ellos, ni echaban mano de él. Decían: “¿De dónde podrá alguien?”. Mientras que habrían debido decir: «Tenemos a Cristo». En la práctica, ignoraban a Cristo, y es lo que nos sucede a nosotros también. Ponemos excusas para nuestra pobreza, nuestra indolencia, nuestra frialdad, nuestra indiferencia, con el pretexto de que no tenemos esto, ni aquello, ni lo otro; mientras que lo que realmente necesitamos es un corazón lleno de Cristo, lleno de sus pensamientos, de su amor, de su bondad, de su tierna solicitud por los demás, un corazón lleno de Su completa abnegación y olvido de sí mismo. Nos quejamos de la falta de medios, mientras que lo que realmente necesitamos es un buen estado de alma: la verdadera actitud moral del corazón; y esto solo puede surgir de una estrecha intimidad con Cristo, de una comunión con su pensamiento, y de empaparnos de su espíritu.

Quisiéramos instar encarecidamente a que la Iglesia de Dios muestre un sincero interés y empeño por este tema. Quisiéramos ver a cada miembro del cuerpo de Cristo actuar como un canal por el cual Su preciosa gracia pueda correr como ríos de agua viva hacia todos los que lo rodean, llenando todo a su paso de verdor y frescura, y no como agua estancada: imagen tan sorprendente de un cristiano que no está en comunión con el Señor.

Vivir por la fe

El justo por su fe vivirá.



Esta importante declaración aparece en el segundo capítulo del libro de Habacuc (cap. 2:4), y es citada por el apóstol Pablo en tres de sus epístolas: Romanos, Gálatas y Hebreos, con una aplicación diferente en cada una. En Romanos 1:17 se aplica al gran tema de la justicia. El apóstol declara que no se avergüenza del Evangelio “porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (v. 16-17).

En Gálatas 3:11, donde el apóstol trata de recordar a esas asambleas extraviadas los fundamentos del cristianismo, dice: “Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá”.

Y en Hebreos 10, cuyo objetivo es exhortar a los creyentes a retener firme su confianza, leemos: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe” (v. 35-38). Aquí tenemos a la fe presentada no solo como el fundamento de la justicia, sino como el principio vital por el cual debemos vivir diariamente, desde el punto de partida hasta la meta de la carrera cristiana. No hay otra forma de justicia, otra forma de vida, que no sea por la fe. Por la fe somos justificados, y por la fe vivimos; por la fe estamos en pie y por la fe andamos.

Esto es cierto de todos los cristianos, y todos deben tratar de conocer esto en profundidad. Todo hijo de Dios es llamado a vivir por la fe. Es un error muy grave señalar a ciertas personas que no tienen una renta determinada ni ningún tipo de propiedad, y hablar de ellas como si fueran las únicas que viven por fe. Según este punto de vista de la vida de fe, noventa y nueve de cada cien cristianos se verían privados del precioso privilegio de vivir por fe. Si un hombre tiene un ingreso fijo, un determinado salario, o lo que comúnmente se denomina un oficio «secular», mediante el cual se gana el pan para él y su familia, ¿no tiene el privilegio de vivir por fe? ¿Acaso nadie vive por fe excepto aquellos que carecen de medios de subsistencia? ¿Acaso la vida de fe se limita a la simple condición de confiar en Dios para la comida y el vestido?

¡Cómo es rebajada esa vida de fe cuando se limita a la cuestión de las necesidades temporales! Confiar en Dios para todas las cosas, es sin duda algo muy cierto y bendito; pero la vida de fe tiene una esfera más elevada, un mayor alcance, que las cosas temporales y la simple satisfacción de nuestras necesidades materiales. Abarca todo lo que concierne a nosotros, en cuerpo, alma y espíritu. Vivir por fe es andar con Dios; aferrarse a él; depender de él; tomar de sus fuentes inagotables; hallar *todos* nuestros recursos en él y tenerlo como refugio perfecto de nuestros ojos y como el objeto que satisface plenamente el corazón; conocerlo como nuestro *único* recurso en todas las dificultades y en todas nuestras pruebas. Es estar vinculados absoluta, completa y continuamente a él; ser enteramente dependientes de él, al margen y por encima de toda confianza en la criatura, de toda esperanza humana y de toda expectativa terrenal.

Tal es la vida de fe. Procuremos entenderla. Debe ser una realidad o nada. De nada servirá hablar acerca de la vida de fe; debemos *vivirla*; y, para vivirla, debemos conocer a Dios de forma práctica, conocerlo íntimamente, en el profundo secreto de nuestras almas. Es completamente inútil e ilusorio profesar que vivimos por fe y mirando al Señor, cuando en realidad nuestros corazones están descansando en algún recurso de la criatura. ¡Cuán a menudo la gente habla y escribe acerca de su dependencia de Dios para satisfacer ciertas necesidades, y por el solo hecho de comunicar sus necesidades a un pobre mortal como ellos, en principio, se apartan de la vida de fe! Si escribo a un amigo, o publico a la Iglesia, el hecho de que estamos pendientes del Señor para que él satisfaga cierta necesidad, estoy virtualmente fuera del terreno de la fe en ese asunto. El lenguaje de la fe es: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza” (Salmo 62:5). Comunicar mis necesidades, directa o indirectamente, a un ser humano, es apartarse de la vida de fe, y una positiva deshonra a Dios. Es traicionarlo. Equivale a decir que Dios me ha fallado, y que debo buscar ayuda en mi semejante. Es dejar la fuente de vida, e ir en busca de cisternas rotas. Es poner a la criatura entre mi alma y Dios, privando así a mi alma de ricas bendiciones, y a Dios de la gloria que le es debida.

Esta es una obra seria, y demanda nuestra más solemne atención. Dios tiene que ver con realidades. Nunca le fallará al corazón que confía en él. Pero se debe confiar en él. Es inútil hablar de confiar en él, cuando nuestros corazones están realmente buscando los recursos de la criatura. “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno *dice* que tiene fe?” (Santiago 2:14). Una profesión hueca, no es sino un engaño para el alma y una deshonra para Dios. La verdadera vida de fe es una gran realidad. Dios se complace en ella, y es glorificado por ella. No hay nada en este

mundo que satisfaga y glorifique más a Dios que la vida de fe. “¡Cuán grande es tu bondad que has guardado para los que te temen, que has obrado para los que en ti confían delante de los hijos de los hombres!” (Salmo 31:19, V. M.).

Querido lector, ¿cómo está tu alma en relación con este tema? ¿Estás viviendo por fe? ¿Puedes decir: La “vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó, y se dio a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20, V. M.)? ¿Sabes lo que significa que el Dios vivo llene todo el ámbito de la visión de tu alma? ¿Es él suficiente para ti? ¿Puedes confiar en él para todo –para el cuerpo, el alma y el espíritu– para el tiempo presente y para la eternidad? ¿O tienes la costumbre de comunicar a los hombres tus necesidades de uno u otro modo? ¿Tu corazón acostumbra a acudir a la criatura en busca de simpatía, socorro o consuelo?

Estas son preguntas que escudriñan el corazón; pero te rogamos que no les des la espalda. Ten la seguridad de que es moralmente saludable para nuestras almas ser probados fielmente en la presencia de Dios. Nuestros corazones son tan traidores, que nos imaginamos que estamos apoyándonos en Dios, cuando en realidad nos apoyamos en algún sostén humano. Dios es así excluido, y nosotros quedamos en la esterilidad y la desolación.

Sin embargo, no es que Dios no use a la criatura para ayudarnos y bendecirnos. Lo hace constantemente; y el hombre de fe estará profundamente consciente de este hecho, y verdaderamente agradecido a todo agente humano que Dios emplee para ayudarlo. Dios consoló a Pablo con la llegada de Tito; pero si Pablo hubiese buscado a Tito, habría tenido poco consuelo. Dios usó a la pobre viuda para alimentar a Elías; pero Elías no dependió de la viuda, sino de Dios. Así ocurre en todos los casos.